

PAUL PEN

EL BRILLO
DE LAS
LUCIÉRNAGAS

Lectulandia

Tengo diez años y llevo toda mi vida dentro de este sótano. Vivo en la oscuridad con mis padres, mi abuela, mi hermana y mi hermano. Todos están desfigurados por el fuego. Mi hermana lleva una máscara blanca para tapar sus quemaduras, porque papá dice que su cara podría asustarme.

Me gusta mi cactus. Me gusta leer mi libro sobre insectos. Y tocar durante horas el único rayo de sol que se filtra por una rendija del techo. Pero desde que mi hermana tuvo al bebé, todos actúan de forma extraña. Creo que me cuentan mentiras sobre quién es el padre, sobre el Hombre Grillo que acecha por las noches, sobre lo que sucedió antes de que yo naciera, sobre por qué estamos aquí encerrados.

Por lo menos tengo a las luciérnagas. Llegaron hace unos días al sótano y las he guardado en un bote. Como dice mi abuela, no existe criatura más fascinante que aquella que es capaz de crear luz por sí misma.

Esa luz me anima a conocer el mundo exterior, escapar, descubrir qué le sucedió a mi familia. Lo malo es que aquí todas las puertas están cerradas. Y no sé dónde voy a encontrar una salida...

Lectulandia

Paul Pen

El brillo de las luciérnagas

ePUB v1.0

Edusav 22.05.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *El brillo de las luciérnagas*

Paul Pen, 2013

Diseño/retoque portada: © más!gráfica

Editor original: Edusav (v1.0)

ePub base v2.1

*A mi padre,
que me consiguió mi primer libro de insectos.
A mi madre,
que convirtió el velo de su vestido de novia
en un cazamariposas*

Y con su presencia ilumina las tinieblas en que ellos están inmersos.

TANGINA, acerca de Carol Anne, en *Poltergeist*

Por muy grises y tétricos que sean nuestros hogares, nosotros, la gente de carne y hueso, viviríamos allí antes que en ningún otro país.

DOROTHY en *El maravilloso mago de Oz*

There's a crack in everything. That's how the light gets in.

LEONARD COHEN en *Anthem*

Seis años antes

Se lo pregunté a mi padre la noche en que mi familia cumplía cinco años en el sótano. Cinco años desde el fuego. Yo llevaba algo menos. Nací poco después de que ellos entraran.

—¿Por qué no podemos salir?

Papá cambió el calendario de la pared y se sentó a la mesa. La grande que había en la estancia principal donde confluían salón, cocina y comedor.

—¿Para qué quieres salir? —contestó—. Toda tu familia está aquí.

Mamá bajó la cabeza, llevándose la barbilla al pecho. Creo que también cerró los ojos. No había mucha luz allá abajo, tan sólo la de las bombillas desnudas que colgaban del techo. A veces pensaba en ellas como suicidas, cuerpos de cristal que se balanceaban ahorcados por un cable.

—Ven, hijo.

Papá empujó su silla hacia atrás y dio un par de palmadas a una de sus rodillas. Me acerqué a él arrastrando los pies. Noté el frío del suelo a través de uno de los agujeros del talón de mi pijama. Aún utilizaba de esos que llevan el calcetín incorporado. Papá me agarró por las axilas, me levantó, y me sentó sobre su regazo. Como solía hacer al principio, llevé mi mano hasta su cara. Me gustaba el tacto de su piel quemada. Desde su ojo izquierdo hasta la comisura de sus labios, los pliegues irregulares de su rostro deformado resultaban llamativos al tacto de un niño.

—Déjame —se quejó mientras bajaba mi brazo—. Quiero que mires a tu alrededor. A tu familia.

Los rostros de mamá, de mi hermano y de la abuela se volvieron hacia mí. Todos menos el de mi hermana, que miraba a algún otro lado.

—Y esa que no te mira —dijo mi padre—, también es de esta familia.

La máscara blanca giró entonces sobre su cuello, y fijó sus ojos en mí.

—¿Los ves? —preguntó papá—. Ellos, tú y yo, somos todo lo que necesitamos. Arriba no hay nada que merezca la pena. ¿Te acuerdas cuando tu madre te salpicó con el aceite hirviendo mientras cocinaba?

Había ocurrido unas semanas antes, mientras mamá preparaba el desayuno. La oscuridad del sótano y las sombras que bailaban deformando la realidad con cada ligero balanceo de las bombillas, complicaban algunas tareas. La mañana que me salpicó con el aceite yo estaba entre sus piernas y la hice tropezar; en realidad fue culpa mía.

—¿Recuerdas lo mucho que te dolió la ampolla que te salió aquí? —continuó mi padre.

Extendió los dedos de mi mano para examinar el dorso. Señaló el punto justo donde había aparecido la ampolla, de la que ya no quedaba ni rastro.

—Estás lleno de baba, ¿cuándo vas a dejar de chuparte los dedos? —Apenas movió la cabeza, pero dirigió la mirada hacia mi madre durante un segundo—. ¿Recuerdas entonces lo mucho que dolía esa burbujita de líquido? —volvió a preguntarme mientras pellizcaba el dorso de mi mano—. Pues el mundo de arriba está hecho de esas burbujitas. Pero no burbujitas pequeñas como la tuya —sus dedos pellizcaron con más fuerza, haciendo que el dolor comenzara a encenderse como si la ampolla hubiera vuelto a crecer—, lo que hay allí arriba, allí fuera, son burbujas cien veces más grandes, es un dolor que no podrías soportar —comenzó a retorcer los dedos—, un dolor que acabaría contigo en cuanto pusieras un pie fuera de este sótano.

Abrí la boca pero no dije nada. Me lo impidió el dolor en el dorso de la mano, mucho más fuerte que el que me había provocado la ampolla cuando aún estuvo allí, y el de la muñeca que papá me aplastaba sin darse cuenta. Recuerdo el sonido mucoso de mi garganta rasgándose. La humedad de mis mejillas.

—Para, por favor.

Fue mamá quien dijo aquello, su voz apenas un susurro. Papá dejó de apretar. El dolor duró un rato más.

—¿Ves como no quieres salir de aquí? Si apenas aguantas esto, ¿qué sería de ti allí fuera? —Acarició mi muñeca. Besó el lugar donde había estado la ampolla, de nuevo enrojecido por el pellizco—. No es nada, campeón, no es nada. Papá no quiere hacerte daño. Sólo quiere enseñarte. Tienes que aprender que éste es el mejor lugar en el que podrías estar. El mejor lugar del mundo. ¿Quieres tocarme la cara?

Dirigió mi mano a la parte quemada de su rostro y dejó que la acariciara. Sabía que aquello me gustaba. Consiguió que me relajara. Solía detenerme en una línea de pelo duro que emergía entre un pliegue que cruzaba su mejilla y que papá no podía afeitar. Era como una cicatriz de pelo. Me gustaba recorrerla con la yema de los dedos.

—Además —dijo mientras sacudía la cabeza y apartaba mis dedos—, ¿quién te ha dicho que no puedes salir?

Mi abuela recogió las manos de golpe. Vi cómo desaparecían bajo la mesa. Algo cambió también en la postura de mis hermanos. Se incorporaron y dejaron la espalda rígida. Mamá permaneció con la cabeza agachada.

—La puerta está ahí —continuó mi padre. Con una mano la señaló y, con la otra, me agarró la cabeza para obligarme a mirarla—. Está a tres pasos de aquí. Y está abierta. Siempre ha estado abierta. ¿Quién te ha dicho lo contrario? —En silencio, realizó una panorámica de la mesa—. ¿Ha sido tu madre? ¿O alguno de tus hermanos? ¿Ha sido ella? —Señaló a mi hermana con la barbilla—. A ella le gusta hablar de más. Porque no creo que haya sido la abuela, ella sabe perfectamente que la puerta siempre ha estado abierta.

Mi padre volvió a agarrarme de las axilas para empujarme, hacer que bajara de sus rodillas, y dejarme de pie en el suelo. De nuevo sentí el frío de las baldosas.

—Vamos —me dio una palmada en el culo—, ve a la puerta. Compruébalo tú mismo.

Quise mirar a mi madre, pero papá me sujetó la cabeza y me obligó a mirar al frente.

—Venga, vete de aquí si quieres. —La segunda palmada en el culo fue más fuerte, tanto que tuve que dar un paso para evitar caerme—. Abre esa puerta y vete. Eso es lo que quieres, ¿no? Pues hazlo. Vete y olvídanos. Nosotros preferimos quedarnos aquí.

A mis espaldas, escuché una silla arrastrándose, como si alguien fuera a levantarse. Pero nadie lo hizo. Di otro paso más. El sótano olía a zanahoria. Me encantaba ese olor. Era el olor de la noche. Sólo la mancha de sol que recorría el suelo del salón de una pared a otra, y que se colaba por alguna rendija en el techo, me permitía saber cuándo era de día y cuándo era de noche. El olor a zanahoria siempre empezaba al desaparecer la mancha. Si salía del sótano no volvería a comer la crema de zanahoria de mamá. Una inesperada sensación de pérdida detuvo mi camino. Tenía ganas de volver al regazo de papá y raspar mis dedos contra su cicatriz de pelo.

—¿Pero aún sigues ahí? —gritó él—, corre a la puerta, anda. Ábrela y vete. Sal de este sótano si tantas ganas tienes de saber lo que hay fuera.

Avancé hasta la puerta sin detenerme. Nunca antes me había acercado tanto. Una puerta pierde su significado si no la atraviesas a menudo. Se convierte en pared. De pie frente a ella, comencé a chuparme los dedos. Estaba sudando. Observé a los de la mesa. Mamá había alzado de nuevo el rostro. Dos puntos blancos titilaban ahora en medio de sus ojos. Papá estaba sentado con las piernas abiertas, girado sobre su asiento. Alzó una mano y la agitó para despedirse.

La baba se me escurría ya por el antebrazo. Miré otra vez hacia la puerta. Saqué los dedos de la boca y levanté mi mano hacia el pomo, que quedaba a unos dos palmos por encima de mi cabeza. La primera vez que intenté agarrarlo, la saliva hizo que se me resbalara. Me sequé la mano en el pantalón del pijama. Dejé de respirar para no oler la crema de zanahoria de mamá y para llenar de aire el vacío que sentía en el pecho.

Lo intenté por segunda vez.

Esta vez pude agarrar el pomo con fuerza.

Presente

Había dos ventanas en el sótano. Una al final del pasillo y otra en la cocina. Tras abrirlas sólo había barrotes, y más allá, otra pared. Cuando cumplí los diez años, si empujaba mucho y aguantaba el dolor en el hombro, podía meter el brazo entre dos de los barrotes y, con el dedo más largo, rozar esa otra pared. Sólo era más cemento. En ambas ventanas ocurría lo mismo. Era como si el sótano no fuera más que una caja dentro de otra caja más grande. Una vez coloqué el espejo del baño en ese espacio que se formaba entre los barrotes y la pared exterior. Sólo reflejó más oscuridad. Otro techo negro. Una caja dentro de otra caja. A veces metía la cara entre los barrotes mirando hacia la negrura que para mí era el mundo exterior. Me gustaba hacerlo porque una corriente de aire me acariciaba la cara. Una corriente de aire que olía diferente. A nada que hubiera en el sótano.

—¿Es que no oyes los gritos de tu hermana? —me dijo mi padre el día que nació el bebé—. Te necesitamos en la cocina. Y cierra la ventana. Ahora.

Abrió la puerta de su habitación con la llave que siempre llevaba colgada al cuello. Enseguida se cerró a mis espaldas. Parpadeé varias veces para humedecer mis ojos, se habían quedado secos con la corriente de aire. Entonces oí a mi hermana. Tuve que haber estado muy absorto en la brisa del exterior para no oír aquellos gritos. No parecían provenir de la garganta, sino más bien del estómago. Desde algún lugar muy dentro del cuerpo. La puerta se abrió de nuevo y esta vez mi padre me agarró del brazo. Me arrastró a lo largo del pasillo hacia el salón.

—Colócate ahí —me dijo—, sujeta esa pierna.

Mi hermana estaba tumbada sobre la mesa. Desnuda de cintura para abajo. Reconocí las sábanas de su cama debajo de ella. Mamá estaba sentada a la altura de su cabeza, apretando con sus dos manos el puño cerrado de su hija, que miraba hacia su entrepierna a través de la máscara. Toda blanca, carente de expresión. Tan sólo tres agujeros mostraban sus ojos y su boca. Mi hermano, que sujetaba con fuerza una de sus piernas, se asomó también a lo que hubiera en los entresijos de mi hermana. Mi abuela hervía agua en dos grandes ollas. Tanteó los fogones para comprobar a qué nivel los tenía encendidos. Papá se acercó a ella y le dio dos toallas.

—¿Crees que servirán? —preguntó.

Mi abuela se las arrancó de las manos y metió una de ellas en la olla más grande. Durante unos segundos papá se quedó allí parado, con la cabeza agachada y las manos en el aire como si aún sujetara unas toallas invisibles.

—Vamos, acércate —me dijo—. Sujétale la pierna.

Abracé la rodilla flexionada de mi hermana, escondiendo la cabeza tras ella. No me atrevía a mirar más allá. Mi hermana volvió a gritar.

Papá miró entonces a la ventana de la cocina. Frotó las palmas de sus manos

contra el pantalón, como para secarlas.

—Hijo, ¿has dejado abierta la otra...?

Antes de terminar la pregunta salió corriendo al pasillo. Mi hermana gritó una vez más, pero esta vez ni siquiera abrió la boca. El quejido se escapó de entre sus dientes. Me salpicó con saliva.

—Respira —dijo mi madre. Seguía agarrada al puño en tensión de mi hermana. Acercó su boca a la oreja que emergía tras la máscara y empezó a respirar de un modo particular, como cuando llevaba mucho tiempo en la bicicleta—. Hija..., respira..., tranquila..., como yo..., respira.

Mi hermana intentó imitarla. Su rodilla escapó de entre mis brazos. Tuve que apartarme para evitar que me diera en la cara. Pataleó, golpeando la mesa con los talones. Cuando consiguió deshacerse también de mi hermano, que se echó hacia atrás incapaz de sujetar la pierna por más tiempo, levantó la cintura hasta que la cumbre de su vientre señaló más a la pared que al techo, y la dejó caer contra la mesa. El hueso de su rabadilla golpeó la superficie como un martillo. De entre sus piernas se escapó un sonido viscoso.

—¡No puedo respirar con esta máscara! —Gritó las primeras palabras aún entre dientes, como si el dolor y la rabia fueran flemas adheridas a su garganta que pudiera escupir—. ¡Quitadme esta maldita careta!

Siguió retorciendo las piernas. Mi hermano y yo intentamos agarrarlas y recuperar su control. Noté que la sábana estaba empapada. Y resbaladiza. Un olor agrio me provocó una arcada. Mi madre, que sujetaba con todo su cuerpo uno de los puños, abrió la boca para gritar cuando vio cómo mi hermana dirigía su mano libre hacia la máscara. Llegó a pellizcar su propia nariz ortopédica.

Entonces mi padre la agarró de la muñeca. Ella estiró los dedos al máximo intentando alcanzar la máscara. Hasta que los nudillos de papá se pusieron blancos, y los dedos de mi hermana dejaron de moverse. Ella volvió a gritar. Esta vez fue un grito agudo, que dolía en los oídos. Mi padre dejó caer la mano agotada de mi hermana como si fuera un desperdicio. El hueso de su muñeca golpeó la mesa.

—Ya está bien de tanta tontería. Tu madre también dio a luz aquí —se le escapó una mirada hacia mí— y no lo puso tan difícil. Que no eres una niña. A tu edad tu madre ya había tenido dos hijos.

—Y antes —aclaró ella—. Con veintiséis ya los tenía.

Las piernas de mi hermana se relajaron. Cuando las flexionó pudimos agarrarlas de nuevo. Mi padre se quedó de pie y la observó en toda su longitud. Desde los pies hasta la cabeza. Sonrió.

—¿Te duele?

Mi hermano emitió un sonido gutural, una de sus risas que parecían rebuznos. Papá lo miró, así que no vio el brazo de mi hermana volver a levantarse.

Despacio.

Esta vez pudo agarrar toda la máscara. Cerró la mano. El crujido del material ortopédico alertó a mi padre. Consciente de que ya no había tiempo de evitar que se la quitara, se abalanzó sobre mí, pegó mi cara a su tripa para que no pudiera ver nada, y me obligó a andar hacia atrás mientras me empujaba por el pasillo. Abrió la puerta de mi habitación y me sentó en la litera de abajo.

—Has tenido suerte —me dijo. Después volvió la cabeza hacia el pasillo que conducía al salón, y gritó a mi hermana—: ¡Si quieres que lo primero que vea tu hijo sea tu cara deformada, hazlo! —Me miró de nuevo y apoyó sus pulgares sobre mis ojos—: Pero mi hijo sólo verá lo que yo quiera.

Al bajarme los párpados, un punto de luz bailó en la oscuridad del interior de mi cabeza.

Tumbado boca abajo en el suelo del salón, rodé sobre mí mismo para alcanzar con mi mano la mancha de sol. Un puñado de rayos que entraban por una rendija del techo dibujaba un círculo de luz no mayor que una moneda. Todos los días recorría el suelo de la estancia principal desde una pared a otra.

—¿De dónde viene esta luz? —Cerré mi mano y agarré la nada.

—Pregúntale a tu padre —contestó mamá.

Cargaba al recién nacido en un brazo, lo lavaba con el agua con la que había llenado el fregadero. Mi hermana llevaba un rato encerrada en su habitación, después de que mamá saliera de ella con la caja de costura en una mano.

Junto a la mesa, mi hermano amontonaba la sábana y las toallas sucias. Con la lengua asomada y el ceño fruncido, trataba de hacer coincidir las esquinas de una ellas. En sus manos, alinear los dos bordes opuestos de una toalla parecía tarea imposible. Se quejó con un largo gemido justo antes de lanzarla al suelo. Se cruzó de brazos.

Abrí y cerré la mano acariciando la franja de luz naranja, como un chorro de agua que no mojaba. Mi piel se veía aún más blanca y traslúcida. Podía distinguir todos los trazos azules y morados que dibujaban mis venas.

—¿De qué está hecho el sol?

Oí a mi madre respirar hondo en la cocina. Cuando lo hacía, el agujero de su nariz más afectado por el fuego emitía un curioso silbido. Entonces se dio la vuelta y me miró.

—Éste es tu sobrino —dijo.

El bebé lloró entre sus brazos. La palma de mi mano aún ni se había calentado cuando el rayo agonizante, una cuchilla de polvo, desapareció. Como una mariposa entre los dedos de un cazador inexperto. Empujándome con ambos brazos como haciendo una flexión, me levanté y me acerqué a mi madre. Ella sonrió, su mejilla

quemada tiró de la carne cerrando el ojo izquierdo, como ocurría siempre. Extendió los brazos para acercarme el bebé.

—¿No se me caerá? —pregunté.

Mi madre miró a mi hermano, que nos observaba desde la mesa.

—No creo —contestó—, extiende los brazos.

Lo hice. El bebé, envuelto en una toalla seca, apretaba y relajaba los labios. Sus diminutas fosas nasales se expandieron y contrajeron, respirando por primera vez el aire de aquel sótano que sería su mundo. Tenía los ojos cerrados, muy apretados. Debajo de él, mis brazos temblaban.

—¿No se me caerá? —repetí.

Mamá sostuvo al niño con un brazo, y con el otro me hizo flexionar el codo formando un ángulo recto.

—Sube el brazo, aquí voy a apoyar su cabeza —indicó mientras me daba una palmada cerca del codo.

Permanecí en aquella postura, tan inmóvil como un insecto palo mimetizado en una rama. Mi madre maniobró con experta habilidad hasta que hizo descansar al bebé sobre las palmas de sus manos. Lo fue acercando a la vibrante cuna humana que formaban mis brazos.

—No quiero que se me caiga —insistí.

Por un momento mi madre se detuvo. Dudó. Después continuó su movimiento. Mi hermano gruñó. Los platos apilados de la cocina vibraron con cada uno de sus pasos. Se colocó detrás de mí. Sentí en mi espalda el calor que desprendía su cuerpo. Empujó al bebé hacia mi madre.

Para evitar que yo lo cogiera.

Los platos volvieron a vibrar cuando regresó a la mesa. Allí cogió el montón de toallas y desapareció por el pasillo. La nariz de mamá silbó.

La mañana siguiente al nacimiento abrí los ojos antes de tiempo. Lo supe porque sólo oía los ronquidos de mi hermano durmiendo en la litera de arriba, cuando lo normal era que me despertaran los ruidos de mi madre preparando el desayuno en la cocina. Me quedé despierto en mitad de la oscuridad. Algo rascó las paredes, al otro lado. Había ratas en el sótano.

Entre dos de los ronquidos de mi hermano, oí un gemido del bebé, a lo lejos.

Abrí la puerta de nuestra habitación sin hacer ruido. A papá no le hacía gracia que anduviéramos por el sótano a nuestro aire. Asomé la cabeza por el pasillo y miré al salón. La mancha de luz estaba ahí, brillando en el suelo, mucho más a la derecha de lo que la veía habitualmente. Tenía que ser muy temprano.

El bebé gimió al otro lado del pasillo.

Papá había colocado la cuna en la habitación que compartían mi abuela y mi

hermana. Esperé a que alguna de ellas se despertara para asistir al bebé en cualquiera que fuera su malestar, pero no ocurrió nada. Y el niño volvió a quejarse.

Entré en la habitación. Me acerqué hasta la cuna. Recordé el montón de maderas que aparecieron un día en el sótano y cómo papá las había convertido, con su caja de herramientas, en aquella estructura donde ahora descansaba el niño. Tenía los ojos abiertos. Volvió a gemir. Mi abuela emitió un único ronquido. Miré hacia la otra cama y distinguí entre la oscuridad el blanco contorno de la máscara de mi hermana, que podía estar sobre su cara o perdida entre las sábanas. Enseguida mi abuela recuperó el ritmo de su respiración. Me incliné sobre el niño, lo acuné con una mano en su pequeña tripa, y cerró los ojos.

Tras pensarlo unos segundos, lo levanté. Lo apoyé en mi pecho, su cabeza descansando cerca del codo, donde me había indicado mamá. Salí de la habitación y lo llevé al comedor. Me senté en el suelo, sobre la mancha de luz, cruzando las piernas y sintiendo cómo el bebé respiraba entre mis brazos. Lo coloqué de tal forma que el chorro de color amarillo pálido le iluminó la cara.

—Esto es el sol —le dije.

Permanecimos así varios minutos.

Hasta que mi hermana despertó y empezó a gritar.

—Nadie te ha robado al niño —dijo mi padre cuando nos sentamos todos a desayunar.

Mi hermana se sorbió la nariz tras la máscara. Miraba al suelo en una diagonal de indiferencia. Los huevos que mi madre preparaba para el desayuno crepitaban al sumergirse en el aceite caliente. Por entonces yo aún pensaba que también ellos sufrían cuando los quemaban. Y gritaban.

—Al niño lo cogí yo esta mañana —dije—. Me desperté pronto. Quería enseñarle... —Encontré el círculo de luz sobre la mesa, pero no terminé la frase.

—¿Desde cuándo tienes permitido salir antes de tu habitación? —me interrumpió mi padre—. ¿Sabes el susto que se han llevado tu abuela y tu madre con los gritos de tu hermana? —Papá me señalaba con el dedo—. Pensó que le habían robado al niño.

Me quedé callado. Asentí avergonzado. Mi hermano trató de contener la risa pero se le escapó por la nariz como un rebuzno.

La sartén golpeó el fregadero. Mi madre apareció con un plato lleno de huevos fritos. Ella siempre decía que no había que sacarlos de la sartén hasta que una línea negra bordeara la clara. Por eso olía a quemado. Con la mano que tenía libre alisó el mantel. Mientras maniobraba, una gota de aceite hirviendo se desbordó del plato y cayó sobre sus dedos, al lado de viejas cicatrices. Observé el naranja brillante de las siete yemas.

—No gritaba por eso —dijo mi hermana—, ¿quién me lo iba a haber robado?

—¡El hombre grillo! —respondí.

—Cállate —dijo mi padre.

—¿Quién me lo iba a haber robado? —repitió ella. Después respiró profundamente y su nariz burbujeó—: ¿El que está allí arriba?

Mi hermana miró a papá.

—Grité porque no consigo despertar —añadió.

El bebé lloró desde la habitación.

—¿Lo oís? —continuó, manteniendo su efigie de plástico desviada hacia el suelo—. Él sigue aquí. No consigo despertar.

La silla de mi hermano salió disparada cuando se levantó de golpe y comenzó a rodear la mesa en dirección a mi hermana. Sus pasos originaron pequeñas olas concéntricas en mi taza de leche. Mi padre extendió un brazo que se interpuso en su camino, un obstáculo a la altura de su cintura.

—Déjalo —le dijo. Mi hermano gruñó—. ¿Qué has querido decir con eso? —preguntó a mi hermana.

Ella no contestó, tan sólo se sorbió la nariz. La mano de mi padre saltó de la mesa a su cara artificial. Le forzó a levantarla agarrándola por el mentón. Mi hermana me

miró primero a mí, pude ver sus ojos detrás del material ortopédico.

—Que esto es una pesadilla —dijo.

Mi abuela bajó la cabeza. Arrastró su mano por la mesa hasta apoyarla sobre la de mi madre. La apretó.

—Debiste haberlo pensado mejor —dijo mi padre. Con un movimiento seco enfiló el cuello de mi hermana hacia el pasillo—. Te guste o no, ese que llora es tu hijo.

Mi hermana tragó saliva. Las venas hinchadas a ambos lados del cuello lo hacían parecer más grueso. Mantuvo la posición hasta que mi padre aflojó la presión, y ella dejó caer la cabeza. Pensé que no iba a decir nada más, pero entonces respondió:

—¿Sólo mío?

—Ya basta —intervino la abuela.

La mano que papá había lanzado otra vez hacia mi hermana se detuvo en el aire.

—Daos las manos.

Mi abuela extendió las suyas, una a cada lado. Mamá agarró la derecha, mi hermana la izquierda. Los demás las imitamos. Cuando terminamos de formar el círculo, la abuela, como hacía siempre, dio las gracias.

—Gracias al que está allí arriba por permitirnos comer cada día.

Besó el crucifijo del rosario que llevaba colgado al cuello.

Mamá recogió los platos después del desayuno. Incluyó uno de ellos sobre la papelera para hacer caer un huevo entero. Cuando se apostó junto al fregadero, me acerqué a ella.

—Si no los rompieras... —señalé el cartón de huevos que aún tenía abierto sobre la encimera—, ¿podría salir un pollito de dentro de uno de éstos?

Mamá bajó la mirada, buscando la mía.

—¿Un pollito?

Sonrió desde las alturas mientras su ojo izquierdo se cerraba sin que ella pudiera evitarlo. Me abracé a su cintura, apoyando mi pómulo a la altura de su vientre.

Papá rió al escuchar mi pregunta, era el único que seguía sentado a la mesa. Leía mientras movía entre sus dedos la llave que colgaba de su cuello. Dejó el libro, se levantó, cogió un huevo del cartón y clavó una rodilla en el suelo. Sostuvo el huevo entre su cara y la mía con tres dedos.

—Deja a tu madre. —Tiró de mí para separarme de ella. Después alzó una de mis manos y me hizo extenderla—. Comprobemos qué hay dentro.

Papá apoyó el huevo y me cerró el puño. Estaba seguro de que iba a sentir el corazón del pollito palpitando a través de la cáscara. Que una grieta se abriría y un montón de plumas amarillas aparecería entre mis dedos. Mi padre cerró su mano sobre la mía. Empezó a ejercer presión. Intenté liberarme, pero él siguió apretando.

Antes de que yo pudiera evitarlo, la presión fue demasiada y el huevo se quebró con un crujido. El líquido viscoso se desbordó entre mis dedos y los de papá, que sacudió la mano salpicándome la cara.

—No quieras traer a nadie más a esta casa —dijo—. Además, no puede salir nada de un huevo de comer. No está fecundado.

Desapareció por el pasillo arrastrando sus zapatillas marrones.

Un montón de baba fría se escurrió por mi palma hasta que el coágulo naranja golpeó el suelo. Me quedé mirándolo sin entender. La nariz de mamá silbó. Sentí el trapo húmedo en la mano antes de verlo, fija como tenía la vista en el charco de cáscaras y muerte a mis pies. Mamá frotó mi mano deteniéndose en cada uno de los dedos. El olor del amoníaco me hizo toser.

A ella se le humedecieron los ojos.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Es el amoníaco —respondió.

—A mí no me lloran los ojos.

Los hombros de mamá cayeron.

—Me acordé de algo —dijo.

—¿Algo de fuera?

Asintió.

Besé su mejilla rugosa.

—No estés triste —le dije—. El sótano es mucho mejor que lo que hay fuera.

Su nariz silbó. Después me susurró al oído:

—Cualquier sitio en el que estés tú es mucho mejor que ningún otro.

Retorcí el hombro presa de las cosquillas.

Mamá dejó caer el trapo en el suelo, recogió los restos del pollito que no fue y regresó a sus labores en el fregadero. Permanecí de pie junto a ella, observando cómo la mancha de humedad que había dejado el trapo se encogía de fuera hacia adentro. Hasta desaparecer.

Camino de mi habitación, mamá gritó mi nombre. Me pidió que me acercara. Se agachó de una forma muy similar a como lo había hecho papá.

—Toma —me abrió una mano—, guárdalo y dale calor. Es lo que necesita para nacer.

—¿Y lo que ha dicho papá?

—Tú dale calor.

Corrí a mi habitación protegiendo el huevo, con ambas manos, contra mi tripa desnuda.

Mi hermano estaba sentado en su litera, los pies colgando a metro y medio del suelo. Podía pasarse horas así, con los bajos del pantalón del pijama metidos en las

zapatillas; agitando la cabeza y moviendo pies y manos como si caminara a través de un campo de maíz que no existía pero que de vez en cuando crecía en nuestra habitación. También silbaba una melodía, aunque el resultado no fuera perfecto porque tenía el labio inferior partido en dos a causa del fuego. Papá y mamá tardaron un tiempo en entender qué significaba ese trance. Hasta que una tarde, sin conseguir que hablara ni dejara de sonreír a la nada, mi hermana entró en la habitación. Cogió uno de los libros de la estantería. «Se lo leíais de pequeño», dijo mostrando *El maravilloso mago de Oz* a mis padres. «Parece que ya habéis olvidado que tuvimos una vida fuera», añadió. Desde entonces, cada vez que mi hermano viajaba a ese otro mundo, sólo había una forma de comunicarse con él.

—Espantapájaros, tú no has visto nada —le dije—. Y pídele al León y al Hombre de Hojalata que tampoco lo cuenten.

Mi hermano vio el huevo entre mis manos, pero enseguida continuó con su silbido defectuoso.

Recogí del suelo una camiseta usada y envolví el huevo con ella en la mejor imitación de un nido que fui capaz de conseguir. Después lo metí todo en el cajón del único mueble que no compartía con mi hermano. A los pies de mi cama, apenas tenía dos divisiones aparte del cajón. Suficiente para mi cactus, mis lápices de colores y los libros de insectos y espionaje que papá me regalaba en días de tarta. Perfeccioné el nido junto al tarro de los lápices.

Me senté con las piernas cruzadas frente al mueble y saqué el *Manual del joven espía*. Fueron mi abuela y mi madre quienes me enseñaron a leer y escribir. En el sótano había tiempo de sobra para eso. El manual era una guía infantil que enseñaba algunos trucos. Gracias a él aprendí a usar el jugo de un limón como tinta invisible, escribiendo mensajes secretos que luego podían leerse acercándolos a una bombilla encendida. La primera vez que probé el truco le pedí a mamá que acercara el papel a una de las bombillas que colgaban del techo en el salón. Ella me había exprimido el limón mientras yo le explicaba lo que iba a hacer siguiendo las instrucciones del manual. Dudó que fuera a funcionar, pero aun así agarró el papel y lo acercó al calor de la burbuja de cristal.

—Aquí no pone nada —dijo—, ni va a poner nada por mucho que lo pegue a esta cosa.

En ese momento, unos trazos de color marrón empezaron a dibujarse en el papel. Mamá movió la hoja para que el calor se distribuyera de forma regular por su superficie. Nuevas manchas marrones fueron apareciendo en todos los lugares donde yo había aplicado el zumo de limón. Finalmente, el mensaje secreto se hizo visible: TE DIJE QUE ERA UN ESPÍA. Mamá sonrió al leerlo. Su nariz silbó.

—Veo que tenías razón —dijo.

Sentado ahora frente al mueble con el libro sobre mis piernas, busqué una página

concreta. Repasé las secuencias de puntos y rayas. Con la uña del dedo índice di cuatro golpecitos seguidos a la cáscara. Después, otros tres más espaciados. Terminé con otros seis golpes del modo en que indicaba el libro.

Acerqué la oreja al huevo.

El silencio fue total.

—Es morse —le dije al pollito.

Volví a afinar el oído en busca de alguna respuesta. No la hubo, así que cerré el cajón, dejando una rendija abierta para oír al pollito piar si decidía nacer por la noche.

Guardé el libro en el mueble y cogí el cactus. Dos bolas verdes llenas de pinchos sobreviviendo en una pequeña maceta. Apareció un día entre los montones de cosas que nos mandaba el que está allí arriba. Como las maderas con las que papá construyó la cuna para el bebé. O las zanahorias con las que mamá preparaba su crema para la cena. «Mientras este cactus esté bien, nosotros estaremos bien. Tenemos que ser fuertes como un cactus», me dijo la abuela cuando me lo regaló.

Salí de la habitación. Mi hermano seguía silbando.

Me tumbé en el salón boca abajo, la barbilla apoyada sobre las manos, una encima de la otra. Coloqué el cactus en la mancha de luz. Una pequeña nube de partículas de polvo bailó entre sus pinchos. A medida que la luz se fue desplazando sobre el suelo, empujé la maceta con un dedo para seguir su trayectoria y que el sol no dejara de iluminar el cactus. Si mi hermano podía viajar a Oz a lo largo de un sendero tan misterioso como las profundidades de su propia mirada desenfocada, yo podía imaginar que era uno de los vaqueros de las películas del Oeste que veía papá.

Me pasé el día entero en el suelo, caminando por el desierto entre un montón de cactus.

El huevo se movió algún tiempo después. «Dale calor», había dicho mamá. Y yo le había dado calor. Ahora el animal estaba preparado para nacer. Lo que había dicho papá de los huevos sin fecundar tenía que ser mentira.

Cuando por la noche vi el huevo en una posición diferente a como lo había dejado esa mañana, tuve que ahogar las ganas de gritar de emoción, porque sólo mamá y yo sabíamos de su existencia. Que mi hermano me hubiera visto guardarlo en el cajón no significaba que lo recordara cinco minutos más tarde. Me llevé las manos a la boca y miré a mi alrededor sin saber qué hacer.

Una sensación de responsabilidad paterna me hizo actuar deprisa. Agarré el huevo con cuidado y lo sujeté a la altura de mi ombligo. La cáscara estaba más caliente de lo habitual, sentí el corazón del pollito latir a través de ella. Corrí en busca de mamá para que asistiera conmigo al nacimiento.

Encontré el salón vacío. Giré para rastrear toda la estancia. Tampoco había nadie en el baño, así que fui al cuarto de mis padres. Su puerta era de metal y no tenía manilla, diferente a todas las demás. Desde fuera sólo podía abrirse con una llave que mamá y papá se colgaban al cuello. Mi padre no quería que nos acercáramos a su habitación, pero presa de la emoción del inminente nacimiento golpeé la puerta varias veces con la frente para llamar la atención de mamá.

—Vete a tu cuarto —gritó ella desde dentro.

—Mamá, es importante —dije a la rendija de la puerta cerrada—. Va a... —Antes de terminar la frase pensé que papá también estaría dentro, así que me tragué las palabras—. Necesito que salgas.

—Ahora no —dijo ella—. Ahora no puedo.

—Por favor —insistí.

Imaginaba al pollito desvalido naciendo frente a mis ojos sin saber qué hacer. Mamá había resuelto a la perfección el parto de mi hermana, y esto era una emergencia de igual importancia. Supliqué con toda la cara encajada en la esquina del marco. Babeando el metal. A papá no le gustaba que llorara. Y sabía que iba a empezar a gritarme desde dentro en cualquier momento.

Tras un silencio, oí pasos de mi madre acercándose a la puerta. Supongo que quiso entornarla para ver qué me ocurría, sin saber que yo estaba empujando contra ella. En cuanto giró la llave, la puerta cedió a mi peso. Mamá no logró sujetarla. Rodé hacia delante sin poder extender las manos para detener mi caída en el intento de que el huevo no resultara dañado. En una rápida sucesión de imágenes vi el techo del cuarto, la lavadora en una esquina, el suelo, la cara de mi madre, los pies de mi madre, y una puerta cerrarse. Terminé tumbado de espaldas a los pies de la cama de mis padres, las manos todavía anudadas frente a mi estómago.

Mamá me miró a la cara. Después se fijó en mis manos. El ojo que todavía dominaba se abrió en una expresión de entendimiento. Los pliegues de carne quemada que rodeaban el otro apenas se movieron. Justo después dirigió la mirada a algún lugar a la derecha de la cama.

A papá.

Que ahora me preguntaría qué estaba escondiendo. Y vería el huevo. Y me lo colocaría en la mano. Y lo rodearía con la suya. Y apretaría. Hasta que la cáscara se quebrara y un montón de baba resbalara entre mis dedos. Sólo que ahora no sería baba lo que saldría de dentro del huevo, sino un cuerpo, con carne y plumas, que no dejaría en el suelo una mancha húmeda que mamá podría limpiar con amoníaco, sino que lo golpearía con un sonido hueco. Porque sería el cuerpo muerto del pollito que estaba esperando, y que aún mantenía entre mis manos, caliente. Cerré los ojos esperando oír la voz de papá.

Pero fue mamá la que habló.

—Por Dios, hijo, ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo?

Abrí los ojos mientras mi madre se agachaba para cogerme de la muñeca. Nada más levantarme, giré el cuello en dirección a la cama.

Papá no estaba allí.

Ni junto al armario que había en la pared de la derecha. Ni cerca de la ropa tendida. Ni en ningún lugar de aquella habitación. Levanté las manos sujetando el huevo para enseñárselo a mi madre.

—No, mamá, si no es por mí, es por...

Me tapó la boca con una mano, y con la otra cubrió el huevo. Traté de hablar pero sólo chupé la piel de su mano. Áspera e irregular. Sabía a la maceta de mi cactus. A tierra.

Ella siguió empujando mis manos hacia abajo para ocultar el huevo.

—Si estás enfermo, ve a decírselo a la abuela. Ella sabrá qué darte. Papá se va a enfadar mucho cuando se entere de que has entrado aquí estando la puerta cerrada. — Me guió de vuelta al pasillo, tapándome la boca en todo momento—. Y ya sabes que se lo voy a tener que contar.

Incapaz de hablar, sacudí las manos para llamar la atención de mi madre. Ella dirigió su mirada impar hacia el huevo sólo un segundo.

—Tu abuela sabrá qué darte —repitió.

Me empujó fuera de la habitación.

Ya en el pasillo, retiró la mano de mi boca.

—Es el poll... —empecé a decir, pero mamá volvió a callarme.

—Tu abuela —dijo. Incluyó la cabeza para señalar su dormitorio—. Al salón no vayas, que estará tu padre.

Arrugué la nariz. Yo acababa de estar en el salón.

Mi madre me cerró la puerta en la cara.

Giró la llave.

Abrí el dormitorio de la abuela maniobrando la manilla con el mentón. El huevo latía ya entre mis manos como un corazón caliente. O como las grandes crisálidas de los satúrnidos, a través de las cuales puede verse bombear la sangre del insecto en su interior.

La luz del cuarto estaba encendida. Mi abuela, sentada en su cama con la espalda pegada a la pared, dirigía sus ojos apagados al niño, que dormía encerrado en la cárcel de sombras que proyectaban sobre él los barrotes de la cuna. En otra cama, mi hermana dormía con la sábana hasta la frente. Sobre la mesilla, a su lado, descansaba el relieve blanco de la máscara.

—La luz está encendida —le dije a mi abuela.

Volvió su rostro hacia mí como si no me hubiera oído entrar.

—Lo sé. Déjala así —me indicó—. Es por él. Y baja la voz.

Señaló la cuna del bebé. Apenas se equivocó por un poco.

—¿Qué te pasa? —susurró—. Te oigo correr por toda la casa. ¿Has entrado en el cuarto de tu padre?

—La puerta se abrió sin querer —expliqué—, pero papá no estaba dentro.

Me acerqué a la cama de la abuela. Ella siempre olía a polvos de talco. A veces, al ponérselos, se dejaba manchas blancas en la cara o en la ropa.

—Va a nacer —le dije.

Agarré una de sus manos arrugadas e hice que tocara el huevo. Desde el fuego, mi abuela no tenía más vista que la de sus dedos.

—Es tu huevo —dijo cuando acarició la cáscara. Bajó aún más el tono de voz para añadir—: Tu madre me lo ha contado.

—Va a nacer —repetí.

Mi abuela frunció las cejas, una de ellas menos poblada que la otra. Había zonas de la cicatriz donde el pelo no había vuelto a crecer. Desapareció para siempre con el fuego como desapareció también el sentido de la vista.

—¿Nacer? ¿Un huevo sin fecundar? —Levantó el labio superior—. ¿Qué te ha dicho exactamente tu madre?

—Me dijo que le diera calor. Que es así como nacen. Papá mató uno y mamá me dio éste. Y hace un rato se ha movido. Mira, tócalo. El pollito va a salir.

Su rostro se alisó hasta donde permitían los surcos que en él habían esculpido las llamas y el tiempo.

—Oh, claro, es verdad —dijo—. Ven, dámelo.

Se desarropó desplazando las sábanas a la altura de sus rodillas. Me senté frente a ella, crucé las piernas, le di el huevo, y apoyé la barbilla sobre mis manos enlazadas.

La abuela se llevó el huevo a la oreja. Con un dedo delante de su boca me indicó que permaneciera callado.

—Lo oigo —dijo segundos después.

Acercó el huevo a mi cara. Yo terminé de guiar su movimiento para colocarlo junto a mi oído.

—¿Lo oyes?

No oí nada.

—¿Lo oyes piar? —insistió.

Entonces lo oí. Piar. Muy bajito, al otro lado de la cáscara.

—Sí, sí, lo oigo —grité.

Mi abuela chistó para hacerme callar.

—Va a salir ya —añadí entre dientes.

Mi abuela asintió. Colocó el huevo debajo de su almohada.

—Ahora tienes que cerrar los ojos —dijo.

—¿Cerrar los ojos?

—No nacen si saben que alguien les mira.

Colocó las palmas de sus manos sobre mis párpados. Estuvimos un momento en completo silencio.

—Ya está aquí —dijo.

Retiró sus manos pero se giró de tal manera hacia la almohada que, durante unos segundos, dejé de ver lo que hacía. Cuando se volvió tenía las manos ahuecadas.

—¿Lo ves? —preguntó ella.

Examiné sus manos con extrañeza. Parecían vacías.

—¿Es que no lo ves? —insistió.

Al principio no vi nada.

—Míralo —añadió—, ya está aquí.

Entonces lo vi. Un pollito de un amarillo intenso. Las plumas como si fueran algodón. Y piando tan fuerte que pensé que despertaría al niño.

Mi abuela me sonreía mientras acunaba al polluelo. Después se lo colocó en el hombro. El pollito se quedó allí picoteando mechones de pelo blanco, como si entre ellos estuviera su primer alimento. Mi abuela reía y encogía los hombros, le hacía cosquillas.

—¿Lo ves? —me preguntó.

Asentí, mudo de la emoción.

—¿Lo ves? —repitió, incapaz como era de ver mi gesto.

—Claro —dije ahora para que me oyera—. Es justo como pensaba que sería. Tan amarillo.

Mi abuela cogió el pollito de su hombro con una mano. La cabeza del pájaro sobresalía entre sus dedos, mirando a todas partes. Piando sin parar.

—Coloca bien las manos —dijo.

Lo hice y las acerqué a las suyas hasta rozarlas. El pollito saltó. Sentí las uñas de sus patas clavarse en las palmas y su plumón acariciarme los dedos. Lo acerqué a mi cara.

—Llevo dos filas esperándote —le dije. En el sótano había un calendario pegado a una pared de la estancia principal, cerca de la bicicleta. Los cuadrados eran los días; las filas, las semanas. Cuando todos los cuadrados estaban tachados, papá arrancaba la hoja. Y eso era un mes. Pocas veces cambiaba todo el calendario, pero cuando lo hacía, había pasado un año. También pasaban años cuando hacíamos tarta para alguno de nosotros. Mi familia miraba el calendario a menudo. A mí sólo me importaba saber si era de día o de noche, y para eso tenía la mancha de sol—. Te he salvado de que te fríen en la sartén —añadí.

Mi abuela rió.

Fue entonces cuando mi padre gritó.

Gritó mi nombre.

La puerta del dormitorio de mi abuela se abrió de un golpe. Tan fuerte, que el pomo golpeó la pared y la hundió.

Me levanté con las manos detrás de mi espalda, escondiendo el pollito.

Vi cómo uno de los brazos de mi hermana salió de debajo de las sábanas. Agarró la máscara y se la colocó sin apenas moverse.

El bebé empezó a llorar.

—¿Has entrado en mi cuarto estando la puerta cerrada? —preguntó papá.

—Fue sin querer.

Miré a la abuela como si ella pudiera confirmar mi versión, pero no dijo nada.

—Ven —dijo mi padre.

Dudé.

—¡Ven!

Avancé hasta situarme delante de él.

—¿Qué llevas ahí detrás? —preguntó.

—Nada.

Todavía sentía las uñas y las plumas del pollito entre mis dedos.

—¿Cómo que nada? —dijo papá.

Sin darme tiempo a reaccionar, me agarró de un hombro. Su mano bajó como un pulgón a lo largo de mi brazo en dirección al codo. Y luego a la muñeca, detrás de mi espalda. Cuando la agarró, tiró de ella para obligarme a mostrarle la mano.

Cerré los ojos como si así pudiera hacer que desapareciera el pollito.

Pero la mano estaba vacía.

—Enséñame la otra —me ordenó—. Vamos.

Saqué la otra mano lentamente. Tampoco en ésta había nada.

Ni rastro del pollito.

Yo estaba tan sorprendido como mi padre.

—Explícame por qué has entrado en mi habitación —dijo. Me puso una mano extendida en la frente—. Dice tu madre que estás enfermo.

No supe qué responder.

Observé la cicatriz de pelo de papá. Sus fosas nasales se abrían y cerraban al ritmo de su sonora respiración.

—¿Lo estás? —preguntó—. ¿Estás enfermo?

Tampoco contesté. Sólo pensaba en dónde se habría metido el pollito.

—No es nada —intervino mi abuela—. Tiene algo de fiebre, pero muy poca. No nos va a hacer falta nada.

Mi padre volvió a tocarme la frente.

—Ahora te voy a explicar lo que es una cerradura —dijo.

Me agarró del cuello con la mano convertida en tenaza. Si él hubiera querido, podría haberla cerrado por completo.

—Oye —dijo mi abuela.

Mi padre la miró, y yo pude hacer lo mismo cuando la fuerza de agarre sobre mi cuello cedió un poco.

—A esa bombilla le queda poco tiempo —dijo—. Hace días que oigo un zumbido de electricidad.

Al tiempo que papá levantó la vista al techo, donde colgaba el cuerpo ahorcado de cristal, mi abuela acarició su almohada para que yo lo viera. Justo en el lugar donde había colocado antes el huevo. Lo entendí enseguida.

—Gracias, abuela —le dije.

Ella sonrió y dejó de acariciar el tejido.

—No sé cuándo podremos cambiarla —repuso mi padre a cuenta de la bombilla.

—Quizá le quede más de lo que parece —respondió ella.

La tenaza volvió a cerrarse en torno a mi cuello, pero no me importó. El pollito estaba bien e iba a dormir con mi abuela. Oliendo sus polvos de talco.

Esa misma noche me despertó un grito.

—¡Se está ahogando!

Me incorporé de golpe en la cama. Durante unos segundos, dudé si realmente había escuchado algo o si estaba teniendo una pesadilla.

—¡Se está ahogando!

El grito llegó otra vez desde más allá del pasillo. Sobre mi cabeza rechinaron los muelles de la cama de mi hermano. Su peso cayó al suelo. La estructura de la litera tembló. Cuando mi hermano abrió la puerta, la luz de fuera dibujó un trapecio de color amarillo sobre el suelo, la base mayor de la figura iluminando el ancho exacto de mi cama.

Apenas podía ver con las pupilas tan contraídas de repente, doloridas, pero dos siluetas, la de mi padre y la de mi madre, se unieron a la de mi hermano en un improvisado pelotón que se dirigió a la izquierda, al lugar de donde provenían los gritos de mi abuela.

—¡Se ahoga! —repitió ella.

Era mi pollito el que se estaba ahogando. La abuela lo había escondido debajo de su almohada y se habría echado a dormir sobre ella, aplastando al pájaro recién nacido, que ahora se estaba ahogando.

Corrí sobre el trapecio de luz hacia la puerta. Ya daba igual que mi padre supiera de mi pequeño secreto. Me crucé con él en el pasillo, guiando a mi abuela con las manos en sus caderas.

—Apártate —me dijo.

Ella llevaba en brazos a mi sobrino. Pero no lo cargaba como siempre. Lo tenía acostado sobre el brazo izquierdo, la cabeza en la mano y los pies a la altura del codo apuntando al suelo. Con la mano derecha, le daba golpes en la espalda. Era él quien se estaba ahogando.

—¿Respira? —preguntó mi madre.

Ella y mi hermano iban detrás de papá. Desaparecieron al adentrarse en la estancia principal. Aproveché para revisar la cama de mi abuela. Quería coger al pollito. Llevarlo a su cajón. Que creciera tranquilo en su nido de camiseta, junto al cactus. Pero cuando levanté la almohada vi la cáscara. Rota. A su lado, una mancha amarillenta. La toqué. Estaba húmeda.

—¿A qué huele? —preguntó mi hermana.

Estaba sentada sobre su cama mirando a la pared. Su voz salió de detrás de la máscara sin ninguna entonación.

—No lo sé —contesté.

Palpé la humedad viscosa. Me guardé uno de los pedazos de cáscara y dejé caer la

almohada.

—¿Está bien el niño? —preguntó mi hermana, pronunciando de carrerilla como si fuera todo una misma palabra.

—Voy a ver.

Antes de salir de la habitación, me detuve en el marco de la puerta. Le pregunté si venía.

—Ahora no —respondió.

Me dirigí a la estancia principal. Allí me encaramé al sofá marrón. Mi abuela se sentó en una silla, junto a la segunda ventana, la que había en lo alto de una de las paredes. Mantenía al bebé en la misma posición de antes. El niño emitía un ligero gorgoteo. Cada vez más espaciado. Al principio fue constante, casi al ritmo de una respiración normal, pero fue reduciendo su frecuencia al tiempo que se aceleraban los erráticos pasos de mi madre alrededor de la silla. Se mordía la uña del pulgar.

Mi hermano se tapó la boca para disimular la risa.

Papá se acercó al bebé. Manoseaba nervioso su llave colgada al cuello. La soltó y golpeó la espalda del niño con tanta fuerza que la abuela tuvo que levantar el brazo para evitar que se le cayera.

—Así no —protestó.

Sin embargo, tras el fuerte impacto, el gorgoteo se interrumpió. La nariz del bebé burbujeó cuando el aire volvió a entrar en su cuerpo. Mi madre detuvo su frenético paseo. Mi hermano comenzó a marchar a lo largo del salón, elevando mucho las rodillas a cada paso, balanceando los brazos. Silbó su canción de camino a la mesa.

—¡Ahora no! —le gritó mamá.

La melodía se interrumpió. Cesó también el temblor en el suelo. Mi hermano raspó su garganta como hacía siempre antes de uno de sus llantos escandalosos.

—Y me da igual que llores.

Mi hermano corrió al pasillo. La bombilla del salón se balanceó tras el portazo. La sombra de mi cabeza se alargó hasta fundirse con la de la silla. Allí, mi abuela giró al niño, que tenía ya la cara de un color rojo oscuro. Encorvó la espalda para escuchar mejor.

El gorgoteo atragantado se repitió.

—No está respirando —dijo mi abuela.

Se levantó de golpe. La silla quedó en equilibrio sobre dos patas, el respaldo apoyado en la pared. La abuela se mordió los labios, sus cejas asimétricas se arrugaron alrededor de unos ojos que se esforzaban por no llorar. Paseó por la penumbra de la estancia acunando al niño. Lo arrulló como si fuera la hora de la siesta de cualquier otro día. Entonces la abuela abrió a la fuerza la boca del niño e introdujo dos dedos en el interior de la cavidad. Desaparecieron hasta la altura de los nudillos. Cuando los sacó estaban brillantes de baba.

—No sé qué más hacer —susurró. Después lo gritó—: ¡No sé qué más hacer!
Giró al niño. Lo inclinó. Golpeó su espalda una y otra vez. Lo agitó.
El bebé estaba casi morado.

—¡No sé qué más hacer!

La luz de la bombilla se reflejó en la humedad que rodeó sus ojos.

—Tenemos que sacarlo —dijo mi madre—, se va a...

—Ya no llegamos a tiempo —interrumpió papá.

Miré a la puerta que había al otro lado de la estancia, cerca de la mesa. La que siempre había estado abierta. A la que me acerqué por primera vez hacía muchos calendarios, la noche en que mi familia cumplía cinco años en el sótano. Después de que el pomo se me resbalara por culpa de mi propia saliva, volví a agarrarlo. Pero no encontré razón para girarlo. Ni siquiera lo intenté. En el sótano estaba mi madre. Y mi abuela. Mis hermanos. Y papá. Esa noche regresé a sus piernas y cenamos crema de zanahoria mientras yo balanceaba mis pies cubiertos por los calcetines que el pijama traía incorporados.

—¿Que no llegamos a tiempo? —El llanto de mi abuela se convirtió en enfado. Y sus ojos parecieron secarse de repente—. Vamos a comprobarlo.

Apoyó al niño contra su pecho sin dejar de golpearle la espalda. Rodeó el sofá, pero en lugar de ir hacia la puerta que siempre había estado abierta, se encaminó al pasillo.

Bajé del sofá a toda prisa, hundiendo los pies en el cojín, emocionado por ser yo quien iba a aportar la solución definitiva al problema. Agarré a la abuela del codo para detener su avance.

—Abuela, la puerta está ahí —dije mientras corría por el salón—. Vamos, podemos salir por aquí.

Sus cejas se elevaron hasta la mitad de la frente cuando entendió. Mi padre dio un paso al frente con un brazo extendido como si pudiera cogerme sólo por el hecho de pensarlo.

Agarré el pomo de la puerta.

Y lo giré.

O lo intenté.

Tres veces.

Papá bajó el brazo. Me miró durante unos segundos. Después habló a la abuela:

—Y tú tampoco vas a ningún lado.

—No voy a dejar que este niño se ahogue —respondió ella.

Sin hacer caso a las órdenes de papá, reanudó su marcha hacia los dormitorios. Él la siguió, clavando los talones en el suelo.

—Ni siquiera tienes la llave de esa puerta —le gritó—. Ni la de más arriba.

En ese momento el bebé produjo un gorgoteo prolongado que acabó en tos.

Empezó a llorar.

Y a respirar.

Mi padre frenó en seco su corta carrera. Por la intensidad constante del llanto del bebé, deduje que la abuela también se había detenido.

Mamá corrió al pasillo.

Yo me quedé con la mano pegada al pomo de la puerta. Papá me había mentido. Esa puerta nunca había estado abierta.

Sólo era otra pared.

La pared definitiva.

Hubo mucho movimiento en el pasillo y las habitaciones. También en el baño. Cuando papá regresó al salón me descubrió aún agarrado al pomo de la puerta. Identifiqué un parpadeo de sorpresa.

—A tu cuarto —dijo—. Vamos.

Apagó la luz, dejándome en total oscuridad.

Oí cerrarse la puerta de su habitación.

Solté el pomo ya caliente mientras los volúmenes de la estancia se dibujaban a mi alrededor. Me dirigí al pasillo sorteando sin error los obstáculos. Antes de ir a mi cuarto, hice una visita a la abuela.

Me acerqué primero a la cuna para comprobar la respiración del bebé. Sonaba tan suave, tan sana, que el atragantamiento podría no haber existido nunca. Después me coloqué al lado de mi abuela. Sacudí lo que intuí que era su hombro bajo la manta. Ella gimíó. Volví a balancearla. Un temblor casi imperceptible delató que se había despertado.

Pero permaneció callada.

La sacudí de nuevo.

Mi abuela me tocó a la altura del pecho.

—Ah, eres tú —dijo al reconocermme por el tacto—. ¿Qué pasa? —preguntó. Se movió bajo las sábanas y elevó el tono de voz—: ¿Otra vez el bebé?

—Nada —le dije—, el niño está bien.

Ella soltó aire por la boca. Percibí un olor amargo mezclado con el de los polvos de talco.

—¿Dónde está el pollito? —susurré. Esperé su respuesta—. El pollito. ¿Dónde está?

—¿O sea que fuiste tú el que movió mi almohada? —me preguntó.

—Sí. Antes. Cuando el bebé.

—¿Y qué viste? —preguntó.

—No vi al pollito.

—Pero ¿qué viste?

—Vi la cáscara. Y una mancha amarilla. Como el huevo que me explotó papá. ¿Dónde está el pollito?

—Se escapó —contestó enseguida—. Cuando vino tu padre lo cogí de tu mano. Lo escondí en la almohada.

—Eso me dijiste.

—Pero cuando papá te llevó a su cuarto, se me escapó. Corrió por encima de la cama —hizo algún gesto con la mano— y se fue a la cocina. Debió de salir volando por la ventana de allí.

—No hay nada más allá de las ventanas. Sólo hay más cemento.

—No para un pájaro —dijo ella—. Y el pollito era muy pequeño, cabía por cualquier rendija. Seguro que pudo salir por cualquier grieta.

Lo valoré.

—¿Está bien el pollito? —pregunté. Lo imaginé a solas en aquel mundo hecho de ampollas.

—Claro. —Posó una mano sobre mi rostro, calentándome una mejilla—. Seguro que está bien. Va a estar mejor ahí fuera que metido en tu...

No terminó la frase.

—Si yo quisiera, ¿podría ir a buscarlo? —pregunté.

Pensé en la puerta de la cocina. En el inútil movimiento de mi mano, incapaz de girar el pomo. Si hubiera tratado de abrir una pared con un pomo dibujado en un trozo de papel habría conseguido el mismo resultado.

—Pero entonces dejarías de verme a mí —respondió ella—. Y a tu madre. Y a papá. Y al bebé. ¿Quieres eso?

Sacudí la cabeza.

—¿Eh? ¿Quieres eso? —preguntó al no ver mi negación.

—No.

—Claro que no quieres eso.

Me cogió del cuello para acercarme a ella. Colocó mi cara en algún lugar caliente entre su pecho y su hombro. Besé el aire.

—Ahora vuelve a tu cuarto —susurró.

—He guardado un trozo de la cáscara por si vuelve el pollito. Para que sepa dónde está su casa.

El pecho de mi abuela se infló.

—Eres un niño muy bonito —dijo.

Asentí en el cálido lugar en el que tenía la cara, oliendo los polvos de talco.

—Ve a tu cama —añadió—, duerme un poco más.

Fue un gran poder el que la abuela me concedió esa noche.

De vuelta a mi cuarto, aún en el pasillo, una suave brisa se coló por la ventana.

Coloqué la cara entre los barrotes. Cerré los ojos e inspiré, dejándome envolver por ese olor diferente que llegaba desde fuera. Diferente a todo cuanto había en el sótano. Pero una nota amarga estropeó el momento, porque el exterior acababa de convertirse en un lugar al que no podía ir aunque quisiera. La puerta de la cocina estaba cerrada.

Otra ráfaga de aire me acarició la cara.

Y trajo consigo a la primera luciérnaga.

Voló delante de mis ojos.

Después se posó en la superficie que iba desde la ventana hasta la otra pared, a la altura de mi cuello. En cuanto aterrizó, escondió bajo su caparazón las alas que había utilizado para amortiguar la caída. En realidad, el caparazón de los coleópteros no es más que otro par de alas, endurecido para proteger las que usan para volar. El insecto avanzó hacia los barrotes sobre la gravilla acumulada en ese espacio. Hacia mí.

Y entonces se produjo el destello.

Durante un segundo, el cuerpo de aquel bicho oscuro se encendió con la mágica luz verde que emanaba del final de su abdomen. Igual que en mi libro de insectos, el que guardaba en el mueble a los pies de mi cama. La primera vez que pasé las páginas del libro quedé fascinado por las largas patas de los mántidos, el perfecto camuflaje de los fásmidos, los colores de los lepidópteros. Pero fue la luz del lampírido lo que me atrapó por completo. Un insecto de luz. Como las bombillas que colgaban desnudas en el techo del sótano. Pero vivas.

Hubo un nuevo destello, idéntico al de la fotografía de mi libro, que mostraba una luciérnaga posada en una brizna de hierba. Extendí ahora un dedo frente a ella, sobre la gravilla, interrumpiendo su camino. La luciérnaga se encaramó a él, lo escaló. Guardó el equilibrio con pequeñas batidas de las alas.

Mantuve los ojos abiertos para no perderme el siguiente destello. Cuando volvió a encenderse, tuve que parpadear varias veces para humedecerlos.

Regresé a mi cuarto con el índice extendido frente a mi cara, la luciérnaga en la punta. Mi hermano roncaba. Abrí el cajón de mi mueble. Primero deposité en el nido de camiseta el resto de cáscara que había rescatado de la cama de la abuela.

—Por si vuelves —le dije al pollito que no estaba.

Después localicé el tarro grande en el que guardaba mis lápices de colores. Los dejé caer dentro del cajón. Metí a la luciérnaga en el interior del frasco vacío. Trató de buscar agarre en su nuevo mundo de límites transparentes, pero resbaló por el cristal sin conseguirlo. Metí un lápiz en el frasco para que el insecto tuviera dónde posarse. Lo agradeció con un chispazo de frío color verde.

No existe criatura más fascinante que aquella que es capaz de crear luz por sí misma.

Desnudo, tapado sólo con una toalla anudada a la cintura, entré en el baño. Era una habitación grande, con baldosas en el suelo. También en las paredes, pero sólo hasta media altura. Más arriba, puro cemento.

Encontré a mi hermana sentada en la bañera, en ropa interior, con las piernas hacia dentro. El agua borboteaba al ir llenando la bañera. En el sótano no se calentaba lo suficiente como para producir vapor.

Mi hermana se desabrochó el sujetador. Lo dejó caer sobre la pila de ropa amontonada en el suelo. Se levantó, se bajó las bragas, y se las quitó levantando primero un pie y después el otro. Las mojó con las gotas que resbalaron de sus dedos. Descubrí zonas amarillas en su piel, moratones a punto de desaparecer resultado de los golpes que se había dado contra la mesa el día del nacimiento.

Podía ver el nivel del agua ascender desde mi posición en la puerta. Casi llegaba a las rodillas de mi hermana. El olor a jabón inundaba la estancia.

Cerró el grifo.

Extendió una mano sobre la máscara. Con la otra estiró la goma negra que recorría la parte de atrás de su cabeza.

—Estoy aquí —le dije.

Ella levantó los hombros.

—¿Ya has terminado con la bici?

—Sí.

Todos teníamos que usar la bici tres veces por semana. Papá la había colocado en una esquina del salón, cerca del calendario. De color azul y blanco, no se movía por mucho que pedalearas. Cuando me tocaba subir a mí, le pedía a mamá que me pusiera alguna película en el televisor para imaginar que avanzaba por los paisajes de la pantalla.

Mi hermana ladeó la cabeza sin dejar de sujetar la máscara. La punta de una oreja emergió entre su pelo negro.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó.

—Acabo de llegar —mentí—. Le tocaba subir a mamá ahora.

—¿Y te vas a bañar?

—¿Te molesta?

Mi hermana suspiró, dejando caer los hombros. Soltó la goma de la máscara y la fijó a su cabeza. Después se impulsó con las manos a ambos lados de sus caderas para sumergirse en el agua. Hipó cuando introdujo el pecho. Una vez dentro, echó la cabeza hacia atrás para mojarse el pelo. Terminó sentada en un extremo de la bañera, la cabeza apoyada en la pared.

—Venga —me dijo—, puedes venir.

Cerré la puerta del baño. Apoyé mi tolla en el lavabo, y me metí en el agua por el lado opuesto al de mi hermana. Me senté encajando las piernas entre las de ella, abiertas y flexionadas. Yo también flexioné las mías para no tocar nada con los pies.

—Qué lista, me has dejado el lado del tapón —le dije.

Mi hermana rió tras su máscara.

Era raro escucharla reír.

Me pasó el champú para que me lavara la cabeza. Después de usarlo, se lo devolví.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Pues lo mismo que tú. Lavarme el pelo —contestó—. Y la cara.

—Vale —dije. Cerré los ojos con fuerza y añadí—: Ya.

Mi hermana chasqueó la lengua.

Oí cómo se estiraba la goma al quitarse la máscara, y también el bote escupiendo jabón sobre sus manos. La oí frotarse el pelo con el champú, y el agua salpicando su rostro.

—¿Ya? —pregunté después de un rato.

No respondió

—¿Ya? —repetí.

Tras unos segundos de silencio, contestó:

—¿De verdad no te atreves a mirar?

Me tapé los ojos con ambas manos. La espuma del baño crepitaba, flotando en el agua o adherida a mi cuerpo.

Negué con la cabeza.

—Vamos —dijo—, mira cómo tienen la cara papá y mamá. La mía no puede ser mucho peor.

—No tienes nariz —respondí—. No quiero ver tu agujero.

Me agarró de una muñeca.

—Mírame —dijo—. Quieres mirar.

Me cogió también de la otra muñeca. Una marea se desató en el agua de la bañera con nuestro movimiento. El tapón me raspó el culo. Y el dedo gordo de uno de mis pies rozó el pelo entre sus piernas.

Tiró de mis muñecas en direcciones opuestas.

—Mírame —repitió.

Cuando logró separarme las manos de la cara, apreté los ojos. Tan fuerte, que vi puntos de colores flotando a mi alrededor. Gemí. Intenté salir del agua, pero mi hermana me agarró de las rodillas y me empujó hacia abajo. El tapón volvió a clavarse en uno de mis glúteos.

Mi hermana tiró de mis párpados para obligarme a abrirlos. Conseguí resistirme apretándolos con todas mis fuerzas. Me dolieron. Entonces ella usó ambas manos

para abrir un solo ojo. Empleó sus diez dedos adultos para separar los párpados de un niño.

—Mírame, mírame, mírame... —raspaba la voz en la garganta.

Una línea de luz empezó a colarse por ese ojo. Después distinguí algunos colores y también empecé a diferenciar volúmenes.

Fue entonces cuando se abrió la puerta del baño.

—Pero ¿qué es lo que estás...?

Era mi madre la que gritaba.

Los dedos de mi hermana se volatilizaron. La puerta del baño se cerró con un golpe. Mamá se acercó a la bañera y colocó su mano sobre mis ojos. Parpadeé de forma involuntaria para relajar los párpados.

—Tienes suerte de que no haya sido tu padre el que ha entrado en el baño —dijo mamá, escupiendo las palabras entre los dientes—. Sal de la bañera. Vamos, vete.

Las piernas de mi hermana se separaron de las mías. El nivel del agua descendió. Lo sentí bajar en el pecho. Oí cómo caían al agua las gotas que resbalaban de su cuerpo al levantarse.

Algo me tocó el pecho, a la misma altura que el nivel del agua. Cuando saqué la mano para tantearlo, una descarga de terror se encendió en la base de mi espalda. Era la nariz de mi hermana. Una nariz ortopédica que flotaba señalando el techo.

—Y llévate esto también —dijo mamá. Hubo un ruido de goteo en el lugar donde flotaba la máscara—. Ninguno tenemos por qué ver tu cara.

Oí la goma fijarse al cráneo de mi hermana. Sonó diferente al hacerlo sobre el cabello húmedo.

—Lo que vosotros queráis —respondió ella antes de salir del baño.

Mamá se quedó conmigo hasta que salí del agua. De rodillas en el suelo, me arropé con la toalla. Me abrazó con el tejido, besándome el cuello. Me hizo cosquillas.

—¿Cómo tiene la cara? —pregunté.

Ella me secaba los ojos con las puntas de la toalla. Aún me palpitaban por el esfuerzo que había hecho por mantenerlos cerrados.

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó.

Me quedé en silencio.

—Para nada —dijo mi madre—, no necesitas saberlo para nada. Tu hermana siempre ha llevado esa máscara en esta casa. Es decisión de tu padre.

—¿La llevaba también cuando vivíais fuera? —pregunté.

—Ya sabes que no —respondió—. La lleva por lo que pasó con el fuego.

Al decir aquello, la mirada mellada de mi madre se desenfocó. Su nariz silbó. Después sus ojos parpadearon a destiempo y regresó de allá donde hubiera ido.

—A mí no me afectó el fuego —dije.

—Claro que no —repuso mientras me frotaba el pelo—. Porque estabas dentro de mi tripa. Fuiste una sorpresa inesperada.

—¿Cómo era vivir fuera? —pregunté.

Mamá me envolvió con la toalla.

—¿Por qué tantas preguntas de repente? —dijo—. Tienes lo mismo que todo el mundo. Una casa en la que vivir. Y una familia. No creas que la gente que vive fuera tiene mucho más que eso.

Pensé en el olor de la brisa que entraba a veces por la ventana del pasillo.

—¿Por qué me mintió papá sobre la puerta de la cocina?

Mamá soltó la toalla. Me miró unos segundos con los brazos cruzados.

—A los niños pequeños siempre se les cuentan historias. ¿O crees que el hombre grillo existe de verdad?

—Calla —susurré—, que te puede oír. No quiero que me encuentre.

Mamá me secó las orejas.

—¿Y tú cómo es que recuerdas tan bien aquella noche? Eras así de pequeño —dijo mientras dibujaba con dos dedos un espacio diminuto—. Así de pequeñito eras.

Encogí los hombros sacando el labio inferior hacia fuera. Eso la hizo sonreír.

—Porque eres un niño muy listo —se contestó ella misma. Me acarició toda la cara con la palma de una mano rugosa—. Y por eso sabes que no irías a ningún lado aunque esa puerta estuviera abierta. ¿Adónde ibas a ir?

Mamá volvió a abrazarme con el suave tejido de la toalla.

—¿Adónde quieres ir? —insistió.

Me miró con su ojo caído y su sonrisa asimétrica.

—A ningún sitio —contesté.

Vestido sólo con un calzoncillo, me dirigí a la cocina. Oí la crema de zanahoria burbujear en el fuego. También oí a mi familia hablar antes de que yo llegara.

—Se está acabando todo —dijo mamá.

Algún cacharro golpeó contra algún metal.

—Tenía que haber venido ayer —respondió la abuela.

Cuando me asomé, vi a mi madre encaramarse de puntillas a lo más alto de uno de los armarios de la cocina. Además de los dos fogones, la cocina disponía de un fregadero, un horno, una nevera y un montón de armarios y cajones. Estaban todos abiertos.

—Aquí no hay nada —dijo mamá con el brazo metido en el armario superior, como si esperara encontrar en el fondo algo que escapara a su vista—. Lo que tenéis en la mesa es lo que hay.

Bajó los talones y se giró, entonces me vio.

—Vamos a cenar, que ya estamos todos —dijo.

Se acercó a la mesa, tocó el hombro de mi abuela e hizo un gesto con la boca a mi padre. Estaban todos allí sentados, bajo el cono de luz que la bombilla proyectaba sobre el comedor. Vi la goma de la máscara de mi hermana ajustada a su pelo aún húmedo. Mi abuela y mi madre recogieron algunos paquetes de arroz apilados sobre la mesa. Y latas de atún. También huevos y patatas. Los colocaron en sus respectivos armarios, que quedaron más vacíos de lo que yo estaba acostumbrado a ver.

—Ya era hora de que aparecieras —dijo mi padre—. ¿Para qué te agarras tanto a esa ventana? ¿Te quieres ir o qué?

—No estaba en la ventana —respondí.

—Y tampoco quiere irse —añadió mamá.

—Esconde cosas en su cajón —soltó mi hermano de pronto.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que escondes? —preguntó papá.

Mi hermano quiso decir algo más. Antes de que pudiera hacerlo, la olla caliente de la crema de zanahoria ya estaba en el centro de la mesa.

—A cenar —dijo mamá.

Con ayuda de un cazo sirvió la cena, llenando el montón de platos hondos que mi abuela había dispuesto sobre la mesa. Sirvió también un séptimo plato. El que nadie tocaría. Y que, como siempre, acabaría en la basura o el desagüe.

La segunda luciérnaga llegó esa noche.

Acostado sin dormir, escuché el diálogo de la película que mi familia veía en el salón, la favorita de papá. La había puesto tantas veces que me sabía de memoria cada palabra, cada pausa, cada disparo.

—¿Era necesario matarlos a todos? Te dije solamente que los asustaras —susurré a la oscuridad de mi habitación.

En el sótano teníamos televisión, pero no antena, ni señal. Había un montón de cintas en la gran estantería del salón, cintas que veíamos en un reproductor de vídeo que tenía escrita la palabra «Betamax» a un lado. A papá le gustaban las películas de vaqueros. Una vez le pregunté qué era el Oeste y me enseñó en un mapa el continente que se llama América.

—El que muere se queda muy asustado —añadí.

Saqué una mano de debajo de la sábana, imité una pistola con los dedos y disparé unas balas imaginarias a la oscuridad. Justo en ese momento, el bebé empezó a llorar.

Como si las balas hubieran alcanzado su cuna.

Oí los pasos de mi madre en el pasillo. Detrás, los de mi abuela. Desde la noche que casi se asfixia, cada vez que el pequeño lloraba corrían a la cuna temiendo encontrarlo de color morado.

Abrí la puerta de mi habitación para ver qué ocurría. Los destellos de la pantalla del televisor iluminaban el pasillo de manera intermitente. Imaginé a papá en su butaca de rayas. Mis hermanos sentados en el sofá marrón a su lado. Él, riendo a destiempo en una escena violenta o arrugando la frente sin entender del todo lo que acontecía tras esa ventana de imágenes. Ella, sentada en el suelo utilizando el sofá de respaldo, con las piernas cruzadas, las manos entrelazadas apoyadas en su vientre y mirando la tele como quien mira un acuario.

—¡Haced que el niño se calle! —gritó papá desde el salón.

Se hizo oír sobre el ruido de los disparos y sobre el llanto inconsolable de mi sobrino.

Crucé el pasillo en dirección a su cuarto. Algo me hizo daño en el pie. Era un pequeño tornillo de la caja de herramientas de papá. Pensé que se me había clavado, pero la pequeña pieza se desprendió sola, rodando por el pasillo.

Olí los polvos de talco de la abuela nada más entrar en su cuarto. Junto a la cuna, mi madre mecía al niño entre sus brazos. Al verme, se llevó un dedo a la boca para indicarme que no hiciera ruido. Cuando el brillo de la pantalla aumentaba porque en la película apareciera una imagen especialmente clara, un plano general de un día soleado en las montañas, por ejemplo, podía llegar a distinguir los rasgos de su cara. Pero cuando la pantalla volvía a apagarse con algún primer plano del rostro sucio de

un vaquero, se convertía en poco más que una mancha oscura frente a mí.

Tanteando, subí una mano por el cuerpo de mi madre, por su camiseta dada de sí, hasta llegar al bebé.

—Tranquilo —susurré.

Mamá suspiró. Mi abuela me rodeó con sus brazos, apoyando sus manos en mi pecho desnudo.

Fue en ese momento cuando la vi.

Un punto de luz verde flotando en el pasillo. Varios destellos dibujaron una estela desde el techo hasta el suelo. Aparté las manos de mi abuela para poder ir en su búsqueda.

—Un momento —dijo mi madre.

Pensé que me hablaba a mí, que también ella había visto la luciérnaga, pero entonces encendió la luz del dormitorio y el destello verde del insecto desapareció. Deslumbrado, los ojos me dolieron.

El bebé dejó de llorar.

Mamá accionó de nuevo el interruptor.

A oscuras, el bebé retomó el llanto.

Cuando mi madre encendió la luz una segunda vez, ocurrió lo que imaginaba.

—Le pasa lo mismo que a él —dijo mamá señalándome con la barbilla—. Es la oscuridad lo que le hace llorar.

—¿Lo mismo que a mí? —pregunté.

Mi madre le pasó el bebé a la abuela. Después me sentó en la cama.

—De pequeño tenías miedo a la oscuridad —explicó—. Las primeras noches llorabas sin parar hasta que alguien encendía una luz.

—Pero ya no lo tengo —dije.

Mamá sonrió y un ojo se le cerró.

—Claro que no.

—¿Y cómo se me quitó?

—Como se quitan todos los miedos —contestó. Se levantó y se dirigió a la puerta de la habitación. Allí colocó un dedo sobre el interruptor y añadió—: Enfrentándote a él.

Apagó la luz.

El bebé empezó a llorar.

La abuela siseó sobre su llanto mientras mis ojos volvían a acostumbrarse a la ausencia de luz. Miré al pasillo pero la luciérnaga ya no estaba.

—¿Lo vais a dejar llorar? —pregunté.

Mi sobrino gritó con todas sus fuerzas raspándose la garganta. Las dos formas oscuras que eran mi madre y mi abuela se acercaron a la cuna. Una de las figuras se acortó, la de mi abuela agachándose para dejar al bebé en su interior.

—Es lo único que podemos hacer —contestó.

—Además —añadió mamá—, la oscuridad no está tan mal.

El bebé lloraba cada vez más fuerte.

La voz de mi padre llegó desde el pasillo.

—¡Hacedle callar por favor!

Me acerqué a la cuna y me asomé. Mi abuela, o mi madre, mecían la estructura para acunar al niño.

—No tengas miedo —le susurré—. La oscuridad no está tan mal.

La nariz de mamá silbó al escucharme repetir sus palabras.

Pero el niño siguió llorando.

La butaca de mi padre se arrastró en el salón. Los cambios de luz en la pantalla del televisor dibujaron su silueta en el marco de la puerta. Alguien tocaba una armónica en la película.

—¿Qué es lo que le pasa a ese niño?

—Es la oscuridad —contestó mi madre.

Papá encendió la luz. Cerré los ojos a tiempo.

—Y él, ¿qué hace aquí? —preguntó. Supe que se refería a mí—. Tú, ¿qué haces aquí?

—No podía dormir, quería ver qué le pasaba.

Papá accionó el interruptor en dos ocasiones. Comprobó que el niño callaba con la luz y lloraba sin ella. La dejó encendida.

—Pues así se queda.

—Tenemos que apagarla —intervino mamá.

—¿Pretendes que dejemos la luz encendida toda la noche? —dijo la abuela—. ¿Cómo va a dormir tu hija? Ella también duerme en este cuarto.

—Además, el bebé tiene que acostumbrarse a la oscuridad —añadió mi madre.

Papá suspiró. Bajó el interruptor.

Nos quedamos a oscuras.

El bebé empezó a llorar de nuevo.

—Y tú, a tu cama —me ordenó—, que ya sabes lo que hace el hombre grillo con los niños que se portan mal.

Antes de soltar la cuna, susurré al bebé:

—No te preocupes, tengo una idea.

Mi padre esperó a que saliera delante de él. Después regresó al salón. La butaca de rayas se arrastró por el suelo mientras subía el volumen del televisor.

Recorrí el pasillo con la mirada buscando a la nueva luciérnaga. Pisé de nuevo el tornillo en el pasillo. Junto a mi pie se encendió entonces el destello verdoso del insecto. Voló hasta el tarro como si visitara a un familiar en una cárcel entomológica, comunicándose con señales de luz a ambos lados del cristal. Abrí la tapa del bote

para meterla dentro. Ambas luciérnagas acompañaron la acción con chispazos de luz verde.

Sonreí al pensar en mi sobrino, al que todavía oía llorar.

—Espérame —susurré.

Regresé a la cama, impaciente. Repetí los diálogos de la película que mi padre no se cansaba de ver, mi hermano no terminaba de entender y mi hermana probablemente odiaba. Hasta que terminó con la música habitual. La melodía más triste que se haya entonado jamás. El canto de aquella mujer llenaba el sótano de una oscuridad mucho más profunda que la mera ausencia de luz.

Mi hermano entró en nuestra habitación y subió a su litera. Los muelles chirriaron con el peso de su cuerpo al acostarse. Después volvieron a chirriar, de forma rítmica, durante varios minutos. Primero despacio, luego más rápido. Cada vez más rápido. Hasta que mi hermano gimió. Y los muelles dejaron de sonar.

No tardó en empezar a roncar.

Esperé todavía un poco más, para asegurarme de que todos estuvieran durmiendo. Cuando no escuché nada aparte del goteo de la cisterna y el llanto del bebé, salí de la cama y cogí el tarro de las luciérnagas.

En el cuarto de mi hermana oí la respiración pausada de mi abuela.

Me asomé a la cuna.

—Dadle luz —susurré a las luciérnagas—, que aún tiene miedo a la oscuridad.

Coloqué el bote junto a él y lo tapé con la sábana.

Dos destellos verdes iluminaron su rostro.

Antes de que yo abandonara la habitación, el bebé dejó de llorar.

A la mañana siguiente, me incorporé sobresaltado en la cama al recordar el bote con las dos luciérnagas. Ya había mucho ruido en la casa. El mecanismo de la tostadora saltó varias veces en la cocina, las sillas se arrastraron en torno a la mesa del comedor y la cisterna se llenaba en el baño.

Llegué al cuarto de mi abuela vestido con el mismo calzoncillo de la noche anterior. Me asomé a la cuna pero estaba vacía. Ni rastro del bebé ni de mi tarro. Levanté la sábana con la que los había tapado. Nada.

Mamá gritó mi nombre desde la cocina, desde donde también llegaba el olor a pan tostado. Pasé antes por el baño para mojarme la cara y el pelo, siempre lo llevaba de punta al despertarme.

—Siéntate, venga —dijo mamá al verme, sacando la mantequilla de la nevera—. Vamos a desayunar ya. ¿Ves lo que te pasa por andar despierto tan tarde? Que luego te quedas dormido.

Mi hermano esperaba con los cubiertos en ristre a que mi madre le sirviera el desayuno. Señaló mi silla con el cuchillo, a su lado. Una mueca separó su labio inferior herido mostrando gran parte de la encía. Me senté. Frente a mí, la abuela sonreía a la nada. Bebió café con la punta de un dedo metida en la taza para comprobar su nivel. A su izquierda, mi hermana amamantaba al bebé. Papá lo miraba fijamente.

—Al final el niño pudo dormir bien —dijo.

Mi hermana enfiló la máscara hacia papá. Cuando descubrió que estaba mirando allí donde el bebé succionaba, tapó la parte descubierta del pezón con su mano.

A papá se le arrugó el entrecejo.

—¿Ves? —saltó mi madre desde la tostadora—, lo que pasa es que tiene que ir acostumbrándose a la oscuridad.

Mi hermana me miró sin volver la cabeza.

—O no —dijo. Creí ver una sonrisa en sus labios.

Pensé en el bote de las luciérnagas.

—¿Qué quieres decir con eso? —intervino papá.

—Nada —contestó ella.

—No, dime, ¿qué has querido decir con eso?

La abuela dejó de sonreír. Mi hermano contuvo uno de sus rebuznos.

—No he querido decir nada —insistió tras la máscara, aún mirándome a mí.

—¿Qué has querido decir? —repitió papá.

El bebé lloró cuando el pezón se le escapó de la boca. Mi hermana lo pellizcó con dos dedos para ofrecérselo de nuevo.

—He querido decir que no debe de ser tan bueno que estos niños se acostumbren

a la oscuridad —dijo señalándonos al bebé y a mí con ligeros movimientos de cabeza—. Estos niños necesitan la luz del sol.

—Tomamos toda la vitamina D que necesitamos —aclaró mi madre desde la cocina.

—Pero necesitan aire —prosiguió mi hermana—, necesitan vida, necesitan... —Inspiró profundamente como si fuera a decir algo importante, pero cerró la boca y se quedó en silencio.

—¿Qué necesitan? —la instigó papá—. Dilo, ¿qué es lo que necesitan?

Mi hermana clavó sus ojos en los de mi padre.

—Ya he dicho lo que quería decir.

—¿Estás segura? —le preguntó—. Yo creo que has dejado una frase a medias. Atrévete a decir de nuevo que les falta algo a estos niños.

Mi hermana asistió al bebé en su pelea con el pecho.

—Venga —continuó papá—. Atrévete. Que les falta aire. Que les falta sol.

Los labios de mi hermana se tensaron tras la máscara.

—¡Atrévete! —gritó mi padre.

Mi hermana enderezó la espalda. El bebé empezó a llorar en cuanto perdió el pezón. Ella se metió el pecho dentro de la blusa y se la abotonó.

—A este niño lo que le falta de verdad es un padre —dijo entonces.

Con cuidado, dejó al niño, de espaldas, sobre la mesa.

Enfrente de papá.

El puñetazo que él dio a la madera hizo temblar todo el servicio. El bebé agitó brazos y piernas. La abuela lo encontró, guiándose por el sonido de su llanto. Mamá agarró su taza con ambas manos como si fuera a salir volando. El puño de papá se abrió y cerró en tres ocasiones. Los huesos de sus nudillos crujieron las dos primeras. Sopló mientras negaba con la cabeza.

Después de dar otro puñetazo sobre la mesa, se levantó y abandonó el salón sin decir nada más. Durante el corto trayecto hasta el pasillo no dejó de mirar a mi hermana. La puerta metálica de su habitación se cerró.

Mamá comenzó a repartir las tostadas. Sirvió a todos menos a mi hermana.

—¿Y yo? —preguntó ella.

—Ahí tienes la última rebanada. —Señaló la cocina—. El tostador está en el armario.

Sentado en el suelo con las piernas cruzadas, empujé el cactus con un dedo para seguir la trayectoria del sol.

—Toma, vitamina D.

Recordé lo que había dicho mi hermana esa mañana y extendí ambas manos en forma de cuenco bajo el chorro de luz, por si las pastillas que me daba mamá no eran

suficientes. Las giré bajo el sol y después me tumbé. Con los ojos a ras del suelo aproveché para repasar la estancia principal. Miré debajo de la mesa del comedor. De los armarios y de la nevera en la cocina. Mamá lavaba algunas prendas en el fregadero. Aunque en el sótano había una lavadora, ella prefería hacer la colada a mano, decía que era un buen entretenimiento. Después tendía la ropa en su cuarto, junto a la lavadora que no se usaba. Miré también alrededor de la bici. Debajo del sofá marrón y de la butaca a rayas de papá. Debajo del mueble donde descansaba el televisor, y debajo de las estanterías llenas de cintas y libros. Mi bote no estaba en ningún sitio.

Primero escapó el pollito.

Y ahora escapaban las luciérnagas.

—Por lo menos sé que tú no te vas a ir —le dije al cactus. Al suspirar olí el detergente que usaba mamá. Era uno de mis olores favoritos en el sótano.

Papá regresó al salón por primera vez en todo el día tras el incidente en el desayuno. Incluso se había saltado la hora de comer. Se acercó a mi madre en el fregadero.

—Sigue sin venir —le dijo—. Y no quedan huevos. Sabíamos que esto podía pasar algún día, pero no...

—El niño está aquí —le interrumpió mi madre—. Míralo, ahí, en el suelo. Con el cactus.

Papá se giró.

—Pareces un fantasma —dijo—. Siempre tan callado.

Me puse de rodillas.

—Déjale —susurró mi madre.

—Vamos, vete. Que tengo que hablar con tu madre.

Le enseñé la maceta con el cactus.

—¿Y? —contestó tras dedicarle una mirada—. Esa planta ya ha recibido más luz de la que pueda necesitar.

Abandoné el salón. Mis padres esperaron a que estuviera lo suficientemente lejos para retomar su conversación. Antes de que pudiera abrir la puerta de mi habitación, una mano me agarró. Era mi hermana.

Su rostro artificial se apoyó en mi hombro por detrás.

—Ven —me susurró al oído.

Me arrastró a su dormitorio. El bebé dormía en la cuna. La abuela estaba de rodillas, a un lado de la cama, con los antebrazos apoyados en el colchón. El rosario bailaba entre sus dedos, las cuentas avanzando con un característico repiqueteo. Murmuraba la oración con los ojos cerrados en un arrullo indescifrable. Mi hermana colocó un dedo sobre el agujero de la máscara bajo el que estaba su boca. Avanzamos hasta su cama. Advertí un bulto bajo la sábana. Cuando tiró de ella, descubrió lo que

había debajo.

Era mi bote de las luciérnagas.

Tomé aire para decir algo pero mi hermana volvió a pedirme que guardara silencio. La abuela abrió los ojos sin dejar de nombrar al que está allí arriba. Mi hermana y yo nos quedamos quietos. Las cuentas del rosario siguieron chocando entre sí y contra las uñas de mi abuela. Regresamos a la puerta de puntillas acompañados por el zumbido de la oración. Justo antes de que abandonáramos la habitación, la abuela dijo:

—Cerrad la puerta cuando salgáis.

Así lo hizo mi hermana. En el pasillo miré a la estancia principal. Mis padres seguían hablando en voz baja junto al fregadero. Mi hermana me dio una palmada en el culo y me señaló el baño.

Cuando entramos, se colocó de cuclillas empujando la puerta con la espalda para que se cerrara. Apoyó el bote de las luciérnagas en una de sus rodillas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Miré al bote.

—¿Qué demonios es esto? —repitió—. ¿Y qué hacía en la cuna del bebé?

Me agaché para dejar el cactus en el suelo. Después intenté coger el bote. Mi hermana lo apartó levantándolo por encima de su cabeza.

—¿Para qué has metido esto en la cuna del niño?

No respondí.

—¿Quieres que llame a papá y se lo cuente? ¿Y que él te pregunte por qué lo has hecho?

Ladeó la cara para acercar su boca a la puerta sin dejar de mirarme. Aún me concedió unos segundos antes de gritar:

—¡Pa...!

Le tapé la boca con ambas manos, tocando el material ortopédico de su máscara. Ella sacó la lengua y sentí una babosa húmeda entre los dedos. Consiguió que apartara las manos.

—¿Qué es esto? —preguntó de nuevo—. Dímelo, será nuestro pequeño secreto. Sabes que esto es peligroso para un bebé tan pequeño, ¿verdad?

Agitó el tarro. El lápiz chocó contra las paredes transparentes del envase.

—Cuidado —dije—, les vas a hacer daño.

Mi hermana observó el tarro.

—He preguntado si sabes lo peligroso que resulta esto para la vida de un bebé tan pequeño como ese que duerme en la cuna de mi habitación.

Bajé la cabeza, avergonzado. No había pensado en eso.

—No te pongas así ahora —dijo mi hermana—. Mírame. Has puesto en peligro la vida del bebé.

Arrugué los labios.

—Pero no llores... Mientras no se entere nadie, no pasa nada. Y mientras te portes bien, nadie tiene por qué enterarse. Será nuestro pequeño secreto.

—No lo volveré a hacer —dije.

Ella rió. Empujó el tarro contra mi pecho y lo soltó sin avisar. Logré agarrarlo antes de que cayera al suelo. Mi hermana abrió la puerta del baño y desapareció. Una de las luciérnagas emitió un destello verde. La otra respondió enseguida.

Entonces sentí que me ardía el dorso de una mano. Quizá la había puesto demasiado tiempo al sol. Descubrí una mancha roja en mi piel blanquecina. Tan blanca que pensé que a lo mejor papá tenía razón.

A lo mejor yo era un fantasma.

Me encaramé a la silla a la hora de cenar.

—¿Sólo hay esto? —pregunté.

Peiné el puré de patata con el tenedor. Revolví el montón de guisantes. Un par de ellos cayeron al suelo. Esperé, con los hombros encogidos, un regaño de papá.

—Come —dijo él.

Le hice caso.

—Cómete eso también —ordenó después. Señaló con el cuchillo los restos de piel de patata que había apartado en el plato.

—Nunca hemos comido el puré así.

La nariz de mamá silbó.

—Pues está mucho más rico —dijo.

Buscó varios restos de piel en su puré y se los metió a la boca. Los masticó con una sonrisa que arrugó su mejilla de forma irregular. Mi abuela comió también sus cáscaras de patata. A mi derecha, mi hermano engullía la pasta amarillenta. Algunos trozos se colaban por el hueco abierto en su labio inferior y regresaban al plato masticados. Él los recuperaba con la cuchara en un nuevo intento de ingerirlos. Algo parecido a lo que hacen las moscas, que vomitan su saliva para regurgitar los restos sólidos de los que se alimentan, transformándolos en una masa líquida que después absorben con su boca en forma de trompa.

Me comí todo lo que había en el plato, pero seguía teniendo hambre.

—¿No hay más? —pregunté.

Oí los cubiertos de papá al apoyarse en su plato. En una rápida sucesión, mi abuela se llevó la mano a la frente, al vientre, a ambos lados del pecho y a la boca.

—Claro que hay más —respondió mamá.

Alcanzó el séptimo plato, colocado como siempre entre mi abuela y mi hermana. Cuando la abuela lo oyó, agarró la mano de mamá.

—Aún no —le dijo.

Mamá me miró y se mordió el labio inferior.

—Por favor —susurró la abuela—. Aún no.

Mamá dejó el plato donde estaba con un suspiro.

Papá me ofreció el suyo. Lo sujetaba con el brazo estirado, el plato en el aire en mitad de la mesa.

—Eso no soluciona nada —dijo mi madre.

—Soluciona el hambre del niño.

—Sólo esta noche —añadió ella—. ¿Qué haremos mañana?

—¿Qué pasa mañana? —pregunté masticando un trozo de piel.

—No pasa nada —susurró mamá muy cerca de mi cara, tratando de sonreír.

Después miró a papá—: ¿Qué haremos mañana?

—No lo sé —contestó él—. De verdad que no lo sé.

Esa noche, papá dejó que me quedara a ver una película con ellos. La vi mientras jugaba en mis manos con los dos guisantes que habían caído de mi plato.

De vuelta a mi habitación después de la película, me arrodillé frente al mueble a los pies de mi cama. Al abrir el cajón encontré dos nuevas luciérnagas cerca del tarro. Cuando desenrosqué la tapa para meterlas, mi hermano apareció en la habitación. Escaló a su litera haciendo que todo temblara. La tapa se me cayó al suelo. Tras recuperarla y cerrar el frasco, conté sólo tres luciérnagas en su interior.

Faltaba una.

Oí cómo se cerraba la pesada puerta metálica del dormitorio de mis padres. Mi hermana tiró de la cadena. Oí sus pasos recorriendo el camino del baño a su habitación. Mi hermano apagó la luz de nuestro cuarto. El goteo de la cisterna se hizo audible en el repentino silencio.

Permanecí quieto, atento a la oscuridad.

Un punto de luz planeó por la habitación. Dejé el frasco en el cajón, mientras aquella chispa verde parpadeaba dos veces antes de aterrizar cerca de la puerta. Avancé a gatas hacia la luciérnaga, que permaneció iluminada en el mismo sitio.

—Ven aquí —susurré.

Justo antes de alcanzarla, el punto de luz se deslizó por debajo de la puerta. Abrí una rendija. La luciérnaga alzó el vuelo por el pasillo, en dirección al salón. Salí de la habitación de puntillas. El aire de la ventana me acarició las piernas. Por ahí habrían entrado las dos nuevas visitantes.

Seguí la estela de luz en absoluto silencio. En el salón, los pilotos encendidos de la televisión y el vídeo iluminaban la estancia, como otras dos luciérnagas atrapadas en el interior de los aparatos. Muertas. La viva emitió tres destellos antes de posarse en la butaca de mi padre. Me lancé sobre ella formando un cazo invertido con las manos. Pensé que había fallado, hasta que cuatro rayas verdes se dibujaron entre mis dedos. Cerré la mano derecha atrapando al insecto en su interior. El batir de sus alas me hizo cosquillas.

Fue entonces cuando oí el golpe.

El corazón comenzó a latirme en los oídos.

Hubo otro golpe.

Y después otro.

Rompí a sudar porque sabía lo que significaba.

—Que no haya venido a por mí, que no haya venido a por mí —susurré a la oscuridad.

La primera noche que escuché aquellos ruidos lloré en la cama con los músculos tan congelados por el terror que fui incapaz de moverme. Cuando lo conté en el desayuno, mamá me dijo que habría sido mi imaginación. Que no había monstruos más allá del techo, ni en mi armario, ni debajo de mi cama. Pero papá me había

contado la verdad.

—Has oído los pasos del hombre grillo —me explicó—. Es un viejo con enormes ojos negros al que las rodillas se le doblan al revés. —Y trató de escenificar lo que contaba caminando de cuclillas por el comedor—. También tiene dos largas antenas, tan largas que rozan el techo cuando entra en las casas.

—¿Para qué entra en las casas? —pregunté yo.

Papá volteó una silla, se sentó con las piernas abiertas, agarrado al respaldo.

—Porque busca niños con sus antenas. —Pegó ambos brazos a su frente y los agitó—. Con sus antenas y la luz de un quinqué busca bajo tierra a los niños que se portan mal para meterlos en un saco.

—¿Y qué hace con ellos? —quise saber.

Papá acercó tanto su cara a la mía que me raspó con su cicatriz de pelo.

—Se los come —dijo—. Empieza por los pies, sigue por las piernas, luego por la tripa, hasta que llega a la cabeza. —Y emuló con los dientes un ruido de masticado—. Y mientras se los come, frota sus rodillas invertidas contra su cuerpo para cantar como un grillo.

Apostado ahora junto a la butaca de papá, con la luciérnaga batiendo sus alas en el interior de mi mano, sentí un escalofrío al recordar el chirrido que escuché justo después de que me contara aquella historia, el chirrido de un grillo real.

Se produjo otro impacto en la oscuridad.

El hombre grillo venía a por mí. Quería meterme en su saco porque había puesto en peligro la vida del bebé al esconder en su cuna el tarro de las luciérnagas. Y porque había empezado a hacerme preguntas sobre lo que había fuera del sótano.

Dejé de respirar.

Miré a la ventana del salón. Los barrotes anularon cualquier idea de escapar antes de que llegara a existir. Miré también a la puerta que nunca había estado abierta. Tuve que hacer un gran esfuerzo para mover mi cuerpo entumecido por el miedo. Crucé el salón en dirección al pasillo. Vi la puerta entornada de mi cuarto. Quise correr a mi cama y desaparecer bajo las sábanas, acariciar entre mis dedos el suave tejido del interior de mi almohada.

Fue cuando rechinaron las bisagras de la puerta de mis padres.

Me pegué a la pared, a un lado del umbral que daba acceso al pasillo.

Entonces lo oí.

El chasquido de una rodilla. La rodilla invertida del hombre grillo. Imaginé sus antenas vibrando, buscando mi olor, rascando el techo. Sus enormes ojos negros captando la poca luz del sótano para repetir mi silueta en un montón de celdas hexagonales.

Otro chasquido, más cercano.

Con la cabeza pegada a la pared, distinguí su silueta en el pasillo, en un lateral de

mi campo de visión.

Oí el repiqueteo de su patas contra el suelo. Hasta que me di cuenta de que era el sonido de mis dientes chocando entre sí. Me mordí el labio inferior para detenerlos.

El hombre grillo abrió la puerta del cuarto de mi abuela. Supe entonces que no había venido a por mí. Quería llevarse al bebé. La pétrea sensación que anulaba mis articulaciones me impidió moverme.

Cuando cerró la puerta, no pude contener el líquido caliente que goteó por mis piernas.

Tras un espacio de tiempo que no supe medir, la silueta emergió de la habitación. Imaginé a mi sobrino en el saco, con la cara arañada por las patas peludas del hombre grillo.

El bebé lloró.

Pero el llanto llegaba desde dentro de la habitación. El niño estaba a salvo.

Las bisagras de la puerta de mis padres rechinaron de nuevo, logrando que mi cuerpo reaccionara por fin. Emergí tras la pared y corrí a la litera. Me lancé al colchón, las sábanas hasta la frente, la luciérnaga aún en mi puño.

—Perdón, perdón, perdón —susurré—. No quería hacerle daño al bebé. Por favor, que no haya venido a por mí.

El sudor que cubría mi cuerpo se enfrió de golpe.

Sentí que alguien me miraba dentro de la habitación. Podía oírle respirar. Cuando soltó la primera carcajada cerré los ojos. Hasta que reconocí la risa. Aquel sonido gutural. La risa animal de mi hermano subió de volumen.

—Tienes miedo —dijo.

Volvió a rebuznar.

—Cállate, que nos va a encontrar.

—¿Quién? —preguntó entre risas.

—El hombre que viene a veces —susurré.

Mi hermano calló de repente.

—¿Te lo ha contado papá? —dijo tras unos segundos.

—Sí —contesté a la oscuridad—. Hace mucho.

—¿Ha... —se atragantó— hace mucho?

Mi hermano volvió a enmudecer.

—¿Tú no lo sabías? —pregunté—. El hombre grillo va cazando a los niños que vivimos bajo tierra y que se portan mal.

Mi hermano volvió a reír.

—Sí, sí —dijo—, me lo ha contado, sí.

Estalló en carcajadas guturales mientras yo le chistaba para hacerle callar.

—Cállate —le dije—, cállate, que me va encontrar.

Mi hermano rió hasta atragantarse. Luego empezó a toser. Los muelles de su litera

acompañaron cada sacudida de tos.

Entonces se abrió la puerta de la habitación.

El hombre grillo me había encontrado.

La luz se encendió. Me tapé la cara con la sábana.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó mamá desde la puerta.

Suspiré aliviado. Tomé aire antes de contestar:

—Tengo miedo —contesté.

—No te digo a ti, se lo digo a tu hermano.

Él seguía riendo y tosiendo.

—¿Te quieres callar? —ordenó mi madre.

Se acercó a la litera. Me asomé tras la sábana. Vi el cuerpo de mamá sólo hasta el pecho. El resto quedaba por encima de la cama de mi hermano. Ya apenas reía. Tosía de una forma frenética que le hacía atragantarse.

—¡Para! —gritó mi madre.

Escuché algunos golpes contra la espalda de mi hermano.

—¡Tienes que parar! —insistió—. Tu hermano no puede estar despierto.

Poco a poco, el estallido de tos fue remitiendo.

—¿A qué ha venido esto? —le preguntó mi madre. Como no obtuvo respuesta, se dirigió a mí—. ¿Cuánto llevas tú despierto? ¿Qué es lo que has oído?

Dudé unos segundos. La llave de su cuello colgaba como un péndulo.

—He visto al hombre grillo —dije.

—¿Has salido de la habitación?

La luciérnaga que había ido a recuperar aún revoloteaba en mi puño cerrado.

—No —mentí.

—¿Y dónde lo has visto?, ¿en esta habitación?

Negué con la cabeza.

—Claro que no —dijo ella—, porque ese hombre no existe. Ya lo sabes.

—¡Sí que existe! —gritó mi hermano desde las alturas.

Mi madre le dio un manotazo.

—Cállate —le dijo—. No existe.

Mamá pellizcó su camiseta dada de sí entre las piernas y se sentó a un lado de mi cama. Colocó una mano sobre mi vientre.

—Ese hombre no existe —repitió—. Nadie va a venir a llevarte. Ésta es tu casa y aquí estás seguro. Ahora te voy a traer un vaso de leche, te lo vas a tomar y te vas a dormir. ¿Entendido?

Asentí sin ningún convencimiento.

Mamá se levantó y abandonó la habitación unos minutos, tiempo suficiente para que mi hermano repitiera desde las alturas:

—Existe.

Me quedé en silencio recordando la silueta que había visto en el pasillo. Los dos chasquidos de su rodilla invertida.

Entonces escuché el canto de un grillo. Como el que había oído justo después de que papá me revelara la existencia del hombre grillo. Un canto real, igual al que había oído en los documentales. Igual a cuando se hacía de noche en las películas.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Como si un grillo de verdad caminara por mi columna vertebral.

Mamá regresó con el vaso de leche. Me lo ofreció y yo lo agarré con la mano libre, pues no quería que descubriera la luciérnaga.

—Que yo vea cómo te lo tomas —me dijo.

Me lo bebí de un trago.

—Sabe raro —dije.

Mi madre desvió la mirada un instante.

—Estará sucio el vaso —respondió—. Y ahora, a dormir.

Me quitó el vaso y esperó a que me tumbara. Me arropó con la sábana.

—Aún tengo miedo —le dije—. ¿Y si no puedo dormir?

Además tenía que esperar a que ella se fuera y mi hermano empezara a roncar para devolver la luciérnaga al tarro. También me hubiera gustado cambiarme el calzoncillo mojado. Pero debí dormirme en ese mismo momento, porque cuando volví a abrir los ojos, mi familia hablaba en la cocina. La casa olía a café y pan tostado. En mi mano había un guisante aplastado.

El mecanismo de la tostadora saltó para recibirme en la cocina. Mamá hervía leche. Junto a ella, doce huevos descansaban sobre su trono de cartón gris.

—Qué bien huele todo —dijo—. Sabía que no fallaría.

—Está el niño... —le avisó mi padre.

Mamá se dio la vuelta.

—Ven aquí que te dé un abrazo —dijo arrodillada junto al horno.

Mi hermano, mi hermana y mi padre merodeaban también por la cocina.

—Eso no va ahí —dijo papá. Sacó un paquete de arroz que mi hermano acababa de guardar en el primer cajón y lo metió en el tercero.

Al apartar mi silla de la mesa, encontré un saco de patatas sobre mi asiento.

—Espera —dijo mamá. Se acercó y lo quitó para que me sentara—. ¿Ves cómo pudiste dormir?

Asentí frotándome un ojo con la mano.

—No hagas caso a tu padre —me susurró al oído—. Ese hombre grillo es un invento para asustar a los niños y que se porten bien.

—Pero yo lo vi —respondí.

Papá habló desde la nevera.

—Os estoy oyendo —dijo—. Claro que lo viste. Porque el hombre grillo existe. Y se mueve así. —Atravesó la cocina en cuclillas para colocar una ristra de cebollas sobre la campana extractora—. La diferencia es que sus rodillas se doblan al revés.

Mamá me cogió de la barbilla y negó con la cabeza. Después se incorporó con un gemido, cargando las patatas, y las guardó en un armario bajo.

El resto de mi familia se fue sentando.

—O sea que alguien tuvo miedo anoche —dijo mi padre al tomar asiento—. Y parece ser que no fue el bebé —añadió señalando a mi hermana sin mirarla—. Una noche llora el bebé, a la noche siguiente llora el niño. Pero ¿qué pasa en esta casa?

—No lloré —contesté.

—¿Ah, no? —preguntó—, ¿y por qué tuvo que ir tu madre al cuarto a calmarte?

—En realidad fui a calmar a tu otro hijo —intercedió mamá. Dejó un cuenco con varios huevos cocidos en el centro de la mesa antes de sentarse—. Era él quien no paraba de reírse.

—¿Podemos desayunar? —interrumpió mi hermana—. Tengo hambre.

Papá esperó con las muñecas apoyadas en el filo de la mesa, sin agarrar sus cubiertos.

—¿Por qué no viene la abuela? —susurró mamá—. ¿Voy a por ella?

Mi hermana alargó el brazo para coger un huevo del cuenco.

Papá golpeó su mano como si matara un mosquito.

—Nadie come nada hasta que venga la abuela —dijo.

—¿Y cómo sabemos si va a venir? —preguntó mamá.

La voz de la abuela llegó desde su habitación.

—Voy a salir —gritó.

—Va a salir —repitió papá.

—Ya me han oído —añadió ella—, no hace falta que me traduzcas.

El sonido de sus zapatillas arrastrándose por el pasillo precedió a su aparición bajo el umbral. Vestía el camisón con el que solía desayunar, que luego siempre se cambiaba y no volvía a ponerse hasta la noche. Su pelo blanco, que peinado de cierta forma disimulaba las calvas que le provocó el fuego, estaba ahora echado hacia delante, tapándole la cara. A ambos lados de su cabeza se apreciaban los parches desnudos de cuero cabelludo.

—El pelo —dijo mi padre—, que estamos todos.

Ella se peinó como pudo la cabellera. Mamá quiso levantarse, pero mi abuela la detuvo.

—No te preocupes, puedo yo sola.

Cuando se sentó, se recogió mejor el pelo y trató de sonreír, pero el resultado no fue más que una gran arruga en su rostro hinchado.

—¿Cómo estás? —le preguntó mi padre.

—¿Qué te pasa en los ojos? —dijo mi hermano.

La abuela respiró hondo.

Buscó su plato tanteando con los dedos. Después una mano reptó por la mesa hacia su derecha. Tocó el séptimo plato. Solía sonreír cada vez que comprobaba que mamá lo había servido, pero esa vez su barbilla tembló.

—A comer —dijo papá.

—A comer —añadió la abuela.

Tenía los labios enrojecidos, los ojos hinchados, la punta de la nariz irritada.

—¿Por qué estás tan triste? —le pregunté.

Ella dejó su taza sobre la mesa. Secó el café de sus labios con una servilleta de tela llena de agujeros. Mamá me había explicado que los agujeros los hacían las polillas, así que durante varios días busqué orugas por todo el sótano. Quería alimentarlas con mi ropa, verlas crecer y asistir a su metamorfosis. Pero mamá llenó armarios y cajones con bolas de naftalina. Durante días fue lo único a lo que olió el sótano.

—¿No veis lo triste que está? —insistí.

Mamá bajó la cabeza.

La abuela colocó la servilleta sobre sus piernas. Un forzado pliegue de carne se dibujó en su rostro en la peor imitación de una sonrisa.

—¿Te hizo algo el hombre grillo? —pregunté—. Lo vi entrar en tu cuarto.

Sus ojos habitualmente nublados se llenaron de lágrimas.

Entonces llegó desde el pasillo el llanto agudo del bebé.

—¿Lo has dejado en el cuarto? —preguntó papá.

La abuela parpadeó como si acabara de recordar que había un bebé en el sótano.

—Ve a por tu hijo —ordenó papá a mi hermana.

Ella dejó en la mesa el tarro de azúcar. La cucharilla golpeó el filo de cristal. Miró a la abuela. Se llevó un dedo a la sien y lo movió en círculos.

—No le hagas eso —dijo papá.

—¿Qué es lo que hace? —preguntó la abuela.

—Nada —contestó mi hermana—, no hago nada. Voy a ver qué le pasa.

Echó una última cucharada de azúcar a su café. Cerró el tarro al tiempo que se levantaba. Entonces se quedó quieta un instante y volvió a sentarse. Alzó el tarro con el codo apoyado sobre la mesa.

—¿Te importaría ir a ti? —me preguntó.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

Ella miró el tarro. Lo balanceó. Era un tarro igual al de las luciérnagas.

—Bueno, si no quieres... —dejó el bote sobre la mesa y recorrió la circunferencia de la tapa con un dedo—, puedo...

—Vale —la interrumpí cuando entendí el chantaje—. Ya voy yo.

Ella sonrió. Separó el dedo de la tapa.

—Si llora por hambre, tráemelo, que le doy el pecho aquí.

Mi hermano empujó su silla para impedirme el paso.

—Tiene que ir ella —dijo.

Intenté esquivarlo pero volvió a moverse.

—Que vaya ella —repitió.

—Que vaya el que quiera —dijo papá—. Pero que vaya ya. No aguanto el llanto de ese niño.

En la cuna, el bebé lloraba con los brazos extendidos hacia el techo, como si deseara que el hombre grillo lo encontrara y se lo llevara. Coloqué una mano sobre su vientre y lo acuné. El llanto fue bajando de intensidad. Cuando acerqué uno de mis dedos a su boca, el bebé lo atrapó y empezó a succionar. Una paz equivocada iluminó su rostro.

Fue entonces cuando noté el bulto bajo la sábana.

Se movió a la altura de sus pies. Al principio pensé que habían sido sus piernas al agitarse con el berrinche, pero aquel relieve se alejó demasiado del cuerpo del bebé, como una extremidad elástica que quisiera escapar de su propia anatomía. El bulto se desplazó a una de las esquinas de la cuna. Me puse de puntillas para agarrar a mi sobrino. Antes de que pudiera levantarlo y apartarlo de aquella cosa que se movía

bajo la sábana, el bulto se colocó sobre su pecho. Como un segundo cuerpo.

Sentí en mis muñecas el cosquilleo de los bigotes antes de ver nada. Una nariz gris, puntiaguda, inquieta, apareció entre mis manos. Golpeó la barbilla del bebé, que apenas acertó a ladear la cabeza para escapar de aquella cosa.

La rata salió de debajo de la sábana. Caminó sobre los mofletes del niño, hundiendo sus patas en la carne. Una de las delanteras tomó impulso en la nariz, la otra cerca de la oreja. Las garras del roedor abrieron pequeñas heridas en la piel. El bebé abrió la boca para retomar el llanto. La cola del animal serpenteó entre sus labios. El hocico se detuvo unos segundos en el ojo izquierdo del niño, olisqueándolo, los bigotes vibrando sobre sus párpados como pestañas grotescas.

Tiré del bebé con las manos temblorosas. Un músculo de la espalda me lanzó un pinchazo de dolor. El animal se agarró al cráneo del niño, doblándole hacia atrás el cuello en un ángulo antinatural, para después saltar al interior de la cuna. Escapó entre dos de los barrotes. El rabo desapareció en una esquina de la habitación.

Besé al bebé en la frente, apoyado sobre mi pecho. Sujeté su cabeza por detrás para mantener erguido el cuello. Dos gotas de sangre resbalaron por su cara.

—¿Se calla ese niño o qué? —gritó mi padre desde la cocina.

Me senté en el suelo, la espalda apoyada en la cama de mi abuela. Limpié con uno de mis pulgares las gotas de sangre de la cara del bebé.

—¿Tan difícil es? —insistió papá.

—Si tiene hambre, tráemelo —coreó mi hermana.

Tenía la garganta tan encogida por el susto que no pude contestar.

Me quedé esperando, hasta que escuché los pasos de mi abuela avanzar por el pasillo.

—¿Qué pasa? —dijo al entrar al cuarto. Tropezó conmigo. Su ceja medio poblada se elevó contraída por la preocupación—. Pero ¿qué pasa? —Se arrodilló a mi lado. Buscó con las manos al bebé. Lo cogió—. ¿Está bien?

Tragué saliva. Abrí la boca pero no pude articular palabra. Volví a tragar.

—Una rata —conseguí decir.

—No —respondió ella. Apretó la cabeza del niño contra su pecho—. ¿Dónde?

—En la cuna —dije—. Una rata enorme, ha salido de debajo de la sábana. Ha caminado por encima de su cara. Abuela, le ha arañado la cara.

Mamá apareció en el cuarto. Detrás de ella, mi padre y mi hermano. Se arremolinaron en torno a nosotros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó papá.

—¿Que qué ha pasado? —Mi abuela separó al niño de su cuerpo para que mi madre lo sujetara. Después, se levantó. Habló muy cerca de la cara de papá—: Ratas. Te dije que acabarían pegándonos un susto.

—¿Ratas? —Mi madre se tapó la boca.

—Hay veneno en todas las esquinas —explicó papá—. Puede que con el retraso haya tardado un poco más...

—Sí, échale la culpa a él —le cortó mi abuela—. ¿Ha venido más con lo de hoy? Mi padre abandonó la habitación sin responder.

Mi hermana apareció entonces bajo el marco. Apartó un mechón de pelo enganchado a la nariz artificial de su máscara, examinó las puntas del cabello.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Mi hermano agarró a mi hermana de un brazo. Tiró de ella para acercarla al bebé, que aún lloraba en los brazos de mi madre. La empujó hasta que consiguió que se arrodillara.

—No me toques —gritó ella—. Déjame. No me toques.

Los dedos de mi hermano se pusieron blancos alrededor del brazo.

—Tenías que... —se le atragantó una sílaba— que cuidarlo tú —dijo.

Ella gimió.

—Déjala —intervino mamá, mientras acariciaba la cara del bebé—. Ha sido un accidente.

—Ha sido un accidente —repitió mi hermana—, este sitio está lleno de ratas.

Mi hermano soltó el brazo. Ella se lo masajeó.

Papá regresó al cuarto.

—Tenemos una caja nueva —dijo.

La agitó para que mi abuela pudiera oírlo. Era roja, más pequeña que una caja de cereales, pero con la misma forma. La silueta negra de una rata aparecía dibujada en una de las caras, dentro de un círculo amarillo.

—Que alguien me traiga el agua oxigenada del baño —pidió mamá, al tiempo que soplaba la cara del bebé.

Mi hermana se sentó en la cama. Seleccionó otro mechón de pelo y lo atusó sujetándolo con dos dedos colocados en forma de tijera.

—Es tu hijo —le dijo mi madre—. ¿No piensas ir?

Ella sopló las puntas del cabello.

—Que vaya su padre —contestó.

Corrí al baño en busca del botiquín. En el cuarto estallaron los gritos. También oí una bofetada.

Por la tarde me senté junto a mamá en el sofá marrón del salón. Ella remendaba una camisa de papá. Sobre el brazo del sofá estaba el costurero con el que asistió a mi hermana tras el parto. En realidad era una vieja lata de galletas danesas. Eso es lo que podía leerse en la tapa. Detrás de nosotros, mi hermano pedaleaba sobre la bicicleta estática, el pedal rozando el armazón metálico una vez cada cinco segundos.

Observé el rostro de mamá. Su perfil esculpido por el fuego. Una vez la descubrí

en la cocina mirando una fotografía. La tocaba con los dedos. Era ella antes de entrar en el sótano. Aparecía de pie sobre unas rocas, pellizcando su falda entre las piernas. Rodeada por la espuma blanca de una enorme ola que debió de mojarla un instante después. Mamá se arrodilló para enseñármela. Cuando vi aquella cara de piel lisa y rasgos perfectos, como una máscara ortopédica sobre el rostro quemado de mamá, agarré el marco y lo tiré al suelo. El cristal se rompió.

En el sofá, detuve la aguja de coser. Besé la mejilla de mi madre. Me gustaba su ojo casi cerrado. Me gustaba que su piel raspaba cuando me daba un beso en la frente antes de dormir. Y me gustaba el párpado torpe que se le arrugaba cuando se concentraba remendando el codo de una camisa.

Su nariz silbó tras el beso.

Pegué mi boca a su oreja.

—¿El hombre grillo vino anoche a por mí? —le pregunté.

Dejó caer los hombros. Dobló la manga de la camisa sobre el regazo. Depositó hilo, aguja y dedal en la caja de costura. Acaricié el pliegue rugoso entre dos de los nudillos. El círculo de piel quemada al inicio del pulgar. La cicatriz ancha y lisa cerca de la muñeca.

—¿A por ti? —preguntó.

Asentí.

—¿Por qué iba a venir a por ti?

Pensé en el tarro de las luciérnagas que escondía en el cajón. En que pude haber ahogado al niño por metérselo en la cuna. En las preguntas que había empezado a hacerme sobre el mundo exterior.

—Porque... —dudé.

—Además, ¿cómo va a meterte en un saco un viejo que ni siquiera existe? —Me pellizcó la nariz.

—Yo lo vi.

—¿Estás seguro?

Asentí con los ojos muy abiertos.

—¿Seguro, seguro, seguro?

Pronunció las palabras de una forma cómica, para distraerme. Pero recordé los golpes. Las antenas rascando el techo del pasillo. Los chasquidos de sus rodillas invertidas.

—Seguro —insistí—. A lo mejor vino a por el bebé.

—¿A por el bebé? ¿Y qué es lo que ha hecho el bebé?

Encogí los hombros, incapaz de dar una respuesta.

Entonces caí.

—Mamá —dije. Hice una pausa larga antes de continuar—. Mamá, ¿es el hombre grillo el padre del bebé?

Su cabeza cayó hacia delante, como si el cuello se le hubiera convertido en gelatina. Miró a mi hermano en la bicicleta para comprobar que no nos escuchaba.

—Pero ¿qué cosas dices? —susurró—. Anda que como te oiga tu padre... Hijo, de verdad, hazme caso. El hombre grillo no existe. Aquí estás seguro.

—Pero yo lo vi.

—El hombre grillo no existe —insistió—. Además, tú ni siquiera sabes cómo se hacen los niños. No hemos llegado a esa página todavía.

—Seguro que no es muy diferente a cómo lo hacen los insectos —respondí—. Y he leído mucho sobre eso en mi libro.

Mamá sonrió. Un ojo se le cerró sin querer.

—Créeme, hijo, es muy diferente.

Recogió la camisa, la aguja y el hilo de la caja de costura para retomar la labor de remiendo. Un envase circular de plástico transparente cayó sobre el sofá. Examiné su contenido moviéndolo entre mis dedos.

—¿Qué son? —le pregunté.

—Son tus dientes de leche.

El recipiente se me resbaló. Rodó por el suelo hasta que la tapa se separó del resto. Los dientes acabaron desperdigados.

Mi hermano rebuznó desde la bici.

—Anda, vete —dijo mamá. Un hilo negro unía su boca con la camisa sobre sus rodillas—. Ya lo recojo yo. Pero vete antes de que te saques un ojo con esta aguja.

Me quedé con dos de los dientes sin que se diera cuenta.

Corrí al pasillo.

Papá hablaba con mi hermana desde la puerta del baño. El agua del grifo corría.

—Póntela —dijo.

—Necesito lavarme la cara —respondió ella.

—Y yo necesito colocar esto en el baño.

Papá mostró la caja de matarratas que llevaba en la mano.

—Pues ponlo —dijo ella.

—No tengo por qué ver tu cara mientras lo hago.

Papá me vio y reparó en la mano con la que me estaba pellizcando los calzoncillos.

—Y tu hermano mucho menos —dijo. Me guiñó un ojo—. Él también necesita usar el baño. No puede entrar si estás con el agujero de tu nariz al aire.

Me quedé quieto.

El agua del grifo siguió corriendo.

El brazo de mi hermana emergió del interior del baño. Estuve a punto de cerrar los ojos. Cogió la caja de veneno. Papá se quedó con el brazo extendido.

—Lo pongo yo —dijo ella.

Entonces cesó el rozamiento de los pedales de la bici en el salón. El suelo retumbó cuando mi hermano inició una de sus marchas. Silbó la melodía de siempre.

Sorbí saliva apretándome el calzoncillo.

—Tu hermano necesita entrar —insistió mi padre. Su tono se agravó—. Ponte la prótesis.

Oí cómo se ajustaba la goma elástica.

—Así me gusta —dijo, y me abrió paso—. Ya puedes entrar al baño.

Papá esperó a que me colocara delante de la taza.

Mi hermana chasqueó la lengua.

Desde el salón, mamá llamó a mi padre.

—Haz que pare —le gritó. Se refería a mi hermano y su marcha por la cocina.

Papá cogió la caja de matarratas del lavabo y lo colocó sobre la cisterna.

—Pon tú el veneno —me dijo—, que no me fío de la de la máscara. Un cubito detrás de este mueble —tocó el que se encontraba debajo del lavabo—, otro detrás de éste —posó la mano en el armario de las toallas— y uno más detrás de la puerta. ¿Entendido?

Asentí.

—Y lávate bien las manos después —añadió—. No quiero encontrarte muerto en un rincón.

Desapareció camino del salón, donde mi hermano seguía marchando.

Saqué de la caja los cubitos de veneno, de color azul celeste. Los coloqué donde me había indicado papá. Mi hermana miraba el reflejo de su máscara en el espejo. Golpeó el chorro de agua varias veces para salpicarlo hasta que distorsionó tanto su propia imagen que quedó borrosa. Cuando deposité la última dosis de veneno tras la puerta, preguntó:

—¿Me puedo lavar la cara de una vez?

Asentí justo antes de salir del baño. Mi hermana cerró la puerta de una patada.

Devolví la caja de matarratas a papá, que estaba ahora subido a la bici. Me la arrancó de las manos sin dejar de pedalear y la encajó entre dos piezas del armazón.

De vuelta a mi cuarto, descubrí dos destellos verdes tras la ventana. Miré al salón. La mano de mamá apareció un segundo en el rectángulo que dibujaba el umbral del pasillo. Tiraba del hilo negro. La habitación de mi abuela seguía cerrada, no había salido en todo el día.

Las dos nuevas luciérnagas flotaron describiendo trayectorias caprichosas más allá del cristal, como los ojos bizcos de un insecto gigante. Cuando abrí la ventana, se posaron en mi mano.

—Venís de fuera, ¿verdad?

En mi cuarto encontré a mi hermano sentado en el borde de su litera. Silbaba su

marcha con el labio roto y los pantalones del pijama metidos en los calcetines.

Al verme, extendió los brazos, como el hombre en la cruz del rosario de la abuela.
Se quedó muy quieto en su campo de maíz.

La abuela no cenó con nosotros. Esperamos como habíamos hecho en el desayuno, pero cuando la sopa dejó de humear en el plato, papá nos dio permiso para empezar. En esa ocasión fue mamá quien dio gracias al que está allí arriba. Cuando la abuela salió por fin de su habitación, nos encontró en el sofá, iluminados por la luz intermitente de la nieve en el televisor. Era la hora de la película.

La abuela arrastró las zapatillas hasta el sofá. Se sentó con las manos apoyadas en su regazo. Tumbado en el suelo, aspiré el olor de los polvos de talco. Papá siguió sus movimientos sentado en la butaca de rayas. Tenía una pierna cruzada sobre la otra, un pie apoyado en la rodilla opuesta. Pelaba cacahuets en un cuenco sobre su tripa. Los rompía apretando la cáscara con el pulgar. Mi hermano pidió ser él quien introdujera la cinta en el reproductor. La sacudió en el aire como si fuera un trofeo antes de dejarse caer junto al vídeo Betamax. El suelo tembló. Consiguió meter la cinta al tercer intento. Mi hermana aplaudió. Estaba sentada en el suelo, acunando en sus brazos al bebé, que estaba dormido. Mamá, que secaba un plato junto al sofá, sacudió a mi hermana en la cabeza con el trapo por burlarse de su hermano.

—Cuidado con el niño —contestó ella. Encorvó la espalda de forma exagerada, parapetando con su cuerpo al bebé como si le protegiera de una explosión.

—Anda ya —contestó mi madre, y volvió a golpear a mi hermana con el trapo.

—¡Mamá! —protestó ella.

Pero mamá sonrió y se acercó al fregadero. Ella apenas se sentaba a ver las películas. Podía seguir las de principio a fin, pero lo hacía apoyada en el fregadero, secando la vajilla. O desde la mesa, hablando con la abuela y seleccionando patatas para la comida del día siguiente. O de pie junto al sofá, mordisqueando sus uñas con habilidad suficiente para no dejarlas caer al suelo. Las almacenaba en su boca hasta que terminaba. Después tiraba los restos a la basura. Conseguía con ello unas uñas irregulares, parecidas a pequeñas sierras.

—Podéis empezar —dijo ahora desde la cocina—, enseguida me siento.

Pero no se sentaría.

—¿Yo puedo verla? —pregunté. Estaba tumbado boca abajo, la barbilla apoyada en el suelo y los brazos extendidos a los lados. Me gustaba sentir el frío de las baldosas de la estancia principal.

Papá dejó de pelar cacahuets.

—¿Cuál hemos puesto al final? —le preguntó a mi hermano.

Él me miró desde el aparato de vídeo. Gruñó. La luz que salía ahora de la pantalla pintaba su rostro con trazos azules. Se levantó y se acercó a la butaca de papá. Le susurró al oído el título de la película.

—No puedes —me dijo papá. Se encestó un cacahuete pelado en la boca.

—¿Y no podemos poner otra? —preguntó la abuela.

—No. Además, ya es su hora de dormir. Luego se queda dormido en el sofá.

La abuela buscó a mamá con la mirada. Pude ver la piel oscurecida y gruesa, áspera, de su cuello.

—Tiene razón —contestó mi madre, un resto de uña bailando entre sus labios—, es su hora de dormir.

Se acercó a mí.

—Venga —Me revolvió el pelo.

Mi hermana se reacomodó.

—Pues llévate al bebé también —dijo. Como si hubiera escuchado a su madre nombrarle, el niño empezó a llorar—. ¿Y a éste que le pasa ahora?

Alejó al niño para verlo mejor. Dentro de los agujeros de la máscara, sus ojos se entornaron. Los pies del bebé colgaban sobre el suelo. El pequeño tosió, agitó las piernas, sacudió la cabeza.

Mi abuela se inclinó enseguida. Buscó al niño con las manos. Lo tomó apoyándolo en su pecho. Le dio unos golpes suaves en la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó mamá. Detecté un matiz de alarma en su voz.

La abuela siguió asistiendo al niño.

Le propinó cuatro golpes suaves en la espalda.

Al quinto, el bebé eructó.

Fue un eructo sonoro, casi de adulto.

Mi hermano fue el primero en reírse. Después, mi hermana. Papá se aclaró la garganta con un primer acceso de carcajada y siguió riendo con la boca muy abierta. Un resto de piel de cacahuete se desprendió de sus labios y regresó al cuenco del que provenía. Mamá sonrió, dejando escapar aire por la nariz. Yo reí con ella. Incluso la abuela sonrió, esta vez de verdad, mostrando los dientes y levantando su ceja a medio poblar.

Reímos como la familia que éramos, acompañados por la sintonía orquestal del televisor que mostraba a una mujer blandiendo una antorcha entre las nubes.

—Bueno —dijo papá entonces—, ya está, que esto va a empezar. Vamos, llévate al bebé.

—Que lo lleve ella —dijo mi hermano.

—No empieces —interrumpió papá—. Lo lleva tu hermano.

Cogí al bebé de los brazos de mi abuela. Ella me acarició la cara.

—Eres muy bueno —dijo con una voz apenas audible—. Y no te preocupes por mí, estoy casi bien.

Salí de la estancia con el niño en brazos. Reconocí la película en cuanto escuché la primera frase por encima del ruido de las cáscaras de cacahuete al quebrarse.

Me detuve a las puertas del cuarto del niño. Una tormenta de luz se desató en el salón, detrás de mí. Observé la ventana cerrada al final del pasillo. En uno de los fogonazos de luz, descubrí mi propio reflejo al otro lado del cristal. Caminé hacia allí. La luz cambiante hacía que las sombras bailaran y el espacio se deformara. Mientras avanzaba, dejaba de ver el pasillo durante unos instantes. Entonces la luz regresaba y volvía a descubrirme a mí mismo al otro lado del cristal. Como el fantasma que papá decía que era.

Un fantasma que mirara desde fuera al interior de la casa.

El bebé se movió entre mis brazos. Pegó su frente a mi pecho. Hizo un sonido agradable con la garganta, como un arrullo. Seguimos avanzando hasta que alcancé la ventana. La abrí. Re coloqué al niño para ponerle de cara al exterior, de cara a la oscuridad. Otro fogonazo de luz de la televisión me permitió ver la nada que había más allá de los barrotes. Una caja dentro de otra caja.

Una suave brisa entró por la ventana, que acarició el rostro del bebé y meció sus pestañas. Él movió los labios en un reflejo de succión.

—Viene de fuera —le dije. Lo alcé a la altura de mi cara, pegando uno de mis mofletes al suyo, y añadí—: Huele diferente. Pero no sé a qué. Pruébalo.

Cerré los ojos sintiendo el calor de la piel de mi sobrino en la cara. Su pequeño corazón me latía en la mano que tenía posada en su torso. En la otra mano, con la que lo sujetaba por detrás, noté cómo su cuerpo se inflaba y desinflaba, llenándose de ese aire que venía de algún sitio que ni él ni yo conoceríamos nunca. Aspiré profundamente aquella humedad. El pecho del bebé se expandió entre mis dedos.

Respiramos juntos.

Tras abrir los ojos, agarré una de las manos del niño, sus dedos se cerraron alrededor de mi índice. Después él cogió uno de los barrotes como si fuera otro dedo, pero acabó soltándolo. Extendió el brazo queriendo alcanzar lo que hubiera más allá. Lo intentó también con el otro brazo. Abrió y cerró sus manitas en un intento de llegar más allá de la ventana.

—No puedes ir fuera —le susurré.

La cara del niño se arrugó y mostró las esquinas de carne dura que eran sus encías. Sus ojos se convirtieron en un montón de carne arrugada, el paso previo a un llanto escandaloso. Le tapé la boca con la mano.

—Calla, que papá no puede vernos aquí.

El niño pataleó. Retorció la cabeza buscando liberar su nariz y boca para poder llorar. Le siseé en la oreja. Desde el salón llegaban los gritos de una mujer en la película.

—Espera, tengo una idea.

Cerré la ventana.

—Mira, no tienes por qué llorar.

Dirigí su cabeza hacia la ventana. Los fogonazos de luz en el salón reflejaban nuestra imagen en el cristal.

—Míranos —repetí—. Ya estamos fuera.

Los ojos del bebé se abrieron al otro lado de la ventana. Sonreí a esa única parte de mí que no vivía en el sótano. Y me devolvió la sonrisa.

La luz blanca se desvaneció de repente, haciéndonos desaparecer.

Nos quedamos otra vez a oscuras. Encerrados en el sótano.

La nariz de mamá silbó entonces.

—Dime si de verdad quieres irte —dijo justo detrás de mí.

El susto me impidió responder.

Desde el salón, papá preguntó a mamá si quería que parara la película.

—No, da igual. Voy al baño; de todas formas, tampoco la estaba viendo.

Mamá me quitó al niño de los brazos.

—Espérame en tu cama —susurró.

En mi habitación, deseé buenas noches a las luciérnagas dando algunos toquecitos al cristal del tarro. Respondieron iluminando el cajón con su mágica luz. También comprobé que la cáscara del huevo seguía allí. Ni rastro del pollito. Me metí en la cama mientras aún brillaba el fulgor verdoso de las luciérnagas. Se desvaneció antes de que mamá entrara en la habitación. Se sentó en mi cama y me apretó la sábana a ambos lados de los hombros, a la altura de la barbilla. Después me besó en la frente; su piel raspó como siempre.

—¿Hay algún sitio al que ir? —pregunté. La presión del tejido en el pecho resultaba una sensación acogedora.

Mamá parpadeó con su habitual forma no sincronizada. Primero el ojo menos afectado por las quemaduras y luego el otro. Era muy poca la diferencia entre el movimiento de ambos párpados, pero resultaba un gesto característico de mi madre.

—¿Cómo? —preguntó.

—Si hay algún sitio fuera al que pudiera ir.

—¿Quieres ir al baño?

Miró al pasillo.

—No, mamá. —Sabía que se estaba haciendo la tonta—. Me has preguntado si quiero irme.

—¿Qué importa si hay un sitio al que ir? —respondió ahora a mi pregunta anterior. Peinó una de mis cejas con su pulgar. Después bajó al máximo su tono de voz, apenas un susurro—: El hombre despegó hacia la Luna sin saber muy bien qué encontraría. ¿Harías tú lo mismo? ¿Te irías del sótano si pudieras? —Algunas consonantes no eran más que silbidos.

—¿Solo?

—Tú solo.

Como en un acto reflejo, yo también hablé en voz baja:

—¿Con el bebé?

Mamá se quedó en silencio un buen rato.

—No —dijo al fin.

—¿Y cómo iba a salir? —pregunté—. Hay barrotes en las dos ventanas. Y papá me mintió sobre la puerta de la cocina. Siempre ha estado cerrada.

—Hijo, ésa no es mi pregunta —susurró—. Imagina que pudieras salir. Imagina que tengo esta tiza mágica —sujetó con dos dedos un contorno imaginario— y puedo pintar una puerta en el techo. Directo a la superficie. ¿Te irías?

Veía el rostro de mamá sólo cuando la luz que llegaba del pasillo lo permitía.

—¿Me podrías acompañar tú?

—No.

—¿Y la abuela?

—Tampoco.

—¿Papá?

—Tendrías que irte solo.

Lo valoré con los ojos cerrados, manoseando entre mis dedos el tejido del interior de mi almohada. Casi pude percibir el aroma de la crema de zanahoria que inundaba el sótano por las noches. La suavidad de la toalla con la que mamá me abrazaba al salir del baño. Recordé cómo hacía un rato nos habíamos reído todos juntos en familia frente al televisor. Pensé en la abuela. Respiré hondo para oler de memoria sus polvos de talco. Y sentí los dedos de mi sobrino cerrándose en torno a mi dedo. Abrí los ojos. Una cosa era ver mi reflejo al otro lado de la ventana e imaginar que estaba fuera. Otra cosa muy diferente era salir de verdad.

—No —contesté.

—¿No te irías de este sótano si pudieras?

Un fogonazo de luz iluminó la estancia. Los ojos de mamá me observaban desde dos profundas sombras.

Negué con la cabeza.

—¿Seguro? —insistió.

—Seguro —respondí. Luché contra las sábanas que me aprisionaban para incorporarme y abrazar a mi madre—. Quiero vivir contigo para siempre.

Su pecho se infló bajo nuestro abrazo. Su nariz silbó con cierto burbujeo y se sorbió los mocos. Me separé de ella. La oscuridad había regresado y apenas me permitió ver la silueta de su cabeza. Le toqué los ojos. Estaban húmedos.

—¿Por qué lloras? —pregunté.

—No estoy llorando —contestó. Se quitó de encima mis dedos agitando una mano frente a su cara, como si espantara una mosca—. Venga, a dormir —añadió, y

volvió a sorberse los mocos.

—Estás llorando —insistí.

Entonces ella me abrazó y, muy cerca de mi oreja, susurró:

—Lloro de alegría.

Quise tocar otra vez sus ojos, pero calculé mal. Palpé los pliegues de carne quemada en su mejilla.

—Déjame —dijo—. Y duérmete ya.

La presión sobre el pecho regresó cuando mamá me arropó. Abandonó la habitación. Yo me quedé despierto repitiendo cada uno de los diálogos de aquella película.

—¿Qué tiene cuatro orejas y ocho patas? —dije al aire en sincronía con el actor que pronunciaba la frase en la pantalla. Esperé a que la mujer preguntara qué era. Entonces contesté—: Dos perros.

Aparecieron más luciérnagas durante los días siguientes. Cuando asomaba la cara entre los barrotes de la ventana al final del pasillo, cosa que cada vez hacía más a menudo, caía por lo menos una. Otras llegaron por sí mismas hasta el frasco donde guardaba a las demás. Dos de ellas las encontré una tarde cerca de la caja de herramientas de papá. Varios cuadrados de calendario después, acabé teniendo diecinueve ejemplares en el tarro. Podía apagar la luz de mi habitación e iluminar toda la estancia con la lámpara de las luciérnagas. En ocasiones, acostado en la cama durante la noche, me asomaba por encima de la sábana. El resplandor de color verde brillaba más allá de mis pies. Emanaba desde el interior del cajón incluso cuando estaba cerrado, a través de la ranura. Mi hermano roncaba ajeno al baile de luz que acontecía en nuestro cuarto, pero yo me quedaba hipnotizado mirándolo, imaginando que eran rayos de sol que las luciérnagas traían desde el exterior para que yo pudiera verlos. Aunque supiera que no era así en realidad. Las luciérnagas generan luz con químicos de su propio cuerpo.

Fue una de esas noches cuando la rata caminó encima de mí.

Primero noté algo extraño en el pecho. Después en la tripa. Entonces la inesperada sensación alcanzó la ingle. Supe lo que era antes de que sus patas alcanzaran mi pie desnudo. La rata caminó por encima arañándome con sus garras. Saltó de la cama y cayó con un golpe amortiguado seguido del repiqueteo de sus patas sobre el suelo. Su silueta se movió a lo largo de la línea de luz naranja que emergía bajo la puerta. Alguien estaba despierto.

Cuando salí a buscar ayuda, oí voces en el salón. Apenas murmuraban. Reconocí la de mi abuela y también la de mi madre. Avancé. Otro murmullo más grave se unió a la conversación. Era la voz de mi padre. Me quedé quieto sin saber qué hacer.

Parado en mitad del pasillo, oí entre el murmullo indescifrable una palabra que me llamó la atención. Escuché a mi padre pronunciar mi nombre. Enseguida mi abuela contestó algo, pero eso no logré captarlo.

Involuntariamente, di un paso al frente.

Y después otro.

Y otro más.

Lo hice de forma sigilosa, manteniendo el equilibrio con los brazos, conteniendo la respiración. Tres sombras se proyectaban contra una de las paredes del salón. Ahora la conversación me llegó más o menos clara.

—... luna. Pero él no quiere salir —estaba diciendo mamá.

—¿Os lo dije o no os lo dije? —preguntó papá—. Sabíamos que este momento iba a llegar.

—Y lo hemos hecho muy bien —dijo mamá—. Es feliz aquí.

—Pero ahora viene lo difícil —añadió papá.

—¿Acaso algo ha sido fácil?

La abuela sollozó.

El repiqueteo de las garras del roedor contra el suelo empezó detrás de mí, me rebasó por un lado y entró en el salón.

—¡La rata! —gritó mi madre.

Algún mueble se arrastró sobre las baldosas del salón. La abuela hipó. Mi padre chistó como si así pudiera controlar el escándalo repentino, pero mamá ya corría por la estancia siguiendo el ruido que hacía el animal al moverse entre las sillas. La vi aparecer bajo el arco que daba acceso al pasillo, golpeando el suelo con la escoba. Buscaba a la rata, pero a quien encontró fue a mí. Me descubrió ahí parado en medio del pasillo. Miró al sofá donde había transcurrido la conversación y donde ahora estaría sentado mi padre. Vino hacia mí dando escobazos.

—Fuera de aquí —dijo como si hablara a la rata. Siguió asestando escobazos al suelo hasta que me alcanzó y me barrió los pies—. Que no te vea tu padre —susurró a mi lado.

Huí a mi cuarto. Nada más atravesar la puerta, topé con una barrera caliente y blanda que me hizo caer. Aterricé sobre el culo, amortiguando el impacto con ambas manos. Oí un rebuzno. Mi hermano encendió la luz de nuestro cuarto antes de abandonarlo.

—¿Por qué gritáis? —exclamó por el pasillo.

—Nada, no pasa nada —dijo mi madre—. Vuelve a tu habitación que vas a despertar a tu hermana. Y al niño.

—¡La oigo debajo del fregadero! —exclamó mi abuela.

Enseguida oí cómo se abrían los armarios. Y cómo se movían los botes de amoníaco y otros productos que mamá guardaba en ellos.

—¡Otra rata! —concluyó entonces mi hermano. Lo dijo como si fuera una noticia que hubiera que celebrar.

Yo asomé la cabeza tras el marco de la puerta.

El bebé empezó a llorar.

—Mira, ya lo has conseguido —dijo mi padre.

El berrinche del niño subió de intensidad.

—¡Hija! —gritó mi padre desde el salón—. ¡Hija, no creo que estés durmiendo con este escándalo! ¡Atiende a tu niño!

La línea de luz que surgió bajo la puerta de su habitación confirmó que mi hermana se había despertado. Pero papá, que no había podido verlo, siguió gritando.

—¡Hija! —repitió. Tras esperar unos segundos, añadió—: ¡Maldita sea!

Oí sus pasos antes de que apareciera en el pasillo. Cuando me descubrió hubo sorpresa en sus ojos, pero se traía algo más importante entre manos.

Abrió la habitación de mi hermana. El bebé se calló durante un momento para luego recuperar el llanto a mayor volumen.

—Haz que se calle —dijo papá.

—Ya voy —musitó mi hermana desde el interior de la estancia.

—Y ponte tu prótesis —ordenó. Me miró para comprobar que seguía atento a él. Entonces levantó el labio superior y sacó la lengua. Incluyó el cuerpo hacia delante contrayendo el estómago. Fingiendo una arcada. Como si haber visto la cara desnuda de mi hermana le hubiera dado ganas de vomitar—. El bebé no va a dejar de llorar nunca si te ve así.

Me sonrió, queriendo hacerme cómplice de la broma. Permanecí serio mirando la sonrisa macabra impostada en su rostro desfigurado. La cicatriz de pelo de su mejilla recuperó poco a poco, a medida que se desdibujaba su sonrisa, la rectitud habitual. Las arrugas alrededor de sus ojos, incluyendo el pliegue de carne hundida que tenía por párpado inferior también se relajaron. Dentro de la habitación, el llanto del niño perdió volumen.

—La rata se ha ido —dijo mi madre desde la cocina.

Apareció enseguida en el pasillo. Apoyó ambas manos en el extremo del palo de la escoba.

—¿Qué haces tú ahí? —me preguntó.

—Acabo de asomarme —dije.

Ella sabía que mentía. Por eso cambió de tema enseguida.

—¿Qué pasó con el veneno? —preguntó—, ¿no lo habíamos puesto por toda la casa? ¿Ya estamos llenos de ratas otra vez?

Papá salió disparado al salón. Lo oí caminar por cada esquina de la estancia principal. Movié varios muebles. Reapareció en el pasillo y entró en el cuarto de mi hermana.

—Así me gusta —le escuché decir—. Con tu mascarita bien puesta.

Se movió también dentro de aquella habitación. Después cruzó a la de mi hermano y mía. Me empujó la cabeza hacia dentro para poder pasar. Se arrodilló junto a la litera y miró debajo de mi cama. Después buscó en las otras tres esquinas del cuarto. Se me aceleró el corazón cuando pasó cerca de mi cajón, cerca del tarro de las luciérnagas y del nido abandonado del pollito.

Salió de la habitación. Usó la llave que le colgaba del cuello para abrir la puerta de su cuarto. Emergió segundos después para entrar en el baño. Reconocí el cascabeleo metálico de la cortina de la bañera al descorrerse. También abrió el mueble que había debajo del lavabo. Hurgó en el de las toallas y el botiquín. Después recuperó su posición a las puertas del cuarto de mi hermana. Desde allí me miró con semblante serio.

—¿Quién ha sido? —preguntó.

Se volvió hacia mi hermana, la pregunta también era para ella.

Ninguno de los dos contestamos.

—¿Quién? —insistió.

Mi hermano llegó del salón y se colocó detrás de mi madre.

—Déjalos —gritó mi abuela desde el sofá.

Mamá retorció el palo de la escoba entre sus manos.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó a mi padre.

Papá suspiró. Nos miró a ambos.

—Que te diga él lo que ha pasado con el matarratas —dijo, señalándome con la barbilla; después, a mi hermana—. O ella. Está por toda la casa. En todos los sitios donde yo lo puse. En todas partes menos en el baño. Sólo hay un cubito en el baño. ¿A quién le encargué que los pusiera? —preguntó—, ¿quién ha decidido saltarse las normas de esta casa?

Ninguno de los dos respondimos.

—Venid —dijo entonces.

Entró en el cuarto de mi hermana.

—Deja al bebé.

Mi madre le pasó el palo de la escoba a mi hermano y entró rápidamente en la habitación para asistir al niño. Papá salió segundos después arrastrando a mi hermana del brazo. Antes de que me diera cuenta, me agarró a mí también. Nos llevó al baño.

—Recuerdo que os di la caja aquí mismo y os pedí que pusierais un cubo allí, allí y allí. —Señaló tres lugares—. ¿Por qué sólo hay uno detrás de esta puerta?

—Se lo comen las ratas —intercedió mamá—, a lo mejor...

Papá la calló con una mirada.

—Fue él —dijo mi hermana. Sus labios sonrieron en el agujero de la máscara—. Al final le diste la caja a él.

Recordé la caja sobre la cisterna mientras hacía pis. También recordé a mi hermana de pie frente al espejo. Salpicando su reflejo para dejar de verlo.

—¿Quedaste tú encargado? —preguntó papá.

Mi hermana no mentía. Así que asentí. Lo hice de la forma en que alguien admite una culpa: bajando la cara al suelo. Pero luego volví a subirla y miré a mi padre a los ojos.

—Y los puse —dije—. En todos los sitios donde me dijiste. Puse un cubito en cada uno. Papá, de verdad, hice lo que me dijiste.

—No me mientas.

—No te estoy mintiendo.

Una de las risas contenidas de mi hermana burbujeó en su garganta.

—Tiene que estar mintiendo —dijo ella. Después imitó un par de piernas con dos dedos simulando que caminaban—. Esos cubitos no tienen patas para irse solitos.

—Tú cállate —la interrumpió papá.

Desde el pasillo, mi hermano empezó a canturrear:

—¡Está mintieeeeendo! ¡Está mintieeeeendo! ¡Está mintieeeeendo!

—De verdad que los puse papá...

—¡Está mintieeeeendo!

—... me acuerdo perfectamente.

Esta vez mi hermana no contuvo la risa. Rió hasta que mi padre la agarró del cuello y apretó obligándola a callar. Después la arrastró por el pasillo tirando de su cabeza.

—Me haces daño —creo que dijo. Resultaba difícil entenderla.

Papá la empujó dentro de su dormitorio. Mamá salió de él tras un gesto con la cabeza que hizo papá. Dio un portazo. El bebé retomó el llanto.

—Y calla a ese niño —le gritó a la puerta cerrada—. Esta puerta no va a abrirse hasta que...

—¿Me permites?

La abuela había aparecido en algún momento. Colocó una de sus manos arrugadas por el tiempo y el fuego alrededor del mismo picaporte que papá sujetaba con fuerza.

—¿Me permites? —repitió. Hablaba de forma relajada, imponiéndose con suavidad a la autoridad de mi padre—. Necesito pasar. Yo también duermo aquí.

Papá dudó unos segundos. Después se separó de la puerta para cederle el paso.

La abuela giró la manilla. Del interior de la habitación surgió el llanto del niño.

—Muchas gracias —dijo—. Y buenas noches.

Cerró la puerta con sumo cuidado.

Papá me enfiló con su mirada.

—No se te puede pedir nada —dijo.

Me alcanzó con un único paso. Se arrodilló frente a mí. Con un dedo extendido, me giró la cara hasta que ambos miramos al interior del baño.

—¿Cómo crees que se duerme en esa bañera? —preguntó.

—Por favor —dijo mamá—, todo esto no es necesario.

Papá cerró los ojos.

—¿Qué acabamos de hablar?

Ella suspiró.

—Empieza lo difícil —añadió él—. Es necesario.

Me empujó dentro del baño. El suelo estaba frío.

—Dime, ¿cómo crees que se duerme en esa bañera? —repitió.

Encogí los hombros.

—Pues mañana me lo cuentas —sentenció.

Y cerró la puerta.

Los golpes me despertaron. Con los ojos abiertos en la oscuridad, las piernas pegadas a la fría cerámica de la bañera, afiné el oído. Esperé oír también el saco del hombre grillo, arrastrándose más allá del techo.

Los golpes se repitieron. Seguidos pero suaves. En la puerta. Alguien llamaba. Esperé unos segundos antes de asomarme. Levanté una esquina de la cortina de la bañera, con cuidado, para que los aros metálicos de los que colgaba no hicieran ningún ruido. La puerta se abrió entonces sin que las bisagras sonaran. Como si quien la hubiera abierto apenas pretendiera dejarla entornada. Mis ojos acostumbrados a la oscuridad percibieron un nuevo volumen al lado de la puerta. Se movió, o lo movieron, generando un ruido de tela que creí reconocer. Sonreí.

Salí de la bañera en dirección a la puerta, la cortina de la bañera cascabeleó cuando la atravesé. Con los brazos extendidos al frente tanteando el aire, llegué hasta el lugar donde se vislumbraba aquel volumen.

Lo toqué.

Era lo que había imaginado.

Mi almohada.

Palpé el tejido buscando qué lo mantenía sujeto. Llegué hasta una mano. La acaricié con los dedos reconociendo sus relieves. El pliegue rugoso entre dos de los nudillos, el círculo de piel quemada al inicio del pulgar, la cicatriz ancha y lisa cerca de la muñeca. Era la mano de mi madre.

La apreté suavemente para indicarle que podía soltar. Su nariz silbó al otro lado de la madera. La puerta se cerró enseguida.

Regresé a la bañera.

Volví a echar la cortina y me tumbé.

Me abracé a la almohada en el interior de aquella fría cama de cerámica blanca.

Me dormí.

El silbido de las tuberías volvió a despertarme. El agua corría en el lavabo. Al otro lado de la cortina alguien había abierto el grifo, pero la luz del baño seguía apagada. Sólo la abuela usaría el baño sin encender la luz. Respiré tratando de oler sus polvos de talco.

Entonces oí una tos que reconocí. No era la de mi abuela, sino la de mi hermana. Ella no había llegado a ver que mi padre me había castigado a pasar la noche en la bañera, quizá no supiera que yo estaba ahí. Por eso tampoco habría llamado a la puerta. Pero ¿por qué no encendía la luz?

La tos se repitió. En realidad era un sonido más húmedo que el de una tos. Era

una arcada. Esperé a escuchar el golpe del vómito contra el lavabo, pero no se produjo. Tan sólo escupió, con esfuerzo, saliva y mucosa acumulada en su garganta.

También gimió, de forma casi inaudible. Cuando suspiró varias veces, pensé que podía estar llorando. Un afilado chirrido acompañó el giro de la llave del agua, seguido de un aumento en el flujo de la corriente. Si la cortina de la bañera no hubiera estado cerrada, las gotas que oí salpicar el plástico me habrían alcanzado. Entonces comenzaron las gárgaras. Un gorgoteo y después la bocanada de agua cayendo al lavabo. Luego un gemido, más bien un quejido ahogado. Repitió la operación varias veces. Quise asomarme levantando apenas una esquina de la cortina, como había hecho antes, pero el ruido adhesivo de la piel de mi mano al desprenderse de la cerámica anuló cualquier intento de moverme. Además, si mi hermana no sabía que yo estaba ahí, si pensaba que dormía en mi litera como todas las noches, podía no llevar puesta la máscara. En la oscuridad de la estancia quizá no alcanzara a ver su rostro deformado, pero sí podría llegar a distinguir algún contorno grotesco. El perfil recto de una cara sin nariz.

Reconocí el ruido de la jabonera al deslizarse ligeramente. Tenía forma de pez y sujetaba el jabón entre las escamas de plástico. Sus tres puntos de apoyo chirriaron al patinar sobre la cerámica del lavabo. El burbujeo y la fricción que oí a continuación me desvelaron que mi hermana estaba lavándose las manos. Ni siquiera cuando mamá picaba ajo en la cocina dedicaba tanto tiempo a lavarse. Al sonido del lavado de manos le siguió un ruido de tela. Tardé en identificar qué era: un ligero chasquido que se repitió cinco veces. Entonces la cortina se movió y un trozo de tela se posó en mi pecho.

Aproveché la mano que ya había despegado de la bañera para tocarlo, palpando el contorno circular de un botón. Era de la blusa con la que dormía mi hermana. Entendí que se había desabrochado los cinco botones antes de depositar la blusa en el filo de la bañera. Donde yo estaba.

También hubo un ruido elástico, pero no el de la goma de su máscara. Recordé cómo se había quitado el sujetador la tarde que nos bañamos juntos. La prenda se apoyó sobre la blusa. Uno de los tirantes me acarició el hombro. La jabonera se deslizó una vez más. Le siguió el ruido de alguna fricción. No era el sonido de dos manos enjabonándose. Era diferente. Hubo más gemidos casi sordos, parecidos a los que la abuela emitía a veces sentada en el salón, con la cara en dirección a la pared durante una tarde entera.

Otro ruido llegó hasta la oscuridad de aquel baño que mi hermana y yo compartíamos sin que ella lo supiera. Un ruido originado más allá del pasillo. Mi hermana hipó, la pastilla de jabón golpeó el lavabo. El tirante del sujetador y el extremo de su blusa se escabulleron de la bañera con la velocidad con la que las avispas retraen su aguijón después de picar. El rápido movimiento provocó un ligero

cascabeleo de los aros de sujeción de la cortina. Oí también el resbalón de la puerta encajando en su posición.

Mi hermana se había ido.

El baño volvió a quedarse en silencio.

La paz aparente duró unos segundos.

Hasta que la luz del baño se encendió de repente. Me eché las manos a los ojos para mitigar el dolor del deslumbramiento.

—Qué —oí la voz mi padre—, ¿cómo va la noche?

La cortina se descorrió de golpe con un escándalo metálico. La luz repentina y el ruido atronador hacían difícil creer que aquél fuera el mismo lugar en el que un minuto antes un mosca habría delatado su posición sólo por el ruido del latido de su corazón. Aunque el corazón de las moscas no sea más que un órgano pulsátil que en realidad bombea hemolinfa y no sangre.

—¿Se duerme bien ahí?

Abrí los ojos y apenas vislumbré rayas de luz a través de mis manos. El ruido del riel de la cortina se repitió. Papá estaba agitándola. Cuando por fin acostumbré la vista a la nueva intensidad de la luz, distinguí la silueta de mi padre, una diagonal que iba desde el lado izquierdo de mi campo de visión hasta el centro. Como vería un cadáver la figura de su enterrador.

Parpadeé para enfocarle mejor. Al principio pensé que estaba desnudo, su torso marcado por las llamas como en un mar picado de carne oscura, pero después descubrí la goma gastada de uno de sus calzoncillos de tela, de color azul cielo. Me quedé mirándole sin decir nada, entreviendo una sonrisa en su rostro por la forma que había adquirido la cicatriz de pelo.

—¿De dónde has sacado esa almohada? —preguntó.

No respondí. Ante mi silencio, papá soltó la cortina, que se interpuso entre nosotros como una barrera plástica.

Encogí las piernas a medida que levantaba la espalda hasta que conseguí sentarme en la bañera. Después levanté la esquina de la cortina para asomar sólo un ojo sin que vibraran los aros de sujeción. Vi a papá de pie frente a la taza, de espaldas a mí. Se había echado la llave del cuello a la espalda. La goma de su calzoncillo estaba bajada, permitiéndome ver parte de una línea vertical de pelo negro. Le vi usar papel higiénico para secarse por delante, como mamá me insistía que hiciera cada vez que terminara de hacer pis, aunque yo no había escuchado ahora ningún chorro. Lo hizo mirando de manera intermitente hacia abajo y hacia un lado, atento quizá a mis movimientos tras la cortina. Temí que el temblor de mi mano pudiera reproducirse en la porción de tejido que él controlaba.

Descubrí dos pares de arañazos atravesando su espalda en diagonal, desde su

columna hacia fuera. Dos nuevas heridas sobre una piel ajada. No parecía preocupado por curárselas.

Desechó el trozo de papel dentro del váter y tiró de la cadena. Se quedó mirando la manera en que funcionaba el mecanismo. Teníamos que quedarnos hasta el final para comprobar que el desagüe se tragara todo correctamente. Muchas veces no lo hacía y papá se enfadaba si cuando le tocaba usarlo encontraba el agua sucia. En una ocasión estuvo estropeado durante varios días, así que tuvimos que utilizar el lavabo para deshacernos de los líquidos. Para lo otro, usamos el cubo de la basura.

Un último ruido de succión precedió al goteo de llenado de la cisterna. Papá se subió entonces el calzoncillo, momento en que bajé con cuidado la esquina de la cortina. No hizo ningún ruido. Me quedé allí mismo mirando al plástico.

Desde el otro lado me llegó su voz:

—¿Te castigo para que aprendas a seguir las normas de esta casa y las incumples al minuto siguiente?

No sabía a qué se refería.

Sus dedos aparecieron en un extremo de la cortina. Tiró de ella. Me quedé allí mirándolo, sentado como estaba.

Papá sujetaba con la mano libre la pastilla rosa de jabón.

—Cuando uno usa esto —arqueó las cejas para mirar primero al jabón y después a mí—, lo devuelve a su sitio.

Soltó la cortina y devolvió la pastilla a la jabonera. La misma jabonera con forma de pez cuyo leve deslizamiento había escuchado en la oscuridad hacía un rato, antes de que mi hermana se lavara de forma compulsiva las manos, la boca, o lo que fuera que se hubiera lavado.

—No es tan difícil, ¿no? —dijo mi padre.

Quise abrir la boca para culpar a mi hermana, pero papá no me dio tiempo de hablar siquiera. Con un bufido de desprecio corrió la cortina. Aún le escuché abrir el grifo una vez más antes de que la luz se apagara y la puerta del baño se cerrara de golpe; poco después, la puerta metálica de su cuarto.

Permanecí sentado en la bañera unos minutos. Con los ojos abiertos mirando a la nada. Me levanté, agarré una toalla, y sequé todos los restos de agua que quedaban en el lavabo, en la cortina, por el suelo y sobre el espejo.

Así papá no encontraría ninguna razón para regañarme.

Regresé a la bañera y me acomodé. Si me colocaba de lado y flexionaba las rodillas de una manera concreta, abrazando la almohada, lograba alcanzar cierta comodidad. Levanté una esquina de la funda de la almohada para pellizcar su interior. Acaricié entre mis dedos el suave tejido una y otra vez.

Entonces oí el canto de un grillo. Se repitió varias veces. Un escalofrío recorrió mi espalda con cada uno de ellos.

Me tapé los oídos. Pensé en mis luciérnagas, al otro lado de la pared. Aunque no podía verlo, sabía que estarían brillando.

Mi madre vino a buscarme por la mañana.

—Ya puedes salir —dijo.

Y yo debía de estar profundamente dormido a pesar de lo incómodo de mi cama llena de curvas porque de alguna manera incorporé su frase al sueño que estaba teniendo en aquel momento: me vi a mí mismo de pie frente a la puerta cerrada de la cocina, tratando de alcanzar un pomo que tan sólo estaba pintado en la pared. Arañando el cemento. Entonces mi madre había dicho esa frase y una línea vertical de luz amarilla se había dibujado en el filo de la puerta, haciéndose cada vez más ancha.

El haz de luz siguió ganando en grosor a medida que la puerta se encogía.

Se estaba abriendo.

—Ya puedes salir —repitió mi madre.

Y entonces la puerta había desaparecido del todo. Y yo miraba más allá con el rostro coloreado por el intenso cañón de luz que llegaba de fuera. Como le ocurría a mi cactus bajo la mancha de sol del salón. Las mismas partículas de polvo que bailaban entre sus pinchos mientras yo lo empujaba con un dedo por el suelo bailaban ahora entre mis pestañas. Podía sentir el calor de la luz en las mejillas.

Pero esa segunda vez, la frase de mi madre fue seguida de un cascabeleo.

Un ruido que no podía incorporarse a aquel mundo de sueños en el que me encontraba. Porque era un ruido muy reconocible. El de la cortina de la bañera al descorrerse. Entonces la realidad comenzó a tomar forma a mi alrededor mientras se apagaba la luz que me iluminaba desde el otro lado de aquella puerta soñada.

La fría presión en la pierna sustituyó al calor de la luz que no existía.

El blanco de la cerámica de la bañera apagó el amarillo del exterior en cuanto abrí los ojos.

—Que ya puedes salir —dijo mi madre por tercera vez.

Una de sus manos se apoyó en mi cara. Sonreí. Ese calor era mucho mejor que el de la luz inexistente en un sueño que ya empezaba a olvidar. Froté mi mejilla contra su palma arrugada. Su nariz silbó.

—Menos mal que trajiste la almohada —susurré.

—¿Una almohada? —preguntó conteniendo una sonrisa—. ¿Yo?

Acaricié su mano de la misma forma en que lo había hecho durante la noche. El pliegue rugoso entre dos de los nudillos. El círculo de piel quemada al inicio del pulgar. La cicatriz ancha y lisa cerca de la muñeca.

Ella captó el mensaje.

—Pero venga, dámela que la lleve a tu cuarto. Que no se entere papá —dijo.

Agarró la funda que sobresalía entre mis piernas y tiró de la almohada. Me

incorporé en la bañera para facilitarle la labor.

—Papá ya lo sabe —le dije—. Estuvo aquí anoche.

Los ojos de mi madre se abrieron en un gesto que no logré identificar. Las mejillas se le pusieron rojas.

—Tampoco voy a enfadarme ahora por una almohada —nos sorprendió la voz de mi padre desde la puerta del baño.

Mamá se dio la vuelta de golpe. Abrazó la almohada como si así pudiera hacerla desaparecer.

—¿Y tuviste que despertar al niño? —preguntó.

—Bueno —dijo papá—, el crío estaba durmiendo ahí en la bañera. Y yo tenía que encender la luz. Se hubiera despertado igualmente.

Habló mientras se acercaba al váter, cuya tapa había dejado levantada él mismo en su último uso. Se situó frente a la taza y separó un poco las piernas.

—Oyéndote parece que fue el niño el que decidió dormir ahí —dijo mi madre.

Él emitió un corto gemido de placer cuando empezó a orinar.

—Eso no tiene nada que ver —respondió.

Un temblor se inició al otro lado de la pared del baño. Después, unos pasos acelerados avanzaron por la habitación y el pasillo, casi como el traqueteo de un tren. La puerta entornada del baño golpeó la pared cuando mi hermano la abrió.

—Papá... —se quejó al descubrir a mi padre junto a la taza—. Tengo que usarlo.

Mi hermano agarraba su entrepierna con ambas manos.

—Pues úsalo —respondió papá al tiempo que hacía hueco a mi hermano.

—Es que voy a tener que hacerlo de rodillas —explicó él.

A papá se le escapó una risa. Mamá le dio un manotazo en el hombro.

—Lo sé, lo sé —contestó él, girando el cuello para mirar a mi madre—. Perdón.

Cuando papá terminó, cedió el lugar a mi hermano, que se apostó de rodillas junto a la taza. Él también dejó escapar un gemido de placer al empezar a orinar, pero mucho más sonoro. Su chorro viajaba hacia arriba antes de caer. Lo vi mientras me levantaba en la bañera.

Papá estaba ya lavándose las manos. Al acabar, me dijo:

—Mira cómo se hace. —Cogió la pastilla de jabón, la misma que mi hermana había usado a escondidas durante la noche, y la dejó con cuidado sobre el pez azul—. Se devuelve a la jabonera —me dijo. Repitió el movimiento una segunda vez—. Se. Devuelve. A la jabonera.

—Vamos —interrumpió mi madre—. Sal de la bañera de una vez.

Mi hermano tiró de la cadena.

Mi hermana apareció bajo el marco de la puerta. Su rostro, esos dos ojos como criaturas que hubieran caído en las trampas de su máscara, examinaron el interior del baño. Yo repasé su blusa. Los cinco botones que la escuché desabrochar durante la

noche. Recordé el sonido húmedo de sus arcadas.

—Vamos, hijo —insistió mi madre.

Agarré la mano que ella me tendía.

—¿Qué hace éste ahí metido? —preguntó mi hermana.

—No le llames «éste» —corrigió mi padre—. Tiene un nombre.

—¿Qué hace ahí?

Mi padre devolvió la toalla a su lugar.

—A veces reñir no es suficiente. Por eso hay que castigar.

Mi hermana permaneció callada. Parecía no terminar de entender la explicación.

—Le ha obligado a pasar la noche en la bañera —aclaró entonces mi madre, que tiraba de mí hacia la puerta—. Por vuestro asunto con el matarratas.

Rocé a mi hermana al pasar junto a ella. Una araña de dedos me atrapó el hombro.

—¿Has pasado la noche en la bañera? —me preguntó—. ¿Estuviste aquí? ¿Toda la noche?

Asentí. Un nuevo brillo matizó su mirada.

—¿Y... —realizó una pausa para tragar saliva antes de continuar— has dormido todo el tiempo?

Entendí el significado real de su pregunta.

—Bueno —respondió papá en mi lugar—, estuvo husmeando por el lavabo. Como una de esas ratas. Cuando vine me encontré el jabón aquí tirado. —Y señaló el interior del lavabo.

Mi hermana repasó los botones de su blusa, como si buscara alguno que poder abrochar. De su paladar escapó el murmullo inconsciente que provoca un mal pensamiento. Quiso mirarme otra vez, pero mamá tiraba de mi brazo de tal forma que logró sacarme del baño sin tiempo a que dijera una palabra. La máscara blanca desapareció de mi vista tras la pared.

—¿Le despertaste? —fue lo último que le oí decir a mi hermana. Se lo preguntaba a mi padre.

Mamá me llevó a mi cuarto. Colocamos la almohada en su sitio. Ella se asomó a la cama vacía de mi hermano. Palpó sus sábanas y arrugó la nariz. Tiró de una de ellas para enrollarla alrededor del brazo.

—Ve a la cocina —dijo—, que voy a preparar el desayuno.

Cuando abandonó la habitación, abrí el cajón. La cáscara del huevo bailó sobre su nido de camiseta. Las luciérnagas me dieron la bienvenida con chispazos arbitrarios de luz verde.

—No —respondí en código morse, dando cinco toques en la tapa—, no me he ido del sótano.

Al salir, me encontré a la abuela en el pasillo. Llevaba al bebé en brazos.

—Buenos días —le dije. Me acerqué a ella con la idea de abrazarla, apretar su cuerpo blando, hundir mi cara entre su ropa y oler los polvos de talco, pero la velocidad a la que se movía me impidió alcanzarla.

—No tan buenos —respondió. Cuando entró en el salón, añadió—: El bebé no se despierta.

Oí algo detrás de mí y me giré. Vi una esquina de la máscara de mi hermana, asomada al pasillo desde el interior del baño. Un ojo tras la puerta. Al descubrir que la miraba, desapareció con la velocidad con la que alzan el vuelo las libélulas.

—¿Cómo que no se despierta? —preguntó mi padre.

Estaba sentado en su butaca de rayas. Por la tarde y por la noche dirigía el asiento hacia el televisor, pero por las mañanas solía estar orientado a la cocina. Desde allí papá observaba cómo mamá preparaba el desayuno. Solía preguntar si algo necesitaba arreglo. Si alguna puerta de algún armario comenzaba a descolgarse. Si era mejor cambiar la altura de alguno de los estantes. Así podría usar su caja de herramientas y estar ocupado algunas horas. Una vez pillé a mi madre aflojando ella misma unas bisagras, para después pedirle a papá que las arreglara.

Mamá dejó caer ahora en la sartén dos huevos cuya cáscara ya había quebrado. Se secó las manos en el delantal y, sin hacer caso de las pequeñas explosiones de aceite que acontecieron, se acercó a mi abuela, que daba vueltas alrededor de la mesa del comedor. Siseaba y golpeaba con un dedo la boca del bebé.

—Vamos, despierta —le dijo.

—Deja que el bebé duerma si quiere —exclamó papá desde su butaca—. Bastante llora ya sin que nadie le anime.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó mi madre.

Detuvo a mi abuela agarrándola de la cintura. La obligó a sentarse. Mamá se sentó frente a ella.

—No está durmiendo —dijo mi abuela.

Mi madre enderezó la espalda. Mi padre echó el cuerpo hacia delante en su butaca. Yo me acerqué corriendo al bebé.

—¿Cómo que no está durmiendo? —preguntó mi madre. Arrancó al niño de entre los brazos de su bisabuela.

—No está durmiendo —repitió ella.

Los huevos chisporroteaban en la sartén. El olor a quemado comenzó a extenderse por el salón.

Mamá alzó al bebé. Lo miró con extrañeza. Posó sus labios sobre su frente. Después lo colocó junto a su oreja. Suspiró aliviada.

—Qué tonterías dices —le reprochó a mi abuela—, claro que está dormido. Está respirando perfectamente. Ni siquiera tiene fiebre. Tienes que dejar de darnos estos

sustos.

—¿Y por qué no se despierta?

—Es un bebé —contesté yo—, puede dormir todo lo quiera.

Mamá rió al escuchar mi respuesta. La abuela no cambió el gesto.

—Vamos, despiértale —dijo.

Mamá colocó al bebé sobre sus piernas y le sacudió la carita con dos dedos. El niño no reaccionó.

—Es él quien me despierta a mí todas las mañanas —continuó mi abuela. Reconocí un temblor en su garganta. Cogió el crucifijo de entre los pliegues de su camisón y lo retorció entre los dedos.

Mi madre inició un traqueteo con las piernas, meciendo al niño. Sus zapatillas se salieron de los talones, como jugaba papá conmigo cuando era más pequeño, cuando me agarraba de las manos y me hacía trotar sobre sus piernas. Entonces yo miraba a la mancha de sol en el salón y me convertía en un vaquero que cabalgaba sobre un caballo por uno de los desiertos de esas películas que papá no me dejaba ver. Si me envalentonaba, gritaba y soltaba un brazo para lanzar un látigo imaginario. Hasta que mi padre decidió que pesaba demasiado para seguir cabalgando sobre sus piernas.

—Sigo sin oírle llorar —dijo mi abuela—. A este niño le pasa algo.

Permanecimos en silencio. Sólo se escuchaba el ruido de las zapatillas de mamá al golpear el suelo, y el chisporroteo constante de los huevos quemándose en la sartén.

Desde el acceso al salón, habló mi hermana:

—¿Le pasa algo?

Se acercó a nosotros y agarró a su hijo. Lo acunó entre sus brazos sin conseguir respuesta. Señaló la cocina con el mentón. Una columna de humo emanaba de la sartén donde los huevos terminaban de quemarse.

—Vamos a salir ardiendo —dijo—. Otra vez.

Papá se levantó de golpe y permaneció de pie unos segundos. Después chasqueó la lengua y abandonó la estancia. Mi hermana observó sus movimientos. Algo ocurrió tras el agujero de su boca. Una sonrisa.

Tuve una idea. Aún entre los brazos de su madre, agarré al niño con ambas manos.

—¿Me dejas? —pregunté.

Esperé a que ella cediera. Cuando lo hizo, cogí al bebé como me había enseñado mamá, su cabeza cerca de mi codo y me dirigí a la mancha de sol del salón.

—Cuidado —dijo mamá—. ¿Qué haces?

—¿Qué es lo que hace? —quiso saber la abuela.

Me senté en la mancha como había hecho el día que el niño nació. Me situé de tal forma que daba la espalda a los demás, escondiendo al bebé.

—¿Qué haces? —repitió mi madre con curiosidad.
Moví al niño sobre mi regazo hasta que el haz de luz le acarició el rostro.
—Tú aún no tienes puertas —le susurré—. Disfruta del sol.
El bebé abrió los ojos y empezó a llorar.
—¿Veis? —oí decir a mi hermana—. No le pasaba nada.

Esa noche, mientras me lavaba los dientes, la máscara de mi hermana se reflejó en el espejo.

—¿Estabas en la bañera? —me preguntó.

Agarró mi mano libre. Cogió su cepillo y lo mojó en parte de la espuma que yo había escupido. Había algunos días que teníamos que compartir la espuma, lavarnos con bicarbonato o incluso frotar el cepillo sólo con agua, pero al final volvíamos a tener pasta de dientes. De todas las pastillas que mamá nos hacía tomar, había una, de color blanco, que se llamaba calcio. Era buena para los dientes.

Mi hermana comenzó a mover el cepillo dentro de su boca. Tuvo que manejarse únicamente con la mano izquierda. Durante el proceso, nos miramos el uno al otro en el espejo, sin decir una palabra. Entonces escupí yo. Y después ella. Un hilillo de baba roja quedó colgando de su boca, uniendo su labio inferior con el pequeño charco de sangre y saliva que había escupido. Cuando levantó la cabeza, el filamento se quebró y quedó adherido a su máscara.

—¿Eso es normal? —pregunté al ver la sangre.

—Viviendo como vivimos, sí.

Eché agua sobre la espuma y la sangre con rapidez. Se secó la saliva de la barbilla con la blusa de los cinco botones. Después dejó que me enjuagara, se enjuagó ella, y cerró el grifo. Tiró de mi muñeca para hacerme salir del baño, de un modo similar a como lo había hecho mamá esa misma mañana. Me resistí hasta que logré dejar el cepillo en su lugar. Aunque no lo había usado, comprobé también que el jabón estuviera bien colocado en el pez azul.

Entramos en el cuarto de mi hermana. Me sentó a los pies de su cama y fue a la cuna del bebé. El resto de mi familia seguía en el salón tras la cena. Se dio la vuelta, apoyando el culo en el borde de la cuna.

—Dime, ¿estabas en la bañera?

Asentí. Apreté las manos entre mis rodillas desnudas. Vestía uno de mis calzoncillos blancos.

—¿Y? —dijo ella. Advirtió que había dejado abierta la puerta de la habitación. La cerró sin hacer ruido. Su máscara giró sobre sus hombros para mirarme—. ¿Qué viste?

—No vi nada.

Era la verdad.

—¿Te despertaste cuando entré?

Tardé algo más en responder a esa pregunta. Mi hermana tuvo tiempo de sentarse a mi lado. Sentí su respiración en el cuello, la máscara casi tocando mi cara.

Asentí.

—¿Qué escuchaste?

Levanté los hombros.

—Dime qué escuchaste.

La máscara se acercó aún más.

—Vomitaste —dije.

—No mientas —me interrumpió—, no vomité.

—Te escuché... —En lugar de decirlo con palabras, imité el gesto de una arcada.

—Pero no vomité.

—Y te lavaste.

—Me estaba lavando las manos —explicó ella—. ¿Y qué más?

—Te fuiste corriendo cuando se escuchó el ruido en el pasillo.

—Era papá, ¿no? —La máscara de mi hermana se separó de mi cara—. ¿A qué fue papá al baño?

—Dejaste el jabón ahí tirado —me quejé.

—No he preguntado eso. ¿A qué fue papá al baño?

—No lo sé —contesté.

—¿Fue a vigilar qué había hecho yo?

—Me regañó a mí —le recordé—. Ni siquiera pensó que hubieras estado tú.

—¿Y a qué fue, entonces?

—Tenía arañazos en la espalda —dije—. Pero no se los curó.

—Arañazos —repitió mi hermana. Repasó con el pulgar izquierdo la curvatura de las uñas de su mano derecha.

—También le vi limpiarse... —dudé cómo decirlo—, ya sabes. —Me señalé el calzoncillo—. Luego tiró de la cadena. Y me regañó por culpa de tu jabón.

Mi hermana siguió repasando el filo de sus uñas con el pulgar.

Permaneció en silencio.

Largo rato.

Tanto, que fui yo quien retomó la conversación.

—¿Qué? —pregunté.

El bebé se movió en la cuna. Emitió el arrullo particular que hacía cuando se encontraba cómodo.

—¿Qué pasa? —repetí.

Aún tardó unos segundos en comenzar a hablar. Bajó la cara hasta que su barbilla de plástico casi le tocó el pecho. Miró a la puerta para comprobar que seguía cerrada.

—¿Sabes lo que se estaba limpiando papá?

Negué con la cabeza.

—¿Has llegado en las clases de mamá al libro donde explican cómo se hacen los niños? —continuó ella.

—Yo sé cómo se hacen los niños.

Mi hermana suspiró. Tardó mucho en completar la profunda respiración.

—Papá no es tan bueno como tú piensas —dijo.

—Ya lo sé. Me ha hecho dormir en la bañera.

Ella sonrió y me agarró una mano.

—Eso no es nada —dijo—. Puede hacer cosas peores. —Tiró de mi mano para colocarla encima de su vientre. Después miró a la cuna. Esperó a que yo también hiciera lo mismo para seguir hablando—: Ese bebé que está ahí salió de mi tripa.

Como si hubiera escuchado que hablábamos de él, el niño dio una zancada al aire con ambas piernas.

—Claro —dije—, yo lo vi salir.

Recordé cómo había agarrado la pierna de mi hermana mientras ella forcejeaba, desnuda sobre la mesa de la cocina. Cómo había luchado por liberarse. Y por quitarse la máscara. Oí en mi memoria el sonido que produjo el hueso de su muñeca cuando papá dejó caer su mano.

—¿Y quién lo puso aquí? —me preguntó.

Al hacerlo apretó mi mano contra su barriga. Un hueso de su cuello crujió. Una lágrima asomó a su párpado inferior. Se quedó atrapada en el filo de la máscara. Durante un instante brilló al reflejar la luz de la bombilla en el techo. Al final cayó hacia dentro, detrás del material ortopédico.

Pensé la respuesta a la pregunta que me había formulado. Sólo supe contestar con otra pregunta:

—¿Fue el hombre grillo?

Negó con un chasquido de la lengua. Apoyó la mano que aún tenía libre sobre la mía.

—No —susurró.

Otro largo suspiro la preparó para lo que iba a decir. Se humedeció los labios antes de hablar:

—Fue papá.

Lo soltó de pronto. El bebé pataleó tras los barrotes que rodeaban su cuna. Como rodeaban el sótano los de las ventanas. Mi hermana me miró. Sólo aguantó la mirada durante un segundo. Los ojos se le escaparon a la puerta en dos ocasiones.

—¿Papá? —pregunté.

La piel de los brazos y los muslos se me encogió, y se me llenó de decenas de puntitos, como si dentro de mí hubiera una criatura deseando salir.

—Ayer no fue la primera vez —continuó ella.

—¿Ayer?

Mi hermana soltó mi mano. Colocó una de las suyas sobre mi espalda. La recorrió de arriba abajo clavando las uñas en mi carne. Dibujando arañazos muy parecidos a los que había visto la noche anterior en la espalda de papá.

—¿Fuiste tú?

Ella asintió.

—¿Qué te hizo?

—Me hizo daño.

—¿Y un bebé? —pregunté.

Su mirada se desenfocó.

—Eso no —respondió—, espero que no.

Elevó el pecho al respirar.

Entonces sacudió la cabeza como si despertara. Se recolocó sobre la cama, doblando una pierna y sentándose sobre ella. Los muelles del colchón chirriaron con el movimiento.

—Prométeme que no dirás nada —dijo. Su voz adquirió una repentina dureza—. Tienes que prometerlo. Ni a papá, ni a mamá, ni a la abuela. Ni al que duerme contigo.

—¿Te lo hace muchas veces?

—¿Cómo?

—Papá..., ¿te hace eso muchas veces?

Mi hermana me mostró un puño. Fue estirando los dedos uno detrás de otro. Tras abrir la mano al completo, volvió a cerrarla, y prosiguió la cuenta. Detuve su movimiento cuando cerró el puño por segunda vez.

—¿Mamá sabe que papá te hace daño?

—Si sabes cómo se hacen los niños —contestó mi hermana—, ese bebé de la cuna deja las cosas bastante claras, ¿no crees?

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Pero tienes que prometer que no vas a decir nada. Tienes que jurarlo por el bebé. Y por...

Mi hermana miró a su alrededor. La nariz ortopédica señaló varios puntos de la habitación a medida que la máscara realizaba una panorámica del entorno. Entonces se levantó, cogió algo de la mesilla de la abuela y regresó a su posición sobre la cama. Agarró mis dos manos dentro de las suyas. Desenredó lo que había cogido de la mesilla de la abuela. Era su rosario. Rodeó nuestros dedos con las cuentas de color granate.

—Júralo por el que está allí arriba —dijo.

Apretó el rosario hasta que me hizo daño.

—Repíteme conmigo. No voy a decirle nada de esto a nadie. —Mi hermana respiraba de forma extraña, vigilando la puerta en todo momento—. No voy a decirle nada de esto a nadie. Lo juro por el que está allí arriba —entonó de carrerilla—. Repítelo.

Escupió la última palabra salpicándose de saliva.

—¡Repítelo!

Apretó aún más el rosario, retorciéndolo para estrangular uno de mis dedos, que se puso completamente rojo.

—No... —comencé a decir. Un franja blanca se dibujó en mi piel alrededor de la cadena—. No voy a decirle nada de esto a nadie. Lo juro... —intenté recordar sus palabras— por el que está allí arriba.

—A nadie —repitió ella—. Lo has jurado.

Asentí.

—Y no sólo por eso —un nuevo brillo apareció en sus ojos—, sino porque entonces yo podría contar muchos de tus secretos.

Se refería al tarro de las luciérnagas con el que podría haber asfixiado al bebé.

—A nadie —dijo por última vez.

—A nadie —repetí.

Después desenredó el rosario. Se levantó para devolverlo a su sitio, pero se detuvo. Sentí de pronto el crucifijo contra mis labios.

—Besa al que está allí arriba. Bésalo —me ordenó—. Tienes que besarlo para que el juramento sea real. Si rompes el juramento después de haberlo besado, el castigo es mil veces peor.

Apretaba la cruz contra mi boca con tanta fuerza que apenas podía mover los labios. Aun así conseguí darle algo parecido a un beso.

—Muy bien —dijo ella.

La puerta de la habitación se abrió justo cuando mi hermana depositaba el rosario en su sitio. De un salto, se dejó caer sobre la cama de mi abuela. Fingió una carcajada.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó mi abuela.

Mi hermana siguió riendo.

—Nada —contestó. Se movió sobre la cama para hacerla sonar—. Estoy jugando con mi hermano.

La ceja medio poblada de mi abuela se elevó en su frente.

—¿Dónde estás? —preguntó al aire.

—Aquí —contesté.

Mi voz sirvió de guía para que me mirara.

—¿Qué está pasando? —insistió.

Miré a mi hermana, a sus ojos tras la máscara. Los mismos ojos que acababa de ver llorar, aunque la lágrima hubiera caído hacia dentro. Ella volvió a forzar una carcajada y a botar sobre la cama en un improvisado juego imaginario. Después miré al bebé. El sonido de los muelles lo estaba incomodando. Comenzó a llorar. En mi espalda ardieron los arañazos que acababa de marcar mi hermana. Arañazos como los que ya cicatrizarían en la espalda de papá.

—No lo sé —contesté—. No sé lo que pasa.

Y ni siquiera mi abuela, que solía escuchar mucho más allá de las palabras, se dio cuenta de que había dicho aquello desde lo más profundo de mi alma.

La primera lágrima cayó sobre mi pierna desnuda.

Después lloré como el niño que era.

Lloré como si estuviera junto a mi sobrino, dentro de su cuna.

Después de aquello, mamá fue a buscarme a mi cama.

Sentado con la espalda apoyada contra la pared, la sábana hasta la cintura, pasaba las hojas de mi libro de insectos mirando las fotografías. Gracias a ese libro supe lo que era una libélula antes de poder ver una. Y un grillo. O un sáturnido. Aprendí los nombres de casi todas las especies que aparecían en aquellas páginas. Una vez intenté hacer creer a la abuela que había aprendido latín recitándole de carrerilla el nombre científico de un montón de bichos. *Actias selene*, *Iphiclides podalirius*, *Inachis io*, *Colias crocea*. Se los dije todos seguidos entonándolos como si hablara normalmente. Incluso me hacía una pregunta con el nombre de una especie para responderla después con otro. ¿*Saturnia pyri*? *Acherontia atropos*. «No me engañas —contestó mi abuela tras el despliegue de nombres—, seguro que lo has sacado todo de ese libro tuyo de los bichos.»

Cuando mamá abrió la puerta, tenía el libro abierto por la página que mostraba la foto de la luciérnaga. Aparecía agarrada a un brizna de hierba que crecía junto a un lago. Su luz se reflejaba, más débil, sobre la superficie del agua. Se había convertido en mi insecto favorito desde la primera vez que papá me dejó ver el libro. No existe criatura más fascinante que aquella que es capaz de crear luz por sí misma.

—Me ha dicho la abuela que has llorado —dijo mamá desde la puerta.

Asomaba la cara a través de la pequeña rendija que había abierto. Del salón llegaban los destellos irregulares del televisor, que se colaron ahora en mi habitación como relámpagos en el suelo.

No contesté, absorto en la fotografía de la luciérnaga, en la mágica luz verde que emanaba del final de su abdomen. «¿De verdad estos bichos hacen luz?», pregunté a papá el día que me bajó el libro de lo alto de la estantería. Ocurrió cuando él aún me hacía cabalgar sobre sus piernas. Cuando no me castigaba a dormir en la bañera. «Bueno —me explicó él—, creo que en realidad se la roban al sol. Durante el día absorben su energía y luego ellas la sueltan por la noche.» Entonces yo había preguntado si el sol era esa luz que entraba por el techo del salón. Él se había levantado y me había dejado solo en la habitación. Esa misma tarde descubrí que papá se equivocaba, que son las propias luciérnagas las que crean luz con químicos de su cuerpo. No todo lo que dice mi padre es verdad.

—Quiero saber si has llorado —dijo mamá.

Negué con la cabeza.

—La abuela te encontró llorando en su cuarto —insistió.

Toqué la luz verde en el libro. No era más que un poco de tinta impresa en un trozo de papel satinado. Otra luz artificial.

Mamá se acercó a la cama.

—¿Me vas a contar qué te ocurre?

El dedo con el que tocaba la imagen de la luciérnaga era el mismo que mi hermana había estrangulado con el rosario para hacerme jurar que no diría nada de lo que me acababa de contar.

—Nada —respondí.

Pensé en el bebé. En el día que mi hermana dio a luz en la mesa de la cocina. En cómo le molestaba a papá que el niño llorara. En que nunca lo había cogido entre sus brazos. Se me encogió la garganta.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó mi madre—. ¿Por qué lloras ahora?

Me empujó bajo la sábana, hacia la pared, para hacerse hueco. Casi se golpeó la cabeza con la estructura metálica de la litera antes de sentarse bajo del colchón de mi hermano. Mamá me acarició la cara.

—¿Es por estar aquí?

Sacudí la cabeza.

—Ésta es mi casa —respondí—. Quiero vivir con vosotros.

Su nariz silbó.

—¿Entonces?

Lo pensé unos segundos antes de responder.

—Me estáis engañando.

—¿Por qué dices eso?

A mí nadie me había explicado quién era el padre del bebé.

—Vosotros sabéis si el hombre grillo existe de verdad o no. Sabíais que la puerta de la cocina siempre ha estado cerrada. Sabéis muchas más cosas de las que me contáis.

—Bueno, es que eso es lo que hacemos los padres, es nuestro trabajo —respondió—. Los padres siempre sabemos muchas más cosas que los niños.

—Pues yo quiero saberlo todo.

—Créeme. Hay cosas que todavía no quieres saber.

—¿Cómo cuáles?

Mamá suspiró.

—Cada cosa a su tiempo.

—¿Lo ves? Sólo me contáis lo que os da la gana. Me estáis engañando todo el tiempo.

Apoyé el libro abierto sobre mi pecho, me crucé de brazos y miré a la pared.

—Venga —dijo entonces mi madre, juntando las manos como si diera una palmada—. Pregúntame lo que quieras. Cualquier cosa que se te ocurra. Y te prometo que contestaré sólo la verdad.

Agarró mi barbilla para obligarme a mirarla, la sonrisa le cerró el ojo de siempre. La luz que llegaba del techo proyectaba sombras bajo los pliegues irregulares de su

piel.

—Pero sólo una pregunta —añadió.

Separé el libro de mi pecho y pasé varias páginas.

—¿Todos estos insectos viven ahí fuera?

Ella asintió.

—¿Todos?

Volvió a asentir.

—¿Podré verlos algún día?

Mamá extendió un dedo.

—Sólo podías hacer una pregunta —canturreó.

—¿Podré verlos algún día? —insistí sin hacerle caso.

Ella tragó saliva. Me peinó el flequillo con la mano.

—Ya los estás viendo —contestó.

Tocó la imagen de la luciérnaga frente a mí.

—Me refiero a verlos. —Acentué la entonación en la última palabra para que entendiera a qué me refería. Aunque ella ya lo sabía.

—En realidad no los verías aunque estuvieras allá fuera.

—¿Por qué no?

—Es imposible verlo todo. La gente conoce las cosas por los libros. Igual que tú.

Debí de poner cara de no entender del todo lo que me decía.

—Un ejemplo —prosiguió—, ¿crees que todo el mundo ha estado en América?

—Yo no he estado en América.

—Claro que no. Ni yo. Ni la mayoría de la gente. Es un lugar que sabes que existe porque lo ves en los mapas. En las fotos de los libros.

—Es el continente largo que está a la izquierda. Allí están los desiertos de las películas que ve papá. En el Oeste americano.

Mamá me había enseñado a leer y a escribir. Con ayuda de mi hermana aprendí también matemáticas. Pero la geografía era cosa de mi padre. Si sabía donde estaba América era gracias a él.

—Que no veas en realidad a estos bichos —dijo mamá—, no quiere decir que no existan. Si existen aquí —colocó su dedo sobre mi sien—, y aquí —lo trasladó a mi pecho—, es suficiente.

Sonreí.

—Allí arriba hay gente que se muere sin ver el mar —continuó—. Y muchos de ellos viven muy cerca de él.

Apoyó una mano sobre mi pecho.

—Si viviéramos fuera, ahora mismo estaríamos igual. Yo te estaría acostando, tú estarías leyendo tu libro de insectos, y seguramente me estarías preguntando por qué no has visto nunca ninguna de esas mariposas tan raras.

Recorrió con el pulgar una de las esquinas del libro y lo abrió por una de las primeras páginas, donde aparecía una gran polilla de color verde pálido y dos largas colas en sus alas inferiores. *Actias luna*.

—¿Quién ha visto en realidad una mariposa de éstas? —preguntó mamá—. Fíjate, si parece una cometa. Te puedo asegurar que nunca vi nada parecido fuera. ¿Tú crees que alguien las habrá visto?

Encogí los hombros, sacando el labio inferior.

—A lo mejor la gente que vive en América —dije.

Mamá rió, esbozando una mueca en sus labios, y consiguió que yo también riera.

—¿Por qué estamos aquí?

Lancé la pregunta por sorpresa, y supe que me había oído por la manera en que me miró, aunque quiso disimularlo alargando la carcajada.

—¿Por qué estamos aquí? —repetí.

—Sólo podías hacer una pregunta —respondió al fin—. Y ya has hecho más.

—¿Por qué estamos aquí? —dije por tercera vez.

La risa murió en su cara. Me cerró el libro y se levantó para dejarlo sobre el mueble. Después volvió a mi lado pero ya no se sentó en la cama. Sólo se agachó para darme un beso en la mejilla antes de dirigirse a la puerta. Desde allí, con la cabeza pegada al marco, dijo:

—Porque no podemos estar en otro sitio.

Apagó la bombilla. La luz del televisor en el salón recortó su silueta desde atrás. Antes de marcharse, añadió:

—Como le pasa a todo el mundo.

Cerró la puerta dejándome en total oscuridad.

La noche siguiente, antes de cenar, papá cogió el cuchillo del centro de la mesa. Mamá dejaba todos los cubiertos amontonados para que nosotros nos encargáramos de repartirlos. La abuela siempre rozaba uno de los lados del cuchillo contra su antebrazo para saber cómo colocar el filo hacia dentro. Papá cogió ahora uno de los grandes, de empuñadura marrón, y extendió su otra mano sobre la mesa, con los dedos bien separados y la palma pegada al mantel.

—Mira, hijo —le dijo a mi hermano—, como en la película de anoche.

Papá extendió la mano sobre la mesa con los dedos separados y empezó a clavar la punta del cuchillo entre ellos. Al principio lo hizo lentamente, poco a poco fue incrementando la velocidad hasta que el ruido de cada impacto sobre la mesa se pareció al de un caballo al galope como en las películas del Oeste. Mi hermano reía cada vez más fuerte, con espasmos guturales que casi acaban por atragantarlo. Se balanceaba sobre la silla y daba golpes a la mesa. Trató de aplaudir en dos ocasiones, pero sus manos no llegaron a encontrarse y acabó por golpearse en el hombro. Mi hermana miró al pasillo para abstraerse del espectáculo.

Mamá trajo la fuente de sopa. El humo blanco bailaba frente a su cara antes de desvanecerse. La dejó a un lado de la mesa y atrapó al vuelo la mano con la que mi padre emulaba a algún sucio vaquero haciendo apuestas en una cantina.

—¿Ya? —preguntó mi hermana en cuanto dejó de escucharse el trote del cubierto contra el mantel.

Esperó aún unos segundos para asegurarse.

Entonces la máscara blanca giró sobre sus hombros.

Y fue justo en ese momento cuando empezó a sangrar.

La sangre apareció de repente.

Un flujo de color rojo oscuro, como si el material ortopédico sangrara. Mi hermana fue la última en darse cuenta. Alargó el brazo para alcanzar la sopa como si no ocurriera nada mientras la sangre teñía el borde del agujero que tenía por boca.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Debió de advertir la sorpresa y el horror en nuestros rostros. Pegó un grito al ver las manchas de sangre sobre el mantel. Dibujando pequeñas manzanas entre las ramas de los árboles estampados en la tela. Papá dejó caer el cuchillo. Retiró la mano a tiempo de evitar que le pinchara.

—Estás sangrando —dijo mi madre.

Mi hermana palpó con sus manos la máscara. Buscando el origen del flujo, con los dedos manchados de su propia sangre, dibujó un montón de huellas dactilares sobre el plástico blanco.

—¿Sangrando? —preguntó la abuela, moviendo la cabeza en varias direcciones.

Buscó la cara artificial de mi hermana con las manos. Cuando sus dedos tocaron la humedad que impregnaba la máscara se retrajeron como si hubieran tocado algo caliente. Después se los llevó a la nariz y los olió.

—¡Es sangre! —gritó.

Mi madre se acercó a socorrer a mi hermana. La hizo levantarse. Examinó con sus dedos el relieve de la máscara. Veinte dedos la toqueteaban como una colonia de hormigas con las antenas cortadas.

—Te la tenemos que quitar —dijo mi madre.

La mano de papá saltó de donde estuviera y atrapó una de mis muñecas.

—Ven, vamos —decía mi madre mientras guiaba a mi hermana hacia el fregadero.

—¿Tenéis que hacerlo aquí? —preguntó mi padre.

Mamá no contestó. Sólo colocó a mi hermana de tal forma que me diera la espalda. Pude ver la goma que recorría la parte de atrás de su cabeza de lado a lado. A pesar de las precauciones de mi madre, la mano caliente de papá se apoyó sobre mis ojos.

Me los cerró.

Oí una silla deslizarse sobre el suelo.

—No hace falta que vayas —dijo mi padre.

Supe que se lo decía a la abuela.

—¿Qué me pasa? —preguntó mi hermana.

—Ahora lo veremos —contestó mamá.

—Es este sótano —añadió ella—, que nos va a matar a todos.

Aunque yo no podía ver nada, supuse que mi hermana se habría quitado su máscara manchada de sangre mostrando a mamá el rostro que resultó del fuego. Y que ella estaría repasando sus viejas heridas buscando la razón de la hemorragia.

La encontró rápido.

—No es nada —escuché decir a mamá—. Sólo te sangra la nariz.

La respiración de papá, caliente, me susurró en el oído:

—Por llamarla de alguna manera.

Oí abrirse el grifo del fregadero.

—Lávate hasta que deje de sangrar —indicó mi madre.

—Que ponga la cabeza hacia arriba —añadió la abuela desde la mesa.

—Eso es malísimo —respondió mamá.

—Lo hice con tu marido cada vez que se caía de un tobogán o le pegaban con un balón —respondió ella—. Sé cómo funcionan estas cosas.

El agua cayó de forma distinta en el fregadero. Mi hermana estaba haciendo caso a mi madre.

—Sigue así, hasta que pare —dijo ella—. Tiene que parar en algún momento.

Oí a mi hermana frotarse la cara. Una situación muy similar a la que había vivido dos noches antes, cuando papá me castigó en el baño, cuando ella había entrado a escondidas para limpiarse. Al acordarme de aquello, la mano caliente de papá sobre mi rostro me produjo rechazo.

El agua siguió corriendo.

—No para —dijo mi hermana después de un rato—. No deja de salirme sangre.

—Pues entonces tápate el agujero con los dedos —dijo papá—. O haz lo que quieras. Pero habrá que cenar. Esta sopa ya está fría.

La silla de mi abuela rozó contra el suelo.

—He dicho que no hace falta que vayas —repitió mi padre.

Esta vez no hizo caso. Oí sus cortos pasos acercándose a la cocina.

—Coge un trapo de los que hay por allí —dijo la abuela—, y apriétalo con fuerza. La presión hará que pare.

Hubo algunos ruidos que no identifiqué.

—Ya está —dijo la abuela—. A comer.

Más pasos se acercaron a la mesa, que vibró cuando ellas se sentaron. Papá ejerció más presión sobre mis ojos.

—No puedes comer aquí sin la máscara —le dijo a mi hermana—. Está el niño.

Me movió la cabeza con la mano como si aquello fuera necesario para constatar mi presencia.

—¿A quién le molesta de verdad mi cara? —preguntó mi hermana—. ¿Al niño? ¿O a ti?

Un cubierto golpeó la mesa. Al agudo rechinar de las patas de una silla contra el suelo le siguieron los pasos sordos de alguien dirigiéndose al pasillo.

—¿Cómo vas a tomarte la sopa sin la cuchara? —preguntó mi madre.

—La sorberé como pueda —contestó mi hermana.

Cerró su habitación de un portazo.

—Ya puedes comer —dijo mi padre.

Al retirar la mano, el aire secó el antifaz de sudor con una sensación de frescor. Lo primero que vi al abrir los ojos fue la máscara de mi hermana sobre la mesa. Un rostro sangriento y vacío mirando al techo. Implorando quizá al que está allí arriba.

Mi hermana no salió de su habitación para devolver el plato a la cocina. Quien lo recogió fue mi abuela, que entró al cuarto para sacar al bebé. Se dispuso a cambiarlo sentada en el sofá, al lado de mi madre. Murmuró alguna canción mientras lo acunaba. Un gran bote de polvos de talco descansaba sobre su regazo. El olor superaba incluso al del pañal sucio que ella había apartado en el suelo.

Me encaramé al sofá para sentarme junto a mamá. Advertí que tenía algo entre sus manos. Era la máscara de mi hermana. La frotaba con un trapo gris. El olor del

amoníaco me hizo saber que estaba limpiando las manchas de sangre. Encajó el rostro ortopédico en una de sus rodillas, lo mantuvo sujeto y frotó la frente con fuerza. El tono marrón de la sangre seca se fue disolviendo, desdibujándose en una nube naranja y después rosácea para dar paso finalmente al blanco. La punta del trapo quedó teñida de marrón. Dio algunas vueltas para buscar otro extremo del tejido aún limpio y procedió a hacer lo mismo con el relieve de la nariz. Era como si su rodilla mirara al frente.

—Bueno, ¿qué? —me dijo—. ¿Te vas a quedar ahí mirándome toda la noche?

Negué con la cabeza.

—Venía a darte un beso de buenas noches.

Ella me acercó un lado de la cara.

—Pues venga —dijo—. Y otro a tu abuela. Y te vas a dormir, que papá querrá ver una película.

Esperó el beso mientras seguía manipulando la máscara de mi hermana. Cuando se lo di, repasaba los falsos labios de la careta.

—¿Por qué tiene que llevarla? —pregunté.

—¿Cómo?

—Que por qué ella tiene que llevar la máscara siempre y vosotros no.

La mano con la que mamá sujetaba el trapo se detuvo.

—No la lleva siempre —explicó—. Duerme sin ella. Se baña sin ella.

—Pero por aquí —dije señalando el salón—. Por aquí siempre la lleva. Cuando yo estoy delante.

Mamá suspiró.

—El fuego nos afectó a todos de manera distinta —intercedió entonces la abuela. Mientras lo decía, acarició la cara rosada del bebé.

—No te haría bien ver cómo quedó su cara —añadió mamá—. Podrías asustarte. No tiene... —mamá recorrió con un dedo la curva de su nariz— ya sabes.

Entonces toqué la cara de mamá. Acaricié la piel acartonada alrededor de sus ojos.

—Vuestras caras no me asustan —dije.

Su nariz silbó, parecía emocionada.

—Yo quiero tener la cara como vosotros —añadí—. No quiero ser diferente.

De pronto, mamá apartó bruscamente mi mano de su mejilla.

—No digas eso ni en broma. Tú tienes una cara que a la gente le gustaría mirar, con esos dos preciosos lunares. —Tocó primero uno de ellos y después el otro, debajo del ojo derecho.

—¿Qué gente? —pregunté.

Mamá tomó aire.

—Aquí no hay gente —dije—. Aquí sólo estamos nosotros. Da igual que mi cara

esté quemada.

—No, hijo. No da igual. —Siguió acariciando mi rostro—. No da igual —repitió. La abuela requirió mi atención.

—Ven —me dijo—. Ven a este otro lado.

Rodeé el sofá por detrás para llegar al otro extremo y me senté al lado de la abuela. Ella reposó el bebé sobre sus rodillas y colocó sus dos manos en mi cara. Estiró mi carne con sus dedos como si la modelara. Noté los párpados estirarse, los labios contraerse. Un agujero de la nariz se abrió más que el otro cuando tiró de la punta con el pulgar. También me pellizcó las cejas y las distorsionó a su antojo.

—Ya está —dijo cuando dio por terminada su labor—. Ya eres como nosotros.

Traté de sonreír pero mi cara estaba enganchada entre los dedos de mi abuela y me fue imposible.

—¿Estoy guapo? —pregunté. Aunque en realidad no dominaba la nueva forma de mis labios y pronuncié con un extraño ceceo—. ¡Hablo como mi hermano! —bromeé.

—Muy guapo —dijo la abuela.

—Tú no puedes verme, eso no vale —respondí—. Mamá, ¿estoy guapo?

Apenas distinguí una mancha de color irregular cuando se asomó para mirarme. Un volumen iluminado desde arriba por la bombilla que colgaba en el techo. Los párpados, estirados como los tenía, no me permitían ver bien.

—¿Estoy guapo? —repetí.

—Déjale, anda —dijo mi madre—. No me gusta verle así.

Mi abuela separó las manos de mi cara. Mis facciones regresaron a su lugar habitual. Como la piel nueva de una oruga tras mudar la vieja. Volvía a ser el de siempre.

—Tú tuviste la suerte de estar aquí dentro el día del fuego —dijo mi madre señalándose la tripa—. No quieras cambiar eso.

Me crucé de brazos como única respuesta.

—Además —murmuró la abuela a mi lado—, en realidad no eres diferente.

Agarró al bebé y lo levantó de su regazo.

—Él es igual que tú —dijo.

Oí cómo silbaba la nariz de mamá.

Miré a mi sobrino. A su carita llena de luces y sombras. Una cara rosada, lisa y uniforme como la mía. Parpadeó como si supiera que lo estaba mirando.

Papá regresó entonces al salón arrastrando sus zapatillas marrones, que ya tenían un agujero en la suela por el roce.

—Tú, el fantasma de la casa. ¿No tienes ningún libro que leer? ¿O algún experimento que hacer con un limón?

No respondí.

—O mejor —continuó—, ve a buscar a tu hermana. Que venga a llevarse al niño. Tengo que hablar con tu madre y tu abuela.

Bajé del sofá.

En mitad del pasillo, oí a mis espaldas cómo se abría uno de los armarios de la cocina.

—¿Estamos tomando todo lo que tenemos que tomar? —dijo papá.

—Sí —respondió mamá—. Todo lo fundamental.

Entonces recordé algo. Volví sobre mis pasos. Papá dejó de hablar cuando me descubrió en el salón.

—¿No te había dicho que fueras a buscar a tu hermana? —preguntó.

—No puedo —respondí.

—¿Y eso por qué?

—Su máscara está aquí —dije señalando el sofá.

—Ya voy yo —dijo la abuela.

Buscó la máscara con la mano hasta dar con ella. Se levantó del sofá, tirando el bote de polvos de talco. Una nube blanca se elevó durante un segundo sobre el suelo del sótano. La abuela pisó el polvo y dejó dos huellas blancas en una baldosa, pero esquivó por suerte el pañal sucio del bebé. Continuó su camino por el pasillo.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche? —me preguntó papá desde la cocina. Apoyaba la mano en uno de los armarios, el armario del que mamá sacaba el montón de pastillas que nos hacía tomar—. ¿Te puedes ir de una vez?

En nuestro cuarto mi hermano silbaba su canción. Aproveché el trance para dar las buenas noches a mis luciérnagas sin precaución. Cuando quise meterme en la cama, las piernas que colgaban de su litera se interpusieron en mi camino.

—Abre paso, Espantapájaros —le dije.

Rió con un rebuzno. Separó los pies dibujando una uve invertida. Pasé entre ellas mientras él seguía riendo. Los muelles de su cama rechinaron con cada espasmo.

Entonces llegó desde el salón el traqueteo de un tren. Y los agudos quejidos metálicos de una armónica. Papá había vuelto a poner su película favorita. Mi hermano dejó de reír y se bajó de la litera haciendo temblar el suelo. Abandonó la habitación en dirección al salón, donde se sentaría para ver la película con papá.

Yo me quedé mirando al colchón que tenía por techo.

Repitiendo una a una las frases de la película.

La oscuridad a mi alrededor se hizo más densa en cuanto comenzó a sonar la habitual melodía, la melodía más triste que haya escuchado jamás. Mis ojos se humedecieron cuando la orquesta explotó y la cantante entonó las notas más agudas de su lamento.

Estaba obligándome a permanecer despierto. Tenía que preguntarle algo a mi hermana, y tenía que hacerlo esa misma noche.

Mamá fue la primera en acostarse. El suelo crujió al pasar frente a mi puerta. Las tuberías del baño silbaron cuando abrió el grifo y vació la cisterna. Oí cómo cerraba la puerta de su habitación. Mi abuela cerró la suya algunos minutos después haciendo el menor ruido posible.

Todo lo contrario a mi hermano, que, en cuanto terminó la película, se levantó del sofá arrastrándolo por el suelo y corrió por el pasillo sin importarle el sueño de nadie. Cuando su sombra desdibujó la línea de luz que entraba bajo la puerta de nuestra habitación me tapé la cara con la sábana, preparado para el terremoto. La estructura metálica de la litera se tambaleó mientras subió por la escalera. Decenas de muelles se quejaron al sostener su peso. Después, la estructura vibró durante unos minutos. El temblor creció en intensidad a la vez que la respiración de mi hermano. Gimió justo antes de que el movimiento cesara. Enseguida empezó a roncar.

Más tarde fue papá quien se movió en el baño. Le oí cepillarse los dientes y luego abrir la puerta de su cuarto con la llave.

La casa quedó en silencio. A excepción del goteo de la cisterna y de los ronquidos de mi hermano.

Sólo faltaba mi hermana por acostarse. Debía de estar en el salón.

Permanecí en la cama mirando a la nada, tratando de oír algún movimiento en el salón. Agudicé tanto el oído que incluso podía escuchar las patas de las luciérnagas encaramadas a los lápices de colores en el interior del tarro.

Después de que mi hermano hubiera cambiado varias veces de posición, salí de la cama y avancé por el pasillo, apoyándome sólo en las puntas de los pies. Por suerte el suelo no crujió como había hecho con mamá. Para mi vista acostumbrada a la oscuridad, los pilotos de colores que brillaban en la televisión y el vídeo, esas luciérnagas muertas, iluminaban casi tanto como bombillas. Antes de atravesar el umbral que daba acceso a la estancia principal, cerré los ojos, por si mi hermana había decidido quitarse la máscara.

Una cuchilla fría rasgó mi estómago cuando me di cuenta de mi error.

Todo había sido un truco del hombre grillo. Había entrado en la casa atraído por el olor de la sangre de mi hermana. Se había escondido en algún lugar del salón sin que ninguno nos diéramos cuenta. Oculto en la sombra de algún rincón. Mirándonos con sus enormes ojos negros. Sus largas antenas vibrando y rozando el techo. Había atrapado a mi hermana en el salón para usarla como cebo para atraer mi atención.

Y había funcionado. Ahí me tenía, indefenso en mitad del salón, con los ojos cerrados. Encogí los hombros esperando escuchar sus rodillas invertidas al doblarse. Esperando que sus patas me tocaran la cara.

Pero no ocurrió nada.

El sudor de mi espalda se evaporó dejándome una sensación helada.

Entorné los párpados. Vislumbré los relieves habituales del salón: el sofá, la butaca de mi padre, la estantería de los libros y las cintas. La luz rojiza del piloto de la televisión perfiló un contorno.

Un montón de pelo.

Cerré los ojos con tanta fuerza que mi labio superior se retrajo.

—¿Se puede saber qué haces? —susurró mi hermana.

—El hombre grillo —contesté.

Ella raspó el paladar.

—¿Haciendo cri cri?

Oí la goma de su máscara tensarse contra su cabeza.

Entonces abrí los ojos. El brillo rojizo del televisor matizaba las facciones artificiales de mi hermana. Estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y el tronco apoyado en los pies del sofá. Dentro de los agujeros de la máscara sus ojos parecían tan negros como había imaginado que serían los del hombre grillo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Ella tan sólo dejó caer la cabeza. Descubrí aún restos de una mancha de sangre que mi madre no habría visto o que quizá no había conseguido limpiar. Me senté en el suelo junto a ella, rozándola con la parte izquierda de mi cuerpo. La sentía respirar. Dudé si preguntar nada, si dejar que las cosas sucedieran a mi alrededor como siempre. Tan sólo mirando y aceptando las explicaciones de mamá y de papá. Y de la abuela.

—¿Ha sido papá? —pregunté entonces.

Mi voz no fue más que un aliento espirado, sólo aire que mis labios modelaron en forma de letras. Como hacía con el humo la oruga fumadora de *Alicia en el país de las maravillas*. Leí el libro y vi la película en el sótano. Era una de las cintas que papá guardaba en las estanterías inferiores.

—¿Pa... pá? —En apenas dos sílabas mi hermana tuvo tiempo de cambiar su voz desde el susurro a un volumen normal—. ¿Qué pasa con papá?

—La sangre en la nariz —dije.

Mi hermana tragó saliva. Alcé una mano para acariciar su cara, pero me quedé con ella en el aire. Ella se dio cuenta. Los ojos se movieron detrás de su máscara como larvas de abeja dentro de las celdas de un panal. Agarró mi muñeca para acercar la mano a su rostro.

—Puedes tocarme —susurró—. Si quieres, puedes tocarme.

—No quiero... —intenté decir.

Pero mi hermana presionó más fuerte mi muñeca. Lo primero que toqué, apenas con las yemas de los dedos, fue la curvatura de su falso pómulo. Yo aún mantenía la mano ahuecada para evitar abarcar más superficie. Ella colocó su mano izquierda sobre la mía mientras mantenía la sujeción de mi muñeca con la derecha. El suave

gesto logró que abandonara la resistencia. Apoyé la mano, relajada por completo, en el lado derecho de su máscara.

La pared blanca tras la que se escondía mi hermana.

Ella cerró los ojos. Respiró hondo.

—Siento tu calor —dijo.

Y aunque lo que yo tocaba era una superficie rígida y fría, percibí el latido de algo vivo debajo, como la cáscara del huevo cuando aún tuvo un pollito dentro.

—¿Ha sido él? —insistí.

Las larvas de abeja se retorcieron. Examinó mi rostro, nuestras manos entrelazadas, apoyadas sobre su mejilla. Tragó saliva.

—Sí —respondió—. Todo es culpa suya.

Apretó mis dedos y los separó del material ortopédico. El dolor se encendió en la base del pulgar.

—Pero no puedes decírselo a nadie —dijo—. Por el que está allí arriba.

Recordé el juramento que habíamos hecho con el rosario de la abuela. Me obligó a renovarlo. El brillo rojizo de la televisión barnizó la máscara de manera diferente, nuevos círculos más oscuros se dibujaron bajo sus ojos.

—A nadie —repitió.

Las sombras cambiaron dentro del agujero que tenía por boca. Mi hermana apartó mi mano y se levantó sin darme opción a responder. Sus calcetines reptaron por el pasillo cuando aún me frotaba el pulgar. La puerta de su habitación se cerró antes de que tuviera tiempo a incorporarme. Había desaparecido de repente, como la mancha de sol entre mis dedos al final de cada día.

Regresé a mi cuarto de puntillas.

Me metí en la cama bajo la tormenta de ronquidos de mi hermano. Palpé el contorno curvo de su litera. Repasé con dos dedos la palma de la mano con la que había acariciado el rostro de mi hermana. Un rostro que podría estar esculpido en el hueso de su propio cráneo.

Una cabeza al revés.

Con la sábana hasta la barbilla, pedí al que está allí arriba que no fuera muy duro conmigo si decidía romper el juramento y contarle todo lo que sabía a mi madre. También pedí que no permitiera a mi padre hacerle nada malo a mi hermana.

—No hace falta que me traigas más patatas —murmuré como ofrenda.

Entonces recordé los palos con los que papá había construido la cuna. Aquellos palos habían aparecido en el sótano apenas unos días antes de que mi hermana diera a luz sobre la mesa de la cocina. La abuela había estado recordando lo necesaria que era esa cuna, seguramente incluyéndola en sus oraciones, desde que mi hermana había empezado a sentarse apoyando las manos sobre el relieve de su tripa. Y aun así la madera no había aparecido hasta que mi hermana ya se quejaba de dolores ahí

abajo.

Al que está allí arriba había que pedirle las cosas con tiempo. Estar clavado en la cruz de la abuela le impedía cumplir con urgencia todo lo que se le solicitaba.

Así que, de momento, iba a tener que encargarme yo mismo de proteger a mi hermana.

A la mañana siguiente, mientras mamá me explicaba con un libro de texto que en la Tierra había un montón de placas tectónicas que se movían y chocaban entre sí formando montañas, yo pensaba en otro libro. Mi *Manual del joven espía*. De él iba a extraer todos los trucos para proteger a mi hermana.

Mamá me habló del núcleo líquido, del manto, de la corteza y de la atmósfera.

—¿Lo has entendido? —preguntó.

Asentí.

—A ver si es verdad. —Empujó hacia mí el libro por la página en la que aparecía dibujada la Tierra, cortada por una esquina como una naranja—. Ejemplo práctico: ¿dónde vivimos nosotros?

Me entregó el lápiz con el que ella había estado subrayando parte del texto. De rodillas sobre la silla dibujé un rectángulo, el lugar donde nosotros vivíamos. El sótano.

La nariz de mamá silbó cuando le mostré el dibujo.

—Hijo, eso es el centro de la Tierra. Nos has puesto al lado del núcleo.

Me quedé mirándola sin entender en qué me había equivocado. Ella me arrebató el lápiz.

—Vivimos aquí.

Dibujó una flecha que señalaba la parte azul y blanca de aquella bola.

—¿De verdad? —pregunté.

Mamá asintió.

—Qué bien. Pensé que estábamos más abajo.

Su mano rugosa se apoyó sobre la mía. Se quedó mirándome.

—¿Qué? —pregunté al rato—. ¿Por qué me miras?

Sonrió haciendo que un ojo se le cerrara.

—Venga —dijo al fin—, ha terminado la clase.

Corrí a mi cuarto.

Me tiré en la cama a releer los capítulos del manual que me servirían de ayuda para esa noche. Encabezando uno de ellos aparecía el lema principal que debía guiar al buen espía.

—«Que nadie sepa que estás allí» —leí en voz alta—. Nadie lo sabrá —susurré a las páginas.

El libro aconsejaba conocer bien el territorio que había que cubrir. Eso no era problema, conocía hasta el último detalle del cuarto de mi hermana. Una ilustración de un niño espía uniformado lo mostraba vestido de negro. Lo más parecido que encontré en el armario fue una camiseta negra y un pantalón gris de pijama. Los escondí debajo de la sábana. Además, el joven espía llevaba la cara tapada con una

prenda que sólo dejaba ver sus ojos. Recorrí el cuarto sabiendo que no encontraría nada parecido en el sótano. También llevaba en una mano algo que se llamaba walkie talkie, que servía para avisar a la central en caso de peligro. Sacudí la cabeza porque no tenía un aparato así, ni tampoco una central a la que llamar. En la otra mano, el niño sujetaba una linterna. Que yo supiera, en casa sólo había un par de velas y una caja de cerillas que mamá guardaba en uno de los armarios más altos de la cocina. Cuando era pequeño papá me enseñó un truco que siempre me hacía reír: formaba una estructura con cinco cerillas, encendía una de ellas y, cuando ésta se consumía, el resto saltaba por los aires como en una explosión de palitos. Dejé de hacerlo cuando fui creciendo. Toqué el círculo de luz con el que el joven espía alumbraba una huella en un camino de barro.

—Necesito una linterna... —murmuré.

Oí cómo uno de los lápices de colores se movió dentro del tarro. Las luciérnagas lo habrían desplazado al escalar por él. Sonreí. Podía no tener walkie talkie. Podía no tener pasamontañas. Pero sí tenía mi propia linterna. Cuando abrí el cajón, el tarro de las luciérnagas brilló intensamente, iluminando el interior del mueble y la cáscara del pollito que descansaba vacía a su lado.

—Pero tendréis que estar apagadas hasta que yo lo diga. No queremos que mi hermana nos vea. Y mucho menos papá.

Las luciérnagas se apagaron. Las vi caminar por las paredes transparentes del bote. Releí entonces en voz alta el lema del buen espía escrito en letras mayúsculas de color naranja:

—«Que nadie sepa que estamos ahí.»

Pasé el día ensayando movimientos en el suelo de mi cuarto. Rodando de un lado a otro de la habitación. A la hora de la cena estaba tan nervioso por la inminente misión que apenas pude comer nada. Mi madre golpeó la bombilla con la cabeza cuando se levantó para recoger los platos. Las sombras se alargaron y se encogieron deformando los volúmenes de la mesa. Papá agarró el casquillo para detener el movimiento.

—¿No tienes hambre? —me preguntó—. Te queda la mitad del plato.

Arranqué con el tenedor la cima de una montaña de puré de patata y me la llevé a la boca. La mastiqué sin ganas.

—Venga, date prisa, que tu madre no tiene por qué hacer tres viajes.

Tragué.

—Así me gusta —dijo papá.

—No quiero más.

Empujé el plato al centro de la mesa, arrastrando el mantel con él.

—¿Sabes que hay niños que se mueren de hambre en otras partes del mundo? —

dijo papá.

—Yo no conozco otras partes del mundo.

—¿Cómo que no? —intervino mi madre—. Hoy has conocido el manto, el núcleo... ¿Sabéis que ha dibujado el sótano como si estuviéramos en el centro de la Tierra?

Los ojos de la abuela brillaron.

Mi hermana rió.

—Espera —dijo antes de levantarse.

—¿Vas a comer más o no? —preguntó mamá.

Negué con la cabeza. Ella levantó mi plato y lo colocó encima de la torre que había formado mientras hablaba, aplastando con él los restos intactos del séptimo plato que nadie había tocado.

—Me voy a la cama —dije.

Papá exageró un gesto de sorpresa.

—¿Ni siquiera quieres saber qué película vamos a ver hoy?

—Da igual —respondí—, seguro que es de las que yo no puedo ver.

—Porque eres más pequeño que yo —dijo mi hermano, a mi lado.

Dos gotas de saliva cayeron al mantel arrugado.

—¿Por qué no vemos hoy una de dibujos animados? —preguntó la abuela.

Mi hermano gruñó a modo de queja.

—Da igual, abuela —dije—. Tengo sueño.

—Tu voz no me suena cansada.

El puré de patata se había quedado atorado en mi garganta. La abuela había descubierto mi mentira. La misión peligraba antes de comenzar. Nunca sería tan profesional como el niño espía de mi manual, con su uniforme, su linterna y sus aparatos. Yo me tendría que limitar a escribir mensajes secretos con jugo de limón y a comunicarme por código morse con pollitos y luciérnagas.

Noté los ojos de mi familia sobre mí, como si de ellos emanara calor. O quizá era el calor de la sangre ascendiendo a mi rostro. Desvié la mirada como para escapar y localicé a mi hermana junto a la estantería del salón. Agachada, buscaba algún libro, recorriendo con un dedo los lomos de los que estaban colocados en los estantes inferiores.

—¡Aquí está! —exclamó.

Acaparó con ello la atención de los demás. Excepto la de mi abuela, que mantuvo su cara dirigida a mí, con nuevas arrugas de extrañeza.

Algo me golpeó en el hombro.

—Mira —dijo mi hermana sosteniendo un libro frente a mis ojos—. Esto es el centro de la Tierra. Lo nuestro es sólo un sótano.

Papá chasqueó la lengua.

—Déjale.

Leí la portada del libro en voz alta:

—«Viaje al centro de la Tierra.»

—Ya tienes algo que leer en la cama hasta que de verdad tengas sueño —dijo mi abuela.

Cuando guiñó un ojo desaparecieron las dudas de su rostro.

Dejé el libro en el suelo, al lado de mi cama, abierto por las primeras páginas. Como una tienda de campaña para las ratas del sótano. Retiré las sábanas. Me vestí con el uniforme con el que debía emular al niño espía del manual.

Oí pasos en el pasillo.

Me lancé sobre la cama y me tapé hasta el pecho. Justo antes de que mamá apareciera por la puerta, agarré el libro del suelo y fingí leer.

—¿Desde cuándo te vas a dormir sin darme un beso?

Mamá se sentó en la cama, levantó un dedo simulando un enfado y, con ese mismo dedo, empujó mi libro hacia abajo.

—¿Y desde cuándo duermes con camiseta?

Incapaz de idear una respuesta, desvié la atención con otra pregunta.

—¿No vivimos en el centro de la Tierra?

—Ya has visto que no.

Tuve ganas de contarle todo lo que sabía. Que el bebé era hijo de papá. Que papá no trataba bien a mi hermana. Y que era culpa de papá que a ella le sangrara la nariz.

—Mamá...

Pero me quedé sin voz al recordar el juramento que había hecho con el que está allí arriba. La forma en que el rosario de la abuela me había estrangulado el dedo. El tacto de la figura esculpida en metal sobre mis labios.

—Dime.

El que está allí arriba podría dejar de enviarnos cosas. Podría castigar a toda mi familia sin comer si yo decía algo.

—¿Puede una familia de mamíferos tener hijos entre ellos? —pregunté.

—¿Cómo?

—Que si puede una familia de mamíferos tener hijos entre ellos.

Mamá no dijo nada.

—¿Por qué me preguntas eso?

Levanté los hombros.

—He leído en un libro de animales que no pueden —inventé.

—Pues no, no pueden.

Se encorvó para besarme. Y corrigió sus palabras:

—No está bien que lo hagan —susurró—. Pero a veces pasa.

Entonces supe que mi hermana tenía razón. Mamá estaba al tanto de todo.

—Me parece que alguien no se ha lavado los dientes —dijo mamá—. Huelo el puré de patata hasta aquí. Hala, ve, que tardas dos minutos.

Mis piernas comenzaron a sudar bajo la sábana. Mamá no debía ver el improvisado uniforme.

—¿Se lavan los cachorros de otros mamíferos los dientes? —improvisé.

Mamá sonrió.

—Tú ganas —dijo—. Pero sólo te perdono esta noche. No sé qué te ha dado hoy con los mamíferos. Si a ti lo que te gustan son los bichos esos raros.

Desde el pasillo, me preguntó si quería que dejara la luz encendida.

—Sí, voy a seguir leyendo.

Dejé el libro en cuanto cerró la puerta. Salí de la cama. Coloqué mi almohada debajo de las sábanas modelando a golpes una silueta parecida a la mía. Mi hermano no repararía en mi ausencia ni aunque mi cama desapareciera y la suya flotara en el aire sobre una litera invisible, pero mis padres podían asomarse al dormitorio. Saqué el tarro de las luciérnagas del cajón. Brillaron a destiempo y de forma irregular. Estaban tan nerviosas como yo de enfrentarse a la misión.

—Allá vamos —les dije.

Apagué la luz de mi habitación antes de abrir la puerta. El agua corría en el grifo de la cocina, aún había movimiento en el salón. Mi hermano hablaba a gritos con mi padre sobre la película que iban a poner. Crucé el pasillo de un salto. La oscuridad era total en el cuarto de mi hermana, pero el bebé no lloraba. Mamá tenía razón: la mejor forma de superar un miedo era enfrentarse a él. Di un toque a la tapa del tarro. Las luciérnagas iluminaron parte de la estancia. Imitando uno de los movimientos básicos del manual que había ensayado durante el día, rodé por el suelo. Antes de llegar a la cama de mi hermana roté sobre mí mismo para invertir mi posición. Mis pies fueron los primeros en entrar bajo el somier. Después las piernas y el tronco. Me ayudé de la mano libre para esconder también la cabeza.

Coloqué el tarro junto a mi cara, los brazos flexionados con las manos pegadas al suelo. Apoyé la barbilla sobre ellas.

—Apagadas —susurré a las luciérnagas—. Tenemos que acostumbrarnos a esta oscuridad.

Durante unos segundos el mundo fue negro, pero pronto empecé a distinguir matices. Vislumbré varias líneas verticales frente a mí, al fondo. Tras aparecer flotando en la nada, acabaron por adquirir volumen. Se convirtieron en la cuna del bebé.

Él mismo era una mancha oscura tras ellas.

Localicé también las patas de la cama de la abuela e incluso algunas de las grietas que el tiempo había esculpido en el suelo de la habitación. Como si fuera la piel del

sótano y el tiempo el fuego que arrugó las caras de mi familia. Lo acaricié. Pequeños guijarros y polvo.

Respiré hondo.

Y esperé.

Hasta que la puerta se abrió.

Reconocí el sonido de las zapatillas de la abuela al primer paso. Y el olor de los polvos de talco. Contuve la respiración para que no me oyera. Sus pies se movieron frente a mí como dos roedores temerosos. Se pararon junto a la cuna. Después prosiguieron su lento camino hacia la cama.

Los muelles rechinaron cuando se sentó, y yo aproveché para tomar aire.

Oí como abría el cajón de su mesilla. Reconocí enseguida el repiqueteo de las cuentas del rosario entre sus dedos mientras ella entonaba la oración en un zumbido constante como el de las alas de la esfinge colibrí. El murmullo me permitió respirar sin precaución.

Antes de terminar, la abuela dijo en voz alta:

—Quítame a mí los días que le des a él.

Identifiqué el sonido húmedo de un beso y supe que la abuela también hacía sus propios juramentos con el que está allí arriba.

—No hace falta que pidas eso —dijo por sorpresa la voz de mamá. Había aparecido en la habitación durante la oración de la abuela. Encendió la luz—. Seguro que le quedan muchos días. Ya lo verás.

Se sentó en la cama junto a ella.

—Dios quiera que tengas razón —contestó la abuela—. Pero ya es mayor. Los dos somos mayores. Los médicos le dejaron muy claro a qué se enfrenta. Lleva diez años haciendo todo este esfuerzo, y...

Vi cómo mamá abrazaba a la abuela cuando a ella le falló la voz.

—... y yo no quiero estar aquí cuando él no esté... —terminó entre sollozos.

No tenía ni idea de lo que hablaban.

—Todo va a ir bien —dijo mamá—. Estoy segura de que le queda mucho tiempo, es fuerte. —Oí un beso—. Y tu hijo también está convencido de ello. Por eso quiere preparar el relevo poco a poco. Para que él mismo tome la decisión. Ninguno sabemos cuál es la mejor manera, pero...

El bebé rompió a llorar, interrumpiendo la conversación. Mamá se levantó a asistirla.

—¿Qué le pasa? —preguntó la abuela.

Mamá siseó. El berrinche perdió fuerza enseguida. Quedó reducido a un gorgoteo casi inaudible.

—¿Sabes? —dijo mamá—. El niño me ha hecho una pregunta muy rara hoy.

Agudicé aún más el oído al saberme nombrado.

—¿Rara? —preguntó la abuela, aún compungida.

—Sobre unos animales. Algo de... —hizo una pausa como si buscara las palabras adecuadas para expresarse—, algo de si una familia de mamíferos pueden tener hijos

entre ellos.

Oí cómo se cerraba el cajón de la mesilla de la abuela.

—¿Lo preguntaba por el bebé?

—No sé qué pensar —contestó mamá.

Y cuando la abuela rompió a llorar de nuevo, mamá regresó a la cama junto a ella. Vi la cuna vacía, así que llevaría al bebé en brazos.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó—. ¿Qué he dicho?

Ella se sorbió la nariz.

—Nada. Tú no has dicho nada —dijo—. Es este bebé. Te juro que... Lo quiero más que a mí misma. Te lo juro que es verdad. Pero cada vez que lo miro —tomó aire—, cada vez que lo miro veo en él la suma de todas las decisiones equivocadas que hemos tomado. —Lloró pero no detuvo el discurso, dejando escapar las palabras en un gemido cada vez más agudo—. Veo en él el peor de los pecados cometidos en este sótano. El peor de nuestros pecados.

Debajo del colchón, yo también dejé escapar lágrimas silenciosas. Pude sentir de nuevo los arañazos que mi hermana había marcado en mi espalda imitando los que yo había visto en la de papá. Y recordé la única lágrima que ella había derramado al contarme la verdad sobre el bebé. La lágrima que había caído por detrás de su máscara.

—¿Cómo pudimos dejar que pasara? —preguntó la abuela.

Mamá tardó en responder.

—Aunque nos castigemos por ello cada día —dijo—, de nada sirve.

La abuela se sonó la nariz.

—¿Y sabes por qué? —continuó mamá—. Porque tenemos un bebé sano. Y un bebé que es tan bonito como lo eran tus nietos. Y lo vamos a cuidar igual que a ellos. Porque tiene toda una vida por delante. Además —prosiguió mamá—. Somos nosotras, tú y yo, las que más tenemos que querer a este bebé. —Bajó la voz—: A esta cosita tan linda que ya se ha quedado dormida. Esta cosita tan bonita que su madre no quiere.

Mientras mamá se levantaba para dejar al bebé en la cuna, la abuela añadió:

—Su padre tampoco lo quiere.

Mamá respiró hondo.

—Pero no es lo mismo —respondió desde la puerta—. Buenas noches.

Apagó la luz sin apenas hacer ruido con el interruptor. Volvimos a quedarnos a oscuras.

—Buenas noches —susurró mi abuela.

En el silencio total de la habitación, reduje el ritmo de mi respiración hasta que el de la abuela se fue pausando. Busqué mil significados a las palabras que acababa de escuchar a escondidas.

Cuando supe que la abuela se había dormido, aproveché para cambiar la posición de mis brazos.

Mi hermana llegó poco después.

La puerta se abrió y la habitación se llenó de los destellos de la televisión en el salón, que desaparecieron en cuanto encendió la luz. Me tapé los ojos con la mano para dar tiempo a mis pupilas a acostumbrarse a la nueva realidad. Cuando la retiré, vi sus piernas junto a la cuna. Pegué la barbilla al suelo para incrementar mi campo de visión. Mi hermana tenía una mano apoyada sobre la tripa del bebé. Lo meció. El niño siguió durmiendo.

La máscara giró sobre los hombros de mi hermana. Pude ver el agujero de un ojo, la curvatura de la nariz y una esquina de la boca. Ella se quedó quieta. Quizá escuchando la cadencia de la respiración de la abuela como había hecho yo minutos antes. La suya parecía acelerada por la forma en que su pecho subía y bajaba.

Meció al bebé otra vez.

Esperó.

Entonces se llevó la mano con la que mecía al niño a uno de los bolsillos que tenía a cada lado de la blusa de los cinco botones. Destrabó el cierre sin dejar de mirar al bebé. Sus dedos desaparecieron dentro del pliegue de tela. Buscó algo en su interior, el bolsillo lleno de vida repentina como si un montón de cucarachas se pasearan por ahí dentro.

Crujió alguna madera de la cama de la abuela.

—No es su hora —dijo.

Los dedos de mi hermana se detuvieron. Escaparon del bolsillo con la rapidez de verdaderas cucarachas.

—No creas que dándole el pecho ahora te vas a librar de tener que despertarte después —añadió la abuela.

La máscara blanca la miró a ella y al bebé. Al bebé y a ella.

—Y apaga la luz, anda. Que bastante nos está costando acostumbrarlo a la oscuridad. A tu hermano le costó menos.

Sonreí bajo la cama al oír aquello, como si hubiera ganado algún premio.

—¿Y cómo sabes que he encendido la luz? —preguntó mi hermana.

—¿Crees que no oigo cuando pulsas el interruptor?

De un paso, mi hermana alcanzó la puerta. Presionó el interruptor con fuerza, para que sonara.

—¿Lo has oído?

—Muy bien —respondió la abuela sin hacer caso de la provocación—, apagada.

El suelo, la cuna y las patas de la cama se fueron materializando frente a mí en la oscuridad. Dos manchas móviles, los pies de mi hermana, se acercaron a la cama.

Algo me rozó la espalda. Era el colchón bajo el que me escondía, hundido ahora por el peso de ella al sentarse. Acosté el tarro de las luciérnagas y pegué una mejilla al suelo. Recordé cómo mamá me había explicado lo que era un tallarín aplastando un espagueti encima de la mesa.

La blusa cayó al suelo. Dibujó una nueva mancha de contorno irregular frente a mí. El bulto sobre mi espalda cambió de forma y posición, dividiéndose por momentos para acabar convertido en un ligero relieve a lo largo de todo el colchón. Oí cómo se tensaba la goma de la máscara, y el chasquido elástico que produjo al soltarla. Después, un sonido hueco me reveló que acababa de dejarla sobre la mesilla.

La respiración de mi hermana se fue sincronizando con la de mi abuela.

Estuve atento a ellas largo rato, hasta que mi propia respiración imitó aquel ritmo. Parpadeé varias veces para intentar vencer al sueño. El polvo le daba una textura áspera al suelo, como la cicatriz de pelo de la cara de papá. Cerré los ojos sólo un segundo.

Pero no fue un segundo.

Y lo que me despertó fue el sonido de unos pasos.

Alguien caminaba por la habitación.

En cuanto abrí los ojos pensé en el hombre grillo que habría regresado al sótano para llevarse al bebé que no pudo robar en su primera visita. O a meterme a mí en su saco por espiar a escondidas debajo de una cama. Tras unos parpadeos recordé la misión. Tenía que ser papá el que caminaba por la habitación. Quería hacer sangrar a mi hermana, o meterle otro bebé en la tripa.

El colchón se levantó sobre mí por una esquina.

A punto estuve de pedirle a las luciérnagas que se iluminaran.

Entonces los pasos se arrastraron cerca de la cuna. Oí a mi hermana tarareando una canción con la boca cerrada, la música convertida en una sucesión de emes que se originaban en algún lugar entre su paladar y su nariz.

Era la música de la película favorita de papá. La melodía más triste que haya escuchado jamás. El derroche orquestal quedaba reducido ahora al canturreo casi inaudible de mi hermana. Reconocí la silueta de sus pies junto a la cuna.

La melodía se quebró en su garganta cuando alcanzó la nota más aguda.

El bebé comenzó a llorar.

—Te lo dije —oí decir a la abuela. Su voz sonaba grave, como si hubiera recorrido años luz para llegar a la habitación desde el planeta de sueños en el que se encontraba—. Enciende la luz.

Mi hermana no contestó, aunque aceptó el consejo de la abuela. Apreté los párpados cuando accionó el interruptor. Los fui relajando mientras ella tarareaba la triste melodía y el llanto del bebé cambiaba de intensidad.

A punto estuve de asomarme, pero recordé entonces que mi hermana había dejado su máscara sobre la mesilla al acostarse. Fijé por tanto la mirada en sus pies. Fui escalando por sus piernas, deteniéndome en la cadera, en el bolsillo de su blusa, en su pecho. Las piernas del bebé colgaban a la altura de su tripa. Lo tenía agarrado con el brazo izquierdo, los dedos perdidos entre los pliegues del pañal.

Sin dejar de tararear la canción, desabrochó los dos primeros botones de su blusa. Un pecho escapó de la tela. Descubrí un círculo morado en la parte inferior del pezón.

Me impulsé hacia delante para ampliar mi campo de visión. Lo hice con precaución: me detuve cuando la estructura de la cama sobre mí aún eclipsaba la cabeza de mi hermana.

Ella detuvo su tarareo. Creí que habría escuchado el polvo crujir bajo mis manos. Pero continuó enseguida con la melodía, ajena a mi presencia.

Ahora podía ver su pecho desnudo y todo el cuerpo del bebé. Tenía la carita arrugada y los ojos cerrados. La boca muy abierta como si llorara, aunque no lo hacía. Mordió el pecho izquierdo de mi hermana a través de la blusa.

—Ése no —le dijo ella.

Con un movimiento del hombro retiró la boca del niño. Entonces advertí otro movimiento algo más abajo. En el bolsillo de la blusa. Las cucarachas ficticias habían regresado. La mano de mi hermana se movía allí dentro. Su muñeca emergía y se escondía tras el pliegue de tela.

En mis oídos retumbaba el latir de mi corazón. Parecía que pudiera oírse por toda la casa.

La melodía tarareada alcanzó otra vez su parte más aguda. La garganta de mi hermana volvió a fallar. Retomó la canción desde el principio.

Fue cuando su mano salió del bolsillo.

Advertí enseguida los restos de polvo azul celeste entre dos de sus nudillos. Del mismo color que los cubitos del veneno para ratas. Acercó los dedos a su pezón desnudo y lo acarició. Lo rodeó varias veces con la yema de dos dedos.

Tarareó mientras lo hacía.

Aquel tono azulado pigmentó la piel marrón.

Después bajó los dedos. Los frotó sobre el bolsillo como cuando mamá echaba sal a una ensalada.

—¿Está todo bien? —preguntó la abuela.

Mi hermana detuvo el tarareo para contestar.

—Todo está perfecto —dijo.

Fijé la mirada en su pecho. En aquel polvo azulado que había esparcido por su pezón.

—Ahora sí —susurró mi hermana al bebé—. Éste es el tuyo. De aquí puedes comer.

Dirigió la cabeza del niño a su pezón desnudo teñido de azul.

Me golpeé la cabeza contra las tablas que sujetaban el colchón al intentar salir. Mi barbilla impactó contra el suelo. El tarro de las luciérnagas rodó. Pataleé como si nadara, tratando de hacer el mayor ruido posible. No encontré la fuerza suficiente para gritar.

Cuando logré sacar la cabeza, gané estabilidad anclando las manos en el suelo. Alcé la mirada en dirección a mi hermana sin importarme la cara que pudiera encontrar. Pero ella estaba de espaldas. Su pelo se balanceaba sobre los hombros, libre sin la goma que siempre lo sujetaba al cráneo.

—Pero ¿qué pasa!

Fue mi abuela quien gritó aquello. Se incorporó de golpe y movió los brazos en el aire como si le atacaran un montón de avispas.

Mi hermana se escabulló por un lado de la cuna, en busca de la esquina del dormitorio. Una huida muy parecida a la de la rata que encontré en esa misma cuna. Se acurrucó contra el rincón, escapando hacia la nada.

El niño reanudó un llanto anterior. Sonaba amortiguado al provenir del pequeño espacio al que le había confinado mi hermana, entre su pecho y la pared. Cuando los alcancé, intenté colar mis manos por sus caderas, pero ella me lo impidió a base de codazos. Agitaba los brazos como si fueran las grandes patas de una mantis religiosa.

—¡Deja al bebé! —grité.

Un mano áspera me tapó la boca. Saboreé los polvos de talco. Mi abuela me sujetó por la tripa y tiró de mí. Estiré los brazos en el afán de agarrar a mi hermana. Y a mi sobrino. Cerré los puños en el aire. La abuela me giró y se arrodilló frente a mí. Mechones de pelo blanco recorrían su cara enganchándose en las pestañas, en las cicatrices de su piel y en las comisuras de sus labios. Pude ver varias calvicies.

—¿Qué pasa? —gritó. Me apretó la cara entre sus manos—. Tienes que describírmelo.

Tomé aire.

A mi espalda oía a mi hermana retorcerse en el rincón.

Gotas de sudor resbalaron por mi frente.

Se me escapó un gemido incontrolado. Tardé en poder articular alguna frase.

—Le está dando matarratas al bebé —dije al fin.

Las dos cejas de mi abuela se juntaron al inicio de su nariz para convertirse en una sola. Movié los labios pero no dijo nada.

En ese mismo momento un temblor se inició en mi habitación. El terremoto avanzó por el pasillo hacia nosotros. La puerta se abrió, el picaporte golpeó la pared, y mi hermano apareció en el cuarto.

La abuela aprovechó su presencia.

—Quítale al bebé —le ordenó.

Señaló la esquina en la que mi hermana seguía agazapada. Di un paso atrás para apartarme del camino de mi hermano. Para él no supusieron ningún problema los codazos que ella le propinaba. Ni sus patadas. Mi hermano encajó varias coces antes de poder agarrarla de los brazos. Tiró de los hombros de ella hacia atrás, abriendo un mayor espacio entre su cuerpo y la pared. Los intentos de mi hermana por defenderse quedaron reducidos a espasmos.

Mi hermano nos gritó:

—¡Cogedlo!

Mi abuela se adelantó. Palpó los contornos de mis hermanos buscando un hueco por el que acceder al bebé hasta que logró colar los brazos por encima del hombro de él.

—Suéltalo —dijo.

Mi hermana se sacudió.

—Suéltalo —repitió mi abuela.

Las venas abultadas de sus tobillos cambiaron de forma cuando se puso de puntillas. La cara roja del bebé emergió tras la espalda de mi hermana. Mi abuela lo agarraba por debajo de los brazos, los pies colgando en el aire. Después lo acunó, siseándole.

Se sentó en su cama.

Mi madre entró entonces en la habitación. Cuando descubrió a mi hermano reduciendo a mi hermana en el rincón, gritó:

—¡Déjala!

Saltó al rincón con el codo flexionado apuntando hacia fuera. Se lo clavó a mi hermano en la parte baja de la espalda al caer sobre él.

—¡Déjala! —Le atizó dos puñetazos más en la espalda—. ¡Que la sueltes!

Su respuesta fue sólo un gruñido.

—No es lo que piensas. Él no ha hecho nada esta vez —dijo la abuela—. Ha sido tu hija.

Mamá detuvo el ataque. La holgada camiseta con la que dormía le llegaba hasta las rodillas y dejaba ver la hendidura de su pecho.

Papá apareció bajo el umbral.

Su rostro se arrugó al ver a mi madre con las piernas separadas, los hombros caídos y las manos colgando a ambos lados del cuerpo. Y a mi hermano empujando a mi hermana para aprisionarla contra la pared.

Sentada al borde de la cama, la abuela extendió los brazos ofreciendo el bebé a cualquiera que pudiera observarlo.

—¿Tiene la boca azul? —preguntó—. ¿Tiene la boquita azul?

El niño pataleó y lloró.

—¿Qué dices? —Mi padre me miró en busca de alguna explicación—. ¿Qué dice tu abuela?

En lugar de responder, me acerqué a ella. Toqué sus brazos para que supiera que estaba allí. Los bajó a mi altura. Cogí al bebé como mamá me había enseñado. Después me senté sobre la cama, junto a mi abuela.

—¿Qué es eso de la boca azul? —preguntó papá.

Abrí la boca del bebé con dos dedos. Burbujas de moco explotaron en su nariz y me salpicaron la mano. Separé sus labios descubriendo los filos de carne que eran sus encías. Las examiné, así como el interior de los labios. Un nuevo llanto ruidoso me permitió asomarme al interior de su boca.

Mis lágrimas me delataron.

La abuela me tocó los párpados antes de que yo pudiera decir nada.

—No...

Fue mi madre quien dijo aquello. Debió de ser el momento en que entendió lo que ocurría. Quizá, como yo, recordó los cubitos de matarratas desaparecidos. Quizá recordó también el color azul del veneno. Y captó el sentido de la pregunta de mi abuela. Y el de mis lágrimas. Y entendió por qué mi hermano aprisionaba a mi hermana contra la pared.

—¡Qué le has hecho! —gritó al rincón.

Se arrodilló junto a mí para mirar al bebé. Le acarició la cara con un dedo. Después le pellizcó con fuerza. Dos veces. Tres. Quise apartar al bebé, pero cuando reanudó el llanto, con la boca muy abierta, entendí lo que pretendía mamá. Mantuvo su boca abierta hasta que ella también pudo ver la punta de la lengua de color azul. Me arrebató el bebé de los brazos y le agarró la lengua haciendo pinza con dos dedos.

—Hay que hacerle vomitar —dijo.

Mi hermana habló desde su prisión en el rincón, con la voz entrecortada:

—Tranquilos... no... no se va a morir —su respiración le raspaba el pecho—, nunca... nunca se muere.

La cicatriz de pelo en la cara de papá dibujó un ángulo recto que nunca había visto.

—No podéis obligarme a... —se atragantó con sus propias palabras— a querer a ese niño. Ese bebé es una aberración.

—¡Cállate! —gritó papá—. Está aquí el niño.

Mis padres se miraron entre ellos. Después sus ojos se posaron en mí sólo un instante. La abuela enderezó la espalda de forma tan repentina que escuché tensarse los músculos de su cuello. Mamá salió de la habitación con el bebé en brazos, en dirección al baño.

Papá se acercó al rincón, apartando a mi hermano.

—¿Qué le has hecho al bebé? —preguntó a mi hermana.

Ella se tapó las orejas por encima del pelo. Agitó la cabeza apretándola contra la pared. Papá la obligó a girarse.

Cerré los ojos y los cubrí con mis manos antes de que se diera la vuelta.

—¿Y tu prótesis? —preguntó papá—. ¿No ves que está el niño?

—No importa —contestó ella—. Tienes a tu hijo muy bien enseñado. No hay forma de conseguir que me mire a la cara.

—Hace bien. No tiene por qué verla.

Mi hermana gimió de dolor.

—Dime qué le has hecho al bebé.

Papá escupía las palabras.

—Le he dado un poquito de esto —respondió ella.

Oí un sonido que no identifiqué.

—Guárdate esa lengua —dijo papá—. Y dime por qué está azul.

—¿Y por qué te importa tanto..., papá?

Pronunció la última palabra con una inflexión exagerada. Entendí el significado que quería darle. Oí la primera bofetada. Después hubo otra.

La risa gutural de mi hermano estalló por allí cerca.

La abuela me agarró de la muñeca.

—Vámonos —susurró.

Hubo otra bofetada.

Esta vez mi hermana gimió.

—¿Quieres desfigurarme? —dijo—. ¿Todavía más?

Mi abuela me guió a través de la habitación. Quise detenerme al recordar el tarro de las luciérnagas, debajo de la cama, pero la abuela me sacó del cuarto con un tirón. La puerta se cerró a mis espaldas. Al otro lado, mi hermana gritaba.

En el baño, mi madre sujetaba al bebé sobre su pecho. Una mancha húmeda cubría gran parte de la camiseta.

—Lo he conseguido —dijo—. Ha vomitado.

Con un dedo repasó la humedad del tejido, de la que extrajo algunos restos blancos y azulados. Sacudió el dedo sobre el lavabo.

—¿Veis?

—¿Qué és? —preguntó la abuela.

Se lo describí.

Mamá separó al bebé para mirarle la cara.

—¿Se pondrá bien? —Examinó su rostro en busca de algún síntoma extraño—. No tiene mala cara. Yo creo que lo ha vomitado todo.

—¿Le has lavado la lengua?

—Tuve que tirar de ella. Es lo que le hizo vomitar.

—No ha podido tomar mucho —dije—. Salí de la cama antes de que empezara a chupar.

—¿Qué hacías tú ahí escondido? —preguntó la abuela.

Mamá acunó al bebé.

—¿Escondido? —preguntó—. ¿Y por qué vas vestido así?

Pensé en mi misión secreta. En la idea de defender a mi hermana de las manos de papá. Cuando en realidad era al bebé a quien había que defender de las manos de mi hermana.

Salí del baño sin responder a mamá.

—¿Escondido dónde?

Volvió a preguntar pero yo ya enfilaba el pasillo en dirección a la cocina. Oí a mi abuela explicarle lo que había ocurrido en la habitación. Apreté el interruptor y un cono de luz anaranjada iluminó la estancia principal. Aún debían de quedar varias horas para que apareciera la mancha de sol. Pegué el respaldo de una silla al horno en la cocina y me encaramé a ella para alcanzar uno de los armarios más altos. Lo abrí. Olía a trapo seco. Había botes de lejía, de amoníaco, dos velas medio consumidas, cerillas, estropajos con la cara verde gastada y, al fondo, la caja que estaba buscando. La caja del matarratas. Salté al suelo sin preocuparme de devolver la silla a su lugar. Observé el dibujo del roedor en un círculo amarillo.

En el fregadero, separé las solapas de la tapa, agitando la caja para que cayeran los cubitos que quedaban. Abrí el grifo. Machaqué el veneno con una cuchara grande de madera, dirigiendo los pedazos al desagüe para que el agua me ayudara a disolverlos.

Lloré al pensar lo que podría haber ocurrido. Al imaginar que nunca más habría podido coger al bebé entre mis brazos para disfrutar juntos de la mancha de sol en el salón. Ni a colocarnos en la ventana del pasillo respirando el aire que venía de fuera. O que nunca habríamos crecido juntos para que pudiera hablarle sobre la noche en que dejé la lámpara de las luciérnagas en su cuna para que no tuviera miedo a la oscuridad.

Mi hermana estaba equivocada cuando decía que no era una vida lo que el bebé y yo teníamos en el sótano.

Claro que lo era.

Era la nuestra.

La única que teníamos.

El veneno terminó de disolverse bajo el grifo.

Una puerta se abrió en el pasillo.

Oí a mi hermana llorar. Hubo golpes contra las paredes.

—Hacedla vomitar a ella también —dijo mi padre—. Se lo ha tragado todo.

El agua del lavabo empezó a correr.

Aproveché que toda mi familia socorría a mi hermana para regresar al cuarto del bebé. Revisé mi escondite bajo la cama. Encontré lo que buscaba. El tarro de las luciérnagas había quedado oculto cuando rodó por el suelo antes del incidente. Esta vez lo escondí debajo de la camiseta negra. Se adivinaba todo su relieve en el tejido, pero sabía que nadie me iba a prestar atención en aquel momento. En el pasillo, mi hermano observaba desde la puerta, con el cuello estirado, lo que acontecía en el interior del baño.

Antes de cerrar la puerta de mi habitación escuché, entre los gemidos de mi hermana, los rebuznos de mi hermano y las instrucciones de mi abuela para provocar el vómito, una frase que dijo papá:

—No pienso ocuparme de otro cadáver.

Dejé el tarro de las luciérnagas en el cajón a toda prisa. Me desvestí. Aparté la almohada que había escondido bajo las sábanas para simular mi figura y me refugié en la cama tapado hasta la barbilla.

Oí a mi hermana vomitar en el baño.

Emitió un quejido de dolor.

Similar al que yo ya había escuchado una vez, cuando descubrí cómo a mi hermana se le había salido el ombligo para fuera cuando aún estaba embarazada. Ocurrió una noche mientras nos preparábamos para tomar un baño, esperando desnudos a que la bañera se llenara.

—¿Va a salir el bebé? —había preguntado yo al ver el protuberante ombligo.

—Espero que no —contestó ella, que se miraba al espejo masajeándose los pechos.

Yo me había arrodillado para colocar la cara a la altura del bebé.

—¿Estás a oscuras? —pregunté a la barriga. Pegué la oreja a la piel de mi hermana esperando una respuesta que no se produjo—. ¿Tienes luz ahí dentro?

Mi hermana me apartó.

—Anda, quita —dijo—. ¿Cómo va a haber luz dentro de la tripa? ¿De dónde iba a venir?

—Tampoco sabemos de dónde viene la luz que entra por la rendija del techo.

Ella bufó tras la máscara.

—¿No lo sabe papá? —preguntó.

Negué con la cabeza.

Metí una pierna en el agua de la bañera para probarla. La saqué enseguida como en un espasmo.

—¿Qué? —preguntó mi hermana—, ¿está fría?

—Helada —contesté.

Aunque el agua del sótano nunca salía caliente, girando la llave hacia la izquierda se obtenía una temperatura aceptable. Mi hermana la había girado ahora completamente a la derecha.

—¿Por qué la has llenado así?

—Sal —me dijo.

—Tengo que bañarme yo también.

—Sal —repitió—. O si quieres me quito la máscara.

—Papá nos va a regañar como nos bañemos separados.

—Luego puedes entrar.

Se abalanzó sobre mí para empujarme con su enorme tripa. Me sacó al pasillo. Se asomó y miró a ambos lados.

—Cuenta hasta diez y entra.

Cerró la puerta dejándome desnudo allí fuera.

Empecé a contar.

Uno. Dos. Tres. Cuando llegué a cuatro oí el cuerpo de mi hermana meterse en el agua. Cuando llegué a seis, la oí expulsar aire por la boca y emitió ese quejido de dolor tan particular. Cuando llegué a nueve oí cómo castañeteaban sus dientes. Y cuando llegué a diez abrí la puerta. Vi a mi hermana respirar con dificultad sumergida de cuello para abajo en el agua helada de la bañera. Tan sólo su tripa emergía de ella como una montaña de carne.

Pisé los charcos que se habían formado en el suelo.

Metí la pierna en el agua. La retiré con otro espasmo. El frío cortaba la piel.

—Está demasiado fría —dije.

La máscara de mi hermana, empapada, se giró para mirarme.

—Está perfecta —contestó.

Sus dientes castañetearon mientras hablaba.

La imagen de la máscara empapada y sus dientes haciendo aquel ruido permaneció en mi recuerdo. Entendí por primera vez la realidad de lo que había ocurrido aquella noche en el baño. Era lo mismo que mi hermana había intentado hacer ahora con el veneno. Deshacerse del bebé.

El sonido de una arcada seca, áspera, llegó desde el baño. Mi abuela seguía obligando a mi hermana a vomitar.

La puerta de mi habitación se abrió de golpe.

Desde allí hasta mi cama, un rectángulo de luz se encendió sobre el suelo. Dentro de él se proyectaron dos sombras alargadas, la de mi padre y la de mi hermana. Él la sujetaba a ella por los hombros, de espaldas a mí. Un trozo de la tela rosada de la blusa emergía como un pañuelo de cada puño de mi padre. La cara de mi hermano flotaba en algún plano posterior. Fue él quien encendió la luz.

Mi madre apareció con la máscara.

—Póntela —le dijo a mi hermana.

Acercó la careta a su rostro, pero ella lo apartó.

—Me duele...

Mi padre la sacudió agitando aquellas asas de tela. Las agarró con fuerza cuando las piernas de ella se doblaron. La cabeza le bailó sobre los hombros, el pelo moviéndose a un lado y a otro.

—Si no te he hecho nada —dijo papá.

—No tienes nada —añadió la abuela en algún lugar del pasillo—. Te merecías mucho más por lo que has hecho. A un pobre bebé indefenso.

Mamá acercó de nuevo la máscara.

—Vamos —dijo—, está tu hermano en la habitación. No puedes dormir aquí sin esto.

Logró encajar la careta. Estiró la goma hasta que abarcó toda su cabeza, y luego soltó el elástico.

—A partir de ahora duermes con tu hermana —me dijo papá—. No podemos arriesgarnos a dejarla con el bebé.

Papá la empujó dentro de la habitación. Ella se retorció para frenar el avance. Después se dejó caer. Golpeó el suelo con el culo, la vibración se dejó sentir en la estructura de la litera. Papá se quedó con la blusa en las manos, los brazos de mi hermana extendidos hacia arriba, su cara oculta tras el tejido. El cuello de la prenda se daba la vuelta a la altura de la barbilla.

Los dos pechos, desnudos, cayeron en sentidos opuestos.

—Haz lo que te dé la gana —dijo papá.

Soltó la tela. Los botones golpearon a mi hermana en la cabeza. La blusa se recolocó parcialmente sobre su cuerpo.

Permaneció sentada unos segundos.

Después cayó hacia un lado.

Salté de la cama para socorrerla, pero mi madre y mi abuela llegaron antes. Se arrodillaron junto a ella.

—¿Es por el veneno? —preguntó la abuela.

—Pero si lo ha vomitado todo —respondió mamá.

—¿Qué le pasa? —intervino papá—. ¿Respira?

Puso su mano sobre el pecho de mi hermana.

—Claro que está respirando —dijo—. Sólo está desmayada. Otra vez.

No recordaba que ella se hubiera desmayado nunca en el sótano.

—Hija —dijo mi padre—, ¡despierta!

Ella gimió.

—Hala, ya está —añadió papá.

Tumbada bocarriba, la cara blanca de mi hermana imploraba al techo como hizo la máscara vacía desde la mesa la noche que le sangró la nariz. Murmuró algo que no entendí. Movié la cabeza a ambos lados.

Mi padre detuvo el movimiento agarrándola de la frente.

—Vuelve a intentar hacerle algo al bebé...

Aunque no terminó la amenaza, sus dedos apretaron el material ortopédico. Mi hermana flexionó las piernas, retorció la cintura.

—Espero que te haya quedado claro —añadió papá.

Ella asintió. Él la levantó agarrándola de las axilas. Dio unos pasos atrás para mantener el equilibrio. Después comprobó que se mantuviera erguida por su propio pie. La cadera cedió y pareció que iba a caer de nuevo, pero las piernas acabaron por

enderezarse.

—Ayúdame a meterla en la cama.

Mi madre se aproximó rodeándolos sin saber muy bien qué hacer.

—Anda, aparta —le dijo mi padre—. Retira las sábanas.

Mamá subió dos escalones de la escalera de la litera y abrió la cama de mi hermano. Papá empujó a mi hermana. Ella clavó los pies en el suelo. Los dedos se le arrugaron, se le encogieron, al oponer resistencia.

—En sus sábanas no —murmuró.

Papá empujó con más fuerza. Ella se resistió derrapando con los talones.

—En sus sábanas no —repitió con un hilo de voz, adormecida aún por el desmayo.

Papá sopló para apartarse de la cara el pelo de ella. Escupió un mechón.

—Esto tampoco es necesario —intervino la abuela.

—Voy a buscar otras sábanas —añadió mi madre.

Cuando papá siguió empujando, mi hermana profirió un último grito:

—¡En sus sábanas no!

Su cuerpo se relajó. O más bien se desinfló. Como si el grito la hubiera desprovisto de sus últimas fuerzas.

—En sus sábanas no...

Mi hermana se desplomó hacia un lado. Papá flexionó las piernas para tratar de sujetarla. Cuando se vio incapaz de sostener su peso muerto, la dejó caer al suelo. Tirada sobre un costado a los pies de la litera.

—Pues aquí te quedas —dijo.

Se sacudió las palmas de las manos como si se deshiciera de una molesta carga. Y fue ese sencillo gesto el que detonó en mí la explosión de tristeza acumulada ante todo lo que había ocurrido esa noche en el sótano. Porque imaginé que papá podría haber hecho un gesto similar noches atrás al deshacerse de mi hermana después de que ella se hubiera defendido arañándole la espalda. Pensé en la manera en que la abuela se había referido al bebé como un vergonzoso pecado. Y en cómo mi hermana había intentado envenenarlo para que no viviera conmigo en el sótano.

En mi interior nació entonces una emoción desconocida. Una chispa que luchó por encenderse.

Noté las lágrimas condensarse en mis ojos. Mi familia se movió por la habitación como manchas borrosas. Las zapatillas de papá se arrastraron de regreso a su habitación. Mamá cambió las sábanas de la litera. Dio unas últimas palmadas ahuecando la almohada.

—Venga, a dormir otra vez —me dijo.

Abandonó el cuarto sin darse cuenta de mi estado. Dos sendas de moco fluyeron hasta mi boca. Contuve las ganas de sorberme la nariz porque el sonido hubiera

alertado a mi abuela. Ella fue la última en salir de la habitación. Tanteó el aire hasta dar con mi coronilla. Abrí la boca para poder respirar. Saboreé el gusto salado de los mocos. Notaba obstruida la garganta por el esfuerzo que hacía para no delatar el llanto.

—Mañana le diré a mamá que te haga un desayuno especial —dijo. Me revolvió el pelo y añadió—: ¿Qué quieres? ¿Huevos o tostadas?

Moví la lengua dentro de mi boca abierta. Era incapaz de hablar.

—¿Eh? —insistió ella.

—Huevos.

Lo pronuncié como si fuera una sola sílaba.

—Pues huevos entonces —dijo—. Y no te preocupes por tu hermana. Lo que ha hecho ella es mucho peor.

Revolvió mi pelo otra vez antes de irse. El olor de los polvos de talco se desvaneció también. Por fin pude relajar la garganta. Me sequé los mocos con el antebrazo.

Mi hermana no era más que un montón de ropa junto a la litera. Emitía un extraño ronquido.

La chispa en mi interior prendió.

Me arrodillé frente al cajón.

Tragué saliva.

Saqué el tarro de las luciérnagas.

—Necesito que brilléis —les dije—. Necesito ver la luz de fuera.

Sostuve el tarro frente a mis ojos.

Permaneció a oscuras.

—Por favor...

Miré a la nada entre mis manos, deseando ver los rayos de sol que ellas me habían traído del mundo exterior. Aunque no fuera así en realidad. Aunque su luz no fuera más que otra luz artificial en mi vida, un montón de químicos en el abdomen de un insecto.

—Sacadme de esta oscuridad.

Una lágrima resbaló por mi mejilla, hasta mi boca.

Agité el tarro.

—Quiero ir al sitio de donde venís vosotras.

Parpadeé preparándome para ser deslumbrado. Cerré los ojos. Esperé. Quería darles tiempo a encenderse. Los volví a abrir confiando en encontrar la habitación coloreada de verde.

Pero hallé la misma oscuridad.

Sacudí el tarro.

—Vamos —supliqué.

El tintineo de los lápices contra el cristal creció en intensidad cuando incrementé la velocidad de mis manos.

Agité el tarro hasta que el cansancio en los hombros me llevó a aceptar lo que había ocurrido.

Apoyé el envase sobre el mueble. Esta vez lloré sin contención, recordando el mágico momento en que había aparecido al otro lado de la ventana el primer destello de luz verde. La primera luciérnaga que llegó desde el mundo exterior. Justo después de que yo descubriera que no podría visitar ese mundo aunque quisiera, porque la puerta de la cocina siempre había estado cerrada.

Fue la primera de todas esas luciérnagas que habían venido a morir a mi tarro.

El sótano de cristal al que yo las había condenado.

Por primera vez me sentí perdido en esa oscuridad que siempre había sido mi mundo. Ajeno a ella. Extraño en el sótano.

La chispa desconocida que había prendido dentro de mí se transformó en una pequeña llama. Una llama que quemaba.

—Quiero salir de aquí —dije a la oscuridad.

Respiré hondo aceptando la verdad.

Entregado al deseo de una nueva vida.

—Quiero salir de aquí —repetí para escucharme.

El montón de ropa que era mi hermana se movió. Los diferentes tejidos rozaron entre sí. Crujieron también algunos de sus huesos.

—¿De verdad quieres salir?

Su voz cansada flotó en la oscuridad de la habitación.

Acaricié el frío cristal del tarro que no volvería a brillar.

—Quiero salir.

—Yo puedo ayudarte a salir —dijo ella entonces. La máscara se izó entre una maraña de pelo. La voz reverberó contra el material ortopédico de la careta, que se había descolocado con el último forcejeo—. Si es que no me muero antes.

—No te vas a morir. Te han hecho vomitarlo todo. Como al bebé.

Ella gimió.

—¿Por qué no quieres que el bebé viva en el sótano? —pregunté—. ¿Por qué no te gusta que vivamos aquí?

—A mí me da igual donde viva ese niño. Yo sólo quiero dejar de cuidarle. Y hacer sufrir a tu padre. A ver cuándo te enteras.

Ella se ajustó la máscara, y yo me tapé la cara por si acaso.

—No seas tonto. Puedes mirar.

Retiré las manos. Ella terminaba de colocarse la blusa. Al incorporarse se llevó la mano a la máscara. Acarició aquella barrera que le impedía acceder a su verdadera piel.

—Me duele —dijo.

—¿Qué te ha hecho papá?

—Me duele mucho. Tengo que aflojarla.

Se tambaleaba bajo la bombilla. Tiró de la goma de la máscara. Colocó una mano sobre su rostro artificial, encajando tres dedos en los tres agujeros. Oí un chasquido elástico cuando la goma se liberó detrás de su cabeza.

—No puedes hacer eso —dije.

Mi hermana tiró de la careta hacia delante.

—¿No has visto lo que me ha hecho tu padre? Sólo quiero que este plástico no me apriete las heridas. No hace falta que cierres los ojos. Sólo tengo que aflojar la goma.

Se quejó cuando el material ortopédico se separó de su rostro. Desde donde yo estaba parecía que la máscara siguiera en el mismo sitio. La sujetaba con una mano por la barbilla, y con la otra manipulaba la cinta elástica para aflojarla.

Dejó caer los hombros con una profunda exhalación.

—¿De verdad quieres salir del sótano? —dijo—. ¿Por fin?

Miré el tarro apagado de las luciérnagas.

—Sí —contesté—. ¿Tú sabes cómo?

—Claro que lo sé. Pero tienes que hacerme una promesa antes.

—¿Cuál?

—Que me harás caso sólo a mí. Y que abrirás los ojos a partir de ahora. —Alargó las vocales al hablar. Su cintura describió un círculo, como si bailara un aro imaginario—. ¿Me lo prometes?

Afirmé con un sonido de garganta.

—Si no los abres, nunca vas a enterarte de lo que pasa realmente en este sótano —añadió—. Hasta ahora no te has enterado de nada, y...

Dejó caer la máscara antes de acabar la frase.

Vi su rostro durante un instante antes de poder reaccionar.

Y después de ese instante, mis ojos se negaron a cerrarse.

Porque la cara que apareció tras la máscara lo cambió todo.

Mi hermana parpadeó, tan sobrecogida como yo de poder mirarnos sin la habitual barrera de plástico blanco. No había en su rostro ningún desagradable agujero en el lugar de la nariz. Tampoco había ninguna quemadura. Aparte de las marcas de los recientes bofetones de papá, la cara de mi hermana era tan lisa y rosada como la mía. Incluso pude distinguir debajo de uno de sus ojos un par de lunares idénticos a los míos.

—¿Lo ves? —preguntó ella.

En ese momento, las luciérnagas en el tarro regresaron a la vida para brillar con mayor intensidad que nunca.

Once años antes

Una corriente de aire golpeó la ventana contra el marco. Interrumpió la concentración de la mujer, que miraba atenta el televisor. El pueblo salía en las noticias. Nunca antes había ocupado siquiera un minuto de emisión, pero hacía diez días que los informativos de todas las cadenas conectaban con sus respectivos corresponsales trasladados a la isla. Sentada a la mesa de la cocina, la mujer se resistió a apartar los ojos de la pantalla. El portavoz de la familia de la niña desaparecida estaba a punto de emitir un nuevo comunicado.

—Pero si seguro que se ha caído en las rocas —murmuró la mujer a la pantalla.

La ventana golpeó otra vez el marco. La mujer siguió cortando zanahorias sin despegar la mirada del televisor. Al tercer golpe, se limpió los dedos en el trapo que descansaba sobre sus rodillas y se acercó al fregadero. Cerró la ventana. A través del cristal descubrió en el horizonte los oscuros nubarrones de una tormenta segura. La cercanía del anochecer, y la amenaza de tempestad, habían oscurecido tanto el paisaje que el camino de grava que atravesaba la parcela lucía del mismo gris que el asfalto de la calle que bajaba hasta el pueblo. En una de las curvas del camino, junto al viejo pozo ciego, la colada se sacudía a merced del viento. Un pinza se destrabó con uno de los tirones y la camisa blanca que sujetaba salió volando. Rodó por el suelo convertida en un rizo de tela. La lámina metálica ondulada que cubría el pozo alzó el vuelo también.

La mujer empujó la puerta abatible de la cocina, cruzó el salón en dirección a la puerta de entrada, y salió corriendo en busca de la prenda. No la encontró ni en el camino de tierra, ni en el terreno que se extendía a ambos lados. Tampoco había rodado hasta la fachada de la casa. Se volvió en dirección al acantilado y allí la vio. La camisa ondeaba como una bandera a media asta enganchada en una mala hierba. La mujer atravesó la parcela. Antes de alcanzar la prenda, se arrodilló para completar a gatas el último tramo de recorrido. El vértigo disminuía si mantenía cuatro apoyos en el suelo. En lugar de mirar hacia abajo, fijó la vista en el horizonte plomizo en que terminaba el mar. Estiró la mano a toda prisa, agarrando la camisa por el cuello. Al tirar de ella, el cardo que la atrapaba rasgó un lateral del bolsillo.

El aire infló la falda de la mujer. La trenza en que anudaba cada mañana su cabello negro viajó sobre su hombro. Cayó delante de su cara como una soga. Aún de rodillas, marchó hacia atrás para separarse del borde del acantilado. No se levantó hasta que las rocas quedaron a más de cinco palmos. Sacudió el polvo y la tierra de su vestimenta con la mano abierta. Sobre las cuerdas del tendedero, el resto de la colada amenazaba con echar a volar. La mujer corrió a casa.

En el televisor de la cocina ya no hablaban del pueblo, ni de la niña desaparecida. El informativo cubría otra noticia. La mujer dejó la camisa que había rescatado sobre

la mesa. Cogió una lata de galletas danesas que utilizaba como caja de costura y la colocó sobre la tela para no olvidarse de que tenía que remendar el bolsillo. Buscó el barreño grande de color granate. El mismo en el que bañó los primeros veranos a su hija mayor cuando aún era un bebé. Lo encontró bajo el fregadero. El cristal de la ventana vibró con el aire de fuera. Las prendas tendidas se sacudieron, a punto de desprenderse.

Llegó hasta ellas con el barreño apoyado en la cadera. Varias pinzas salieron disparadas cuando tiró de la ropa colgada. Otra camisa blanca de su marido. Las enaguas de la abuela. El pantalón de pana del abuelo. Los sujetadores de la hija. La decena de calzoncillos que manchaba cada semana el hermano menor. Y las sábanas que había que cambiarle a diario. Un único calcetín, desaparejado, quedó colgando al final. La mujer recorrió las cuerdas con la mirada. Comprobó el suelo. Giró sobre sí misma buscando el que faltaba por los alrededores de la casa. Entonces su mirada se topó con una figura humana que la observaba desde el camino de grava. Una silueta sin rostro. Tardó unos segundos en recuperarse del susto. Después gritó a su hija:

—Me has asustado con el pelo así.

—Eso pretendía —respondió ella. Con un movimiento de cabeza repetido durante años, la hija se apartó el pelo de la cara. Lo atrapó detrás de su nuca con ambas manos descubriendo el rostro—. Hemos tenido que parar —explicó. Levantó el brazo para enseñar a su madre el montón de carteles enrollados—. No podíamos seguir pegándolos —continuó la hija—. Va a llover.

—No me digas.

La mujer tiró del calcetín solitario que colgaba frente a su nariz. La pinza se retorció en lugar de desprenderse. El muelle se deformó pellizcando aún más el tejido.

Oyó a su hija reírse a sus espaldas mientras corría hacia la casa.

—¡No me cierres! —gritó.

Un portazo fue la respuesta que obtuvo. La mujer tiró con tanta rabia del calcetín que lo desgarró. Parte del elástico permaneció atrapado por la pinza. La mujer examinó los restos deshilachados que sujetaba en la mano. Los lanzó al aire. La prenda voló, sostenida por el viento, en dirección a las rocas. Elevó su trayectoria pasando frente a la torre del faro. Se precipitó al vacío del acantilado hasta desaparecer.

Una corriente de aire mojó a la mujer como un repentino pulverizador gigante. Encorvada, huyó de la lluvia, cargando con el barreño lleno de ropa. Incapaz de tocar el timbre, se colocó de espaldas a la puerta y llamó con el talón. Podía olvidarse de contar con la atención de su hija. Su marido, en lo alto de la torre, seguro que leyendo otro de esos libros de medicina que no entendía, tampoco oiría los golpes. Y con su hijo no podía contar para gran cosa desde el incidente de las escaleras. Un retortijón

de culpa dolió en el estómago al pensar aquello.

Taconeo contra la puerta. Las rachas de viento escupían el agua bajo el techado del porche. El cielo se iluminó con el fogonazo de un relámpago. El trueno estalló sobre ella y bajo sus pies casi a la vez. Podía oír las olas enfurecidas golpear contras las rocas. La lámina metálica que se despegó del pozo resistía el embiste atrapada contra el tronco de un árbol. La mujer apoyó la espalda para descansar los hombros, el barreño apoyado en los muslos. A punto estuvo de perder el equilibrio cuando la puerta se abrió.

—¿Es que no me abre nadie o qué?

—Te estoy abriendo yo —respondió la abuela.

—A esa nieta tuya no hay quien la aguante. Me ha cerrado la puerta a propósito.

—Dirás tu hija.

—Parece mentira que tenga dieciocho años —continuó la mujer—, y siga comportándose como una niña.

La abuela arrancó el barreño de las manos de su nuera. Ella se dejó hacer. Se sacudió parte de las gotas que perlaban su chaqueta de lana. Secó también su frente, sus lisas mejillas y repasó los nudos de su trenza.

La abuela embestía de costado la puerta de la cocina.

—Se ha vuelto a mojar todo —informó la mujer—. ¿Dónde vas a tenderlo?

—En el sótano —contestó la abuela—. Que sirva para algo todo ese espacio.

Atravesó la hoja abatible.

La mujer se quitó la chaqueta. La colgó en la barandilla de la escalera que llevaba a la primera planta. Allí había dejado también su hija un chubasquero de color negro. Y en el suelo, apoyado contra la pared, el rollo de carteles sujeto con una goma elástica, las esquinas rizadas por efecto de la humedad. Una imagen parcial dentro de aquel cilindro mostraba los ojos azules de la niña desaparecida en la isla. Como casi todo el pueblo, su hija colaboraba desde hacía días con la familia. Formando cuadrillas de búsqueda para peinar la escarpada orografía rocosa de la costa. Reuniéndose frente al ayuntamiento para exigir responsabilidades. Ayudando a controlar la entrada y la salida de embarcaciones en el puerto principal. O pegando en las calles carteles con la foto de la niña. La que la mostraba subida a una bicicleta, vestida con una rebeca de color rosa, sonriendo a la cámara que capturó esa imagen sin sospechar nunca el uso que se le acabaría dando.

La mujer apartó la mirada de los carteles. Agarrada a la barandilla, reprendió a gritos a su hija por haberle cerrado la puerta de entrada. Ella respondió con otro portazo, esta vez refugiándose en el baño. Además de ese baño, la primera planta de la casa alojaba cuatro habitaciones. Y una puerta enrejada controlaba el acceso a otra escalera: la de caracol que ascendía a lo alto del faro. La escalera que ella no había vuelto a subir ni bajar desde lo que ocurrió con el niño. Por la que subía cada tarde su

marido para refugiarse en la linterna. Él había vivido en el faro en los tiempos en que su luz aún era útil. Y aunque lograron conservar la construcción como residencia familiar cuando los nuevos tiempos hicieron innecesario el oficio de farero, nunca pudo dedicarse a girar la luz como había visto hacer a su padre.

La mujer subió dos escalones para proyectar mejor la voz hacia el hueco de la escalera.

—El aire se ha llevado la lámina del pozo —gritó a su marido—. Hay que taparlo. Que ya ha empezado a llover.

Los escalones metálicos crujieron cuando su marido comenzó a bajarlos.

—Echa un ojo al niño, ya que estás —dijo ella.

—¿Arreglo el pozo o vigilo al niño? —se quejó él—. Todo no puedo hacerlo.

Una corriente de aire penetró en la casa por la rendija inferior de la puerta de entrada. Y por las hendiduras mal aisladas alrededor de las ventanas. La madera de la casa crujió. El viento ululó allá fuera.

—Arregla el pozo —decidió la mujer—. Antes de que la lámina acabe en el mar. Ya subo yo a ver al niño.

Apostado junto a la ventana adyacente a la puerta de entrada, el hombre estudió la intensidad de la tempestad. La altura del faro lo distanciaba a uno de la realidad de una tormenta. Pequeños charcos comenzaban a llenar las irregularidades del terreno. En el tendedero, el resto de un calcetín deshilachado colgaba de una pinza retorcida. Comprobó que el pozo estaba al descubierto. Pegó la cara al cristal anulando los reflejos con una mano alrededor de los ojos. Buscó la lámina metálica por la parcela. La encontró anclada al tronco del pino. El viento la sacudía sin lograr arrancarla del obstáculo que servía de tope. Un relámpago iluminó el paisaje como en una fotografía sobreexpuesta.

Nada más salir, el hombre patinó en la superficie arcillosa del terreno. La lluvia le atacó los ojos. Alcanzó la lámina en el mismo instante en que un remolino invisible lograba arrebatársela al árbol. La apresó bajo un brazo. Un golpe de aire empujó el falso alerón, desequilibrando al hombre en mitad de un paso. Evitó la caída con un giro que hubiera resultado cómico en una película muda. De camino al pozo, buscó entre las piedras blancas que delimitaban la senda de grava que conducía hasta la calle. Levantó una de las más pesadas. La utilizó para aprisionar el cuadrado de techo ondulado sobre el pozo, colocándola a ojo en el centro común del agujero y la lámina. Comprobó que resistiría el embiste del viento tirando hacia arriba desde una esquina.

Alguien gritó dentro de la casa.

El filo del metal le abrió un corte en el pulgar.

Un segundo alarido le permitió reconocer su nombre y el timbre alarmado en la voz de su mujer. La rapidez con que inició la carrera de vuelta lo hizo patinar de nuevo. Encontró cerrada la puerta de entrada. Llamó al timbre sin descanso,

convirtiendo la habitual melodía de tres notas en un trémolo continuo.

Fue la abuela quien abrió.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre.

—No sé, acabo de oír los gritos también. Estaba en el sótano.

Una corriente de aire cerró la puerta. La mujer bajó las escaleras de dos en dos.

—No está el niño —dijo—. No está en su cama.

—¿Y dónde está? —preguntó su marido.

—¿Crees que gritaría si lo supiera?

Al alcanzar el final de la escalera, golpeó con el pie el rollo de carteles de la niña desaparecida. Los ojos azules rodaron por el suelo.

—Vamos fuera a buscarlo.

—¿Cómo va a estar fuera con la que está cayendo?

—Pues no lo sé —contestó la mujer. Descolgó de la barandilla el chubasquero aún mojado de su hija—. Pero no está en la casa. Y no quiero que acabe en las rocas como esa niña —añadió, arrepintiéndose ahora de las palabras que había dirigido al televisor.

—No digas eso —intervino su hija. Hablaba desde el piso de arriba, las manos agarradas a la toalla que colgaba de su cuello, con la que acababa de secarse el pelo—. La mitad del pueblo todavía esperamos encontrarla con vida.

—Ahora mismo a quien espero encontrar es a tu hermano. —Colocó la trenza por encima del cuello del impermeable—. Porque como le pase algo... Me voy a callar. Pero si le pasa algo, también será culpa tuya.

—¿Mía? ¿Esto también? ¿Cómo puede ser esto culpa mía?

—A un niño de trece años no tendríamos que vigilarlo como si tuviera seis. Y todos sabemos quién tiene la culpa de que sea así.

La abuela acarició su rosario al escuchar el ataque.

Uno más en la infinita retahíla de reproches que se sucedieron desde el incidente de las escaleras. Desde una tarde hacía cuatro años en que la hija quedó al cargo de cuidar a su hermano menor. De vigilar, sobre todo, que no intentara subir a lo alto del faro porque, como siempre creyó la madre de ambos, cada peldaño de la escalera que ascendía hasta la linterna era un arma de esas que dicen que carga el diablo, sobre todo para un niño que no había cumplido los diez. En cuanto los padres salieron de casa, la hija hizo justo lo contrario, y animó a su hermano a que subiera solo a lo alto de la torre. Al lugar plagado de misterios y mitologías domésticas de las que siempre hablaba el abuelo, un lugar al que pocas veces le habían permitido subir, y siempre acompañado. Allí arriba, descubrió con la boca abierta un sol que a esa hora de la tarde sangraba en rojo sobre un mar oscuro. Acarició con asombro las mamparas de cristal que cubrían el enorme foco. Se imaginó navegando en alguno de los barcos a los que antaño guiaba esa luz. Respiró lentamente, para recordarlo siempre, el aire

mágico que parecía flotar en aquel lugar encantado. Pero cuando su hermana lo arengó a que bajara para celebrar juntos la inyección de adrenalina que proporcionaba rebelarse contra las normas paternas, el niño resbaló y se precipitó escaleras abajo, buscando con los dedos un agarre que no encontró en la superficie enladrillada del interior de la torre. Aterrizó a los pies de su hermana, que aún lo pateó suavemente en un costado instándole a abandonar un supuesto teatro. Ella se arrodilló para comprobar que respiraba. Colocó una mano en su pecho y percibió el latir del corazón. Pudo haber pedido ayuda entonces. Haber levantado el teléfono color crema de la mesita del salón para solicitar una ambulancia. Pero eso le hubiera obligado a admitir su culpa, a reconocer su desobediencia. Y no quería ni imaginar la cara de papá si regresaba a casa y encontraba las sirenas luminosas de una ambulancia aullando en la puerta de entrada. Además, el niño respiraba con normalidad. Su corazón latía a un ritmo adecuado. La caída no podía ser tan grave. Por ello consideró oportuno mover el cuerpo herido de su hermano, convenciéndose a sí misma de que el silencio del niño, la ausencia de gemidos, debía de ser una buena señal. Tan mal no se encontraría si ni siquiera se quejaba. Así que lo llevó a la litera. Cuando empezó a temblar, simplemente lo arropó con las sábanas, culpando al frío de unos espasmos que hubieran requerido mayor atención. Aún llegó a hablar al oído de su hermano, pidiéndole por favor que no la delatara. Que ya se encargaría ella de inventar alguna excusa para sus padres, y que la travesura de esa tarde debía convertirse en el secreto de ambos. Dejó al niño en la habitación obligándose a no escuchar algunas voces que gritaron en su cabeza. Cuando los padres regresaron a casa, tan sólo les dijo que el niño se había sentido mal y ella lo había metido en la cama. Pero el grito de su madre al subir a saludarlo delató la realidad. Las ambulancias, y sus sirenas luminosas, llegaron finalmente a la casa. Mucho más tarde de lo que hubiera resultado aconsejable. El niño que se llevaron en la camilla ya no era el mismo que unas horas antes había disfrutado boquiabierto de un atardecer que supuso el ocaso de aquel día y el de su vida hasta entonces. Tampoco era el mismo niño que respiró, para recordarlo siempre, el aire mágico de aquel lugar encantado en lo alto del faro. Una sensación que nunca recordó porque quedó distorsionada en la maraña de conexiones cerebrales que se desajustaron tras el impacto contra la esquina del escalón que le rompió el cráneo. El hueso quedó tan fracturado como la relación de la hija con sus padres y sus abuelos, que la convirtieron desde entonces en la extremidad gangrenada del cuerpo que formaban los seis miembros de esa familia.

La hija tiró la toalla desde arriba. Impactó contra el rostro de la mujer.

—No tienes que recordarle el accidente cada día —intervino la abuela.

—Claro que no hace falta que yo lo haga. —La mujer entregó a su suegra la toalla húmeda—. Sólo tiene que mirar a la cara de su hermano para recordarlo.

Ajustó la cremallera del chubasquero con un enérgico tirón.

—Vamos —intervino su marido, que la agarró de la muñeca—. Antes de que se haga de noche.

Tiró de ella en el mismo momento en que sonó el timbre de la casa.

—Ahí tenéis al niño —gritó la hija desde el primer piso—. Abrazad a vuestro hijo favorito.

En albornoz, huyó a su cuarto y lo cerró de un portazo.

El timbre sonó otra vez.

—Por lo menos hoy ha vuelto por su propio pie —dijo la mujer.

—¿No te lo dije? Nuestro niño va a estar cada vez mejor —apuntó el hombre con optimismo.

Durante el primer año tras la caída, el niño gritaba cuando intentaban sacarlo de su habitación, pero las últimas semanas había progresado hasta el punto de querer salir de casa siempre que fuera posible. Ya se había extraviado en dos ocasiones. En ambas, lo habían rescatado de camino al pueblo. Empapado en agua de mar para desesperación de su madre, que sentía que le faltaba el aire cada vez que imaginaba a su hijo merodeando por las rocas del acantilado. Cuando lo regañaban, el niño huía hasta terminar sentado en algún rincón de la parcela, con las manos retorcidas a la altura del pecho, llorando con la boca muy abierta, golpeándose los oídos para no escuchar su propio berrinche. Y pidiendo, con la voz gutural que resultó de la caída, que alguien hiciera callar al mar.

El timbre volvió a sonar.

Un escalofrío recorrió la espalda de la mujer al escuchar la forma en que vibró la última de las tres notas. Porque hubo algo incorrecto en aquel tono. Una cualidad sobrecogedora que flotó en el aire del salón hasta que la nota dejó de oírse.

—Ya voy yo —dijo su marido.

De la garganta de la mujer emanó una súplica:

—No abras.

Flanqueada por su marido y por la abuela, ella se extrañó casi tanto como ellos al escuchar su ruego.

—Qué dices —respondió el hombre—. Bastante mojado debe de estar el crío ya.

Y cuando el hombre dio el primer paso en dirección a la entrada, la mujer tuvo la certeza de que aparecerían dos policías tras la puerta, de pie en el felpudo. Bajando la cabeza en una muestra de respeto antes de comunicarles la noticia que ese maldito acantilado estaba deseando protagonizar. La mujer se recordó a sí misma murmurando al televisor su fatídica sentencia mientras cortaba zanahorias.

—¡Mi hijo! —gritó la mujer.

Adelantó a su marido en una repentina carrera a través del salón. Sin quererlo, asestó un puntapié a los carteles de la niña que su hija había estado pegando por las paredes del pueblo. El rollo rodó hasta la puerta de entrada. La mujer se agachó para

recogerlo. Diminutas gotas de lluvia habían alcanzado el papel satinado a través de la rendija inferior de la puerta.

Una lúgubre armonía matizó las notas del timbre cuando sonó por cuarta vez.

—Mi hijo —murmuró la mujer.

Aun temiendo que fuera real lo que presagiaba el frío en su nuca, empujó la manilla. La puerta se abrió frente a ella, atizada por una corriente del aire exterior. Antes de que pudiera registrar lo que estaba viendo, la abuela gritó a sus espaldas.

—Pero ¿qué...? —fue lo único que pudo vocalizar el hombre.

La mujer no encontró en sus pulmones el aire suficiente para poder gritar. Se quedó allí de pie, sintiendo cómo las gotas de lluvia perlaban su rostro desencajado. Oyéndolas impactar contra la tela impermeable del chubasquero. Notó un creciente hormigueo en la mano con la que sujetaba los carteles enrollados. Cuando los dedos quedaron entumecidos del todo, el rollo cayó al suelo. El viento lo empujó dentro de la casa como si quisiera arrancarlo de la escena que acontecía bajo el umbral. Para que los ojos de la niña en la fotografía no tuvieran que ver lo que había aparecido en la puerta.

La mujer no opuso resistencia cuando su hijo la apartó. Tan sólo cerró los ojos. Algo blando le rozó los tobillos. El siseo de aquel roce revolvió su estómago. El niño se adentró en el salón, acompañado del olor a tierra mojada con que la tormenta impregnaba el aire.

Aún a ciegas, la mujer buscó el filo de la puerta que el viento había arrancado de sus manos. La cerró. Un repentino sofoco evaporó la humedad de su rostro. El cuello del chubasquero la ahogó. Bajó la cremallera con un mano temblorosa. Percibió nuevos aromas a salitre y sudor infantil.

—Ayudadme —dijo el niño. Alargó las vocales. Se atascó en algunas consonantes—. No sé qué le pasa. Ha dejado de hablar.

El hombre mantuvo la boca cerrada, la garganta encogida.

La abuela buscó la cadena de su rosario. Después escapó escaleras arriba. Aunque pretendía gritar el nombre del abuelo, apenas balbuceó unas palabras sin sentido. Tropezó con el último escalón antes de abalanzarse sobre la puerta de su habitación. Se dejó caer sobre la cama. Los sollozos entrecortados, y las sacudidas incontroladas de su cuerpo, despertaron al abuelo, cuya siesta había prevalecido sobre la tormenta, los gritos y los timbrazos. Incapaz de descifrar una frase coherente de los tartamudeos de su esposa, el abuelo se levantó. Encontró sus gafas en la mesilla. Ajustó las patillas en las dos únicas matas de pelo gris que conservaba, las que crecían sobre sus orejas hasta desaparecer un poco más arriba de las sienes. Un pliegue de la almohada quedó grabado en su rostro.

Abrazados, los abuelos se asomaron al distribuidor. La puerta contigua se abrió también.

—¿Apareció ya el niño? —preguntó la nieta de ambos, aún en albornoz.

Su padre gritó desde abajo:

—¡Quédate en tu habitación!

La hija cerró la puerta con desdén. El vientre le ardía de rabia cada vez que le hablaban así. Deseó que su hermano se hubiera metido en un buen lío.

El abuelo miró a su esposa en busca de alguna explicación. Ella parecía mirar a la nada. La empujó para que se soltara del marco de la puerta. Después la guió hasta el inicio de la escalera que bajaba al salón. Oyeron hablar a su nieto.

—Mamá, abre los ojos —decía en bocanadas guturales—. Tenéis que ayudarme. Ha dejado de hablar.

La mujer gritó en el salón.

Las palabras del crío hicieron llorar a la abuela.

Una tensión repentina atacó el estómago del abuelo.

—¿Me vais a decir lo que pasa? —gruñó.

Se lanzó escaleras abajo tirando de su esposa. Al llegar al último peldaño, se quedó allí de pie intentando comprender la escena que encontró. Apretó la cara de la abuela contra su pecho para librarla de aquella imagen.

Lo primero que vio fue el mechón de cabello rubio que emergía del interior del puño del niño. Él requería la atención de su madre sacudiendo la mata de pelo. Un sonido húmedo, cárnico, acompañó cada sacudida. El que producía el cuello de la niña al retorcerse libremente, desencajado del resto del cuerpo al que permanecía unido por una piel viscosa, amarillenta. Morada.

—Ya no habla —repitió el niño.

Tiró de la falsa coleta rubia para mostrarle a mamá el rostro de aquel juguete que había dejado de funcionar. Dos ojos azules miraron a la mujer desde abajo. Como la habían mirado esa misma tarde desde el filo de unos carteles enrollados. La boca retorcida de la niña profería un grito silencioso. Su hijo cargó el cuerpo agarrándolo por las axilas, la espalda apoyada sobre su pecho.

—¡Dile que hable! —gritó.

Sacudió el cuerpo. La cabeza de la niña bailó en el cuello roto hasta caer hacia atrás con un crujido. Quedó apoyada en el hombro del niño.

La realidad se emborronó cuando los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas. Su hijo quedó reducido a una mancha borrosa que latía frente a ella. La voz gutural que emergía de aquella criatura desenfocada seguía pidiendo ayuda. Pellizcó la cintura del chubasquero de su madre.

—Vamos a tener un hijo —explicó.

Desde su posición junto a los abuelos, el hombre vio a su mujer taparse la cara. También vio cómo una gota resbalaba por la mano de la niña, que colgaba al final de una manga color rosa. Y recordó que de ese color era la rebeca que vestía la niña cuya foto sobre una bici miraba a los vecinos del pueblo desde cada esquina. Cuando la gota impactó contra el suelo, el hombre reaccionó. El lodo en sus zapatillas imprimió huellas húmedas en la madera del salón. El instinto paternal se manifestó de forma inesperada cuando, en lugar de atender el desvarío de su hijo, optó por arrancar a la niña hinchada de entre sus brazos. La tumbó bocarriba y, sin pararse a pensar en la utilidad de lo que hacía, cubrió la boca de la cría con sus labios. Un sabor salado, fangoso, vegetal, le raspó la garganta. Sopló con fuerza. Apretó la carne fría de sus mejillas para que los labios cedieran. Volvió a soplar a la nueva abertura. Bajo su pecho notó inflarse el de la niña, pero el aire escapó de su blanda anatomía en cuanto se separó de ella para buscar alguna reacción en su rostro. El olor que exhaló aquella boca lo mareó. Penetró en su cuerpo como un gas tóxico que envenenara su sangre.

—Está muerta —dijo la mujer, con voz temblorosa.

Pero él intentó reanimarla. Esta vez espiró en la boca de la niña al tiempo que presionaba su pecho. El sabor a mar le revolvía el estómago, pero fue el tacto de su

lengua, viscosa como la parte blanda de un bivalvo, lo que acabó de descomponerlo. El hombre apartó la cara con una convulsión. Se apretó la barriga como si pudiera controlarla. Tapó su boca con ambas manos.

—Está muerta —repitió la mujer.

El aire había secado sus ojos. Enfocó al niño, que miraba a sus padres sin entender del todo su reacción. El hombre, arrodillado, combatía las náuseas con hondos suspiros. Tragó saliva espesa y amarga.

—Es la niña —añadió ella. Exprimió sus ojos con el dorso de una mano—. Es la niña desaparecida.

La abuela besó el crucifijo de su rosario.

El niño se agachó junto a la niña y agitó la coleta de pelo rubio.

—No digáis que está muerta —sollozó—. No puede estar m... muerta. ¡Vamos a tener un hijo!

Un gesto de euforia encendió el rostro del niño. Se fue deformando al darse cuenta de cómo su familia lo miraba con horror. Cuando soltó la coleta, la cabeza de la niña cayó al suelo como una vieja calabaza. El rostro confundido del niño conmovió a su madre a pesar de las manchas de sangre que advirtió en su ropa. A pesar del barro que ensuciaba su cara. A pesar de un solitario cabello rubio que brilló como un filamento dorado enredado entre sus dedos.

La mujer abrazó a su hijo. Un alga colgaba del hombro sobre el que apoyó la barbilla. El niño lloró de manera escandalosa. Ella lo sujetó para evitar que se golpeará. Lo tranquilizó hablándole al oído. Acarició la parte de atrás de su cabeza, escurriendo de su pelo agua de mar. También desprendió con el roce guijarros de arena de playa. Cuando el niño se calmó, colocó la cara frente a la de su hijo.

—¿Qué has hecho, mi vida? —Peinó con los dedos el flequillo mojado del niño.

—La he cuidado.

—¿A quién has cuidado?

—A la niña que encontré en las rocas —dijo señalando el cuerpo tirado en el suelo.

—¿Encontraste una niña en las rocas?

El niño asintió.

—¿Cuándo?

—Hace m... mucho.

—¿Cuánto es mucho? ¿Unas horas? —preguntó esperanzada.

El niño mostró una mano, la muñeca plegada hacia dentro. Movié los dedos contando a su extraña manera.

—Cinco —concluyó—. Cinco días.

—¿Estaba...? —Un suspiro entrecortado anuló la voz de la mujer—. Cuando la encontraste..., ¿estaba...?

La presión en el pecho le impidió seguir hablando. Su marido rodeó el cuerpo de la niña. Cuando pisó una brocha de pelo adherida a la madera, el rostro azulado de la niña se sacudió en un espasmo de vida artificial. El hombre apartó la mirada. Se arrodilló junto al niño.

—Escúchame —Lo agarró del mentón—. La niña, ¿estaba viva?

El niño arrugó el entrecejo, concentrado. Sus padres escudriñaron las arrugas de su frente tratando de adelantarse al proceso de pensamiento de su hijo. Porque ya en ese momento entendieron el diferente escenario al que se enfrentarían dependiendo de aquella respuesta. El abuelo contuvo la respiración. La abuela miró a su nieto.

La frente del niño se alisó. Sonrió.

—Estaba viva —dijo como si fuera una buena noticia—. Ha dejado de hablar... —la lengua vibró contra el paladar más de la cuenta— ha dejado de hablar hoy.

Tras unos instantes de horrorizado asombro, el hombre estalló.

—¡Dios!

En la primera planta, el grito encogió los hombros de su hija, que leía tirada en la cama. Un extremo de su boca se curvó hacia arriba. Su hermano se había metido en algún lío. Uno grande. Quizá tan importante como para hacerle bajar del pedestal de héroe al que lo habían ascendido desde el accidente. La sonrisa se completó en su rostro, achinando sus ojos. Pasó una página del libro.

Abajo, su padre gritaba en rabiosos burbujeos de saliva.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Apretó sus sienes con los puños, incapaz de soportar la presión que sintió en la cabeza. Se levantó, sacudido por una descarga de pánico. Caminó por el salón, clavando los talones en el suelo y las alfombras que encontró a su paso. Pegotes de barro quedaron adheridos al tejido. Sorteó el sofá en el que la familia se reunía por las noches a ver películas. Esquivó el baúl, el reloj de cuco y dos lámparas de pie que iluminaban el salón. Cuando una silla se interpuso en su errática trayectoria, la agarró del respaldo y la lanzó contra la pared. Los cristales de las ventanas vibraron con el impacto más de lo que habían vibrado con el último trueno. El teléfono color crema cayó al suelo desde la mesilla. El auricular de color crema permanecía unido a su base gracias al cable rizado que las mujeres de esa casa retorcían entre los dedos mientras conversaban.

El niño empezó a llorar.

—¡Dios! —repitió su padre.

—Vas a tener que calmarte —dijo el abuelo—. Mira cómo estamos todos.

El hombre dejó escapar un último alarido. Alivió parte de la tensión que entumecía sus músculos. Entonces pudo observar con serenidad al resto de su familia. Su mujer había sentado al niño en el suelo, abrazándolo como si amamantara un bebé gigante. La abuela, encogida por el miedo, los miraba agazapada contra el cuerpo del

abuelo, que luchaba por mantener la calma. La niña desaparecida yacía en el suelo en la posición en la que él la había dejado. A juzgar por su aspecto, el niño parecía que había dicho la verdad: la niña no llevaba mucho tiempo muerta. Desde luego no los seis días que habían transcurrido desde su desaparición. La piel estaba amoratada y presentaba cierta textura viscosa, pero no olía a descomposición. Ni presentaba signos claros de putrefacción. El hombre aventuró que habría estado expuesta mucho tiempo al agua del mar, a los golpes de las olas y a... Cuando pensó en otros golpes, los que imaginó que podría haberle propinado su hijo, sintió ganas de arrojar otra silla contra la pared.

—¡Qué le has hecho! —gritó al niño.

Se abalanzó sobre él, incapaz de detener su furia. La mujer bloqueó con la espalda las intenciones de su marido. El abuelo se liberó de la abuela, que se quedó de pie con los brazos colgando. Agarró al hombre del cuello, tirando de él para separarlo del crío, que temblaba entre los brazos de su madre. Cuando el hombre vio el rostro asustado de su hijo, el ataque de rabia se desvaneció por completo. Logró zafarse del abuelo. Abrazó a su mujer sobre el chubasquero. El niño quedó cobijado entre el cuerpo de ambos. El hombre pidió perdón varias veces.

—¿Qué es lo que has hecho? —susurró. Su aliento calentó el hueco húmedo al que los tres dirigían la cara, las cabezas de los padres pegadas frente a frente.

—La he cuidado —dijo el niño—. Estaba en las rocas. —La consonante silbó entre sus dientes—. No se movía. Pero hablaba. Con las rocas. Y conmigo.

—¿Por qué no has dicho nada?

El niño parpadeó en silencio. Como esperando una pregunta que mereciera la pena responder. Un olor amargo inundó el interior de aquel abrazo cuando el niño respiró hondo.

—Vamos a tener un hijo —dijo.

—¿Un hijo? —preguntó la mujer.

—Un hijo —repitió él.

—¿Por qué?

—Porque le he hecho esto. Le he hecho así... —El niño movió el cuerpo en sacudidas para explicarse. Movía la pelvis atrás y adelante, atrás y adelante, atrás y adelante—. Le hecho un hijo en la tripa —susurró.

La mujer agarró el cuello del niño. Lo apretó para que detuviera aquella repugnante representación. Él se encogió, retorciéndose con una especie de maullido, mientras su madre recordaba lo que algunos diagnósticos médicos presagiaron.

El maullido del niño cesó.

El abrazo paterno se disolvió.

De pie, los cuatro adultos intercambiaron miradas tan profundas como impenetrables eran los misterios en el cerebro del niño. Un silencio mortuorio se

apoderó de la estancia, roto únicamente por el sonido de la lluvia golpeando el tejado. Otras gotas, mezcla de agua dulce y salada, resbalaron por el rostro de la niña hasta caer en el charco que enmarcaba su silueta en el suelo.

La mujer enganchó la cremallera del chubasquero para terminar de abrirlo. Se lo quitó y lo sacudió, salpicando a su hijo.

—Déjame —le dijo cuando intentó abrazarse a sus piernas.

Bajo la atenta mirada del resto de su familia, la mujer se acercó al cadáver. Dejó caer el abrigo sobre el cuerpo. Lo cubrió desde la frente hasta la cintura. Las manos sobresalían a ambos lados de la improvisada mortaja. Las empujó bajo la prenda con los pies.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó su marido.

El abuelo intervino:

—¿Acaso tenemos opciones?

Tras pensarlo unos segundos, el hombre insistió:

—¿Las tenemos?

Un silencio total fue la única respuesta.

—¿Cómo vamos a explicar esto? —La mujer señaló el bulto a sus pies.

La abuela tuvo que agarrarse a la barandilla para mantenerse en pie.

—La ha matado mi nieto —dijo, y se persignó de inmediato—. Mi nieto ha matado a esa niña.

—No sabemos si la ha matado él —dijo el hombre.

—Tampoco ha hecho nada por salvarla —rebatía su mujer, y volvió a preguntarle al niño—: ¿Cuántos días hace que la encontraste?

Contó con la mano retorcida a la altura del pecho.

—Cinco.

Su madre utilizó la respuesta como prueba.

—Y dice que hablaba —continuó—. O sea que estaba viva. La niña debió de caerse a las rocas cuando desapareció. En alguno de esos desniveles. Y nuestro hijo la encontró... —La voz le falló al recordar las dos veces que el niño se había escapado en los últimos días. Y cómo había aparecido empapado en la calle, camino del pueblo. La mujer cerró los ojos. La oscuridad le mostró una imagen de su hijo sacudiendo la pelvis sobre el cuerpo herido de la niña—. Dios mío, qué vamos a hacer.

Aspiró saliva de forma sonora. Se masajeó la nuca con ambas manos. Gimió de dolor, de desesperación, de asco. Cuando sintió que su marido la agarraba de la cintura, abrió los ojos.

—¿Qué vamos a hacer? —repitió.

Como si no lo supieran, explicó a los demás que la niña protagonizaba los

informativos de todas las televisiones. Que la había visto en las noticias esa misma tarde, mientras cortaba zanahorias, antes de que empezara a llover. Que el país entero estaba buscándola. Que el pueblo había organizado partidas de voluntarios para peinar la isla.

—Hasta nuestra hija acaba de estar pegando carteles con su foto —dijo al tiempo que señalaba el rollo que el viento había arrojado al fondo del salón.

El hombre se llevó un dedo a la boca para que no alzara la voz.

—Lo que menos necesitamos es que se entere su hermana también.

—Pues habrá que decidir —espetó la mujer.

—Nuestro hijo es menor —expuso el hombre—. Y no está bien. ¿Qué pueden hacerle?

—Esa niña tiene conmovido al país entero. Imagina lo que pasará cuando sepan lo que nuestro hijo ha hecho con ella. —Sacudió la cabeza para apartar la imagen que su mente se empeñaba en proyectar—. Adiós a su vida. Por segunda vez. —Los ojos se le empañaron, llenos de tristeza y culpa, al recordar con nostalgia al niño que se despidió de ella la tarde del accidente—. Y esta vez será para siempre. Esto nunca se le va a perdonar. —La mujer se mordió el interior de los labios para evitar llorar—. No es justo... Otra vez no.

El hombre apenas pensó en el proceso judicial. Le bastó imaginar el futuro del niño sometido para siempre al rechazo popular. Un futuro dibujado en claroscuro desde la caída y que terminaría ahora de opacarse para siempre. Miró a su hijo, que acariciaba el pelo del cadáver, y recordó al niño lleno de imaginación que jugaba de pequeño haciendo caminar sobre el tazón de cereales del desayuno al espantapájaros de juguete que la abuela había confeccionado con dos puñados de paja y prendas diminutas cosidas a mano. Un perverso augurio de los hados lo convirtió en su personaje favorito de *El maravilloso mago de Oz*. El recuerdo infantil conmovió al hombre. Su hijo no merecía el oscuro futuro que el destino se empeñaba en ofrecerle.

—No es justo —repitió la mujer.

—Tampoco es justo lo que le ha pasado a esa niña —dijo entonces el abuelo—. Ella también tiene una familia.

Dio un paso al frente. Parte de la arena que la mujer había sacudido del pelo del niño crepitó bajo sus zapatos. Caminó por el salón, sobre las alfombras manchadas de barro, hasta situarse junto al teléfono tirado en el suelo. El abuelo se agachó y las rodillas chasquearon al flexionarse. Empujó las gafas que habían resbalado por su nariz. Primero cogió la base del teléfono y después tiró del cable hasta alcanzar el auricular y llevárselo al oído. El teléfono comunicaba. Sus rodillas chasquearon otra vez al ponerse en pie.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la madre del niño.

El abuelo dejó el teléfono sobre la mesilla. Descolgó el auricular y lo sujetó entre

la mejilla y el hombro.

—Lo único que podemos hacer —contestó—. Lo correcto.

Introdujo el dedo en uno de los orificios de la rueda del teléfono. La giró.

—No llames —le pidió—. Piensa en tu nieto.

La rueda regresó a la posición inicial con un débil traqueteo.

—¿Qué va a ser de tu nieto? —insistió.

Sin contestar, el abuelo inició otro giro.

—Ni siquiera es responsable de sus actos.

El disco repitió el recorrido de vuelta. El abuelo buscó el agujero para marcar el tercer dígito antes de que su nuera siguiera hablando. Acercó la cara al teléfono. Levantó sus gafas para ver mejor de cerca.

—Esta niña ya está muerta —continuó ella.

El abuelo encontró el agujero que buscaba. Introdujo el dedo.

—Pero tu nieto tiene toda la vida por delante.

El dedo tembló. La uña rascó la protección plástica del teléfono. Cuando recuperó el aplomo, giró la rueda. La abuela habló entonces:

—Es nuestro nieto —dijo. Tragó saliva al terminar la frase—. Por el que volvimos a vivir al faro. Al que vinimos a cuidar.

El abuelo no soltó la rueda. Con el dedo clavado en el número, el auricular contra su cara, miró a la abuela. La cuestionó sin necesidad de palabras. Apenas con un pliegue de la frente, preguntó si estaba segura de lo que decía. De lo que implicaba lo que decía. La abuela retorció el poyete de la barandilla como si quisiera estrangularlo.

—Estoy segura —contestó.

Los ojos de él viajaron entonces al crucifijo que colgaba del cuello de ella. La abuela lo apretó en un puño. Se llevó la otra mano a la nuca. La cadena se abrió, los dos extremos colgando a ambos lados de la mano cerrada. Besó sus dedos en tensión antes de esconder el revoltijo de cuentas en el bolsillo de la chaqueta de punto que ella misma había tejido.

—Es mi nieto —susurró como disculpa mirando al techo, que era su cielo.

El abuelo entendió lo que implicaba el gesto de su esposa. Aceptó su decisión. Sacó el dedo de la rueda, pero no se percató de que ésta retrocedía y completaba la llamada al servicio de emergencias. La mujer saltó por encima del cadáver de la niña en dirección a la mesilla. Presionó las lengüetas que cortaban la comunicación en el mismo momento en que una voz femenina atendía la llamada. Cogió el auricular del hombro del abuelo y lo depositó en la base del teléfono. Luego se dio la vuelta para dirigirse a la familia:

—No pienso entregar a mi hijo —dijo con voz profunda.

El niño aplaudió al saberse nombrado. A la tercera palmada no secundada, abandonó la celebración.

—Entonces, ¿vamos a esconder a la niña?

Avergonzado de su pregunta, el hombre desvió la mirada. Se rascó la frente aunque no le picaba.

—Todavía no han venido a buscar a la parte norte de la isla —explicó la mujer—. Empezaron desde su casa pero fueron hacia abajo, no subieron a esta parte.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer?

El hombre calló para dar oportunidad a que alguien verbalizara la idea. No quería ser él quien pusiera nombre a lo que todos estaban pensando.

—¿Esconderla? —concluyó al fin.

Un quejido agudo escapó de la garganta de la abuela. Se acercó a su nieto con una mano sobre los ojos, para no ver el cadáver. La baba del niño humedeció su blusa cuando lo abrazó.

—¿Enterrarla? —preguntó el hombre, pronunciando la palabra como si fuera ajena a su idioma. El sabor de los labios salados regresó a su paladar. También el hedor que exhaló del cuerpo hinchado. Y el tacto viscoso de su lengua de almeja—. ¿De verdad vamos a enterrar a esta niña?

Nadie respondió a la pregunta.

Un relámpago resplandeció en el cielo. Matizó durante un instante las sombras en los rostros del salón. El trueno que estalló a continuación retumbó bajo los pies de todos. Los cristales de las ventanas reprodujeron la vibración.

El pájaro de cuco apareció en el reloj.

Pió una vez. Dos. Tres.

Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho.

Nueve veces.

—¡Decidme si es eso lo que vamos a hacer! —gritó el hombre.

En la primera planta, su hija, alarmada por la intensidad del relámpago y del grito, saltó de la cama. El libro cayó al suelo en su camino a la ventana, que miraba hacia la parte delantera de la casa, iluminada por la luz del porche. Una violenta ráfaga de viento se levantó en ese momento. La valla metálica que delimitaba la parcela tembló de poste a poste en frenéticas sacudidas. Unas manos invisibles tiraron de las ramas del árbol como si quisieran arrancarlo de raíz. El aire silbó entre sus hojas. La lámina ondulada que cubría el pozo luchó contra el peso de la piedra con que el hombre la había sujetado. Acabó levantándose por una esquina. La roca rodó al suelo. El cuadrado metálico alzó el vuelo como una cometa cuya cuerda nadie sujetara. Flotó unos segundos en el aire. Un segundo vendaval disparó la lámina contra la casa, como un proyectil. La hija se llevó las manos a la cara.

La ventana del salón se quebró en una lluvia de cristales cuando la esquina del metal la atravesó. La abuela aumentó la presión del abrazo a su nieto. El hombre acababa de preguntar, a gritos, qué demonios iban a hacer con el cuerpo de la niña.

La lámina ondulada cayó en el interior del salón. Se deslizó por el suelo de madera hasta que el propio cadáver detuvo su avance.

El hombre tardó en identificar el objeto. Al descubrir lo que era, miró a su mujer con los ojos muy abiertos, el ritmo cardíaco acelerado. Ella asintió ante la llegada de aquella solución.

—El pozo —susurró el hombre.

El abuelo leyó la palabra en los labios de su hijo. Vislumbró también la idea que se había encendido en su mente. Empujó entonces la montura de sus gafas. Ajustó las patillas. Comenzó a enrollar los puños de su jersey a lo largo del brazo, hasta el codo.

Una puerta se abrió en la primera planta.

—¿Se ha roto la ventana? —preguntó la hija desde allí.

Y comenzó a bajar las escaleras.

La repentina irrupción de la voz de su nieta hizo que el abuelo iniciara varios movimientos que no completó, incapaz de decidir cuál era la mejor reacción. La abuela cerró los ojos abrazando al niño, preparada para lo peor. La mujer miró el rollo de carteles que su hija había estado pegando esa tarde. Suspiró al aceptar lo que ocurriría si ella descubría lo que había hecho su hermano.

El hombre se abalanzó sobre la niña.

—No bajes si estás descalza —gritó a su hija—. Esto está lleno de cristales.

La madera de la escalera crujió bajo el peso de ella. El pie se detuvo en el segundo escalón. No se había calzado tras secarse con el albornoz. Una brisa fría ascendió por las perneras hasta sus ingles. Las gomas de su pantalón de pijama, el gris gastado que era tan cómodo y caliente, bailaron a la altura de sus tobillos desnudos.

—O sea que sí se ha roto la ventana —dedujo.

—Yo ya me he cortado —mintió él. Pisó el suelo para hacer crepitar los cristales—. No bajes.

—Es peligroso —añadió la mujer.

Hubo unos segundos de silencio. Varias miradas cruzaron la estancia. Entonces el niño gritó.

—¡Vamos a tener un hijo!

La abuela le chistó en la oreja. El hombre agarró bajo el chubasquero los brazos mojados de la niña, dispuesto a salir huyendo.

—¿Qué tontería dice éste ahora?

—No dice nada. Vuelve a tu cuarto.

—Ya estáis tranquilos con el niño en casa, ¿no? Y yo os sobro. Como siempre.

—Es por los cristales —dijo la mujer.

—Siempre es por algo.

Bajó al tercer escalón. La madera crujió otra vez. A la abuela, que mecía al niño en un abrazo, se le escaparon las palabras de la boca:

—Por favor, no bajes.

Esperó la reacción de su nieta dejándose hipnotizar por el movimiento de la cortina que ondeaba en el salón, levantada por el viento que atravesaba la ventana rota. En las curvas caprichosas que trazaba el tejido vio la misma arbitrariedad de la que ahora dependía el futuro del niño entre sus brazos. Una vida entera jugada al efecto que tuvieran sobre su nieta esas cuatro palabras. Por. Favor. No. Bajes. Cuando el techo retumbó bajo los pasos airados de ella, que regresaba a su habitación con enérgicas zancadas, la abuela sollozó en silencio, agradecida, sobre el hombro del niño.

La casa entera tembló con el portazo.

—Vamos —susurró el hombre—. Tenemos que hacerlo ya.

Levantó el tronco de la niña. El chubasquero resbaló descubriendo su rostro azulado. Su mujer lo recolocó, atando las mangas detrás del cuello roto. El hombre indicó al abuelo que la cogiera de los pies.

—Venga —insistió—. Antes de que se inunde el pozo. Como se llene con la lluvia no vamos a pod...

—Cállate —interrumpió el abuelo—. No digas nada más.

Sus rodillas chasquearon cuando se agachó. Las manos le temblaban.

—Que Dios me perdone —murmuró.

Al rodear con los dedos los tobillos de la niña, tan finos que casi parecía que pudiera cerrar el puño por completo, un vértigo le sacudió. Y al levantar el pequeño cuerpo, tan ligero como el de su nieta hacía años, cuando la sujetaba de la tripa para hacerla volar como un aeroplano surcando las alturas de ese mismo salón, el vértigo se transformó en rechazo hacia sí mismo. Abrió las manos. El tacón del único zapato que conservaba la niña golpeó el suelo en un tétrico e incompleto paso de claqué.

—No puedo —dijo mostrando las palmas de las manos como si en ellas llevara escritas las mismas palabras—. No puedo.

El niño escapó del abrazo de su abuela. Ocupó la posición del abuelo.

—Vamos a las rocas, papá —dijo—. Ella vive en las rocas.

Papá trató de hablar, pero la congoja se tragó sus palabras. La mujer se acercó al niño y desabrochó, uno a uno, los dedos con los que apretaba las piernas de la niña.

—¿Vas a ayudarle o no? —preguntó a su suegro.

El abuelo negó. Mostró las palmas de nuevo.

El hombre apretó las mandíbulas, masticando el grito que no profirió.

—Lo haré yo solo si es necesario —dijo.

Cargó a la niña sobre sus brazos para ilustrar sus palabras. Se giró hacia la puerta. El aire que entraba por la ventana secó el sudor de su frente.

—Yo te ayudo —dijo la mujer.

Indicó a la abuela que se encargara del niño señalando su coronilla.

—Y dale un baño. No puede seguir así. Se nos va a poner malo.

La mujer recogió la lámina ondulada. Se acercó a su marido. Agarró su brazo en tensión, el bíceps hinchado por el esfuerzo. Se puso de puntillas para hablarle al oído.

—No pienso entregar a mi hijo —susurró.

Y fue ella quien dio el primer paso en dirección al pozo.

El niño habló a sus espaldas.

—No os la llevéis. Yo la quiero.

La mujer se volvió y advirtió el mismo gesto confundido del día que el hámster dejó de moverse entre sus manos retorcidas. La mascota que le habían regalado tras el

accidente, cuando el niño aún gritaba si se quedaba solo en la habitación, y que fue a morir aplastado entre los dedos de su dueño, que lo apretó hasta matarlo para demostrarle lo mucho que lo quería.

—La quiero mucho —añadió el niño, señalando el cuerpo que su padre cargaba.

La mujer contuvo un sollozo al recordar las consecuencias letales del amor de su hijo, que convirtió al roedor en un puré de pelo y sangre que ella limpió de entre sus dedos con un trapo lleno de amoníaco. Y pensó que era lo mismo que estaban haciendo ahora: limpiar los restos de la niña escondiéndola en un pozo.

—Ábreme —dijo el hombre.

La mujer despegó la mirada de su hijo, que doblaba el labio inferior en un puchero encantador. Abrió la puerta. Un relámpago estalló en el cielo. Les permitió distinguir la silueta del pozo. Una ráfaga de viento de la tormenta nocturna los sacudió a ambos. La mujer tragó tanta saliva como culpa y repitió:

—No pienso entregar a mi hijo.

La abuela empujó al niño hacia las escaleras.

—Vamos a ducharte y a secarte —le dijo mientras subían.

Antes de llegar al baño, oyeron el portazo de la puerta de entrada.

—Entonces es verdad que vamos a hacerlo —dijo el abuelo en algún lugar.

Otra puerta se cerró tras él.

La abuela sentó a su nieto en el borde de la bañera.

—Sube los brazos.

El niño obedeció. Rió cuando la camiseta le hizo cosquillas en las axilas al escalar por su cuerpo. Ella aprovechó la prenda húmeda para limpiarle el rostro a su nieto. Lo metió en la bañera y lo desnudó por completo. Todavía le sorprendía encontrar tanto vello en algunas partes.

—¿Por qué estoy tan sucio?

La abuela escuchó la pregunta, pero prefirió ignorarla. Descolgó el mando de la ducha antes de abrir la llave del agua caliente. Desenredó la manguera y dirigió el chorro hacia su mano arrugada para comprobar la temperatura. El niño extrajo restos de arena de debajo de sus uñas.

—Estoy muy sucio —lloriqueó—. ¿Por qué estoy tan sucio?

La abuela siguió atenta al remolino, que comenzaba a humear. Abrió la llave de la derecha para rebajar la temperatura.

—Estás sucio porque vienes de las rocas.

El niño frunció tanto el ceño que los ojos se le cerraron. Como si se esforzara por recordar algo que se le escapaba.

—¿Por qué no nos dijiste que habías encontrado a la niña? —preguntó la abuela.

El niño retorció los dedos. Avergonzado, encogió la cabeza y se tapó la cara para esconderla. Asumiendo la culpa. Ella lo agarró de los hombros.

—¿Te das cuenta de lo que le ha pasado a esa niña?

El niño maulló.

—Dime, ¿te das cuenta?

Tras un silencio, el niño rompió a reír oculto tras las manos, que se abrieron de golpe descubriendo su rostro manchado.

—¡Va a tener un hijo! —gritó.

El niño comenzó a sacudir la pelvis de manera arrítmica.

—Para —dijo la abuela. Desvió la cara hacia la ducha, que derramaba el chorro directamente al desagüe—. ¡Para!

El niño se detuvo. Abrió la boca de manera exagerada como hacía cuando pretendía llorar. O fingir el llanto.

—No llores —dijo la abuela—. Perdóname. No llores.

La enorme boca se cerró.

—Vas a tener que jurarme una cosa —añadió ella.

El niño abrió los ojos con la misma curiosidad con que lo hizo cuando le regaló el espantapájaros de juguete.

—Que no vas a contarle esto a nadie —continuó la abuela—. Es muy importante que me hagas caso.

Su nieto se tapó la boca con ambas manos.

—A nadie —repitió ella—. ¿Lo juras?

El niño cogió una cremallera imaginaria que colgara de una de sus comisuras. Recorrió los labios de un lado a otro. Giró la muñeca cerrando un candado. Después, y a pesar de haber precintado su boca, la abrió para tragarse la llave invisible que lanzó a su garganta.

—Así me gusta —dijo la abuela—. Los labios cerrados y la llave dentro de tu tripa. No puedes contárselo a nadie. Ni siquiera a tu hermana. Sobre todo, no a tu hermana.

Una seriedad profunda ensombreció el rostro del niño.

—Ella no me quiere —dijo. Después repitió algo que había oído muchas veces en esa casa—: Fue su culpa que me cayera por las escaleras.

Conmovida, la abuela abrazó a su nieto desnudo en la bañera.

—Mi hermana no me quiere. Pero yo la quiero mucho a ella.

Si su madre hubiera escuchado esa frase, habría recordado seguro los restos de pelo y sangre en que el amor del niño convirtió al hámster. Pero la abuela tan sólo besó la cabeza de su nieto. Olió la sal en el cabello del crío.

—Y ahora vamos a ducharte de una vez, que apestas —dijo—. Y te pondremos talco para que huelas tan bien como yo.

Cuando terminó la ducha, el niño rió al ver su cara llena de polvos blancos. La abuela besó el remolino de pelo seco que se le formaba en mitad de la cabeza. Una

imagen de ese cráneo fracturado parpadeó en algún lugar de su mente.

—Y ahora, a la cama —dijo.

Salieron al distribuidor de la primera planta. La abuela afinó el oído. Dedujo por el silencio que ni su hijo ni su nuera habían regresado aún del pozo. Al ver abierta la puerta enrejada que daba acceso a la escalera de caracol, chasqueó la lengua, incapaz de creer que su hijo aún se olvidara de cerrarla de vez en cuando. Después se acercó al cuadro que mostraba un combate naval en noche de tempestad. De puntillas, recorrió con los dedos la parte superior del marco dorado, dibujando canales en el polvo acumulado. Halló la figura de la sirena que servía de llavero. Echó el cerrojo a esa puerta que colocaron después del accidente para evitar que el niño volviera a subir a lo alto del faro. Lamentándose como siempre de no haberla instalado aunque fuera un día antes. Devolvió las llaves a su escondite.

Pasaron sin detenerse frente al cuarto de la hija, sin sospechar lo que estaba ocurriendo allí dentro. Cuando la abuela quiso cerrar la persiana y se asomó a la ventana del niño, contigua a la de su hermana, dejó de respirar.

—¿Qué te pasa? —preguntó el niño.

La abuela no respondió. Los puños se le pusieron blancos apretando el tirador de la persiana. Ahí fuera, bajo la lluvia, dos siluetas oscuras rondaban el pozo. E intuyó lo que estaría ocurriendo en la habitación de al lado.

En efecto, el rostro de su nieta tras el cristal había observado todos los movimientos del hombre y la mujer. Un círculo de vaho creció en diámetro y opacidad con cada respiración de su boca, la nariz pegada a la ventana. Incapaz de creer lo que acontecía frente a su casa, la hija había visto a su padre cargando algo. Un relámpago mostró la cabellera rubia que colgaba de su brazo. Ella se llevó la mano al corazón. Un segundo rayo le permitió distinguir el fugaz destello rosáceo que flotó sobre el pozo mientras su padre dejaba caer el bulto. Fue suficiente para reconocer la prenda. Un movimiento inusual de los músculos de su rostro desencajó sus facciones. Aunque se tapó la cara, siguió escudriñando entre las rendijas de sus dedos. Su padre y su madre realizaron una decena de viajes al sendero que cruzaba la parcela. Levantaron las rocas que lo delimitaban para arrojarlas una a una al fondo del pozo. Hasta que lo llenaron. Reservaron la más grande para sujetar la lámina metálica que había atravesado la ventana.

Después los vio regresar a casa, momento en que ella salió disparada al salón.

Desde el cuarto del niño, la abuela distinguió la silueta de su nieta atravesando el distribuidor. Terminó entonces el movimiento iniciado con el tirador de la persiana, dejándola caer como una guillotina de plástico gris que cegó por completo la ventana. Recuperó del bolsillo el rosario del que antes había renegado. Se lo abrochó al cuello, recibiendo complacida el peso del crucifijo.

—Por la señal de la santa cruz... —recitó, dibujando tres cruces sobre su frente,

su boca y su pecho— amén.

—¿Qué pasa? —preguntó el niño bajo las sábanas.

La abuela se acercó a la puerta. La cerró suavemente para proteger a su nieto de lo que pudiera escuchar.

—No pasa nada —respondió.

Se sentó al borde de la cama, ajustando la colcha. Al pensar que podía ser la última vez que lo hacía, una lágrima asomó a sus ojos. La secó antes de que el niño la viera.

—Enséñame eso que sabes hacer con la boca —dijo para desviar su atención—. Eso del grillo.

La mueca que tenía por sonrisa iluminó el rostro del niño. Después colocó los labios de cierta forma, silbando entre ellos a la vez que el aire expulsado los hacía vibrar. Imitando a la perfección el canto de los grillos en la parcela. La abuela escuchó a su nieto intentando abstraerse de lo que ocurría en el salón.

La hija descubrió a sus padres empapados en mitad de la estancia. Se agarró a la barandilla para detener el temblor en sus manos. Habló desde el penúltimo peldaño de la escalera.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó.

—¿Qué es lo que has visto? —cambió su madre la pregunta.

—Lo he visto todo.

—Entonces ya lo sabes —dijo el hombre.

Las palabras sonaron graves. Pesadas. Lanzadas de uno a otro como habían lanzado las rocas sobre el cuerpo de la niña.

—¿Era ella? —Señaló con la barbilla el rollo de carteles en mitad del salón.

Sus padres intercambiaron una mirada, sin saber qué responder.

—¿Ha sido mi hermano? —El aire que entraba por la ventana ajustó el pijama gris a las curvas de su cuerpo.

—Más o menos —contestó la mujer—. Él no es responsable de sus actos.

—¿Qué le ha hecho?

—No quieras saberlo —dijo el padre.

—¿Y no habéis llamado a nadie? —preguntó.

—¿Tú qué crees? —La mujer escurrió su trenza como si fuera un trapo—. Ya sabes por qué estamos tan mojados.

—¿Papá?

—La niña ya estaba muerta —explicó—. Estamos protegiendo la vida del que sigue vivo. La vida de tu hermano.

—Esa niña también tiene una familia. Si mi hermano le ha hecho algo, me da igual lo que pase con él.

—Que tu hermano te da igual ya quedó claro hace tiempo —intervino su madre.

La fuerza con que la hija apretó los puños encendió un dolor intenso en las palmas de sus manos.

—Todo el pueblo sigue buscándola —dijo.

—Pero muchos ya intuyen lo que ha podido pasar —contestó él—. Que además es lo que ha pasado. La niña se cayó en las rocas.

—¿Por qué escondéis el cuerpo, entonces? ¿Qué le ha hecho mi hermano?

—No quieras saberlo —repitió el padre—. A ella empezarán a darla por muerta dentro de unos días. No es el primer niño de esta isla que se mata en el acantilado.

—Su familia no la dará por muerta.

—Bueno... —su padre alargó una pausa—, pero es que sí lo está.

—Por culpa de mi hermano.

—Eso no es así —corrigió su madre.

—¿Ah, no? —Redujo la tensión de sus puños—. Dejemos que lo decida quien lo tiene que decidir.

Descendió el último escalón. Pedazos de cristal crepitaron bajo las suelas de goma de las zapatillas que acababa de calzarse. Su padre adivinó sus intenciones y llegó al teléfono antes que ella. Ocultó el aparato tras su espalda.

—No vas a hacerlo —dijo él.

—Dámelo.

Su hija lanzó una mano al aire.

—¿De verdad quieres destrozar a toda esta familia? —preguntó su madre.

—Ha sido mi hermano. No vosotros.

—¿Y cómo vamos a explicar que la niña esté en el pozo? ¿Debajo de mil piedras? —Los zapatos encharcados de la mujer chapotearon con cada paso que dio para acercarse a su hija.

Ella abrió la boca para responder. No encontró palabras.

—¿Qué va a ser de ti cuando se sepa lo que hemos hecho? —añadió su madre—. Te vas a quedar sola.

—Ya estoy sola.

—Pero sola de verdad.

—Estoy sola desde lo de las escaleras —aclaró—. Desde que todo lo que pasa en esta casa es culpa mía.

—Mírate. —Su madre la señaló con la mano abierta—. Eres tú la que quiere llamar para delatarnos a todos. Si esta familia se hunde por esto, será culpa tuya otra vez. Qué casualidad.

La hija se apartó el pelo de la cara, sujetándolo con ambas manos como en dos coletas.

—¿Los abuelos están en esto también?

—Estamos todos juntos. Como siempre. —Hizo una pausa para dar importancia a

lo que iba decir a continuación—: Todos menos tú.

—Dime si quieres robarle a los abuelos sus últimos años —añadió el padre.

La hija se tiró de las coletas para que el dolor prevaleciera sobre el pensamiento. Era algo que había funcionado en otras ocasiones. Recibió con alivio el pinchazo de alfileres allí donde cada cabello tiraba de su raíz. Después repitió mentalmente, una a una, las palabras de la conversación que acababan de mantener. Pensó en la abuela. En el abuelo. La vida sin su familia resultó apetecible durante unos instantes. Después imaginó la casa vacía. Las lágrimas que brotaron de sus ojos no fueron resultado del dolor físico. Un suspiro desgarrado emanó de su estómago. Sintió que podría haber vomitado su alma. Aflojó la tirantez de su pelo. Las lágrimas emborronaron la imagen de sus padres en un perfecto símbolo de lo que significaban para ella.

—Os odio —les dijo—. Os odio por hacerme esto.

—Nosotros te damos las gracias —dijo el padre.

—Aún puedo decirlo cuando me dé la gana.

—Pero no lo harás.

—No me probéis.

—Estás haciendo lo correcto —intervino su madre—. Ponerte del lado de tu familia.

—Lo hago por mí.

—Sabes que no.

Cuando quiso apretar el brazo de su hija, ella lo apartó con una sacudida.

—Ni lo intentes —gritó—. No quiero que me toquéis.

Durante varios segundos, tomó aire en hondas inspiraciones dolorosas. Cuando se calmó, su padre preguntó:

—¿Puedo entonces dejar el teléfono sobre la mesa?

La hija no contestó. Tan sólo se volvió para huir cuanto antes de aquel lugar. En el trayecto a las escaleras, algo crujió bajo sus pies. Supo lo que era antes de mirar hacia abajo. Los ojos azules de la niña desaparecida, impresos en aquel montón de carteles, se arrugaban bajo su zapatilla. Mojados tras rodar por los charcos que inundaban el salón. Rasgados por el roce de los cristales que sembraban el suelo. Apartó la mirada, avergonzada. Culpable.

—¡Os odio! —gritó a su padres.

Se lanzó escaleras arriba. Una mano la detuvo cuando alcanzó el distribuidor.

—Retira eso que acabas de decir —dijo la abuela—. No odias a tus padres.

—Déjame.

—Pídeles perdón.

—Que me dejes.

—Pídele perdón a tu padre —insistió la abuela.

La niña agarró el crucifijo que colgaba del cuello de ella. Lo colocó frente a su cara. Lo giró para que el Cristo la mirara de frente.

—Pide perdón tú al tuyo por lo que has hecho con esa niña —le dijo.

La fuerza con la que soltó la cadena desequilibró a la abuela, que tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

El sol naranja de la tarde matizó con su brillo cada curva de la lámina que tapaba el pozo. La habían mantenido en su sitio a pesar de haberlo rellenado con cemento. Todo parecía poco para cubrir el recuerdo. Desde el salón, asomada a la ventana que esa misma lámina había roto dos meses antes, la mujer observaba cómo anochecía. Nerviosa por la espera, retorció frente a su pecho el extremo de la trenza. Deslió algunos nudos. Los volvió a trenzar. Una sábana de luz purpúrea cubrió en ese momento la parcela. Tuvo que apartar la mirada cuando la tonalidad que adquirió la lámina metálica le recordó a la del cadáver de la niña. Mantuvo desenfocado el paisaje fijándose en los restos de silicona que brotaban de los bordes del cristal, el arreglo imperfecto que había llevado a cabo el abuelo en la ventana destrozada.

La puerta abatible de la cocina se abrió a su espalda.

—Vamos —dijo su marido—. Está terminado.

Ella se volvió. Lanzó la trenza sobre sus hombros.

—¿Ha quedado bien? —preguntó.

—Ahora lo verás.

Una voz emergió de entre las sombras que la barandilla proyectaba sobre la escalera:

—Me dais asco.

La hija habló sentada en el mismo escalón desde el que los descubrió empapados en mitad del salón la noche de la tormenta. Vestía una falda marrón hasta los tobillos. El cuello de la blusa abrochado en el último botón. Las mangas cubriendo los brazos hasta las muñecas. El pelo le tapaba la cara, formando una cortina oscura frente a su rostro. Con el habitual movimiento de cabeza, lo envió a un lateral.

—Cualquiera diría que estáis disfrutando —añadió.

La mujer abrió la boca para responder, pero el hombre, levantando un dedo, indicó que no lo hiciera.

—No le des el gusto —dijo—. Sólo quiere provocarnos.

Ella dedicó a su padre una falsa sonrisa.

—No me digas —respondió—. Qué mala soy.

El hombre solicitó a su esposa que se acercara.

—Entonces, ¿es verdad que lo vais a hacer? —preguntó la hija.

—Sabes que no tenemos otra opción —contestó su madre de camino a la cocina.

—Pobrecitos, nunca tenéis más opciones que la vuestra. Dime por lo menos que mi hermano ya lo sabe.

—Aún no.

La hija fingió un acceso de risa.

—¿Y cuándo se lo pensáis decir? ¿Cuando ya esté abajo?

El hombre chistó a su mujer para que no contestara más preguntas. La puerta abatible golpeó el marco varias veces como última respuesta. La hija bufó por la nariz, sola entre las sombras.

Dentro de la cocina, dos ollas burbujeaban en los fogones. El olor de la crema de zanahoria inundaba la estancia. La abuela removi6 el contenido de ambas con la misma cuchara de madera. Ajust6 los fuegos separándose de ellos, encorvada para ver los mandos. Al enderezar la columna se llevó una mano a los riñones. Frotó con un dedo el cristal de la ventana, que se había empañado con el vapor de las ollas.

—Al sol le queda poco —dijo al descubrir el atardecer en el exterior—. ¿Vais a bajar ahora?

—Tú también deberías bajar —intervino el hombre.

En lugar de responder, la abuela hizo un nudo innecesario a los cordones de su delantal. Se afanó con la cuchara. Comentó lo espesa que estaba quedando la crema.

—Va a ser la casa de tu nieto —dijo el hombre para detener la fingida indiferencia.

La abuela suspiró. Apoyó ambas manos en el borde del mueble que alojaba los fogones. Miró al exterior a través del visor que había dibujado en el vaho.

—La casa de mi nieto sigue siendo ésta —dijo.

La voz le patinó al pronunciar la última palabra.

—Pero sabes que vamos a tener que bajarle.

—Claro que lo sé. No estoy senil. Y también sé que da igual lo que yo opine.

—No digas...

—A veces creo que sólo Dios me escucha —interrumpió la abuela acariciando el rosario—. Y no sé si seguirá haciéndolo después de esto. Cualquier castigo que me tenga preparado será merecido.

El vapor de las ollas cubrió por completo el cristal al que se asomaba, nublándole la vista. Ajena al mal presagio que escondía el efecto, se giró.

—¿De verdad tenemos que bajarle?

—No voy a pasar por esto otra vez —respondió el hombre con las manos en alto—. Lo hacemos para proteger su vida. Y la nuestra.

—¿Y qué vida vamos a darle? —preguntó la abuela—. ¿Una vida de oscuridad encerrado bajo tierra? ¿Recibiendo nuestras visitas una vez al día?

El hombre infló los carrillos. Expulsó mucho aire por la boca. Miró al suelo. Después, a su madre.

—¿Y qué propones tú?

La abuela abrió la boca pero no supo qué decir.

—Nos la jugamos cada vez que el niño sale de esta casa —continuó el hombre—. O que viene alguien aquí. No se le mete en la cabeza que no puede hablar de la niña. ¿Le dejamos que siga yendo a la escuela hasta que un día lo cuente todo? ¿Hacemos

eso? ¿Para que nos dé un susto como el del otro día con su profesora?

La mujer calibró el creciente enfado de su marido por la velocidad con que se enrojecían sus orejas. Trató de calmarlo acariciándole el hombro.

—¿Y que esta familia se vaya a la mierda de una vez? ¿Como debió de haber ocurrido hace dos meses? —añadió él—. ¿Eso hacemos?

La abuela apenas se atrevió a parpadear.

—O también podemos esperar a que el niño se escape, que repita la jugada y que nos aparezca con otra niña muerta en el salón.

—¡Ya vale! —gritó la mujer. Lanzó las manos a la boca de su marido para que no dijera una palabra más a la abuela—. No necesitamos esto.

El hombre escupió el montón de dedos que pretendían callarle.

—Es la única forma que tenemos de salvar el futuro del niño —añadió—. Y también el nuestro. No lo olvides.

La abuela parpadeó por fin. Respiró antes de volver a hablar.

—No estoy segura de que ése sea el futuro que quiero salvar.

—Pues entonces piensa que estamos salvando el de alguna niña que no va a aparecer destrozada en nuestra alfombra.

—Mi nieto no volvería a hacer algo así.

—¿Acaso creías que podía hacerlo la primera vez?

La abuela no dijo una palabra más. Apagó los fogones. La puerta de la cocina se abrió entonces.

—Os oigo desde la primera planta —dijo el abuelo.

—Llévatela —indicó el hombre—. Y explícale todo otra vez. Que parece que no quiere enterarse.

La abuela desató su delantal, lo lanzó al suelo y abandonó la cocina entre sollozos.

El hombre llevó a su mujer hasta las escaleras que bajaban de la cocina al sótano. Se colocó a sus espaldas y le tapó los ojos con ambas manos. Así lo había hecho también la primera vez que le enseñó el faro, hacía tanto tiempo. El recuerdo elevó un exigua sonrisa en el rostro de ella. «Parece que estáis disfrutando», resonaron en su mente las palabras que acababa de pronunciar su hija. Deshizo la venda de manos de su marido. Los tablones que conformaban la escalera crujieron bajo sus pies.

—¿Y esta pared? —preguntó ella al descubrir el nuevo tabique que había aparecido en el sótano, a tres pasos del final de la escalera. Lo dividía de tal forma que el gigantesco espacio quedaba reducido a una octava parte de lo que solía ser.

—Es una de las que hemos construido.

Ella apoyó la palma como si pudiera comprobar la frescura del cemento que habían utilizado su marido y su suegro.

—Cuánto trabajo.

Con una llave, el hombre abrió una puerta en mitad del muro. Extendió una mano para invitarla a pasar.

—Y no has visto nada.

Desde esa puerta, miraron juntos el interior de la nueva vivienda, agarrados de los brazos como se habían agarrado el uno al otro cuando se asomaron a la cuna del hospital para ver por primera vez a su hijo.

—Estará bien aquí —dijo el hombre.

Su esposa tembló con un escalofrío. Él trató de darle calor pasándole la mano por encima de la chaqueta de lana. La fricción cargó el tejido de electricidad estática y dos chispas estallaron en el aire. Le recordaron a las que encendieron, al chocar entre sí, las rocas que lanzaron al pozo, sobre la niña. La mujer se echó la trenza hacia delante, acarició sus nudos. Respiró hondo.

—Casi no huele a humedad —dijo.

—Porque es una casa de verdad.

El hombre se adentró en la estancia principal del nuevo sótano, esquivando una gran mesa.

—Tiene hasta una cocina. —Extendió un brazo hacia los fogones—. Para que podáis prepararle aquí mismo la comida.

La mujer dio una vuelta más a la goma que sujetaba su trenza.

—Tiene televisión —continuó su marido, señalando el aparato—. Y mira todas esas estanterías. Las va a poder ir llenando de libros y películas. Ya he bajado unas cuantas para los primeros meses. Tiene el vídeo ahí.

Ella se quedó mirando el montón de estanterías vacías. Tan sólo una de las divisiones estaba llena de cintas Betamax con películas grabadas de la televisión. Un año de grabaciones contenidas en una única división de una estantería que disponía de otras veinte. Pensó en cómo habría crecido el niño cuando esa estantería se completara. Una imagen se proyectó en su mente, la de su hijo hundido en el sofá tras años de aislamiento.

—He puesto también un sofá —dijo el hombre.

Tras sentarse, posó una mano sobre el asiento contiguo al suyo. Dio tres golpes sobre la tela marrón para invitar a su mujer. Ella abandonó el umbral. Acarició con un dedo la superficie de la mesa.

—¿No es demasiado grande? —preguntó a cuenta de su tamaño.

—¿Es que no piensas hacer cenas en familia?

Observó el trazo que había dibujado en el polvo. Recogió el dedo y lo acarició con el pulgar, esculpiendo una diminuta bola gris que dejó caer al suelo. Cuando se sentó junto a su marido, él le sostuvo el mentón y le acarició la mejilla.

—No quiero perder a mi hijo —dijo ella.

—No vas a hacerlo.

El hombre palpó la suavidad de la carne rosada de la mujer que lo enamoró hacía veinte inviernos. Cuando una ola la empapó por sorpresa mientras posaba junto a las rocas para una foto que se acabó disparando en ese preciso momento. Después él la había invitado a subir, para secar su ropa. Le tapó los ojos mientras ascendían a lo alto de la torre por la misma escalera de caracol que tan infelices les haría años después. Desde allí, observaron el mar nocturno, ella desnuda envuelta en dos toallas preguntando a cuánta distancia veían los barcos la luz del faro cuando aún funcionaba.

—Ven —dijo él—, mira esto.

Alcanzaron un arco que daba inicio a un pasillo.

—¿Y eso? —preguntó la mujer.

Clavó los pies al suelo para detener el movimiento de su marido.

—¿Eso qué? —Siguió la dirección de la mirada de ella.

—¿De dónde viene?

Miraba un círculo de luz que se proyectaba sobre el suelo desde el techo. Una viga inexistente de polvo brillante dibujada en medio del salón.

—Debe de haber alguna grieta arriba —explicó él—. El sol entra por ese agujero del techo. —Pisó la mancha luminosa como si así pudiera matarla—. Tengo que tapanlo para...

—No lo hagas —interrumpió ella—. No la tapes. Que pueda ver el sol.

El hombre retiró el pie. La luz del sol reptó por su zapato hasta despegarse. Quedó adherida de nuevo al suelo.

—Ven.

Retomaron el camino. En el pasillo accionó un interruptor. Un cono de luz amarillenta bailó al son del vaivén de los cables que mecían la bombilla en el techo. Pasaron por delante de dos puertas cerradas a ambos lados del pasillo.

—Ahora te enseño esas dos —dijo él—. Quiero que veas el baño.

Empujó la puerta para abrirla. Ella se asomó por un lado del marco como si temiera molestar a alguien que estuviera usando el servicio.

—¿Una bañera?

—Va a tener de todo —dijo él.

Ella soltó la mano de su marido y se adentró en la estancia. La piel de los brazos se le puso tirante. Cuando abrió los cajones del mueble que había tras la puerta, el movimiento desplazó los tubos de dentífrico y las pastillas de jabón que contenían. Después giró una de las llaves del lavabo esperando que del grifo cayeran restos de yeso, o que el aire hiciera silbar las tuberías vacías. Pero lo que emanó fue un firme chorro de agua a presión. Cerró esa llave y abrió la del lado izquierdo, colocando dos dedos bajo el chorro.

—Caliente no hay —le aclaró su marido—. He sido incapaz de conseguirlo.

Ella lo miró utilizando el espejo. Él vio cómo le temblaba la barbilla, a punto de llorar. Como si la falta de agua caliente le hubiera recordado que no sería una vida normal la que el niño llevaría en el sótano. Se acercó enseguida y la abrazó por la espalda.

—Pero no te pongas así —dijo—, voy a seguir intentándolo. Es por culpa de una tubería que no sé muy bien adónde va.

Ambos miraron a sus reflejos en la superficie brillante del cristal. La mujer apretó uno de los antebrazos de su marido, que la sostenía a la altura de la cintura.

—¿Estamos haciendo lo correcto? —preguntó ella.

—No puede seguir fuera. Es peligroso para todos.

—Lo que ha dicho antes tu madre... ¿Te parece una vida lo que le vamos a ofrecer?

Su marido la sacudió ligeramente para obligarle a darse la vuelta.

—En estos momentos es la mejor vida que le podemos ofrecer.

El pecho de ella se infló.

—Vamos —le dijo—, aún no has visto la habitación.

Antes de salir, ella accionó la cadena del inodoro. La cisterna se vació por completo. Al momento comenzó el goteo que volvería a llenarla.

—Todo funciona.

—Me he ocupado de que así sea —contestó él—. Vamos.

El hombre enfiló el pasillo hacia la izquierda, pero la mujer detuvo su camino y se quedó mirando al lado opuesto, observando una ventana al fondo del pasillo que daba a ningún sitio.

—¿Y eso? —preguntó.

Abrió la hoja de cristal para asomarse a la nada que había más allá, sus dos manos cerradas en torno a los barrotes que cercaban aquella oscuridad.

—Las casas de verdad tienen ventanas —apuntó su marido.

Una ligera brisa acarició el rostro de la mujer. Olía a la roca mojada sobre la que se levantaba la casa. A la sal al secarse. Cerró los ojos y casi pudo imaginar el paisaje, la espuma resbalando por la piedra. Al abrirlas se topó con la oscuridad que había entre ella y la pared que se adivinaba al fondo. Extendió un brazo entre dos de los barrotes para confirmar su existencia. Tocó la superficie rugosa con la yema de los dedos mientras un dolor nacía en su hombro.

—Ven —dijo él a sus espaldas.

Ella cerró la ventana y regresó junto a su marido. Las bisagras rechinaron cuando abrieron otra puerta para asomarse a la habitación.

—¿La litera?

—Le encantaba dormir ahí.

La mujer recordó la tarde en la tienda de colchones. Y cómo, tras haber seleccionado su marido una cama nueva para el niño que ya abandonaba la cuna, ella se había acercado a la litera que había al fondo de la tienda. La señaló tímidamente con una sonrisa. Una invitación a tener un tercer hijo que él aceptó sin pensarlo. El niño celebró la decisión de la compra encaramándose allí mismo a la cama superior, enredando con sus saltos las sábanas de muestra para desesperación del dependiente. Al final, el segundo ocupante de la litera no terminó de llegar. Y la cama inferior seguía vacía cuando el accidente en las escaleras dio al traste con todos los planes de futuro.

—¿Te acuerdas? —preguntó ella sin necesitar respuesta.

Se acercó a la cama doble que había sido de uso individual y agarró la estructura metálica de color rojo. La sacudió. Examinó con la mirada cada pieza del armazón, posando sus ojos en cada esquina y en cada junta.

—Al ritmo que está creciendo el niño esta cama se va a desplomar en unos meses —observó.

—Vamos a estar arriba —dijo él—. Si se le rompe la litera o si se queda sin comida. —Se colocó junto a su mujer y apoyó una mano sobre el armazón—. Va a estar escondido. Pero no va a estar solo.

La mujer recuperó su trenza. La retorció entre los dedos. Levantó un pie y giró sobre su talón para observar la habitación al completo. Algo llamó su atención en la estantería que cubría una de las paredes. Cerró su chaqueta de lana cruzando los brazos a la altura de la tripa en lugar de abrocharla. Se agachó con las rodillas por delante para sacar uno de entre la decena de libros colocados en hilera. Tiró de la manga de la chaqueta, utilizó el puño de la prenda como pañuelo y frotó la portada en círculos. *El maravilloso mago de Oz*. Recordó haber leído aquel libro al niño durante varias noches, preparado para dormir en lo alto de la litera, y las risas que le estallaban en la boca con los disparates que soltaba el Espantapájaros. «De mayor quiero ser como él», había dicho el niño una noche. La mujer sintió ganas de llorar al recordar la frase, lo que le había ocurrido al niño y lo que el Espantapájaros iba a buscar a Oz.

—Le leíamos cosas tan bonitas...

El hombre contempló la portada del libro asomado por encima del hombro de su esposa.

—Nuestro hijo sigue siendo bonito —le susurró al oído.

La mujer repasó el contorno del libro con el dedo índice. Cuando llegó a la esquina superior derecha lo abrió al azar por una de las páginas. Pudo escuchar el sonido húmedo de los labios de su marido al estirarse, sonriendo junto a su oreja.

—¿Lo ves? —le dijo al oído—. No hay nada como el hogar. Y eso es lo que va a tener aquí.

Recorrió con el dedo la frase impresa en la página.

—No hay nada como el hogar —repitió ella. Dobló la esquina superior de la página veintisiete para marcarla.

El hombre agarró el libro por el lomo, obligando a su mujer a cerrarlo. Lo devolvió a su lugar en la estantería.

—Y mira quién va a dormir con él cada noche.

Alcanzó un marco de fotos que descansaba en el estante contiguo. Ella sonrió al ver la imagen. La que su marido había tomado de ella misma en las rocas.

—Cómo me empapó esa ola —dijo—. Tardaste demasiado en tirar la foto.

—Quería que te mojaras para que tuvieras que subir conmigo —bromeó él.

La mujer cogió la fotografía. La acarició por encima del cristal. Recordando tiempos mejores.

—Estarás aquí cada noche, acompañándole.

Ella suspiró.

—Nos falta por ver el otro lado —dijo él.

La mujer devolvió el marco a su lugar. Antes de abandonar el cuarto echó un último vistazo a la litera. A la estantería. A las paredes, las esquinas y el techo. A la estancia en la que su hijo dormiría durante mucho tiempo, quizá el resto de sus días. Cuando el estómago se le contrajo hasta doler se giró para dejar de mirar y salió al pasillo detrás de su marido. La mano de él descansaba ya sobre el picaporte de la puerta situada enfrente.

—Y éste es el cuarto de invitados.

Entraron en una habitación algo más pequeña que la que acababan de visitar. Había otra cama.

—Por si alguno de nosotros quiere quedarse a dormir con él —explicó el hombre. La mujer anduvo por el espacio vacío.

—¿Y si nos quedamos una noche cada uno?

Se imaginó a sí misma durmiendo en esa habitación, pasando allí la noche como si visitara a un hijo mayor que se hubiera independizado. La idea le provocó una repentina sensación de tranquilidad. Sin darse cuenta se giró para sonreír a su marido. Fue una sonrisa sincera, orgullosa, la de la madre que sabe con certeza que su hijo es el mejor hijo del mundo.

—Eso ya me gusta más —dijo él.

Pero ahora ella tuvo que forzar las mejillas para mantener la sonrisa porque sabía que en realidad su hijo no se estaba independizando, sino que iba a acabar encerrado en el sótano de su propia casa para convertirse en un secreto oculto bajo sus pies. Sobre el que caminarían día y noche. Como andan las madres sobre las tumbas de sus hijos cuando mueren antes de tiempo. Fingió mirar algo en la estructura de la cama para dar tiempo a que sus ojos se secaran, la sonrisa mantenida como un corte ciego

en la cara.

—Nos falta el almacén —añadió su marido desde la puerta.

Ella parpadeó varias veces antes de volverse. Frotó sus labios entre sí, saboreando la amargura de la fugaz sonrisa.

—Por aquí —indicó él.

Al final del pasillo, una última puerta apareció a la izquierda, enfrente de la del baño. Era una puerta diferente a las demás, de color gris. El hombre la golpeó con los nudillos como si llamara.

—Es de metal —dijo—. Y no se puede abrir por fuera. Ni siquiera tiene picaporte.

Agitó la mano en el aire en el lugar donde debería haber una manilla. Después rebuscó en un bolsillo de su pantalón.

—Aquí está. Sólo puede abrirse con esta llave —dijo mostrándosela entre dos dedos antes de encajarla en la cerradura—. Él no puede tener acceso a esta parte, ahora verás por qué.

Empujó la puerta con un hombro. El polvo crepitó bajo el peso del metal mientras una estancia más grande que las anteriores aparecía ante ellos. Una vez dentro, la mujer se fijó en el gran armario que vestía una de las paredes.

Entonces se produjo un golpe que le encogió los hombros. Pensó que la ampliación y la remodelación que su marido había acometido en el sótano durante los últimos dos meses habían desequilibrado la estructura de la casa.

—Se cierra sola —dijo su marido señalando la puerta metálica—. Y pesa mucho.

Ella abrió los ojos aún con los hombros encogidos.

—Creía que se nos caía el faro encima.

—El pueblo no tendrá esa suerte —contestó él.

Su mujer reprobó el comentario con un chasquido de la lengua.

—Nadie quiere eso.

—Lo querrían si supieran la verdad.

Ella cerró su chaqueta.

—Aquí hace más frío —observó. Lo achacó a que la habitación estaba vacía.

—Y se agradece, ¿no crees? —Él colocó las palmas hacia el techo para sentir mejor la temperatura—. El sótano casi nunca baja de los veinte grados —explicó.

—¿Eso es bueno?

—No hace falta calefacción. Ni aire. La tierra autorregula la temperatura. Es una cosa menos de la que nos tenemos que ocupar. Va a estar cómodo tanto en verano como en invierno.

Ella observó el rostro de su marido, que sonrió sin mover los labios, tan sólo ampliando el enfoque de sus ojos y deteniendo el pestañeo. Repasó con la mirada el trazo de su óvalo facial, escarpado ahora en la parte inferior porque las últimas

semanas de trabajo en el sótano habían hecho que se olvidara hasta de afeitarse.

—El armario es enorme —dijo la mujer.

Él sonrió, sus ojos brillando como brillaban siempre antes de desvelar un secreto. Se acercó a las cuatro puertas que vestían la pared perpendicular a la que contenía la entrada. Agarró uno de los tiradores y miró a su mujer. Permaneció así unos segundos, con el movimiento detenido.

—¿Qué? —preguntó ella.

Él mantuvo la acción en pausa.

—¿Qué pasa? —insistió.

Su marido no contestó.

—Por favor...

El hombre tiró de la puerta cuando adivinó la intención de su mujer de abandonar la habitación.

—Porque no es sólo un armario —dijo.

El cierre se destrabó con un ruido metálico. El tirador golpeó la madera de la puerta contigua. Frente a ellos apareció un rectángulo de total oscuridad.

—Es mucho más —añadió el hombre.

Una corriente de aire surgió del armario. Meció el extremo inferior de la falda de la mujer. Ella se frotó los tobillos para ahuyentar aquel hálito subterráneo.

—¿Me vas a explicar qué es?

Su marido se colocó en el centro del rectángulo negro, la silueta desdibujada contra el fondo oscuro.

—Es la otra entrada —respondió.

—¿Otra entrada?

—Ven que te lo explique. —Tan sólo un trazo curvo de luz reflejado en la barbilla de su marido constataba su presencia—. ¿Vienes?

El trazo de luz se apagó mientras ella se acercaba al rectángulo de oscuridad. La corriente de aire comenzó a subirle por el cuerpo, ajustando la falda a sus muslos como una segunda piel.

—¿Qué hago? ¿Entro?

—Ven.

La mano emergió de la oscuridad. La mujer gritó. Porque de esa manera salía en sus pesadillas, de entre las rocas, la mano morada en el fondo del pozo. Pudo verla ahora frente a ella. Una mano infantil convertida en garra, brotando del suelo como una planta carnívora. Cuando logró deshacerse de la imagen y reconoció la mano de su marido invitándola a entrar en el armario, la mujer le dio un manotazo.

—Me has asustado —protestó.

Después agarró esa misma mano y se dejó guiar.

De un paso, se adentró en la oscuridad.

El almacén quedó vacío.

El interior del armario olía a tierra mojada.

—Es hacia acá. —La voz del hombre retumbó en el pequeño espacio—. Vamos.

—¿Adónde? —dijo ella—, si casi no cabemos.

Comenzaron a andar hacia la izquierda, utilizando un espacio mucho mayor del que podía haber tras las puertas del armario. Ella tanteó la madera del fondo hasta que sus dedos alcanzaron una orilla. Un cambio de textura transformó la madera en tierra. Retiró la mano. Continuaron a través del nuevo pasillo surgido de la nada. Detrás de ellos, la luz del almacén quedó reducida a un fulgor lejano. Giraron a la derecha, después a la izquierda, y a la derecha otra vez, la humedad convertida en una mortaja invisible. Cuando el hombre se detuvo, la inercia llevó a su mujer a dar un paso más, tropezando con él. Aprovechó la ocasión para abrazarlo por la espalda.

—¿Qué es este sitio? —le preguntó al oído.

—¿Por qué susurras?

—Dime dónde estamos —volvió a susurrar ella, la barbilla apoyada en su hombro.

—Mira —respondió él.

Un círculo de luz naranja se proyectó contra la pared situada frente a ellos. Su contorno vibraba ligeramente por el temblor de la mano que sujetaba una cerilla. La mujer palpó la pared de tierra oscura, deteniéndose en las raíces grisáceas que brotaban de ella. Arrugó la nariz cuando descubrió una babosa naranja reptando por la pared. El hombre se volvió para mirar a su esposa. La llama se apagó con el movimiento e inundó el espacio del olor a fósforo y madera quemada. Enseguida se produjo un chispazo que originó otra nube de luz entre ellos. Iluminó dos rostros que se encontraron frente a frente. Rostros anaranjados de profundos relieves oscuros.

—Por aquí es por donde vamos a proveerle los suministros que necesite.

El aire espirado en las palabras de él hizo bailar la llama, distorsionando con ello las sombras en la cara de ambos.

—Qué miedo das —dijo ella—. Parece que estuvieras deformado.

—Y tú también —contestó él.

Acercó la llama al rostro de su mujer. Los parches de sombra desdibujaron las facciones de ella hasta que sus ojos anaranjados flotaron en medio de la nada. Hipnotizado por el efecto, el hombre erró el cálculo y la cerilla acabó posándose en la mejilla de su mujer. Ella golpeó su mano.

La oscuridad regresó al apagarse la llama.

—¡Estás tonto! —gritó—. Me has quemado.

Él encendió otra cerilla.

—No te he hecho nada —concluyó al examinar el rostro de su mujer.

Sopló suavemente su mejilla izquierda como había soplado tantas veces las

rodillas magulladas de sus hijos.

—Pues me duele. —La mujer exageró el enfado hasta que él besó el lugar en el que no estaba la quemadura—. Ahora ya no me duele.

Ambos sonrieron. Se produjo entre ambos un roce de atracción. Un deseo que creyeron muerto en el matrimonio pero que habían revivido sin esperarlo hacía unos días.

—¿Los suministros? —retomó ella la conversación—. Quieres decir la comida.

—Comida, papel higiénico, medicinas, bombillas... Cualquier cosa que necesite. La bajamos al almacén por aquí, y se lo metemos en el sótano.

—¿Por qué no usamos la otra puerta? Por la que hemos entrado ahora.

La cerilla se consumió.

El hombre encendió otra. Al acercarla a la pared opuesta, dos asas de metal que emergían de la tierra reflejaron el brillo naranja de la llama como lombrices de fuego. Él golpeó una de ellas con la mano libre.

—Son escalones —explicó—. Mira hacia arriba.

Varias asas iguales recorrían la pared hasta donde alcanzaba el círculo de luz.

—Llevan a la superficie —continuó él—. Hay una trampilla entre la hierba. Este sótano no debe existir. No puede haber una entrada desde nuestra casa. Cuando le metamos, será la última vez que usemos esa otra puerta. Quiero construir otra pared que la oculte. Este sótano va a dejar de existir.

Un suspiro de ella apagó la cerilla, borrando todo el entorno. Como si el sótano de verdad hubiera dejado de existir. Esta vez él no se molestó en encender otra. Agarró la cara de su mujer y acarició sus mejillas con los pulgares.

—Nosotros vamos a poder entrar por aquí —susurró—. Pero si alguien viene a buscar a casa, si alguien duda de lo que vamos a contar sobre la desaparición de nuestro hijo, sólo encontrarán una pared de ladrillo en el primer sótano. No habrá forma de llegar hasta aquí.

La mujer asintió como si aceptara lo que se le decía, pero los pulgares del hombre extendieron por su cara un par de lágrimas que delataron la verdad.

—No llores —le dijo al oído—. Es lo mejor que podemos hacer.

Cuando la abrazó, sintió el corazón de ella latir contra su pecho como si fuera el suyo propio. Ella se sorbió la nariz. Algo se movió entonces entre los pies de ambos. Un roce húmedo olisqueó los tobillos desnudos de la mujer, que deseó con todas sus fuerzas escapar de aquella oscuridad.

—Es una rata —susurró su marido—. Tengo que encargarme de eso también. Ahora no te muevas.

Ella se quedó paralizada. Sin apenas mover los labios, preguntó:

—¿Va a estar bien?

—¿Cómo?

—Nuestro hijo —aclaró—, ¿va a estar bien?

En la oscuridad total del sótano que no debía existir, oyeron a la rata escapar en dirección al armario.

Tras regresar de su primera visita al sótano, la mujer fue a buscar al niño. Encontró a su hija en la escalera, apostada todavía en el penúltimo escalón. Trató de apartarla, pero ella se escabulló como acababa de hacer la rata en el sótano. Adivinando su empeño de no permitirle el paso, la mujer sorteó a su hija como pudo. No intercambiaron una palabra.

En su habitación, el niño giraba en la silla de oficina que heredó del cuarto de su hermana. Se agarraba del escritorio para impulsarse y gritaba emocionado con cada viaje circular, las piernas estiradas, la frente pegada al respaldo para combatir el mareo. La habitación olía a pies, pero fue otra nota aromática, parecida a la lejía, la que desagradó a la mujer. Se acercó a la cama sabiendo lo que encontraría. Palpó las sábanas hasta dar con las manchas. Tiró de ellas enrollándolas alrededor de su brazo.

El niño seguía flotando por la habitación en trayectorias circulares. El genuino deleite que revelaban sus aullidos hizo sonreír a su madre, que lo observó mientras él completaba el viaje espacial que debía de acontecer en su cabeza. La mujer le concedió varios minutos para que disfrutara de la absoluta libertad de su niñez, su imaginación y su compleja inocencia. Esquivó los pies voladores para abrir la ventana y que el aire ventilara el cuarto.

La brisa que levantó el apremiante anochecer trajo consigo el canto de un grillo. El niño lanzó la mano a la mesa. Detuvo el viaje espacial en plena ignición. Rodó con la silla hasta la ventana. A causa del mareo, sus ojos describían órbitas como las que acababa de recorrer. Agarrado al marco, asomó la cara al exterior. Imitó con los labios el sonido del grillo. Al niño la cabeza aún se le movía en círculos.

—Hijo. —Lo agarró de un hombro—. Hijo, hazme caso.

El niño prosiguió con la imitación. Un tercer invitado, escondido entre la hierba, o sobre las ramas del pino, se unió a la conversación de chirridos.

—Tenemos que hablar —insistió su madre.

Él permaneció ajeno, absorto en su diálogo, aún mecido por la resaca del mareo. Y ella sintió ganas de agarrar la cabeza de su hijo. Llena de culpa, pensó en cómo la apretaría entre sus manos y le gritaría hasta quedarse sin voz que por favor dejara de ser como era. Y que fuera un niño normal. El niño que era antes de la caída.

Él detuvo entonces el bamboleo de su cabeza. Casi como si hubiera escuchado los terribles pensamientos de su madre, la miró con unos ojos que habían recuperado su ángulo habitual, igualmente desequilibrado.

—Ya sé lo que me vas a decir.

La mujer abrazó el montón de sábanas.

—¿Cómo?

—Que ya sé lo que vais a hacer conmigo.

Sin saber qué responder, la mujer simplemente arrugó la frente.

—Me vais a esconder —añadió él.

Ella dudó haber oído bien.

—¿Qué dices?

—He visto a papá y al abuelo. T... trabajan —su lengua luchó para separarse del paladar— en el sótano. Están haciendo una casa. Me vais a esconder. Debajo de la tierra. Por lo que pasó con la niña.

El niño miró a su madre, aunque sus ojos parecían no ir mucho más allá de la punta de su nariz. Ella trató de secarse las lágrimas con las sábanas sucias antes de que su hijo se diera cuenta de que estaba llorando. Él se levantó de la silla y le quitó las sábanas de las manos. Abrazó a su madre y jugueteó con los nudos de su trenza mientras sus hombros se sacudían. El pecho se le infló en pequeñas bocanadas. También se sorbió la nariz. Cuando su madre dejó de llorar, el niño se separó de ella y le secó la cara con las manos. Besó primero su ojo izquierdo y después el derecho.

—No estés triste —dijo en un pretendido susurro—. Los grillos viven debajo de la tierra. No me importa vivir como ellos.

Ella lo abrazó más fuerte. Sobre el hombro de su madre, el niño descubrió a su hermana mirándoles desde la puerta.

—Oh, qué bonito. Por momentos como éste merece la pena todo lo que estáis haciendo, ¿no?

La mujer se giró. La voz de su hija había cortado en seco el flujo de emociones.

—Déjanos en paz —le contestó.

Detrás de ella, en el distribuidor, vio aparecer a su marido, seguido de los abuelos. Regresaban de pedirse disculpas por la discusión en la cocina. Ninguno quería prolongar el enfado en la noche en que iban a bajar al niño. Era importante que todo transcurriera de la manera más amable posible.

—Vaya, todos juntos —observó la hija—. Jugando a la familia normal.

El hombre la retiró de la puerta.

—Vamos —dijo a su esposa—. Venid.

El niño tomó la mano que le ofrecía su padre. Madre e hijo pisaron las sábanas arrugadas en su camino al distribuidor.

—¿Sabes dónde te llevan, hermanito?

La mujer tapó los oídos del niño.

—Claro que lo sabe —respondió a su hija—. Tu hermano es mucho más listo de lo que crees.

—Y lo bajáis en pijama para que se sienta como en casa, ¿no?

Nadie respondió. Ella se quedó a la cola de la fila que bajó en dirección a la cocina, encabezada por el niño y su padre. La madre los seguía de cerca y los abuelos avanzaban algunos pasos por detrás. La abuela sollozaba con la cabeza apoyada en el

hombro de su esposo.

—Parecéis una marcha fúnebre —gritó la hija desde atrás—. Ah, bueno, claro, que vais a enterrar a un hijo. Tiene sentido.

Le satisfizo comprobar cómo la abuela se encorvaba aún más sobre el abuelo por efecto de sus palabras. El hombre sujetó la puerta de la cocina, abriéndole paso a su nieto. Esperó también a que entrara su mujer. Ella la sostuvo hasta que llegaron los abuelos. Una vez que pasaron, la soltó. Aún en el salón, la hija vio la puerta cerrarse.

Su mirada reparó entonces en el teléfono color crema. El mismo que quiso utilizar la noche que descubrió lo que sus padres habían hecho con la niña. Maldijo el momento en que aceptó aquel chantaje. Ojalá hubiera llamado a la policía entonces. O a la familia de la niña, a la que conoció en una de las jornadas de pega de carteles. Aún sabía que podía hacerlo. Lo había deseado más de una vez. Lo había deseado todos los días. Días que pasaron, uno a uno, complicando cada vez más la justificación de su silencio. Al principio dos días parecieron muchos: la iban a considerar cómplice de su familia por no haberlos entregado en cuanto los descubrió. Después pasaron cinco días. *Ya no puedo*. Ocho días. *Ahora sí que no*. Dos semanas. *Tengo que llamar*. Tres semanas. *Nadie va a creerme*. Y así hasta los dos meses, tiempo durante el que sus padres habían llevado a cabo el plan para esconder al niño. Enterrarlo como se entierran las pruebas de un delito. Enterrarlo como enterraron el cadáver de la niña. Aunque su hermano siguiera vivo.

Mientras rememoraba los dos meses de lucha interna sus pies habían actuado por sí solos acercándola a la mesita. Ella misma se sorprendió al descubrirse junto al teléfono. Oyó el murmullo de la conversación en la cocina. Sintió rechazo hacia ese montón de personas que la habían convertido en un fantasma tras el incidente de las escaleras. Mirando siempre a través de ella como si hubiera dejado de formar parte de la familia. Podía hacerles pagar por todo eso. Levantó el teléfono.

Oyó el tono que invitaba a llamar.

Lo mantuvo descolgado hasta que la línea se interrumpió con una serie de pitidos.

Colgó el auricular.

Masajeó su cara enérgicamente, respirando entre los dedos. Dudando. Anduvo sobre la alfombra con pequeños pasos, recorriendo una y otra vez, en sentidos inversos, una línea imaginaria de no más de un metro. La falda marrón se movía al ritmo de sus piernas inquietas.

Al completar una de las vueltas, alargó el siguiente paso. Tres más la llevaron hasta la puerta abatible. De un empujón entró en la cocina.

El niño bajaba ya la escalera hacia el sótano, flanqueado por su madre.

—¿Haríais algo así por mí? —preguntó ella.

Los cinco miembros de la familia la miraron.

—¿Cómo dices? —preguntó su padre.

—Si haríais algo así por mí —repitió—. Si yo hiciera algo tan terrible como lo que ha hecho él, ¿me protegeríais de esta forma?

Se produjo un silencio. Cuando el hombre quiso hablar, su mujer alzó la voz para imponerse a su respuesta.

—Ya hiciste algo igual de terrible —contestó ella. Observó el gesto interrogante de su hija—. Metiste a tu hermano en la cama con la cabeza rota —recordó—. Y nosotros te protegimos. Te protegimos en el hospital callándonos la verdad de lo que había pasado.

La hija parpadeó dos veces seguidas. Desconocía esa información.

—Esto no es lo mismo —rebatía para mostrarse inflexible—. Él ha matado a un niña.

—Y tu hermano podría haber muerto en esa cama.

La hija examinó los rostros que tenía delante. Detuvo el recorrido en la cara de su hermano.

—Viendo cómo va a acabar —lo señaló con la barbilla—, quizá hubiera sido lo mejor.

La abuela contuvo el aliento. La mujer se llevó una mano a la boca.

—No sé quién eres. No te reconozco.

El hombre se situó frente a su hija con la mano en alto.

Ella se tapó la cara con los brazos. Cerró los ojos esperando el bofetón.

Pero no se produjo.

Cuando los reabrió, descubrió a su padre mirándola, la mano alzada aún, haciendo esfuerzos para no sucumbir a la ira. Respirando con la dificultad que impone un pecho sobrecogido por la rabia. O la tristeza. O la decepción. El hombre observó con detenimiento los ojos entornados de su hija. Esos ojos que sus pálidas mejillas cerraban casi por completo cuando sonreía. Y recordó cómo sonrió, hacía años, la noche en que miraron al cielo desde el acantilado, junto al faro, cuando le hizo creer que las pecas que moteaban su nariz eran estrellas caídas del cielo. Ella lo había celebrado levantando los brazos en señal de victoria, y él la había cargado para abrazarla mientras giraban sobre la roca, la niña pataleando en el aire de pura felicidad. Hoy las pecas habían desaparecido dejando tan sólo dos lunares. El hombre supo ahora que también había desaparecido la niña.

—No me extraña que las estrellas hayan querido irse de tu cara —le dijo.

Ella fingió una risa.

—¿Se supone que eso me tiene que hacer daño? —preguntó—. ¿Primero amenazas con pegarme y luego me dices una tontería de ese calibre?

La forma en que su hija despreció uno de los mejores recuerdos que él atesoraba de ella reavivó la ira que atenazaba su estómago. Se extendió hasta su pecho, su hombro, su brazo, su mano. Abofeteó a su hija.

Ella se llevó las manos a ese lado del rostro. Miró a cada uno de sus familiares a través de las lágrimas incipientes. El abuelo echó dos bocanadas de vaho a los cristales de sus gafas y los secó con la camisa. La abuela se persignó. Su madre negaba con la cabeza mientras acariciaba el pelo del niño, que descifraba algún tipo de código en las líneas de sus manos. Frente a ella, su padre examinaba la palma caliente, palpitante.

—Os vais a arrepentir de esto. —Escupió las palabras entre dientes, tratando de contener con los labios entumecidos la saliva que se le desbordaba por la boca. Un hilillo de baba roja, teñida de sangre, quedó colgando de su barbilla. Osciló al pronunciar cada una de las palabras que repitió—: Os vais a arrepentir.

Abandonó la cocina.

—¿Qué quieres decir con eso? —gritó el hombre a la puerta, que se cerró con su habitual vaivén.

La abuela se acercó para mirarle la mano. Palpó las zonas enrojecidas mientras él esperaba una respuesta de su hija.

—¿Qué más puedes hacernos? —vociferó. Enseguida bajó el volumen para dirigirse a la abuela—: Mamá, déjame, no es nada. —Liberó la mano con una sacudida como cuando era un niño—. ¡¿Te estoy preguntando que qué más puedes hacernos?! —Alzó aún más la voz suponiendo que su hija habría llegado ya a la primera planta.

Pero entonces un pensamiento le anudó la garganta. Un nuevo grito murió en el interior de su boca antes de existir. Casi al mismo tiempo, su mujer verbalizó ese pensamiento:

—Hay algo que puede hacer —dijo.

Los abuelos entendieron enseguida a qué se refería.

—No creo que ahora vaya a ser cap...

El hombre no esperó a que el abuelo terminara la frase. Se lanzó a la puerta abatible con la mano en alto, sin reparar en el ardor que el impacto produjo en su palma dolorida.

En el salón, encontró lo que temía.

El cable rizado del teléfono vibraba al ritmo de las pulsaciones aceleradas de su hija, que sujetaba temblorosa el auricular. La boca se le abrió al saberse descubierta. El hilillo de baba que colgaba aún de su barbilla se quebró. Una gota de sangre se precipitó al suelo. Había marcado ya el número, pero nadie atendía la llamada. Supo enseguida que no tendría tiempo de hablar antes de que su padre cruzara el salón y llegara hasta ella. Y también supo que si no aprovechaba ese momento, si no se alimentaba de la rabia que le había provocado el bofetón, nunca volvería a reunir el valor necesario para delatar a su familia. Varias alarmas se encendieron en rincones dispares de su cerebro, tratando de preocuparla por su propio futuro. No las escuchó.

Actuó sin pensar. Movida por puro instinto. Colgó el auricular sobre la base, sujetando el aparato con una mano. Se agachó para buscar, a la altura del rodapié, la roseta a la que se conectaba el cable. La encontró a la primera. Tiró del hilo antes de que el hombre hubiera completado la segunda zancada. Con el teléfono desenchufado, corrió a las escaleras. Derribó las dos lámparas de pie que encontró a su paso. Una de ellas logró el objetivo buscado: hacer que su padre tropezara. Lo oyó caer con un profundo quejido, un bufido animal. Ella se lanzó escaleras arriba.

En el distribuidor, tiró de la puerta enrejada que subía a la linterna. La sacudió encajada en su marco. Un cascabeleo metálico acompañó la acción. Cerrada. Abajo oía maldecir a su padre, que parecía no encontrar en su esposa, ni en los abuelos, la ayuda que solicitaba para poder levantarse. Un nuevo impacto contra el suelo confirmó lo inútil de su asistencia. Una detonación cristalina reveló la rotura de alguna bombilla. Ella se plantó de un salto frente al cuadro que mostraba la batalla naval en noche de tormenta. De puntillas, buscó el llavero de la sirena que guardaban fuera del alcance del niño. Recorrió la parte superior del marco, su mano agitada por frenéticas sacudidas que levantaron cirros de polvo. Una de esas sacudidas golpeó el llavero. La sirena cayó a sus pies.

La punta de la llave repiqueteó alrededor de la cerradura, incapaz como era de insertarla a causa del temblor en sus dedos. El teléfono que mantenía sujeto contra la tripa comenzaba a resbalársele. Oyó un paso al inicio de la escalera. Y otro en el peldaño siguiente. Su padre estaba subiendo. Un gruñido emanó de la garganta de ella. Rasgó la faringe hasta que dolió. Logró con ello un momentáneo alivio de tensión que concedió apenas un instante de estabilidad a su pulso. Suficiente para introducir la llave. La giró. Vio aparecer a su padre en el distribuidor en el momento en que cerraba la puerta enrejada desde el otro lado. Gritó mientras volvía a introducir la llave. Trabó la cerradura con una vuelta. No dio tiempo a más. La mano de su padre atacó entre dos de los barrotes, agresiva como una piraña. Llegó a cogerla de la blusa, pero ella se zafó con un tirón que desgarró la costura de una manga.

Ascendió la empinada escalera de caracol en una trayectoria espiral tan retorcida como los acontecimientos que asolaban la vida en el faro. El hombre vio elevarse los zapatos de su hija hasta desaparecer. Cejó entonces en el empeño de atraparla. Sus brazos en tensión, estirados hasta donde había permitido el tope de la puerta enrejada, cayeron como muertos.

—Por favor —suplicó a la oscuridad de la torre, la cara encajada entre dos de los barrotes—. Somos tu familia.

La aludida no respondió. No quería escuchar nada que trastocara su decisión. Rodeó el espacio de la linterna. El brillo blanquecino de una luna desenfocada por la bruma inundaba la estancia. La dotaba de una textura fantasmagórica, llenándola de sombras que podían no serlo. Se movió por el espacio curvo que delimitaban el foco

y los ventanales de la cúpula.

Abajo, atento al ruido de los pasos de su hija, el hombre trató de evitar a la desesperada lo que se mascaba inevitable. Y lo hizo con una mentira:

—Si lo que pretendes es conectar el teléfono ahí arriba, ni lo intentes. Esa toma nunca ha funcionado bien.

Pero ella sabía que no era verdad. Y sabía también que su padre se empeñaba en mantener practicable la linterna porque albergaba aún la esperanza de que el faro volviera a brillar. Igual que albergaba la esperanza de que la cabeza de su hermano se arreglara de pronto. Sobre una mesa tanteó el contorno de varios libros. Los tomos gruesos de medicina, psicología y psiquiatría que su padre se esforzaba por leer, sin terminar de entenderlos, confiando en encontrar en alguna de sus páginas las palabras que permitieran obrar el milagro. Pateó un taburete. Se agachó bajo la mesa, pisándose la falda, buscando de rodillas la toma de teléfono.

El hombre se lanzó entonces escaleras abajo. Corrió a la mesita y la derribó de un manotazo mientras sus familiares intercambiaban miradas interrogantes. Trató de arrancar la roseta telefónica con los dedos, a la caza de alguna conexión interna que poder interrumpir. Una uña se le rompió en el intento.

—¡Dios! —gritó—. ¡Hay que arrancar esto!

El abuelo voló a la cocina. Regresó con un destornillador. El hombre se lo arrancó de las manos. Golpeó la toma con la punta afilada. Lascas de plástico salieron disparadas de la roseta. El esfuerzo fue en vano. Por lo mucho que tardó en romper el aplique y porque tampoco halló tras ese cuadrado color crema nada que pudiera cortar la llamada que hizo su hija.

En lo alto de la torre, agazapada bajo el escritorio, ella giró con dedos temblorosos la rueda numérica en siete ocasiones. Tras el primer tono, una voz masculina respondió la llamada.

Y ella habló.

Habló con una voz profunda y oscura como el mar que tantas noches observaron en familia desde esa misma torre. Habló sin pausa, manchando el auricular con lágrimas, sangre y saliva. Tras identificarse, contó cómo su hermano había encontrado a la niña en las rocas. Cómo había mantenido en secreto su existencia para vivir durante unos días un enloquecido cuento de hadas en el que ambos construían una familia. Hasta que el cuerpo de la niña se apagó para siempre. Contó cómo su hermano había traído entonces el cadáver al viejo faro. La decisión que tomó su familia de esconder el cuerpo. Y contó también que la niña yacía en el pozo. Debajo de un montón de piedras que después sellaron con cemento.

—¿Oiga? —Miró el teléfono con un gesto desconcertado. Había oído un golpe—. ¿Hola? Tengo más cosas que contarle, ahora van a esconder a mi hermano...

Pero al otro de la línea telefónica ya nadie escuchaba. Esas últimas palabras

quedaron reducidas a una crepitación electrostática emanando del auricular de un teléfono abandonado en el suelo. Porque el hombre que había contestado, y que dejó caer el aparato cuando la voz mencionó el cemento con el que taparon el cadáver de su hija —la niña a la que él había vestido de rosa una mañana de primavera para que aprendiera a montar en bici—, ese hombre se movía ahora, frenético, por el garaje de su casa. Buscando entre bidones vacíos. Pidiéndole al Dios en el que ya no creía que no encontrara ninguno lleno. Cuando halló uno, modificó la súplica. Rogó ahora por las fuerzas necesarias para contenerse. Para no llevar a cabo la idea que había germinado en su mente.

—¿Lo has hecho?

La voz de su padre, reverberando en los cristales de la cúpula, la asustó. Se golpeó la cabeza al salir del refugio que ofrecía la mesa. Apartó de su cara el pelo húmedo. Lo enganchó detrás de las orejas. Se limpió la boca con la manga rota de la blusa. Secó sus ojos con el puño. Hasta ahora no se había percatado del intenso dolor que latía en una de sus muelas a causa de la bofetada. Devolvió el auricular a su base. Incluso hizo el amago de desliar el cable rizado, pero su padre volvió a gritar interrumpiendo la tarea.

—¡Dime si lo has hecho!

La puerta enrejada sonajeó, sacudida en su marco.

—Lo he hecho.

—¿A la policía? —preguntó él.

—A su padre.

La respuesta infló el pecho del hombre con un aire contaminado por la culpa, por el arrepentimiento. Lo expulsó en un agónico suspiro, un lamento agudo y penoso que ascendió por la escalera de caracol. Su hija lo oyó desde arriba. Nunca, en sus dieciocho años de vida, había oído llorar a su padre.

Y sonrió.

La sangre que amargaba su lengua adquirió de repente un regusto a victoria.

—Van a venir a por nosotros —dijo el hombre en el salón—. Haced algo.

La abuela, que recolocaba junto al reloj de cuco una de las lámparas derribadas, dejó escapar un hipido. El niño, junto a las piernas de su madre, soltó una desacertada risotada. La mujer se tapó la boca con las solapas de su chaqueta, como si tuviera frío. Quería acurrucarse tras ellas y desaparecer. Sabía lo que significaban las palabras de su marido.

—Lo ha contado —susurró. Lo dijo para sí misma, concluyendo en voz alta el resultado de un profundo pensamiento. Después asomó la boca por encima del cuello de lana—: Lo ha contado.

Él concedió con un largo parpadeo. Ella maldijo a su hija con palabras murmuradas que no resultaron audibles. La abuela corrió a la entrada. Giró las llaves que colgaban de la cerradura. Al volverse, mantuvo las manos contra la puerta, como conteniendo una futura embestida del exterior.

—¿Y qué hacemos? —preguntó.

El abuelo improvisó. Corrió las cortinas de las ventanas adyacentes, incluyendo la que la lámina del pozo había reventado dos meses atrás y que él mismo había arreglado. Atravesó el salón y cerró las cortinas de ese otro lado. Después se dirigió a la cocina.

—He cerrado las cortinas de la cocina también —tomó aire—, nadie puede vernos desde fuera.

Lo dijo como si aquello supusiera la solución al problema. Como si los trozos de cortina que los escondían pudieran separarles del mundo exterior. Aislarles de la verdad. La abuela oyó la respiración entrecortada de su marido. Lo vio encorvado con las manos apoyadas en sus rodillas, las gafas descolocadas sobre su nariz. Observó el cansancio de él, resultado de una idea absurda que ella misma había iniciado al bloquear la puerta. Como si dos vueltas de cerradura fueran suficientes para mantenerles cautivos en la realidad alternativa que habían inventado. Ésa en la que ninguna niña había aparecido muerta en el salón. Reconoció en sus actos, y en los del abuelo, un último intento desesperado por prolongar la mentira mantenida durante dos meses. Por seguir encubriendo el secreto de cualquier manera. Esta vez con cortinas. Sólo mirar a su marido la hizo sentir exhausta. Los dos meses de culpa, miedo y decisiones erróneas cayeron sobre ella como el montón de piedras con el que taparon el cadáver. Un suspiro se escapó desde las profundidades de su pecho.

Y entonces, casi a la vez, los demás también se dieron cuenta de lo inútil de aquella solución improvisada. Varios cruces de miradas se sucedieron en un silencio que sólo rompió el canto de un grillo.

—Ahora no... —susurró la mujer a su hijo para que pusiera fin a la imitación.

Pero descubrió que el niño tenía la boca cerrada. El grillo siguió cantando en el exterior de la casa. Un canto cíclico y repetitivo que parecía medir el tiempo que se les estaba agotando. Un tiempo de secretos y mentiras que llegaba a su fin.

La abuela fue la primera en aceptarlo.

—No podremos escondernos siempre —dijo.

—Tenemos la barca en el muelle —indicó el hombre—. Podemos huir.

—¿Y luego qué? —preguntó la abuela.

El abuelo abrazó a su esposa. Captó el significado último de las palabras de su mujer. Y secundó su decisión:

—Sabes lo que tardaríamos en llegar a la costa —dijo para disuadir a su hijo—. Estarán esperándonos allí.

—Hay otras islas —insistió el hombre—. Podemos despistarles.

Los abuelos no escucharon. Sólo se miraron a los ojos y aceptaron el fin de ese tiempo de secretos. El grillo del exterior emitió un último chirrido. Confirmando, también él, la conclusión de una era.

El abuelo repitió la frase que había pronunciado su mujer.

—No podremos escondernos siempre.

Ella sonrió. Y la repitió una tercera vez.

—No podremos escondernos siempre.

—¡Es lo que ibais a hacer conmigo! —gritó el niño, que comenzó a reír compulsivamente—. ¡Esconderme para siempre! ¡Hay una casa en el sótano!

Su madre le tapó la boca con una mano. Un silencio total sobrevino a las palabras del niño. La voz de una conciencia que habían dejado muda por agotamiento trató de hacerse oír en las cabezas de los cuatro adultos, en un intento desesperado por evitar otra decisión equivocada. Pero ninguno de ellos la escuchó. Miradas interrogantes cruzaron el salón en varias direcciones. Del hombre a la abuela. De la abuela al abuelo. Del abuelo a su nuera. Con cada una de ellas, una misma idea se fue materializando en la cabeza de todos. Cuando el hombre miró a su mujer para asegurarse de que estaban pensando lo mismo, ella concedió con un asentimiento de aceptación.

—El sótano —dijo.

La palabra flotó en el aire, dibujando en la mente de quienes lo habían visitado la imagen de la gran estancia subterránea. La abuela, que aún no lo conocía, buscó sobre su pecho el crucifijo que mecía su respiración acelerada.

—¿Podríamos bajar? —preguntó el abuelo, cubriendo con su mano el puño en el que la abuela apretaba el rosario.

—No está preparado para todos nosotros —dijo el hombre—. Pero podríamos.

La mujer tragó gran cantidad de saliva.

—¿Para siempre? —susurró apenas—. ¿Estaríamos bajando para siempre?

—Claro que no —respondió su marido sin saber si mentía—. Sólo hasta que pensemos otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—No lo sé —dijo al tiempo que sacudía la cabeza—. De verdad que no lo sé.

Los cuatro adultos callaron, ensimismados, valorando para sus adentros las consecuencias de una decisión capital. Poco después, el hombre preguntó:

—Pero ¿qué otras opciones nos quedan? —En su cabeza, el jurado de pensamientos había alcanzado ya un veredicto—. ¿Vamos a esperar a que vengan a por nosotros? ¿Rendirnos así? ¿Ahora?

La abuela prorrumpió en llanto.

—¿Qué harán si nos encuentran? —continuó el hombre—. ¿Qué nos pueden hacer?

—Encerrarnos —respondió el abuelo.

—Entonces, acabamos encerrados de las dos formas —concluyó su nuera—. El resultado es el mismo.

—No es el mismo —corrigió el hombre. Aprovechó una pausa para reordenar sus pensamientos—: Aquí afuera nos encerrarían por separado. Abajo estaríamos juntos.

—¡Vais a vivir conmigo! —gritó el niño.

Sus pies iniciaron un arrítmico baile que trató de acompasar con espasmódicos movimientos de cintura. También agitó los brazos de puro júbilo, lanzando los codos al techo, hasta que su madre lo detuvo con un abrazo que en realidad era una camisa de fuerza.

—Para. Por favor, no bailes.

Pero el niño siguió meneando el cuerpo entre los brazos de ella, tarareando una melodía desafinada. El canturreo continuó mientras su madre, su padre y los abuelos observaban confundidos el inesperado brote de felicidad y optimismo. Al final de la canción, el niño logró sacar un brazo de la camisa de fuerza que ahora le quedaba holgada, y se metió un dedo a la boca, con los mofletes inflados. El plop baboso que detonó en sus labios al sacar el dedo logró que su madre expulsara aire por la nariz en una tímida risotada. Y cuando la mueca que su hijo tenía por sonrisa le iluminó el rostro, la decisión se tornó de pronto de lo más sencilla.

—Yo quiero bajar —dijo la mujer.

La abuela apoyó la frente en la cara del abuelo:

—Nosotros también.

El abuelo confirmó con un asentimiento. Después movió la cabeza de su mujer para que descansara en su pecho. Dos sonrisas casi idénticas se dibujaron en sus rostros. El hombre se dio entonces cuenta de algo. Miró a los abuelos, que dialogaban sin palabras en una conversación de caricias. Observó la tierna forma en que frotaban sus cabezas, el gesto amoroso que sólo se consigue tras décadas de convivencia. Aún

con las palabras formándose atropelladas en su lengua, el hombre concedió a sus padres unos últimos segundos de paz antes de hablar.

—No podemos entrar todos —dijo—. Alguien tiene que quedarse fuera.

—Nuestra hija va a quedarse fuera —recordó la mujer.

El hombre sacudió la cabeza para borrar de su mente las imágenes del pasado en el que su hija aún era capaz de creer lo que él le decía. Creer que las estrellas del cielo habían caído sobre su cara para llenarla de pecas.

—¿Tenemos una hija? —fue la pregunta que ofreció como respuesta.

La mujer agachó la cabeza.

La abuela frotó su frente contra la mejilla arrugada del abuelo. Deseó taparle la boca para impedir que dijera lo que sabía que iba a decir.

—Tengo que ser yo —dijo el abuelo.

La abuela suspiró. Con la boca abierta, los ojos nublados, separó la frente de la cálida mejilla de su marido. Él devolvió la cabeza de ella al hogar de su pecho con un movimiento repetido durante años, enmudeciendo las palabras de negación que había comenzado a pronunciar. Primero se dirigió a su nuera:

—Tú tienes que cuidar de tu hijo.

Ella confirmó que lo haría besando la coronilla del niño, quien aún escuchaba música en algún rincón de su mente.

—Y tú —el abuelo habló ahora a su propio hijo—, tú tienes que cuidarla a ella —dijo señalando a su nuera con la barbilla. Ella le devolvió una sonrisa.

El abuelo abrazó a su esposa con tanta fuerza que sintió cómo las cuentas del rosario se le clavaban en el pecho.

—Y tú tienes que cuidarlos a todos ellos —le dijo al oído—. No llores, por favor —añadió cuando empezó a temblar.

Besó el pelo blanco de su mujer en repetidas ocasiones para darse tiempo a pensar. Concentrado, pellizcó la patilla derecha de sus gafas.

—Necesitáis a alguien aquí fuera —continuó—. Voy a bajar al muelle. Voy a poner en marcha el barco y a dejarlo ir. —Se secó los labios con los dedos—. Cuando lleguen, diré que habéis huido.

El abuelo entonó su discurso dirigiendo la mirada hacia su hijo y su nuera, invitándolos a intervenir en el plan que estaba improvisando.

—Diré que yo no sabía nada. Que mi nieta miente.

—¿Te creerán? —preguntó la mujer.

—Más nos vale.

—¿Y si no te creen?

—Tendrán que hacerlo.

Todos otorgaron en silencio. Aceptando ese riesgo como estaban aceptando otros en los que ni siquiera habían pensado. Asumiendo en su precipitada decisión todas las

vetas, los fallos, las fugas, los errores, los descuidos y los imprevistos que pudieran surgir en el precipitado plan de huida.

—Diré que me siento dolido —continuó el abuelo—. Traicionado por vosotros. Y por mi mujer. Diré que por eso no fui con vosotros. —Observó de nuevo los rostros de su familia. Asentían siguiendo la lógica del planteamiento—. Encontrarán el barco flotando en algún lugar. O estampado contra unas rocas. Supondrán que habéis caído al mar. Con un poco de suerte esta isla querrá borraros de su memoria después de saber lo que hicisteis con la niña.

—¿Y tú? —le preguntó su nuera—. Si te creen, si todo sale bien...

—Yo puedo volver a la costa —dijo—. A nuestra casa. Dinero no nos falta, y allí será más fácil pasar desapercibido. Conseguir todo lo que vayáis necesitando.

—No podrás venir mucho —dijo su hijo—. El pueblo no debería verte por el faro. Se preguntarán a qué vienes.

—Trabajé en este faro casi toda mi vida —respondió—. Y ahora es tuyo. Este faro nos pertenece. Tengo todo el derecho del mundo a venir para recordar a mi familia desaparecida. —Curvó un lado de la boca en algo parecido a una sonrisa—. Pero para eso tenéis que desaparecer.

La abuela sollozó.

—Vamos —la animó el abuelo—. Hay que darse prisa. Si nos encuentran aquí será peor.

—No quiero...

Una arcada de llanto interrumpió la frase de la abuela. Su marido la miró levantando las cejas, como se mira a un niño que está exagerando un berrinche más allá de lo creíble.

—Acabas de decir que querías entrar.

—Pero contigo —balbuceó ella.

El abuelo habló a su mujer muy cerca de la cara.

—Lo dejamos todo para volver aquí, para ayudar a nuestro nieto. —Tragó saliva—. Hemos hecho cosas imperdonables para protegerlo. —Una ligera inclinación de la cabeza bastó para revivir los últimos dos meses—. ¿Vas a abandonarle ahora, cuando más te necesita? —Forzó una sonrisa para disimular el temblor que afloró en su barbilla. Después introdujo una mano entre el cuerpo de ambos. Apretó el puño cerrado en el que su mujer guardaba el crucifijo—. ¿Te ha abandonado Él a ti alguna vez?

Un inminente brote de llanto quedó reducido a un cambio de intensidad en el brillo de los ojos de ella.

—Es lo que tenemos que hacer —susurró él.

—Es lo que tenemos que hacer —repitió la abuela.

Y fue entonces cuando los cuatro adultos sincronizaron una espontánea y

profunda respiración, al igual que sucede tras una epifanía, por terrible que sea su significado.

—Tenemos que hacerlo ya —dijo el hombre—. Tú ve al muelle a soltar la barca.

El abuelo deshizo el abrazo con su esposa. Ella se dejó hacer. Se quedó allí de pie, con los brazos colgando, los ojos dirigidos a varios puntos del suelo sin posarse en ninguno. Como si su mirada no fuera más que pelusa. El abuelo corrió a la cocina. Antes de alcanzar la puerta, regresó junto a su nuera.

—Dame tu chaqueta —dijo.

—¿Para qué?

—Vamos, dámela —insistió.

Ella se quitó la prenda. El abuelo la arrancó de sus manos. Sus articulaciones chasquearon cuando se arrodilló junto al niño. Le bajó los pantalones del pijama, guiando sus pies para poder sacárselos.

—Buena idea —dijo el hombre—. Toma, mi reloj.

Lo desabrochó en un segundo. El abuelo lo añadió a la colecta.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó la abuela.

—Dame algo tuyo. Cualquier cosa. Lo meteré todo en la barca. Por si la encuentran.

Antes de que ella se decidiera, el abuelo arrancó un broche prendido a su blusa.

—Eso no, eso es de cuando...

La calló con un beso.

—Ahora todo da igual —le susurró—. Nada vale más que tu propia familia.

Sin darle opción a responder, el abuelo se escabulló a la cocina.

—Entonces es verdad que vamos a hacerlo —dijo la abuela.

—Vamos a hacerlo —respondió el hombre.

La abuela consultó con su nuera.

—Vamos a hacerlo —confirmó ella.

A su lado, el niño, en calzoncillos, tiritó. Su madre lo abrazó. La abuela se unió a ellos. Su mejilla arrugada por el tiempo quedó unida a la de su nuera. Un nuevo calor las arropó a ambas cuando el hombre se sumó al abrazo.

—Vamos a seguir juntos —dijo.

Y se quedaron así más de un minuto.

Disfrutando de un último momento de calma total.

Hasta que la ventana que había estallado hacía dos meses, volvió a reventarse ahora.

Una lluvia de cristales arreció contra ellos. Se separaron, confundidos. Uno de los pedazos se coló por el cuello de la camisa del hombre. La abuela miró a sus pies para descubrir qué era eso que crujía a cada paso que daba. Observó cristales encajados en

las hendiduras de la madera del suelo. Otros rodaban aún impulsados por la fuerza con la que habían caído. El hombre se echó la mano a la espalda tratando de cazar el pedazo que bailaba dentro de su camisa. Agitó la prenda hasta que el fragmento cayó. La mujer tapó los oídos de su hijo.

En lo alto de la torre, su hija oyó el estrépito. Bajó intranquila la escalera de caracol. Asomó la cara entre dos de los barrotes de la puerta enrejada, sin abrirla. Afinó el oído para escuchar lo que ocurría en la planta baja.

Una repentina corriente de aire penetró por el nuevo espacio abierto en la ventana del salón. Sus ocupantes la sintieron en la piel como la caricia de un fantasma del pasado, aquel que les visitó de la misma forma una noche de tormenta de hacía dos meses.

—¿Qué pasa? —preguntó la abuela.

El hombre chistó. Se golpeó los labios con un dedo. Después saltó a la puerta de entrada. Varios cristales crujieron cuando aterrizó. Presionó los interruptores que había junto al marco.

—¡Apaga esa lámpara! —gritó en forma de susurro.

Se refería a la única con la que no había arramblado su hija. La mujer corrió al aparador en mitad del salón. El interruptor, una protuberancia en mitad del cable, bailó entre sus dedos hasta que fue capaz de controlar sus nervios. Deslizó la muesca con la uña. Al apagar la luz, un desconocido resplandor naranja brilló tras la butaca junto al reloj de cuco, al inicio de la escalera. Proyectado contra la pared, el cerco de luz se expandía y contraía, como si la fuente que lo originaba palpitara. El hombre pensó en fuego, en las cerillas que había encendido para iluminar el pasadizo secreto del sótano esa misma tarde.

Fue cuando una voz masculina entró por el agujero abierto en la ventana.

—¡Era mi hija! —gritó aquella voz. La voz del padre de la niña desaparecida, a quien el Dios en el que ya no creía no había dado fuerzas suficientes para abortar el plan que ideó al recibir la llamada—. ¡Sé que estáis ahí dentro!

Los alaridos llegaron al salón acompañados por una nueva corriente de aire. El hombre escrutó la oscuridad del salón guiado por las ráfagas de luz plateada que se colaban con cada movimiento de la cortina. Cuando llegó a la butaca, encontró lo que esperaba. El resplandor naranja procedía de un trozo de tela que ardía en el suelo. Cerca de él, una botella de cristal verde goteaba gasolina.

—Es un cóctel molotov —explicó el hombre en voz baja—. Pero no se ha roto al caer. Y la tela se ha salido.

Antes de que la abuela pudiera reaccionar a esa información, estalló la segunda ventana. Una nueva tormenta de cristal los sorprendió al tiempo que otra botella caía al salón. Lanzada con demasiada premura, la llama de la tela casi se había extinguido antes de caer al suelo, y se fue consumiendo aún más con cada giro de un envase que

tampoco se quebró esta vez. Quedó reducida a una franja de poros incandescentes en el filo del tejido.

El segundo impacto inquietó aún más a la hija de la familia, que echó mano del llavero con forma de sirena para abrir la puerta enrejada. Apostada en cuclillas en lo alto de la escalera que llevaba al salón, permaneció atenta a lo que acontecía allí abajo. De pronto estallaron las ventanas de esa primera planta. Las de las habitaciones de los hermanos. Ambas botellas se rompieron al chocar contra el suelo. La hija sintió calor en la nuca. Al girarse, vio cómo una lengua de fuego se encendía desde el interior de su habitación hasta el centro del distribuidor. Impulsada por el susto, bajó a trompicones, de espaldas, hasta la mitad de la escalera.

—Mira dónde estaba —dijo su padre al verla aparecer—. Disfrutando en primera fila de las consecuencias de sus palabras.

La hija se volvió.

—Yo no quería que pasara esto —balbuceó—. Están quemando la casa.

—Y todo por tu culpa —dijo su madre.

El abuelo regresó en ese momento.

—Ya he encendido el motor y he dejado ir la barca en dirección a la costa... —La oscuridad, el olor a quemado y el frío en el salón lo interrumpieron—. ¿Qué está pasando?

—Nos quieren incendiar la casa —respondió el hombre.

—Vamos —reaccionó él—. Rápido.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó la hija.

El abuelo descubrió a su nieta en la escalera, pero no le prestó atención.

—Venga —susurró a los demás desde la puerta de la cocina—. Venid.

—¿Qué vais a hacer?

Nadie respondió a su pregunta.

—Vamos, vamos, vamos —insistió el abuelo.

Un constante crujido de cristales acompañó el movimiento de la familia, que aprovechó el resplandor del fuego para guiarse. El abuelo agarró primero la mano de su esposa. El hombre, la mujer y el niño los alcanzaron justo después. Entraron en la cocina.

La hija se quedó en el salón, parada en mitad de las escaleras, su silueta recortándose contra un fondo cada vez más naranja. *Todo por tu culpa*. Ésas eran las últimas palabras que le había dirigido su madre. Deseó que se convirtieran, realmente, en sus últimas palabras. Por ella, como si se quemaban todos ahí dentro. Como si se les caía el faro encima.

En la cocina, la abuela abrazó al abuelo.

—Te serviré un plato en cada comida cada día —le susurró al oído—. Para imaginar que estás conmigo.

—No tendrás que imaginar —dijo él—. Sólo prométeme que vas a ser fuerte. Fuerte como un...

—... cactus —completó ella la frase que tantas veces se habían repetido en las etapas más duras de su matrimonio—. Como un cactus.

—Vamos —dijo el hombre—. Hay que hacerlo ya.

La mujer se situó delante del niño. De la mano, fueron los primeros en bajar las escaleras que llevaban al sótano. El hombre se acercó a los abuelos. Acarició la parte baja de la espalda de su madre.

—Mamá —susurró.

Ella asintió. Besó la mejilla del abuelo. Caminó hacia la escalera sin soltarse de la mano de él.

—Mamá —insistió su hijo.

Los dedos de los abuelos se despegaron.

El hombre habló a su padre, apenas una sombra frente a él.

—Tarda lo máximo posible en salir —le dijo—. Después cuéntales lo que hemos pensado, y... —un descubrimiento repentino le cortó la respiración—. Papá, ¿y si bajan al sótano? Hay que construir la falsa pared, todavía puede verse la puerta, van a...

—Hijo —le interrumpió—. Los dos hemos visto ese fuego en el piso de arriba. Este faro se viene abajo. No van a encontrar más que escombros. A partir de ahora preocúpate sólo de lo que ocurra en el sótano. Yo me encargo de lo que pase aquí arriba. Todo va a salir bien.

Los dos hombres juntaron sus frentes, el abuelo con un mano sobre la nuca de su hijo. Respiraron en sincronía.

La puerta de la cocina se abrió entonces.

—Podéis decir que todo esto es culpa mía —exclamó la hija—, pero no fui yo la que escondió el cadáver de una niña inocente.

Su madre la escuchó desde el sótano. Le pasó el niño a la abuela y les señaló la puerta que daba acceso a la estancia principal de su nueva casa.

—Ahora vuelvo —dijo.

Subió a la cocina haciendo temblar la escalera de madera bajo sus pies.

—Pero sí fuiste tú la que acabó con la vida de otro niño inocente —gritó a su hija—. Tu propio hermano.

La escalera crujió también en su camino de vuelta al sótano.

Una última botella se estrelló contra la ventana de la cocina. Impactó como un proyectil contra la pared. Después cayó por las escaleras, la familia entera conteniendo la respiración cada vez que chocaba contra los escalones de madera. Cada vez que el cristal tintineaba sobre el cemento del suelo. La botella resistió los embistes. Seguía intacta cuando aterrizó a las puertas del sótano.

—¡Vais a pagar por esto! —dijo la voz en el exterior.

Y aunque quiso decir algo más, una sirena de policía interrumpió su discurso a lo lejos. El padre de la niña desaparecida huyó del faro por el camino de grava que atravesaba la parcela.

El hombre besó la mejilla de su padre. Pedazos de cristal que habían llovido sobre ellos se precipitaron al suelo de la cocina con el movimiento. Ni siquiera miró a su hija antes de bajar.

—No puede ser —dijo ella cuando entendió qué sucedía. En su tono canturreado se adivinaba un ánimo de burla. Apartó al abuelo para poder asomarse a la planta baja. Tan sólo la desvencijada escalera de madera la separaba de sus padres, que se volvieron al escucharla—. ¿Esto es lo que tramáis? ¿Entrar todos en el sótano? ¿Esconderos para siempre? —Fingió una carcajada contenida—. Estáis de broma.

—No tenemos otra opción.

—Vosotros y vuestras opciones —contestó—. Pero una cosa —la hija pidió silencio—: ¿Oís eso? —La sirena de policía tomaba ya la última curva antes de llegar al faro—. ¿De verdad pensáis que no voy a decir nada?

—Por favor —dijo el abuelo a su espalda—. No tienes que...

—Calla —le interrumpió su nieta. Después se dirigió a sus padres—: Pedidme que no lo cuente.

—No lo hagas —rogó su padre desde la oscuridad subterránea.

—Por favor... —suplicó su madre, que no pudo decir una palabra más porque el miedo le cortó la respiración.

La hija se rió de ellos.

—Pobres —dijo.

Y fue entonces cuando, sin que él hubiera tomado la decisión de hacerlo, el abuelo empujó a su nieta, que rodó escaleras abajo. Un hondo gemido surgió de su estómago cuando una ceja se le abrió al cortarse con el filo astillado de uno de los escalones. Ni aun oyendo los lamentos de su nieta al caer consideró el abuelo ser responsable de aquel empujón. Por eso cerró la puerta sin remordimiento alguno y abandonó la cocina por la abatible. Una ola de calor le recibió en el salón. Al descubrir el intenso resplandor en lo alto de la escalera, sonrió. Aquello les beneficiaba.

—No encontrarán más que escombros —se repitió a sí mismo.

Gotas de sudor perlaron su rostro. Oyó la sirena de policía acercarse y la madera partirse en el piso de arriba. Sintió el incremento de calor en cada rincón de su cuerpo. El sudor empapó su espalda. Humedeció sus cejas. El viento del exterior levantó las cortinas como si fuera el velo de una novia fantasma que tratara de huir por la ventana. La corriente de aire avivó el fuego en el piso de arriba. Una luz azulada tiñó el suelo. La sirena estaba al otro lado de la puerta. Un policía la golpeó.

Gritó algo.

El abuelo respiró hondo para relajar el cuerpo.

Pensó en la calidez del rostro de la abuela en el pecho. Pensó en sus oraciones frenéticas, que lo habían despertado cada madrugada desde la noche que escondieron el cuerpo en el pozo. Y en el millar de suspiros que habían consumido mucho de la vida de ambos. Pensó en los dedos de ella separándose de los suyos. Y pensó que el faro se venía abajo. El faro en el que había trabajado durante años, el hogar en el que había criado a su único hijo, y en el que habían crecido sus dos nietos. Pensó en todo ello con el fin de invocar a la más profunda de las tristezas.

Fue entonces cuando avanzó en dirección a la puerta de entrada. Sintiendo el oleaje de la pena recorrer todo su cuerpo. Agarró la llave que su esposa había girado hacía no mucho. Esperó a que la marea trajera con el recuerdo una nueva corriente de puro pesar. La giró cuando su irrupción era inminente. La emoción le infló el estómago. Lo dejó estar. La barbilla comenzó a temblarle. No la detuvo. Y cuando la garganta presionó el paladar hasta doler, no contuvo el llanto. Abrió la puerta justo antes de que arrecieran las olas más feroces.

Frente al oficial, dejó escapar todo en un berrinche desconsolado. Senil.

Como una tempestad que estallara mar adentro.

Y aprovechó ese estado para contar su historia.

El hombre luchaba contra su hija en el suelo, frente a la puerta del sótano. La caída por las escaleras la había desorientado pero aún era consciente de lo que estaba ocurriendo. Lo que pretendían hacer con ella. Una uña se separó de la carne cuando quiso agarrarse al suelo de cemento. Gritó. Las manos de su padre se cerraron en torno a sus tobillos. Él recordó cómo había levantado de esa misma forma el cadáver de la niña desaparecida. Tiró con fuerza de las piernas de su hija. Ella pataleó. Trató de adherirse al suelo con unas palmas sudorosas que rechinaron al resbalar. Otro tirón de su padre la acercó aún más al umbral del sótano. Ella profirió un grito desesperado. La adrenalina que recorrió su cuerpo en esa descarga final de rabia le permitió alcanzar la botella que había caído antes por esas mismas escaleras. Agarró el contorno caliente del cristal mientras su padre tiraba de ella sin resistencia posible. Algunas chispas moribundas luchaban por sobrevivir en la parte seca del trozo de tela. Se la comían a pequeños bocados de ceniza. El cemento del suelo le arañó la cara en el último tramo. Olió a gasolina cuando su nariz reptó por una de las salpicaduras que había producido la botella al caer. Su mano libre trató de agarrarse al marco pero las fuerzas le fallaron.

Y la puerta se cerró con ella dentro.

El hombre giró la llave, sabiendo que quizá nunca la volvería a utilizar. No si el abuelo levantaba la pared falsa que debía construir. Después depositó el cuerpo de su

hija junto a la mesa situada a la entrada del sótano. Ella palpó con satisfacción la textura curva del cristal caliente. Rogando para que su padre no la descubriera.

La abuela paseó por la estancia.

—Así que éste es el sótano —dijo.

Su hijo le echó un brazo por encima de los hombros.

—Ésta es nuestra casa.

Elevó el otro brazo invitando a que su mujer se colocara debajo. El niño corrió y abrazó a su padre de frente, apoyando la cara en el pecho de él. Los cuatro formaron un perfecto retrato familiar.

Entonces oyeron el roce del cristal contra el suelo. Y el gemido que se le escapó a la hija por el esfuerzo que le supuso realizar el lanzamiento.

El niño se dio la vuelta para mirar en dirección a su hermana.

Por eso el borde grueso de la base de la botella le golpeó en la boca. El labio inferior se le partió en dos mitades. Un chorro de sangre y saliva resbaló por su barbilla. Varios trozos de cristal abrieron bocas antinaturales en su cara.

Después sintió la humedad. La misma que sintieron sus padres y la abuela. Ella incluso llegó a tragar parte de la gasolina, abierta como tenía la boca por el susto.

Fue cuando el encaje de fuego y ceniza convirtió la humedad en calor.

Después el calor se transformó en dolor.

La hija se apartó de ellos, separándose del fuego. Quedó sentada en el suelo, la espalda apoyada contra la puerta, observando a su familia golpearse para apagar las llamas.

—¿Por qué os pegáis? —llegó a preguntar.

Permaneció hipnotizada por el baile de luz que incendiaba la ropa de su padre. La trenza de su madre. Las manos de su hermano. Y las caras de todos ellos. Vio también a la abuela dirigir una última mirada de odio hacia ella, justo antes de que el fuego convirtiera sus ojos en una gigantesca pupila negra.

Ella se tumbó en el suelo, acurrucada en posición fetal mientras su familia gritaba, rodaba por el suelo, abría grifos, corría a las habitaciones. Un destello anaranjado matizaba el iris de su mirada, dirigida al suelo.

Oyó a su padre pedirle ayuda.

—Dejadme en paz —susurró mientras su familia se quemaba a dos metros de ella—. Dejadme en paz.

Sujetándola del codo, el hombre guió a la abuela hasta la mesa del comedor. Allí, su hija leía repantingada, con las piernas estiradas, ocupando tres de las sillas.

—Levántate —le ordenó su padre. Escupió gran cantidad de saliva. Aún no controlaba del todo los labios esculpidos por el fuego.

—Quedan otras tres libres. —Ella las señaló con el libro.

—Levántate —repitió él.

La hija acató la indicación con movimientos pesados, haciendo rechinar adrede las sillas que desocupaba. Rodeó la mesa y se sentó de igual manera en las que quedaban libres. El hombre acercó una silla a la abuela por detrás.

—Siéntate.

Su madre palpó el asiento antes de dejarse caer. Él se sentó frente a ella.

—Vamos a quitar la venda —dijo ensartando sus piernas entre las de su madre—. Pero vamos a estar bien pase lo que pase. Estamos preparados para todo. ¿O no lo estamos?

Hubo un silencio.

La hija levantó la mirada de las páginas del libro.

—Lo estoy —susurró la abuela.

El hombre desató el nudo que mantenía la gasa en su sitio. Tirando de uno de los extremos desenredó las cinco capas de tejido que cubrían los ojos de la abuela, cinco vueltas de la venda en torno a su cabeza. Antes de completar la última, el apósito se desprendió solo. Quedó colgando de su nariz. Él lo desechó sobre la mesa. Tuvo que tragarse las lágrimas al ver la ceja sin pelo de su madre. Y los párpados arrugados formando pliegues antinaturales. En seis semanas aún no se había acostumbrado a las quemaduras que el espejo mostraba en su propia cara, pero verlas en la de su madre resultaba aún peor. Le cubrió los ojos con sus manos ahuecadas, protegiéndolos de la luz de la bombilla.

—No los abras aún —dijo—. Dales tiempo.

La hija cerró el libro. Recogió las piernas. Apoyó los codos sobre la mesa, apartándose el pelo de la cara y asistiendo como espectadora al momento en que su padre retiró las manos.

—Ahora —dijo—. Ábrelos.

Los párpados de ella temblaron, incapaces de despegarse.

—Ábrelos —repitió él.

La sonrisa que forzó para recibir la mirada de su madre se desintegró en cuanto ella parpadeó varias veces seguidas.

—¿Los tengo abiertos? —preguntó.

Él tragó saliva. Se dirigió primero a su hija:

—Espero que estés orgullosa —le dijo. Después respondió a la abuela—: Sí, mamá, ya los has abierto.

Los dos supieron lo que significaba esa respuesta. La abuela trató de secar la única lágrima que derramó, pero tardó en acertar con el lado de la quemadura que sentía húmeda. Aún no se había acostumbrado a la orografía de su piel mellada. Después besó el crucifijo.

—Estábamos preparados para todo —recordó a su hijo. Buscó la cara de él con los dedos. Acarició una línea de pelo duro que no conseguía afeitar—. ¿O no lo estábamos?

Él asintió.

—Además, ya llevo seis semanas sin ver —continuó ella—. Hasta me daba un poco de pereza tener que aprender otra vez.

Sintió entre los dedos cómo los labios de su hijo describían en su cara el trazado incorrecto de su nueva sonrisa.

La mujer, que había asistido a la escena en silencio, apoyada en el arco que daba acceso al pasillo, respiró hondo, emocionada ante la entereza de su suegra. Pensó en callar lo que venía a decir, pero la lengua le ardía demasiado como para no contarlo.

—Malas noticias —anunció.

Su marido se dejó caer en el respaldo de la silla. Quiso taparse la cara con las manos. En cuanto percibió con ellas el relieve confuso de su rostro, las apartó.

—¿Aún peores? —preguntó.

—Es lo que pensaba —respondió su mujer, molesta con el particular silbido que emitía su nariz quemada. Mostró al aire, como si fuera el arma de un delito, el cilindro plástico que había llegado días atrás en uno de los envíos del abuelo—. La segunda cama de la litera al final va a servir para algo.

El hombre evocó de inmediato la tarde en la tienda de colchones en la que habían comprado esa cama doble con vistas a un tercer hijo que nunca llegó.

—Pero no ahora —dijo para sí mismo. Acabó por cubrirse el rostro, obviando el tacto extraño de su cara desconocida—. Ahora no.

—Vaya, mira para qué cosas sacáis tiempo aquí abajo —dijo la hija.

—No ha sido aquí —interrumpió su madre—. Sabes que no ha sido en el sótano.

Se llevó la mano a la tripa, sus ojos buscaron los de su marido. Ambos recordaron sin palabras la única noche en la que pudo haber ocurrido.

—¿Y esto qué significa? —continuó la hija.

Miró a su padre con los ojos muy abiertos. Encontrando en el bebé la razón definitiva para poner fin al encierro que ya se había alargado demasiado. Seis semanas. El hombre echó una mano a su cara, atrapándola como a una mosca.

—Borra esa sonrisa. —Apretó con desprecio la carne sana de sus mejillas—. ¿Es que no ves lo que le has hecho a la abuela? ¿A todos nosotros?

—Aquí no podéis tener un bebé —respondió ella luchando contra la tenaza que la apresaba.

—Tú no decides lo que se hace en este sótano.

Apretó hasta sentir los dientes de su hija clavándose en su piel. Después la soltó con desprecio. Ella se frotó la mejilla.

—Ya me tenéis secuestrada a mí —dijo—. No lo hagáis también con un niño.

Esquivó la mano de su padre antes de que volviera a cazarla. La silla cayó hacia atrás cuando escapó. El aire que levantó el portazo en su cuarto meció la bombilla en el techo del salón.

—No soporto ver su cara —dijo el hombre. Se presionó los ojos con las muñecas. La textura áspera de sus párpados lo enfadó aún más—. No soporto verla —escupió entre dientes. Después acabó gritando para que ella también lo oyera—: ¡No soporto ver tu cara!

La mujer se acercó a él. Lo calmó con una mano en el hombro. El hombre sollozó.

—Necesito que el abuelo traiga eso ya —sorbió saliva—, no soporto ver su cara.

Se señaló el rostro quemado. Ella siseó a su marido como si el bebé fuera él. La abuela lo buscó al tacto. Acarició la cabeza de su hijo hasta que se calmó. Hasta que el hombre logró contener la rabia convirtiéndola en una capa de sedimento de las que había empezado a acumular en el sótano, constituyendo con ellas la base de futuras montañas.

Acarició el vientre aún plano de su mujer.

—¿Estás segura de esto? —preguntó.

Ella asintió. Un ojo se le cerró sin querer cuando dibujó una leve sonrisa, tratando de emular la que habría sido su reacción de haber recibido la noticia del embarazo en otras circunstancias.

—Ahora hay que pensar qué vamos a hacer —dijo.

La espiral de pensamientos contradictorios que asoló las mentes de ellos tres culminó con una primera respuesta de la abuela:

—Desde luego hay una cosa que no vamos a hacer —dijo manoseando su rosario—. El hombre no es quién para quitar la vida que Dios otorga.

—Nadie ha propuesto eso —respondió su nuera.

El hombre besó la tripa de su esposa para tener ocupados sus labios, para no confesar que ésa hubiera sido su primera opción.

—Entonces tendrá que cuidarlo el abuelo —ofreció como alternativa.

Buscó la mirada de su mujer en lo alto.

—¿Y cómo va a explicar su existencia? —concluyó ella—. ¿Aparece un bebé justo a los nueve meses de la trágica desaparición de su familia?

El hombre pegó un lado de su cara al cuerpo de su esposa. Un nuevo poso de

desesperación contenida se acumuló sobre los anteriores sedimentos. Lo recibió mordiéndose el labio inferior.

—Pues entonces decidme qué opciones nos quedan —susurró—. Porque yo ya no puedo pensar más. —Apoyó los codos en sus rodillas. Negó con la cabeza, mirando al suelo—. No puedo más.

—¿Entregarlo? —aventuró la abuela, con la voz queda de quien no cree sus propias palabras.

El planteamiento sacudió a su nuera, que caminó por la estancia para sobrellevar la ansiedad que le generó la mera idea.

—¿Entregarlo? —repitió la palabra como si acabara de aprenderla de otro idioma—. ¿En adopción? ¿A mi hijo?

Su voz se agudizó con cada palabra. Detuvo su frenético pasear y se volvió, esperando una respuesta.

La abuela movió los labios sin encontrar palabras adecuadas.

Ella se llevó las manos al vientre. Lo masajeó como si dentro adivinara ya la anatomía del futuro bebé.

—Me encerré en este sótano para no perder a un hijo —espetó. Cuando dio un paso al frente para dotar de más empaque a sus palabras, el haz de luz solar que entraba por el techo del sótano se proyectó sobre su cuerpo, a la altura del ombligo, dibujando alrededor de él un cerco dorado—. Y tampoco estoy dispuesta a perder a este otro.

El hombre miró a su mujer a los ojos:

—¿Aunque tenga que vivir aquí? —preguntó.

Antes de que pudiera responder, unos golpes atronaron más allá del techo. Los tres levantaron la barbilla. La abuela buscó sobre la mesa la venda que su hijo acababa de quitarle.

—Pónmela —le pidió—. No quiero que tu padre sepa que ya es definitivo.

—Mamá...

—Pónmela.

El hombre accedió. Recompuso el vendaje mientras repetía su última pregunta.

—¿Aunque tenga que vivir aquí?

Su mujer se mordió la uña, incapaz de responder. Un golpe más intenso retumbó en el dormitorio de matrimonio, aquel que proyectaron como almacén cuando el sótano iba a tener un solo ocupante. La abuela ajustó el vendaje. También peinó con los dedos su desigual cabellera, tratando de cubrir las calvicies que había dejado el fuego. Sin esperar a que nadie la guiara, enfiló el pasillo.

—¿Vas tú sola? —preguntó el hombre.

—Ésta va a ser mi vida —respondió con los brazos estirados al frente—. Más vale que me vaya acostumbrando.

El hombre posó un brazo sobre el hombro de su mujer. Juntos observaron a la abuela correr a la puerta metálica, excitada ante un nuevo reencuentro con el abuelo. Apenas erró en su camino.

—La llave —dijo desde allí—. Necesito la llave.

Una vez frente a la puerta, el hombre se agachó, manteniendo en el aire la llave que colgaba de su cuello.

—Está en su cuarto, ¿verdad? —dijo refiriéndose a su hija.

Aunque el objetivo original de aquella puerta había sido contener los posibles intentos del niño por escapar, al final lo que contenía eran los intentos de su hermana por huir. Algo que los condenaría a todos. Como ella misma se encargaba de anunciar a gritos, delatar el sótano y a sus ocupantes era lo primero que pensaba hacer en cuanto pisara el exterior. Lo había intentado incansable durante las primeras semanas. La entrada de la cocina dejó de revestir peligro después de que el abuelo levantara la programada segunda pared, así que todos los planes de fuga debían centrarse en la puerta metálica sin manilla. Escuchando a escondidas, la hija descubrió con el paso de los días la existencia del armario. También supo del pasadizo que llevaba a la superficie. Desconocía, sin embargo, que cualquier proyecto de huida acabaría truncado en la última trampilla, esa que sólo el abuelo podía abrir desde fuera.

—¿Está en su cuarto? —repitió el hombre.

—Abre ya —respondió la mujer.

Abrió sin descolgar la llave de su cuello.

En cuanto entraron en la habitación, la cabeza de la hija asomó al pasillo. Saltó a la puerta. Lanzó el pie al umbral para detener su cierre. Llegó tarde. Una vez más.

—Os juro que voy a salir de este sótano —murmuró para sí misma—. Haré que paguéis por todo esto.

De regreso a la habitación, descubrió a su hermano parado en mitad de su cuarto. Quieto, con los brazos extendidos a ambos lados.

—Se te está llenando todo de cuervos —le dijo—. Ni siquiera vales para hacer de espantapájaros.

A las puertas del armario, el hombre indicó a su madre que esperara. Sólo él entró al pasadizo. Recorrió el largo pasillo horadado en la tierra. Giró a la derecha. Después a la izquierda. A la derecha otra vez. Al final de ese tramo encontró un enorme saco.

—¿Papá? —preguntó a la oscuridad. Su voz ascendió por el túnel, ensordecida, masticada por la tierra.

No obtuvo respuesta. El abuelo esta vez no había bajado. En ocasiones era mejor no arriesgar. Dejar caer el envío y marcharse del faro antes de que nadie pudiera verle. El hombre agarró el cierre anudado del saco. Lo arrastró. Tras doblar la segunda esquina, el fulgor de la habitación resultó visible a lo lejos, filtrándose por el

armario.

—¿Viene contigo? —preguntó la abuela en cuanto oyó regresar a su hijo.

—No.

A la abuela se le ensombreció el rostro más incluso que cuando le habían quitado la venda. Como si le entristeciera más enfrentarse a la ausencia del abuelo que a un futuro de oscuridad. Si es que ambas cosas no eran la misma para ella.

—Siéntate —le dijo su nuera.

Quiso cogerla del brazo para guiarla a los pies de la cama, pero la abuela lo evitó. Encontró por sí misma el colchón. Y por sí misma desanudó la venda sobre sus ojos. Formó con ella un ovillo que depositó en la cama. Después recogió las manos entre sus piernas. Se frotó los dedos. Un gemido continuo pero casi mudo vibró en su paladar. La mujer se sentó a su lado para acompañarla en su pesar.

El hombre deshizo el nudo que cerraba el saco. Aunque necesitaban con urgencia pasta de dientes, analgésicos, arroz, vitamina D y la medicación de la abuela, a él sólo le preocupaba encontrar una cosa. La cuerda se destrenzó en hilos por el frenesí con que intentaba desatarla. Introdujo un dedo en la abertura en cuanto alcanzó el diámetro necesario. Después, tres dedos. Ambas manos. Abrió la bolsa aguantando la respiración.

Y se asomó al contenido del saco.

En su rostro lució amplia la sonrisa de sus labios quemados.

—¿Qué hay? —preguntó su esposa.

El hombre extrajo lo que había deseado encontrar.

—No tendremos que verla más —dijo.

Mostró a su mujer una máscara blanca.

Presente

De un paso me coloqué frente a mi hermana.

Aparté con el pie la máscara que ella acababa de tirar al suelo de mi habitación.

Acaricié su rostro, deteniéndome en cada curva. Palpando aquella piel tan parecida a la mía. Era la primera vez que tocaba una cara adulta que no estuviera quemada. Ella se dejó hacer, conteniendo la respiración. Viviendo con la misma intensidad que yo una experiencia inédita para ambos.

—Tú cara... —susurré—, tu cara está bien.

Ella asintió.

—¿Por qué no estás quemada? —pregunté.

Tragó saliva conteniendo la emoción.

—Si estabais todos juntos cuando pasó lo del fuego —continué.

Al menos eso era lo que siempre me habían dicho papá y mamá. Nunca me contaron mucho más acerca de ello. Tampoco respondieron en su momento ninguna de las preguntas que formulé.

—¿Por qué no estás quemada? —repetí.

Mi hermana detuvo mi mano. La separó de su rostro. Cerró los ojos. Observé fascinado el latir de su corazón en los párpados, tan suaves. Descubrí el color homogéneo de una piel sana. Asistí asombrado al tenue rubor que se encendió en sus mejillas.

—Porque yo no estaba con ellos —respondió.

Los párpados se abrieron. Sus ojos se clavaron en mí.

—¿No estabas en el sótano?

—No.

Sus ojos se desviaron durante una fracción de segundo. Incrementó sin darse cuenta la presión con la que me agarraba la muñeca.

—¿Dónde estabas?

—Yo no tenía que estar aquí —fue la respuesta que ofreció—. Y tú tampoco tienes por qué estar aquí. Juntos podemos hacer que salgas. Porque tú quieres irte. Acabas de decirlo.

—No se puede salir —contesté—. La puerta de la cocina está cerrada. Hay barrotes en las ventanas. Y mamá dice que nosotros no podemos estar en otro sitio.

—Pero ¿tú quieres irte?

Mamá me había hecho la misma pregunta noches atrás, mientras hablábamos de las grandes polillas de color verde pálido que sólo existían en sitios raros como América. Entonces el recuerdo de la mano de mi sobrino agarrándome un dedo y el olor de la crema de zanahoria habían sido suficientes razones para no querer abandonar el sótano. Pero ahora sólo podía pensar en lo que mi hermana me había

confesado sobre el verdadero padre del bebé. Y en el hecho de que ella hubiera intentado envenenarlo. Y en que mamá y la abuela se habían referido a él como el peor de sus pecados. Y en que obligaban a mi hermana a llevar una máscara cuando en realidad no tenía la cara quemada.

—Quiero salir —dije.

El corazón se me aceleró. Lo noté palpar en el cuello. Reviví aquel sueño en el que la puerta de la cocina se encogía hasta desaparecer y un cañón de luz solar me iluminaba la cara como si yo fuera un cactus. Aprecié en las mejillas el calor de la ensoñación.

—Yo sé cómo salir —dijo mi hermana. Se humedeció los labios mientras yo observaba hipnotizado el funcionamiento de sus facciones ilesas—. Con mi ayuda puedes salir.

Las palpitaciones en el cuello cesaron. El calor se esfumó de repente. La puerta imaginaria se cerró para convertirse en la misma puerta de siempre. La puerta cerrada de la cocina. Porque recordé cómo los dedos de mi hermana se habían movido como cucarachas en el bolsillo de su blusa, hacía tan sólo unas horas. Y cómo había pintado su pecho del azul celeste de los cubos de veneno y se lo había ofrecido al bebé para que dejara de vivir conmigo en el sótano.

—Ya, claro —dije—. Como si me pudiera fiar de ti.

Agarré los laterales de la escalera metálica. Mi hermana había luchado contra papá para no dormir en la cama de mi hermano, así que le cedí la mía. En el tercer escalón, una mano me agarró del calzoncillo.

—No pienso escucharte —dije—. No me gusta lo que le has hecho al bebé.

Logré zafarme con un tirón y gateé sobre el colchón de mi hermano. Sus muelles, más blandos que los míos, cedieron a mi peso sin apenas resistencia. La almohada también me resultó extraña. Muy fina.

La cara de mi hermana asomó por un lateral.

—Escúchame —dijo.

Su aliento me acarició la cara como las patas de un zancudo. Me giré para darle la espalda.

—Apaga la luz —dije mirando a la pared.

—No tienes por qué estar encerrado aquí abajo —susurró ella.

Sus palabras avivaron la llama que esa noche se había encendido en mi interior. El deseo de conocer el lugar del que venían mis luciérnagas.

—Estamos aquí porque queremos —dije.

—Te he oído llorar. Acabas de decir que ya no quieres estar aquí.

Medité sus palabras.

—Me regañaste por dejar el tarro de las luciérnagas en la cuna —le recordé—. Dijiste que era un peligro para el bebé. Pero a ti el bebé te da igual. No quiero que me

engaños otra vez.

La mano de mi hermana escaló por mi espalda. Se detuvo sobre el hombro que no apoyaba en el colchón.

—Los que te engañan son ellos —susurró—. Tus padres. Y la abuela. ¿Por qué me hacen llevar una máscara? ¿Por qué te dicen que estoy quemada?

—Déjame en paz —respondí.

—¿Por qué te dijeron que la puerta de la cocina estaba abierta?

Permanecí en silencio. Reviviendo la noche hacía tantos calendarios en que me acerqué por primera vez a esa puerta. Cuando ni siquiera intenté abrirla porque yo estaba bien en el sótano. Con mi familia. Donde tiene que estar un niño.

—Pobre, ni siquiera sabes por qué estás aquí —continuó ella—. ¿Sabes por qué estamos aquí?

—Porque no podemos estar en otro sitio —entoné de carrerilla las palabras que me había enseñado mamá—. Como le pasa a todo el mundo.

—No te he preguntado eso —dijo mientras apretaba su mano sobre mi hombro—. Te he preguntado si sabes por qué estás aquí.

Abrí la boca para responder pero no encontré las palabras. Realmente no lo sabía.

—¿Y tú lo sabes? —le pregunté.

Tardó en responder.

—No —susurró al fin—. Yo tampoco lo sé. A mí me tienen engañada como a ti.

Desplazó la mano hasta mi nuca y la acarició. Jugeteó con los pelillos irregulares que mamá no lograba cortar en aquella zona. La piel de mi espalda reaccionó con un escalofrío placentero.

—Nos tienen engañados a los dos —continuó—. Encerrados. Pero tú ya no quieres estar aquí. A ellos les gusta este sitio. Vivir bajo tierra. Sin la luz del sol.

Sus dedos navegaron ahora por canales imaginarios entre mi pelo.

—Tu hermano hasta parece un grillo cuando hace ese ruido con la boca —susurró.

Me quedé paralizado.

—¿Cuando hace qué ruido?

—Ya sabes —respondió ella—. Ese ruido que hace él con la boca.

Mi hermana hizo vibrar los labios al tiempo que silbaba. No entendí por qué me escupía. Entonces, durante un segundo, la imitación que trataba de conseguir resultó perfecta.

—¿El hombre grillo? —Tuve que tragar saliva antes de poder continuar—. ¿Mi hermano es el hombre grillo?

—¿Tampoco sabías eso? —preguntó—. Vaya, te tienen más engañado de lo que pensaba.

Me tapé con la sábana. Temblé bajo la tela hasta que me di cuenta de que algo no

encajaba.

—No puede ser él —dije—. He oído al hombre grillo en el techo mientras mi hermano dormía aquí arriba.

Mi hermana chasqueó la lengua. Permaneció callada unos segundos.

—No he dicho que fuera él —corrigió—. Pero es él quien le avisa. Hace ese ruido con la boca para avisarle.

Repitió la babosa imitación.

—A él le sale mejor —dijo—, incluso con el labio roto.

Estuve a punto de gritar cuando mi hermana me agarró la muñeca a través de la sábana.

—Pero no tengas miedo —dijo—. A partir de ahora voy a dormir aquí contigo. Ahora estás a salvo de ese hombre grillo, sea quien sea.

Retiró la sábana. Me giré sobre el colchón hasta quedar tumbado boca arriba. Pronuncié en voz alta algo que no era más que un pensamiento:

—Me están engañando todos.

Mi hermana respiró muy cerca de mi oreja.

—Ni siquiera sabemos si esto de verdad es un sótano —susurró.

El calor en mi pecho aumentó al oír sus palabras. El tarro de las luciérnagas brilló a los pies de la litera. Su luz emanó por aquel extremo como en el amanecer de un sol verdoso. Mi hermana me acarició el cuello. Era una sensación agradable.

—Y el pobre bebé... —continuó—. ¿Acaso quieres que a él también lo engañen? ¿Y que crezca en este sótano lleno de mentiras?

Negué con la cabeza.

Vi por primera vez cómo se movían las cejas de mi hermana.

—Claro que no quieres eso. Y por eso tienes que hacerme caso a mí. Nadie puede saber que me has visto sin la máscara. Jura que no lo dirás.

—¿Cómo lo juro?

—Igual que juraste no contar lo que me hizo papá. Son dos secretos igual de importantes.

Recordé las palabras de la otra noche:

—Lo juro por el que está allí arriba —repetí.

—Muy bien —dijo ella—. Porque entre los dos podemos hacer que salgas.

—Pero mamá dice que no podemos estar en otro sitio. Y que nadie debe saber que estamos aquí.

—Otra de sus mentiras. Tú lo que tienes que hacer es salir. Avisar a alguien de que el bebé está aquí. Vendrán a recogerlo. Y tú y yo podremos irnos.

—Pero yo quiero seguir viendo a los demás...

—Los demás seguirán viviendo aquí en el sótano. Como a ellos les gusta.

—¿Podrán quedarse aquí cuando la gente sepa dónde vivimos?

—Claro que sí. —Los labios de mi hermana dibujaron una sonrisa que no parecía alegre—. ¿Quieres que te diga cómo salir o no?

—No se puede salir. La puerta de la cocina está cerrada. Hay barrotes en las dos ventanas.

—Pero es que hay muchas cosas que tú no sabes —dijo.

Alargó a propósito una pausa para impacientarme.

—¿Qué cosas?

—Que existe otra puerta en este sótano.

El roce de mi pelo contra la almohada fue lo único que se oyó en el profundo silencio que sucedió a sus palabras.

—¿Otra puerta? —pregunté.

—Otra puerta —confirmó—. Pero sólo te diré dónde está cuando me demuestres que te lo mereces.

Permanecí en silencio.

—¿Cómo te lo demuestro?

—Haciéndome caso sólo a mí —respondió.

La sonrisa que no era alegre regresó a su rostro.

Mi hermana apareció la última a desayunar. Portaba la máscara como si nada hubiera cambiado. Me guiñó uno de sus ojos escondidos revalidando nuestra alianza de la noche anterior. Cuando se acercó a la mesa, papá se abanicó la cara con una mano. También tosió.

—Qué peste —dijo—. Ve a bañarte, anda.

El olor era una mezcla de sudor seco, sudor reciente y una nota química que lo hacía más penetrante. Debía de ser parte del veneno exudado durante la noche. Tiró de su silla desobedeciendo la orden de papá.

—Me bañaré cuando desayu...

La abuela empujó la silla, el respaldo golpeó la mesa. Algunas de las cucharillas tintinearón contra las tazas.

—Date un baño —dijo la abuela.

—¿Antes de desayunar? —Mi hermana agarraba aún los salientes del respaldo—. Me va a sentar mal.

Trató de recuperar el control de la silla, pero su movimiento de brazos apenas desplazó el mueble.

Mi hermano rió como un asno. Pensé en él como el traidor que se chivaba de mis actos al hombre grillo.

—Date un baño —repitió la abuela.

Tras la máscara, los ojos de mi hermana recorrieron la mesa. Los vi detenerse en mi madre, que sujetaba al bebé contra su pecho. Había encontrado un viejo biberón en su habitación y alimentaba al niño con una mezcla improvisada de agua y leche del cartón que bebíamos nosotros. No había sido fácil conseguir que el bebé succionara aquella tetilla extraña, pero cuando por fin la aceptó, comió con ganas.

—Veo que no me necesitáis para nada —dijo mi hermana.

Detuvo sus ojos en mí. Reviví partes de la conversación nocturna. Entonces soltó el respaldo de la silla. Con un rápido movimiento se abalanzó sobre la mesa para coger dos rebanadas de pan tostado. Robó también mi taza de leche. Salió corriendo hacia el pasillo antes de que papá tuviera tiempo de hacer nada. Se quedó a medio levantar con el puño apoyado sobre la mesa, la servilleta asomando de su interior como habían asomado los pliegues de la blusa de mi hermana antes de dejarla caer al suelo de mi habitación, junto a la litera.

Ella se encerró en el baño con un portazo.

Las cucharillas tintinearón de nuevo.

—Igualita que cuando tenía dieciocho años —dijo mi madre, que se levantó y me trajo otra taza.

—Tu madre te ha hecho huevos —dijo la abuela—, como tú querías.

—Pero pasados por agua esta vez —apuntó ella.

El huevo se balanceó sobre mi plato.

Miré a mi sobrino succionar. Bebía leche que no era de su madre. La tetilla de goma apenas le cabía en la boca. Su rostro arrugado delataba algún sufrimiento interior. Pensé en su futuro. Lo imaginé aprendiendo a caminar en el sótano. Cuestionándose, como yo, de dónde venía la mancha de sol en el salón. Formulando al aire preguntas que ni mamá ni papá iban a responderle. Pensando que su madre tenía la cara quemada al ver la máscara que no debía llevar. Y agarrando los barrotes de la ventana al final del pasillo para respirar el aire que olía diferente. Soñando con salir.

Tenía que saber dónde se encontraba la otra puerta.

Podía preguntárselo a mi hermana ahora que estaba sola en el baño.

Pelé el huevo lo más rápido que pude. Lo devoré. Vertí leche en mi segunda taza. Me la bebí de un trago.

—Normal que tengas tanta hambre —dijo mi madre. Me pellizcó una mejilla.

—¿Quieres hablar de lo que pasó anoche? —preguntó la abuela—. ¿Tienes alguna pregunta?

Negué con la cabeza. Ya no podía fiarme de sus respuestas.

Dejé la taza vacía sobre la mesa. Mamá repasó mis labios con el pulgar para limpiar los restos de leche. Una sonrisa plegó su rostro de manera irregular.

—¿Puedo ir a mi cuarto? —pregunté.

—¿Y esa prisa?

—Quiero hacer hueco para las cosas de mi hermana —mentí—. Se va a quedar en mi habitación, ¿no?

Mamá me dio permiso para ir. A mitad de camino, antes de llegar al arco que daba acceso al pasillo, papá me detuvo.

—¿A ti no te tocaba hacer hoy bicicleta? —preguntó.

Tenía razón. Era uno de los tres días en que debía hacer ejercicio. Dejé caer los hombros. Me volví hacia la bici.

—Ve con un poco más de ánimo —dijo mi padre—. Que el deporte es importante.

Me subí a la bicicleta. Pedaleé con ganas para acabar antes de que mi hermana saliera del baño. Como si el tiempo transcurriera más rápido en función del ritmo al que se movían mis piernas. Conté las veces que el pedal rozaba la estructura del aparato. Cuando llegué a mil, mi meta habitual, salté de la bici.

—¿Ya? —preguntó mi padre.

Apuraba en la mesa su tercer o cuarto café. Mi madre recogía los platos. La abuela, sentada en una silla del comedor, miraba a la pared. Oí el gemido débil pero constante que anidaba en su garganta cuando tomaba aquella posición. El murmullo inconsciente que provoca un mal pensamiento. Sostenía al bebé sobre su regazo.

—He hecho mil —dije.

—¿Seguro?

—He ido... —respiraba de manera entrecortada— más rápido.

Papá dudó de mis palabras.

—¿Y si te digo que tienes que hacer otras mil?

Hubo un silencio.

—Deja al niño —dijo entonces la abuela.

Corrí al pasillo en lo que duró su indecisión. Entré en el baño jadeando aún.

—¿Dónde está la otra puerta? —pregunté a mi hermana.

—Abre los ojos —dijo ella—. Ahora ya puedes abrirlos, ¿recuerdas?

Los había cerrado presa de la costumbre. Aún tardé en acatar su indicación, no es fácil superar de pronto un hábito mantenido durante años.

—Que los abras —repitió.

Lo hice sin prisa. La máscara descansaba sobre el lavabo. Ella estaba en bragas y sujetador, sentada en el filo de la bañera que ya se vaciaba. Sorteé la ropa amontonada en el suelo.

—¿Estás seguro? —preguntó—. ¿De verdad quieres saber cómo salir?

Me senté frente a ella sobre la tapa del váter.

—Si salgo... ¿podré volver al sótano a visitar a mamá?

—Claro que sí —respondió.

—¿Vendrán a sacarnos a ti, a mí y al bebé y dejarán que los demás se queden en el sótano?

Asintió mientras sus ojos miraban a algún otro sitio.

—Entonces sí —concluí. Fuera habría muchas más luciérnagas que dentro del sótano. Fuera vería a mi pollito. Fuera tendría la posibilidad de ver una verdadera *Actias luna*. Podía ir a América para encontrarla si era necesario. Y después regresar al sótano para enseñársela a mamá—. Dime dónde está la otra puerta.

Mi hermana se deslizó por el filo de la bañera acercándose a mí.

—En un armario —dijo.

Susurró las tres palabras muy cerca de mi cara. Parpadeó, tratando de leer la reacción en mi rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Me crucé de brazos. La respuesta a su pregunta era evidente.

—¿Qué? —insistió.

—Yo también he leído ese libro —dije al fin—. No soy tan fácil de engañar.

—¿Cómo?

La miré más intensamente. Ella encogió los hombros.

—Narnia —le dije—. Es a Narnia adonde se va por un armario.

La boca se le abrió sola. Cuando salió de su asombro, preguntó:

—¿Y tú cómo has salido tan listo encerrado en este sótano?

—Lo sabía —dije.

Intenté levantarme, pero ella atrapó mis piernas con las suyas, como cierran los dermápteros las pinzas que tienen al final de su abdomen.

—Más te vale empezar a creerme si de verdad quieres salir —dijo. Su pecho ascendía y descendía de forma acelerada. El aliento le olía a leche—. Lo creas o no, la salida está en el armario de la habitación de tus padres.

Valoré aquella información. Nunca había estado en ese cuarto más de dos minutos. La noche que corrí a buscar a mamá para que asistiera al nacimiento de mi pollito pudo suponer mi estancia más larga hasta ese momento.

—¿Y por qué no te has escapado si sabes dónde hay una salida? —pregunté sin desviar la mirada—. ¿Por qué nunca has intentado irte?

—No hice otra cosa durante los primeros años —respondió—. Tú no sabes nada de lo que ha pasado en este sótano. Esa gente me quiere ver sufrir.

—¿Esa gente?

—Tus padres —contestó—. Y tu abuela. Ella no es mejor aunque lo parezca.

Las pinzas del dermáptero se aferraron a mis piernas, adelantándose a un nuevo intento de huida.

—Lo que no esperan es que tú quieras salir —continuó—. Tenemos que aprovecharnos de eso. —Entornó los ojos antes de preguntar—: Porque no se lo has dicho a nadie, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Lo juramos por el que está allí arriba —recordé.

El bebé lloró en la cocina. Las suelas de las zapatillas marrones de papá se arrastraron a lo largo del pasillo. Cuando entraron en mi habitación, temí que descubriera el tarro de las luciérnagas en el cajón. Después se acercó al baño. Se detuvo al otro lado de la puerta. Escuchando.

Mi hermana saltó al lavabo. Se puso la máscara a toda prisa.

—Estoy yo —dijo.

Metió una mano en los restos de agua que aún quedaban en la bañera. Chapoteó, salpicó la pared, para que él pudiera oírlo.

—¿Y tu hermano? —preguntó papá.

El pomo de la puerta vibró. Lo había agarrado desde fuera. Mi hermana realizó un gesto urgente con la cabeza.

—Estoy usando el baño —dije—. Estoy bien.

El roce de los pasos continuó en dirección a su cuarto. Mi hermana dejó escapar el aire que había contenido. Volvió a sentarse frente a mí sin quitarse la máscara. A ella tampoco le resultaba sencillo superar el hábito.

—¿El armario sale al exterior? —pregunté.

—No —dijo ella—. Hay un túnel que lleva a la superficie.

Recordé la clase de mamá sobre las capas de la Tierra. Ella había dibujado una flecha que señalaba la corteza terrestre, coloreada de azul y blanco.

—Pero mamá me dijo que nosotros vivimos en la superficie. En la parte azul y blanca de la Tierra.

Mi hermana torció la máscara.

—Con lo listo que pareces a veces... ¿Acaso has visto algo azul cuando te asomas por la ventana? —preguntó—. ¿O algo blanco?

Por la ventana sólo se veía otro montón de oscuridad. Una caja dentro de otra caja.

—No —respondí.

—Tu madre te ha contado muchas mentiras —dijo ella.

—¿Y cómo llego al túnel?

—Al túnel no es difícil. Lo complicado es abrir la puerta que hay después.

—¿Cómo? —pregunté, confundido.

—La pregunta no es cómo —contestó ella—. La pregunta es cuándo.

Mi hermana miró al suelo. Murmuró algo que no entendí. Sólo una cifra numérica resultó inteligible en mitad de aquel rumor.

Después dijo algo que me descolocó:

—Ve a contar las patatas de la cocina.

Me quedé quieto. Sin entender.

—Vamos, ve —insistió—. Y dime cuántas hay.

Me dio una palmada en el muslo. Después otra. No me levanté hasta la cuarta. Caminé hacia atrás por el baño sin dejar de mirarla. Golpeé con el talón la taza de leche que ella me había robado en el desayuno. Rodó sobre el suelo, ya vacía. Choqué de espaldas contra el pomo de la puerta.

En la cocina sólo estaba mi madre. La abuela seguía mirando a la pared. Me acerqué al mueble donde se guardaban las patatas.

—¿Lo vas a intentar otra vez? —preguntó mamá cuando lo abrí.

Se refería a uno de los experimentos de mi *Manual del joven espía*, que consistía en crear energía eléctrica conectando tres patatas entre sí. Intenté copiar el experimento una vez, pero los elementos de los que disponía en el sótano eran muy diferentes a los que usaban en el libro. En la ilustración, las tres patatas encendían una bombilla minúscula, del tamaño de una judía. Yo tuve que probar con una de las que colgaban de nuestro techo. Mamá me la desenroscó con un trapo. Cuando la conecté a las patatas, no se produjo ni un chispazo. El experimento fue un fracaso, pero mamá aún pudo aprovechar las patatas para hacer puré.

—¿Cuántas necesitas esta vez? —preguntó. Dejó el plato que tenía entre las manos y se arrodilló junto a mí para sacar ella las patatas—. Y avísame para bajarte

la bombilla, no la toques tú.

—¿Cuántas hay? —pregunté.

—Y yo qué sé —contestó—. Pues un montón, ¿no lo ves?

Señaló el interior del pequeño armario, lleno hasta arriba. Pedazos de tierra cayeron cuando mamá rebuscó entre las patatas.

—¿Te vale con tres? —Me las enseñó primero. Después cubrió su mano con mi camiseta—. Que no las vea papá. —Estiró la tela para ocultarlas del todo—. Corre, aprovecha, que está en nuestro cuarto.

Corrí al baño con las patatas escondidas.

—¿Cuántas? —preguntó mi hermana en cuanto entré.

—Un montón —dije—. Hay un montón. Está el armario lleno.

Ella chasqueó la lengua.

—Lo sabía —dijo.

Miró de nuevo al suelo. Empezó a mover la pierna, apoyándola en la punta del pie descalzo.

—¿Qué hago? —pregunté.

—Déjame que piense.

Oí un crujido constante de uno de los huesos de su pie. Recoloqué bajo mi camiseta las patatas que no necesitaba para ningún experimento. Su textura arenosa me rascaba la tripa.

Entonces el pie de mi hermana se detuvo con un último chasquido del hueso.

La máscara se elevó para mirarme.

—Hay que esperar a que venga el hombre grillo.

Las tres patatas se me cayeron al suelo.

Nos trasladamos del baño a mi habitación antes de que papá saliera de su cuarto. Aún en sujetador, mi hermana caminó por la habitación con las patatas en la mano, sin encontrar un lugar donde depositarlas. Se acercó al mueble a los pies de mi cama.

—Mueve eso —me dijo.

Se refería al cactus. Lo aparté. Dejó allí las tres patatas.

—No quiero esperar al hombre grillo —dije, incapaz de aceptar lo que proponía mi hermana—. No quiero que me lleve con él.

—Si haces lo que te digo, no te llevará en su carretilla.

—¿Carretilla?

Mi hermana me miró en silencio.

—Saco —corrigió entonces—. En su saco. Ven.

Tiró de mi camiseta para arrastrarme junto a la estantería de los libros. Un rizo de tela quedó marcado en la prenda cuando me soltó.

—Coge uno —dijo. Ella sacó uno al azar. Cruzó las piernas antes de sentarse, el libro abierto sobre ellas—. Vamos, coge cualquiera.

Repasé los lomos con el dedo leyendo los títulos. Tratando de decidir cuál me apetecía leer. Mi hermana tiró de mi camiseta para que me sentara frente a ella.

—Toma este mismo —dijo—. Haz como que lees.

Me pasó *El maravilloso mago de Oz*. El libro se abrió solo por una página que tenía doblada la esquina superior. Era la número veintisiete.

—¿Tú viste al hombre grillo? —susurró mi hermana cerca de mi cara.

—Que sí, lo vi en la cocina. —Pronuncié las palabras con énfasis, cansado de tener que defender mi credibilidad—. El hombre grillo existe de verdad.

—Claro que existe —dijo ella—. Si yo te creo.

Iba a rebatir sus palabras sin apenas haberlas escuchado.

—¿Me crees? —pregunté al procesar lo que había dicho.

—Claro que te creo.

—Mamá dice que no existe.

Mi hermana suspiró de forma sonora.

—¿Qué te he dicho yo de tu madre?

No quise responder a esa pregunta. Aparté la mirada, pero ella enderezó mi cara con un dedo.

—¿Qué te he dicho de ella? —repitió.

—Que me cuenta muchas mentiras.

—Eso es —dijo. Sus labios se estiraron tras la máscara—. Y si viste al hombre grillo es porque entró en casa, ¿verdad?

Asentí.

—Y si entró en casa tuvo que entrar por la única puerta que hay.

—La puerta de la cocina está cerrada, no se...

—Digo la única puerta real —me interrumpió ella—. ¿Cuál es la única puerta real?

Volví a esquivar la pregunta.

—¿Cuál es? —insistió.

—La del armario del cuarto de papá —respondí.

—Entonces...

Terminó la palabra en alto invitándome a que yo completara la frase. Como hacía cuando leía los factores de una multiplicación y esperaba que yo calculara el producto. Las operaciones matemáticas solía resolverlas enseguida. Esa frase no supe cómo terminarla.

—Entonces ese hombre ha entrado por el armario de la habitación de tus padres —completó ella misma tras un silencio.

Sentí un frío repentino al imaginar al hombre grillo caminando por el cuarto de mis padres. Rascando el techo con sus antenas. Merodeando alrededor de su cama, las piernas doblándose al revés a cada paso. Me froté los muslos.

—No quiero esperar al hombre grillo —dije. Alcé la voz sin darme cuenta—. Me da miedo.

—Espera —me calló—. Que no he terminado.

Sus ojos se movieron detrás del material ortopédico.

—¿Puedes quitarte la máscara? —pregunté—. Ya no me gusta verte con ella.

Mi hermana dudó. Después la empujó, dejándola sobre su cabeza, como un segundo perfil que mirara al que está allí arriba. Agradecí poder ver la piel regular de su cara.

—Pero en cuanto alguien camine por el pasillo —susurró—, me la pongo.

—Vale.

Ella retomó la conversación:

—Para que el hombre grillo haya podido llegar desde fuera al armario de tus padres ha tenido que bajar por el túnel que lleva a la superficie. Lo que quiere decir que...

—Eso no —la interrumpí—. Eso no es así.

—¿Cómo?

—El hombre grillo vive bajo tierra —expliqué—. El hombre grillo no sale a la superficie.

—¿Cómo no va a salir nunca? ¿Y qué come?

—Come niños —respondí.

—Pero tendrá que respirar —dijo—. ¿O no?

Abrí la boca para decir algo. Pero no recordé lo que contaba mi libro de insectos

sobre la respiración de los grillos. Sabía que las orugas respiran a través de agujeros en su piel, pero no de qué forma lo hacían los grillos.

—Hazme caso —dijo mi hermana—. El hombre grillo baja por el túnel que hay desde la superficie. Lo cual significa que tiene que abrir la otra puerta. La del exterior. La que no podemos abrir nosotros. Esa puerta sólo está abierta mientras el hombre grillo está dentro.

Me encorvé aún más. Bajé la voz.

—¿Otra puerta más? —pregunté.

Ella sonrió.

—Te dije que hay muchas cosas que nos sabes —añadió—. Es la puerta más complicada. Por eso necesitamos al hombre grillo. Sólo él puede abrirla.

Tomé impulso con el culo para acercarme a ella.

—¿Y si no vuelve? —pregunté—. Si me porto bien no tiene que venir. Se come a los niños malos.

Mi hermana enderezó la espalda. Se llevó un dedo a la boca, pensando. Tras un silencio, relajó de nuevo la columna.

—Pero vendrá —dijo en un suspiro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sigues guardando ese tarro en tu cajón.

Agaché la cabeza, aceptando la culpa de la acusación de mi hermana. Asumiendo también que el hombre grillo seguiría buscándome hasta que me encontrara. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Mi hermana debió de darse cuenta porque se abalanzó sobre mí. Los libros chocaron entre nuestras piernas como las placas tectónicas de las que me había hablado mamá. Me rodeó con los brazos, sus pechos se aplastaron contra mi cuerpo.

—No tengas miedo —me dijo al oído—. Estaremos preparados para cuando venga. Para que el hombre grillo no te pille con sus patas.

Entonces le conté un secreto.

—Me hice pis en el salón —dije—. La última vez que vino. Casi me coge en el salón. Y me hice pis.

Mi hermana aumentó la presión del abrazo. Su cuerpo se sacudió en espasmos.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

Ella no pudo contener el ataque de risa y estalló en una carcajada.

—¡Te hiciste pis!

Se separó de mí, señalándome con el dedo mientras reía. Al principio me enfadé. Después su risa alborotada resultó contagiosa. Me golpeó en el hombro para animarme a acompañarla. Y hubo algo terapéutico en su reacción a mi secreto. Logró transmitirme la sensación de que no era un secreto del que avergonzarse. Solté una primera risotada aislada. Ella se había llevado las manos a la tripa.

—¡Pis! —gritó.

La última letra de la palabra se alargó hasta convertirse en otro acceso de carcajada. También trató de imitar el sonido de un chorro, soltando aire entre los dientes. Eso resultó gracioso de verdad. Reí de nuevo. Esta vez no pude parar. Me entregué de lleno a su carcajada.

Reímos juntos hasta quedarnos sin aire, mientras ella hacía gestos con las manos para que controláramos el volumen de nuestras risas.

Tras varias respiraciones profundas recuperamos la calma. Mi hermana recogió los libros que se habían caído al suelo, y los abrió sobre nuestras piernas. Se peinó el pelo con los dedos. Lanzó una mirada fugaz a la puerta de la habitación para asegurarse de que las risas no hubieran llamado la atención de nadie.

—No tienes que tener miedo —dijo—. El hombre grillo no te va a encontrar.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque estarás escondido en el armario de papá.

El calor de la risa se desvaneció en un instante. La momentánea crisálida de tranquilidad se resquebrajó para dejar salir una polilla negra de terror absoluto. Una esfinge de la muerte, el lepidóptero que lleva una calavera tatuada en el tórax.

Sacudí la cabeza.

Traté de levantarme. Ni siquiera quería escuchar la explicación que mi hermana pudiera dar a esas palabras. Ella me agarró de la camiseta, aprovechando el rizo de tela que ella misma había marcado antes en el tejido.

—Te esconderás en el armario antes de que llegue el hombre grillo —dijo.

Abrí la boca pero ella elevó el volumen del susurro para imponerse.

—Y cuando entre a buscarte, saldrás por el túnel. Hay un pasillo y una escalera en la pared. Todo para arriba. Cuando salgas, irás hacia las luces. Buscarás gente. Buscarás las casas. Y les dirás que quieres salvar a tu sobrino pequeño. Y les traerás aquí. —La última palabra patinó en su garganta. Sus ojos se humedecieron—. Vas a traer gente a este sótano.

Un extremo de su boca se elevó en un amago de sonrisa, pero por alguna razón se esforzó en mantenerse seria.

—¿Qué hay fuera? —pregunté.

Ella apretó los labios. Parpadeó a un ritmo mayor del habitual.

—Ya lo verás —dijo.

Me imaginé asomando la cabeza a lo que hubiera fuera del sótano, haciéndome visible para el resto mundo. Emergiendo de las profundidades con mi lámpara de luciérnagas en lo alto. Tocando la tapa del tarro para indicarles que reprodujeran con destellos luminosos la señal de socorro en código morse que les había estado enseñando. Tres destellos cortos, tres largos, tres cortos. Ya casi se la tenían aprendida. La idea de salir al exterior hizo que me acordara de algo. O de alguien.

Una emoción incontenible se originó en mi estómago. Empujó el pensamiento hasta mi boca. Las palabras se me escaparon antes de poder contenerlas.

—¡Mi pollito! —grité.

Me tapé la boca con las manos. Había dejado escapar el secreto delante de mi hermana. Con los ojos muy abiertos, observé su reacción.

—¿Tu pollito? —preguntó.

Permanecí mudo. Los ojos se me empezaron a secar por mantenerlos tan abiertos.

—Pobre... —dijo ella—. Si es que no te enteras de nada.

Me miró en silencio durante varios segundos. Después retiró las manos de mi boca. Las envolvió con las suyas.

—Ese pollito... —comenzó.

—No quería decir pollito —interrumpí en un intento tardío por negar su existencia.

—Sé de qué pollito hablas.

El cuello se me puso blando. Mi cabeza cayó hacia delante.

—Yo también estaba en la habitación esa noche, ¿recuerdas?

Recordé cómo uno de los brazos de mi hermana había emergido de debajo de sus sábanas para agarrar la máscara y ponérsela en cuanto papá entró a regañarme por haberme colado en su habitación.

Asentí.

—Escuché lo que te hizo creer la abuela —dijo.

Sus palabras me dejaron confundido.

—Pobre, qué carita se te pone. —Mi hermana apoyó una mano sobre mi mejilla—. Tiene que ser duro descubrir tantas mentiras de golpe.

Las comisuras de mis labios tiraron hacia abajo. Sentí presión encima de los ojos. Y picor dentro de la garganta. Mi barbilla empezó a temblar al pensar que mi pollito pudiera ser otro engaño.

—Mi pollito... —No supe qué más decir.

—Otra mentira —confirmó mi hermana—. Te dije que la abuela parece mejor. Pero no lo es.

—Pero yo lo vi —logré decir—. Era amarillo. Con plumas. Y piaba. —Reviví el emocionante nacimiento en el cuarto de mi abuela—. La abuela se lo puso aquí —señalé mi hombro—, y el pollito comió de su pelo. Y luego me lo pasó.

—¿Y qué ocurrió después?

—Vino papá. Enfadado porque había entrado en su cuarto —recordé sin esfuerzo—. Yo escondí el pollito detrás de mi espalda. Lo tenía en las manos. Papá me hizo enseñárselas. Y el pollito... El pollito...

Tuve que respirar por la boca para evitar llorar. Miré a mi hermana sin entender.

—El pollito no estaba —terminó ella mi frase—. Porque no existe ningún pollito.

No existió nunca. La abuela te mintió. De un huevo sin fecundar no puede nacer ningún pollito.

—Pero yo lo vi...

—¿Lleno de plumas amarillas en cuanto nació? ¿Subiendo al hombro de la abuela? ¿Comiendo de su pelo? —Agudizó el tono de voz con cada nueva pregunta—. Tú no sabes cómo nace de verdad un pájaro.

Nunca lo había visto. Ni siquiera en alguna foto del montón de libros que había en el sótano. Así que negué con la cabeza.

—Nacen mojados —continuó ella—. Y torpes. Con las plumas pegadas al cuerpo. Como nació tu sobrino, pero en pájaro —añadió—. La abuela escondió el huevo debajo de su almohada. Y seguro que lo aplastó con la cabeza.

Recordé entonces cómo la abuela me había pedido que cerrara los ojos justo antes del nacimiento. «No nacen si saben que alguien les mira», había dicho. Después yo había descubierto una mancha húmeda en la almohada de la abuela, parecida a la que dejó el coágulo que cayó al suelo cuando papá me aplastó el otro huevo.

Pensé en el trozo de cáscara que guardaba en mi cajón desde aquella noche, resguardado en su nido de camiseta. Un hilo de baba se me desbordó por un lado de la boca.

—No, por favor —le dije a mi hermana—. No...

Ella me abrazó. Me acarició la cabeza, siseando al mismo tiempo. Se recolocó para acabar sentada a mi lado. Me recosté sobre su regazo.

—No te preocupes —me dijo—. Las cosas van a cambiar muy pronto.

Esa noche, esperé a la abuela en su habitación después de la cena. Permanecí asomado a la cuna del bebé, la barbilla apoyada en el filo de su pequeño refugio. Escuchándole respirar. La puerta de la habitación se abrió. La abuela se dirigió a su cama sin advertir mi presencia.

—Estoy aquí —le avisé.

Ella se volvió en dirección a mi voz, sujetándose el pecho con una mano.

—No me des estos sustos —dijo—. Al final va a tener razón tu padre con eso de que pareces un fantasma.

—No digas eso —susurré.

—¿Quieres hablar de lo que ocurrió anoche?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres? —repitió ella.

—No.

La abuela se sentó en un lateral de su cama. Se quitó el rosario y comenzó a repasar la cuentas con ambas manos apoyadas en sus rodillas. Me coloqué frente a ella. Olí los polvos de talco. Me incliné con la intención de darle un beso, pero

cambié de opinión y erguí de nuevo el cuerpo.

—¿Mi pollito sigue vivo allí fuera? —pregunté.

Pronunció aún algunas palabras de la oración antes de detenerse. Pellizcó una de las cuentas para recordar dónde había parado.

—¿Tu pollito? —preguntó—. ¿El que nació aquí?

—El del huevo que me dio mamá.

La ceja más poblada de mi abuela dibujó varias formas antes de responder.

—Claro —dijo al fin—. Estará piando feliz allí fuera.

Mi hermana tenía razón. La abuela también mentía. Alargó una mano en busca de mi tripa. Di un paso atrás para alejarme. Ella rascó el aire.

—¿Dónde estás? —preguntó moviendo el brazo.

Di otro paso atrás.

—Buenas noches, abuela —dije.

Su ceja a medio poblar se elevó. Abrió la boca para decir algo pero la puerta de la habitación golpeó la pared en ese momento. Mi hermano entró acompañado del habitual temblor en el suelo. Giró por la habitación dando pasos exagerados, elevando mucho las rodillas. Cuando comenzó a tararear su canción entendimos en qué estado se encontraba.

La abuela chistó para hacerle callar.

—Venga, Espantapájaros —le dijo—. Métete en la cama.

Mi hermano detuvo la marcha pero no bajó el volumen de su tarareo. Salpicaba un montón de saliva por la abertura de su labio inferior. Mi abuela esperó a escuchar los muelles del colchón vecino para continuar con la oración.

Me acerqué a la cuna de mi sobrino. Asomé la cabeza. Dormía en paz a pesar del canturreo del falso espantapájaros y del bisbiseo constante de la abuela al rezar. Apoyé la barbilla en el filo de la madera.

—Voy a sacarte de aquí —susurré al bebé—. Para que no te engañen como a mí.

Él respondió con un arrullo.

Ya en la puerta, me despedí de la abuela.

—Buenas noches —dije.

—¿Y mi beso? —preguntó ella, la oración detenida, una cuenta atrapada entre dos dedos.

—Buenas noches, abuela —repetí.

Cerré la puerta detrás de mí.

El armario de las patatas se vació a medida que pasaron los días. También el arroz, la leche y los huevos se fueron agotando. Mamá había enrollado el tubo de pasta de dientes con una pinza de la ropa para aprovecharlo al máximo. Mi hermana decía que eso era buena señal, que el plan de huida que habíamos trazado estaba más cerca de poder realizarse. A mí se me quitaban las ganas de ponerlo en marcha cada vez que pensaba en que iba a tener que esconderme en el mismo armario por el que mi hermana decía que entraría el hombre grillo. Por las noches, ella misma me recordaba las razones por las que debía salir del sótano, convenciéndome en la oscuridad desde la litera de abajo. Dejaba siempre a mano su máscara, sobre el colchón, por si mamá o la abuela entraban en la habitación de repente.

Así ocurrió una noche que mamá abrió la puerta sin previo aviso. A oscuras se acercó a mi litera.

—¿Vas a dormir siempre aquí arriba o qué?

—Mi hermana no quiere usar esta cama.

Aunque estaba tumbada justo debajo, ella no dijo nada. Mamá me peinó el flequillo.

—Hijo, ¿por qué estás tan callado estos días? ¿Te pasa algo con nosotros?

Mi hermana carraspeó, aunque no parecía que tuviera que aclararse la garganta.

—¿Has cambiado de parecer con respecto a algo?

—No, mamá —mentí—. No me pasa nada.

—¿Seguro?

Afirmé con un sonido de garganta.

—Puedes decirnos cualquier cosa —me acarició la cabeza en silencio—, cualquier cosa. —Cuando me besó, noté en la frente la piel rugosa que rodeaba sus labios. Antes de retirar la cara, me susurró al oído—: Aunque tú creas que no.

Mi hermana rascó la máscara con la uña como señal para que recordara el montón de mentiras que ellos me habían contado.

—No me pasa nada mamá —repetí.

Ella suspiró.

—Está bien —dijo.

Me arropó y me dio otro beso en la mejilla. Antes de que abandonara la habitación, mi hermana habló:

—¿A mí no me das un beso?

Mamá cerró la puerta sin contestar. Mi hermana soltó una risita.

Durante otra de esas noches, mientras mi hermana ultimaba el plan desde la litera de

abajo, recordé que había dejado el cactus en el salón. Me había pasado la tarde entera empujando la maceta con un dedo, siguiendo la trayectoria de la mancha de sol. Observando el polvo bailar entre sus pinchos y pensando en cómo esa luz podría envolverme a mí también dentro de no mucho.

—¿Dónde vas? —preguntó al verme bajar de la litera.

—Me he dejado el cactus en el salón.

—Vale, tráelo. Pero no hables mucho con los demás.

Avancé a oscuras por el pasillo, en dirección al salón, iluminado como cada noche por el brillo del televisor. Observé que la intensidad de la luz no cambiaba. La película estaría en pausa, dos líneas borrosas de interferencia recorriendo de abajo arriba una imagen congelada.

—... querer irse por sí mismo —oí decir a mi madre, su voz apenas un suspiro convertido en palabras—. Lo que pretende mi marido no funciona. Vamos a tener que contarle todo. Ya no es tan pequeño, sabíamos que...

—Calla —dijo la abuela—. He oído algo.

El suelo crujió bajo mis pies.

Mamá se asomó al pasillo.

—¿Qué haces ahí?

—Acabo de salir —mentí—. Me he dejado el cactus ahí.

Mamá rastreó el suelo con la mirada.

—Mañana vienes a por él, que estoy hablando con tu abuela de... de la película que estamos viendo.

Mamá nunca veía las películas con atención. Tan sólo las seguía desde la cocina, apoyada en la encimera, mordisqueándose las uñas de tal forma que acababan convertidas en pequeñas sierras.

—Además, tenías que estar en tu cama hace un rato —añadió—. Vete antes de que vuelva tu padre.

En el baño, la cisterna se vació con un último ruido de succión. Si quería que el cactus durmiera conmigo, tenía que recuperarlo antes de que él saliera. Oí cómo abría el grifo para lavarse las manos. Corrí por el pasillo sin obedecer los gestos urgentes de mi madre. La sorteé a la entrada del pasillo. Esquivé sus manos.

El agua del lavabo dejó de correr.

Mamá optó por intentar adelantarme. Ambos nos lanzamos a por la planta. Aunque fui yo el primero en coger la maceta, ella me agarró del antebrazo. La cerámica resbaló entre mis dedos.

La maceta voló.

Se rompió nada más caer al suelo en el centro del salón.

—No... —dijo la abuela al escucharlo.

Ella había asistido a lo ocurrido sentada en el sofá.

—Hijo, no, no quería... —dijo mamá.

La luz del televisor me permitió ver cómo la tierra se desparramaba en todas direcciones. Las dos bolas de pinchos que constituían el cactus rodaron hasta la entrada del pasillo.

Sonaron las bisagras de la puerta del baño. Papá se acercaba. Comenzó a articular una frase antes de entrar en el salón, pero no pudo terminarla. Como tampoco pudo completar el último de sus pasos. Oí el crujido que se produjo bajo su pie, parecido al que hacía mamá cuando clavaba el tenedor en la pulpa de una naranja para exprimirla.

La abuela se llevó una mano a la boca.

Mamá me apretó el hombro en una suerte de disculpa. Me aparté de ella.

Entonces papá gritó. El alarido corto que sucede a un fogonazo de dolor. Las suelas de sus gastadas zapatillas marrones apenas sirvieron de protección frente a las espigas de mi cactus. Apoyó un pie en la rodilla contraria para mirarse la planta, sujetándose a la esquina que formaba el inicio del pasillo, el mismo lugar donde yo me había escondido del hombre grillo. Después peinó el suelo con la mirada. Cuando nos descubrió a mi madre y a mí junto a la mesa, su cicatriz de pelo se tensó.

—Más te vale que esto no sea lo que parece —me dijo.

Ambos observamos los restos aplastados de mi cactus. Lo que debía ser un relieve esférico no era más que un desecho informe entre varias piezas triangulares de la maceta rota, sobre una alfombra de tierra.

—Dime qué es esto.

Papá incrementó el volumen de su voz. Se soltó de la esquina a la que estaba agarrado para abalanzarse sobre mí. Cuando apoyó el pie herido, profirió otro grito. Tuvo que saltar sobre una pierna hasta llegar al sofá. Allí, la abuela trató de palpar la extremidad magullada, pero papá sacudió su mano con el calcetín que acababa de quitarse.

—He sido yo —dijo mamá.

—Trae el botiquín —respondió él.

Mamá intentó añadir algo pero papá la interrumpió.

—Por favor, trae el botiquín —repitió—. Del niño me ocuparé luego.

Mamá me empujó al pasillo. Cuando pasamos cerca del cadáver de mi cactus, me detuve. Ella se agachó junto a mí. Vigiló a papá en el sofá, que respiraba nervioso. Cogió el cactus por uno de los pinchos y lo elevó. A la luz del televisor, ambos vimos el alcance del destrozo. Las dos bolas habían reventado, mostrando una pulpa blanda bajo la corteza resquebrajada cubierta de espigas, la mayoría de las cuales se habían doblado hiriendo al propio cactus. Un gota de un líquido viscoso colgó de una de esas heridas. Filtró la luz en un destello antes de precipitarse al suelo.

—Lo siento... —susurró mamá.

El pincho con el que mantenía sujetos los restos húmedos se desprendió entonces. El cactus golpeó el suelo una vez más.

Mamá me buscó con la mirada, pero yo la rehuí.

Observé a la abuela en el sofá. Recordé las palabras que me había dicho cuando el cactus apareció en el sótano: «Mientras este cactus esté bien, nosotros estaremos bien».

Recogí un pedazo de la maceta y corrí a mi cuarto.

—Empieza a funcionar —oí decir a mi padre.

—No funciona nada —añadió mamá.

Cerré los ojos antes de entrar en la habitación. Pero no por el hábito que impuso durante años el temor a ver el rostro de mi hermana, sino porque no quería volver a llorar. Me senté en el suelo, apoyando la espalda en la puerta.

—¿Qué te han hecho ahora? —preguntó ella.

Le mostré el pedazo de maceta que había recuperado.

—No puede ser —dijo—. ¿Tu cactus?

Sólo cuando supe que tendría voz suficiente para hablar, dije:

—Quiero que el hombre grillo venga ya.

Los muelles de la cama de mi hermana rechinaron. Abrí los ojos. Ella estaba tumbada de lado, con la cabeza apoyada en una mano y el codo clavado en el colchón. Sonrió.

—Queda muy poco —dijo. Al darse cuenta de que llevaba la máscara, la levantó para repetir sus palabras a cara descubierta—: Queda muy poco.

Me acerqué al mueble situado a los pies de mi cama. Abrí el cajón. Las luciérnagas revoloteaban en el interior del tarro. Cogí el nido de camiseta en el que descansaba la cáscara de huevo del que nunca nació un pollito. Lo coloqué encima del mueble. Deposité el trozo de maceta a su lado.

Observé los dos pedazos de cosas importantes que se habían roto en mi vida. Algo mucho más importante se había roto dentro de mí.

Mientras subía la escalera de la litera, miré a mi hermana a través de los barrotes que servían de escalones.

—¿Cómo sabes que vendrá?

Los músculos de su cuello se tensaron.

—Lo sé —respondió.

Y era verdad que lo sabía.

El hombre grillo regresó al sótano cinco cuadrados de calendario después.

La noche que el hombre grillo regresó al sótano mi hermana me despertó hablándome al oído.

—Va a venir —dijo.

El sueño retrasó mi respuesta. Ella sacudió la estructura de la litera.

—Viene el hombre grillo —repitió.

Entonces reaccioné. Abrí los ojos con el estómago encogido. Afiné el oído aferrado a la almohada. Esperé a escuchar sus pasos. O el saco arrastrándose más allá del techo. Permanecí atento.

—¿Estás segura? No lo oigo.

—Ha llegado la noche que estabas esperando —dijo ella.

—Pero no oigo nada —insistí, tapado con la sábana hasta la barbilla.

—¿Ahora tampoco me crees a mí?

Regresó a la litera inferior haciendo sonar los muelles de manera exagerada.

—Pues nada, abortamos el plan —dijo—. Dos semanas preparando esto para nada. Nos quedamos en el sótano para siempre. Aunque ya avisaré yo al hombre grillo de que estás aquí. En cuanto venga.

Reconocí la intensidad impostada en su tono de voz. Siguió murmurando cosas sobre lo decepcionante de mi actitud hasta que se quedó en silencio. Aproveché la quietud para afinar el oído de nuevo, esperando reconocer alguno de los sonidos que siempre delataban la llegada del hombre grillo.

Nada.

Tan sólo el goteo constante de la cisterna.

Entonces un golpe retumbó en el interior de la habitación. La pared a mi derecha tembló. Como tembló también la sábana que sujetaba entre mis manos.

—El hombre grillo —susurré.

El rostro de mi hermana emergió a un lado de mi colchón.

—¿Lo ves?

Liberó mis manos de la sábana dedo a dedo, agarrotados como estaban por efecto del susto.

—Tienes que tranquilizarte —dijo—. Así no vas a poder controlarte cuando pase a tu lado.

Se refería al momento en que el hombre grillo atravesaría el armario de mis padres, casi rozándome porque yo iba a estar escondido entre la ropa. Imaginé el sonido articulado de sus extremidades al moverse. Pensé en todas las partes del plan para las que no me sentía preparado.

—Vamos —dijo ella.

Comencé a bajar la escalera. A medio camino, modelé la almohada imitando el

relieve de mi cuerpo. Dibujé el ángulo recto de unas piernas flexionadas y la curva de una espalda en posición fetal. Cuando terminé, salté desde el escalón. Aterricé con los pies desnudos.

—¿Cómo voy a caminar por fuera? —pregunté.

Mi hermana daba vueltas por la habitación.

—Pues normal, como siempre.

—Sólo llevo un calzoncillo.

Ella suspiró. Después oí cómo hurgaba en los estantes del armario que compartíamos mi hermano y yo.

—No veo nada —dijo a la oscuridad. Segundos más tarde se arrodilló frente a mí—. Levanta los brazos.

Una camiseta descendió por ellos. El cuello de la prenda opuso resistencia hasta que ella pasó mi cabeza por el agujero.

—Ahora los pies.

Levanté el izquierdo agarrándome a su hombro. Tardó en encajar la abertura de una zapatilla de andar por casa.

—Yo nunca llevo de éstas —dije.

—¿Qué importa eso ahora? El caso es que puedas caminar por arriba.

—Papá puede sospechar si me ve con ellas.

Mi hermana me descalzó la zapatilla.

—Entonces vas a tener que salir como estás.

—¿Podré caminar descalzo?

—Tendrás que hacerlo.

Mi hermana siguió dando vueltas por la habitación. Murmuraba. Me acerqué al mueble a los pies de mi cama y abrí el cajón. Los lápices en el interior del tarro golpearon el cristal. El brillo verdoso de las luciérnagas comenzó a encenderse.

—¿Qué necesitas de ese cajón? —dijo mi hermana.

La luz se apagó.

—El tarro de las...

—No necesitas nada —me interrumpió—. Puedes llevártelo luego cuando vuelvas. Y la cáscara. Y el trozo de maceta. Y si quieres te llevas la litera también. Pero ahora no te hace falta nada.

Acerqué la cara al cajón.

—No hagáis caso —susurré a las luciérnagas—. Vendré a por vosotras. Os necesito para salir.

Di varios golpecitos al tarro con el dedo, unos más cortos que otros. Sabía que me habían entendido aunque no respondieran.

—Vamos —dijo mi hermana—. Ha llegado el momento.

Oí cómo se ajustaba la goma elástica de su máscara a la cabeza. Reconocí el eco

que el material ortopédico proporcionó a su voz cuando pronunció la siguiente frase:

—Coge el libro.

Lo habíamos dejado apartado en una de las divisiones inferiores de la estantería. Lo localicé sin dificultad incluso a oscuras. Me acerqué a mi hermana, de rodillas junto a la puerta. Pisé un trozo de tela.

—¿Te has vestido?

—Me he puesto una falda.

—¿Cuál?

—Nunca me la has visto. No me la había vuelto a poner hasta hoy. Es marrón.

—¿Y por qué hoy?

No respondió.

—Tenemos que darnos prisa —dijo—. Antes de que baje el hombre grillo. Ya no hay marcha atrás.

Respiré tan hondo que me mareé. La estancia bailó a mi alrededor. Ella enumeró las fases del plan de carrerilla, para que ambos las recordáramos:

—Voy al cuarto. Cojo al bebé. Grito. Tú corres al final del pasillo. Me llevo al niño a la cocina. Cuando papá salga de la habitación, pones el libro en la puerta. —Lo repetía todo de memoria en un susurro constante, como hacía yo para aprender los nombres en latín de los insectos—. Después de dejar el libro, vas a la cocina. Dices que te vas a dormir. Pero te escondes en el armario.

Mi hermana me cogió de los hombros.

—¿Te ha quedado claro?

Asentí.

Su mano sudorosa me acarició la cara.

—Voy a encender.

La oí tomar aire.

—Allá vamos.

Lo expulsó por la boca de forma sonora.

—Uno, dos, tres...

Accionó el interruptor. La puerta al abrirse me golpeó con tal fuerza que me derribó. El libro se me escapó de las manos. La repentina contracción de las pupilas tan sólo me permitió ver la estela marrón de su falda saliendo del cuarto. Enseguida abrió otra puerta, la de la habitación de la abuela.

Busqué a gatas el libro. Lo cogí en el momento en que mi abuela gritaba algo. Me levanté a toda velocidad, tenía que estar en posición antes de que papá saliera de su cuarto.

Atravesé el pasillo en dirección a la ventana de los barrotes, por la que habían entrado la mayoría de las luciérnagas.

El bebé estalló en un llanto tan agudo que obligaba a quien lo oyera a acudir a su

auxilio. La abuela gritó otra vez. Mi hermana respondió con un grito aún más alto. El suelo comenzó a vibrar. Mi hermano se había levantado también. Me aposté junto a la puerta de mis padres, en el lateral contrario al del camino que tomarían nada más salir. Sostenía el libro entre las manos.

Mi hermana emergió de la habitación con el niño en brazos.

—¡No lo aguanto más! —gritó—. ¡Odio a este bebé!

Se dirigió al salón. Cuando encendió esa luz, pude ver cómo la falda marrón que vestía volaba hacia atrás. El tejido envejecido mostraba varias rasgaduras. La abuela corrió detrás de ella, descalza. Una brisa de aire con olor a polvos de talco flotó hasta donde me encontraba. Mi hermano marchó a continuación.

Fue cuando la puerta de mis padres se abrió.

Pegué la espalda a la pared.

Salió primero él. Mi madre poco después.

Oí cómo mi hermana abría la llave del grifo en la cocina.

—¡Lo voy a ahogar! —gritó.

Su voz llegó clara hasta el final del pasillo, imponiéndose sobre el barullo que estalló en el salón. Amenazaba, según lo acordado, con ahogar al bebé en el fregadero. Era la parte del plan en la que hacíamos salir a todos de su habitación.

Antes de que la puerta metálica de mis padres se cerrara a mi lado, coloqué *El maravilloso mago de Oz* en el marco. La hoja golpeó el libro hasta doblarlo, pero evité que el resbalón encajara en su hendidura. La puerta quedó entornada.

Entonces corrí al salón.

Mi padre, mi madre y mi abuela habían rodeado a mi hermana. El borboteo constante del agua al llenar la pila se mezcló con el llanto agudo del niño.

—¡Dejadme a mí! —gritó mi padre.

Apartó a mi madre. La abuela retrocedió por su propio pie. Mi hermano observaba todo desde lejos.

Con el niño aún en brazos, mi hermana encajó los codos en el fregadero para oponer mayor resistencia. Desbordó gran cantidad de agua. El pañal del bebé se empapó. Papá resbaló en uno de los charcos que se formaron. Quedó sentado en el suelo, agarrado a la falda de mi hermana. Gruñó y tiró de ella para levantarse. Uno de los rasgones de la prenda se abrió en horizontal, a la altura del culo. Papá cayó al suelo de espaldas. Mi hermana se quedó con las piernas desnudas. Vi sus bragas. La tela arrugada desaparecía entre sus glúteos, dejando el izquierdo a la vista.

Al bebé se le agotó el aire. El llanto cesó durante el instante que tardó en hipar. Después el alarido mucoso regresó con mayor intensidad.

Mirando la escena temí por la seguridad del bebé. Y pensé en desvelar que era todo una pantomima. Confesar a mamá y a papá que mi hermana y yo estábamos interpretando una gigantesca mentira.

Pero entonces miré a la puerta de la cocina.

Una de las mentiras más grandes que ellos me habían contado al decirme que siempre había estado abierta.

Papá trató de levantarse una vez más. Mi hermana agitaba las piernas para impedirselo. Consiguió que resbalara de nuevo.

Me acerqué a mamá. Llamé su atención tocándole la espalda.

—No quiero ver esto —le dije. Y la cara de tristeza que supuestamente debía fingir según el plan me salió de forma natural—. Me voy a mi cuarto.

—Claro, hijo, vete.

Me empujó para que saliera de allí.

—Me voy a mi cama —repetí.

—Ya te he oído —dijo—. Vamos, vete. No sé qué haces aún aquí.

—Adiós, mamá.

Volvió a empujarme con los ojos fijos en la pelea.

Tiré de su brazo.

Logré que me mirara.

—Adiós, mamá.

Su nariz silbó. Me asaltó un sentimiento que no recordaba haber tenido desde la primera noche que quise abrir la puerta de la cocina. Una inesperada sensación de pérdida. Como si el adiós que acababa de pronunciar fuera el definitivo. Entonces recordé que mi hermana me había asegurado que podría regresar al sótano después de salir. Que mi familia seguiría viviendo aquí después de que otra gente viniera a buscarnos. No tenía por qué estar triste. Ese adiós no iba ser el definitivo.

Abracé a mamá.

Un grito de mi hermana interrumpió el abrazo.

—¡No voy a aguantar mucho más!

Entendí el significado de sus palabras. Tenía que seguir con el plan. Me separé de mamá y repetí una vez más lo que mi hermana y yo habíamos acordado que debía dejar muy claro:

—Me voy a mi cama.

Papá había logrado levantarse y cubría por completo el cuerpo de mi hermana. Corrí a la habitación de mis padres. El libro mantenía la puerta entornada. Antes de entrar, recordé algo. El tarro de las luciérnagas.

—¡No me lles a mi cuarto! —gritaba mi hermana en el salón.

Se estaban acercando.

Pero no podía salir del sótano sin mis luciérnagas. Siempre había imaginado que ellas serían la luz que me haría visible al mundo. Regresé a mi habitación. Salté al mueble y abrí el cajón con manos temblorosas. Saqué el tarro y lo sujeté debajo del brazo.

Apostado junto a la puerta, oí los gritos de papá en el salón. Me resultaba imposible saber si estaría en una posición que le permitiera ver el pasillo. Tampoco tenía ni idea de dónde se encontraba mi madre. Ni la abuela. Ni mi hermano.

Mi hermana gritó.

—¡Déjame!

Un suceso atropellado de golpes recorrió la estancia principal en diagonal, desde la cocina hasta el lugar en el que estaba el televisor. Mi hermana habría logrado zafarse de las manos de papá. Y sabía dónde era más conveniente situarse. En aquel rincón, la entrada al pasillo quedaba fuera del campo de visión.

Era el momento.

Atravesé el pasillo.

Empujé la puerta que el libro mantenía abierta. Entré en la habitación de mis padres justo antes de que sus voces se amplificaran con el eco característico que se producía en el pasillo.

—¡Dejadme en paz! —gritaba mi hermana.

—Calla —susurró mamá—. Que te va oír tu hermano.

En efecto, lo oí. Pero no desde la litera como ella pensaba, sino desde el otro lado de la puerta de su cuarto. El regaño de mi madre surtió efecto. Durante un corto espacio de tiempo, una nube de silencio enmudeció el sótano por completo.

La desintegró un fuerte impacto más allá del techo.

El hombre grillo.

—¡Ya viene! —gritó mi hermana.

Mi madre chistó.

Corrí al armario. Quería esconderme de mis padres pero, sobre todo, del hombre grillo. A medio camino, una duda me detuvo. No recordaba si mis padres habían dejado la luz encendida o apagada después de salir a socorrer al bebé. Giré la cabeza como si pudiera encontrar la respuesta en algún lugar de aquella habitación. Algo llamó mi atención sobre la mesilla de mi madre. Era su foto en las rocas. La que le pillé mirando una vez en la cocina. La que la mostraba a punto de ser envuelta por la cortina de agua que producía una gran ola. Observé aquel rostro desconocido, liso, como si fuera el de una extraña. Me provocó sin embargo una sensación diferente a la de la primera vez que la vi. Tardé sólo un segundo en entender a qué se debía: era un rostro muy parecido al que había descubierto tras la máscara de mi hermana.

Oí cómo se cerraba la puerta de mi cuarto.

El volumen de los gritos de mi hermana quedó amortiguado. Aun así, pude entender una frase de la conversación imaginaria que mantuvo conmigo en el interior de la habitación.

—¡Y tú ahí durmiendo sin enterarte de nada! —gritó.

Siguió hablando pero no entendí más. No importaba. Mis padres lo estarían

escuchando. Y ése era el objetivo de aquel teatro: que pensarán que yo estaba en la litera con ella.

Aunque en realidad estaba en mitad de su habitación, incapaz de decidir qué hacer con la luz. Recordé uno de los mandamientos del manual. Actuar deprisa. Opté por apagarla. Alcancé el interruptor de un salto.

En el pasillo, mi madre comentaba con mi padre lo ocurrido en la cocina.

Estaban a punto de entrar.

Cuando intentaba agarrar los tiradores del armario, se me resbaló el tarro de las luciérnagas. Rodó hacia la puerta de entrada, los lápices golpeando el cristal con una cadencia rítmica perfectamente audible.

Congelé mi movimiento. Atento a las voces en el pasillo.

Un nuevo golpe del hombre grillo me hizo reaccionar.

Casi sin pisar el suelo, agarré el tarro por la tapa y huí al armario.

Desaparecí en su interior.

Cerré la puerta desde dentro en el mismo momento en que mis padres entraban en la habitación. Encendieron la luz sin sospechar. Había tomado la decisión acertada.

Una brisa de aire húmedo corrió entre la ropa colgada, acariciándome la piel. Supe que mi hermana no me había mentado. Aquello era mucho más que un armario.

Otro ruido más allá del techo delató la posición del hombre grillo.

—Siempre que viene tiene que pasar algo —dijo mamá en la habitación.

Me quedó claro en ese momento. Mamá también sabía que el hombre grillo existía de verdad. Aunque siempre me lo hubiera negado.

Entonces, desde algún lugar perdido en la inmensa oscuridad del armario, llegó a mi escondite el rechinar de unas bisagras desconocidas.

El suelo tembló con un fuerte impacto.

Una luz brilló a lo lejos. Mucho más lejos de lo que correspondería a la longitud del armario. El resplandor se vislumbraba, tamizado, a través de la ropa. Tenía que ser el quinqué del que alguna vez me había hablado papá.

Lo siguiente que oí fue el chasquido de unas rodillas.

Las del hombre grillo.

Se doblaban al revés a cada paso que daba acercándose a mí.

El hombre grillo llegó al armario. La luz de su quinqué estaba tan cerca que podría quemarme con la llama. Bajé la cabeza para hacerme invisible, convencido de que él distinguiría mis piernas entre la ropa colgada. Dejé de respirar. Podía oír mi propia piel encogiéndose. Mi corazón sonaba atronador en aquel espacio tan reducido. Deseé poder silenciarlo.

Varias perchas se deslizaron a lo largo de la barra del armario sobre mi cabeza. El hombre grillo se abría camino, apartando obstáculos con sus patas.

Papá habló en la habitación, al otro lado de las puertas.

—¿Qué hace ese libro ahí?

—¿Qué libro? —preguntó mamá.

—Éste.

El corazón se me paró. Había dedicado varios segundos a decidir si dejar la luz encendida o apagada pero había olvidado algo mucho más importante. El libro. *El maravilloso mago de Oz*. Lo había dejado en el quicio de la puerta en mi huida hacia el armario. Abracé el tarro de las luciérnagas.

Una blusa me cubrió la cara.

A escasos centímetros de mí palpitaba el cuerpo del hombre grillo, podía sentir su calor. Percibí su pulso en la leve vibración del campo de luz que su quinqué proyectaba. Me mordí los labios. Un gota mojó mi calzoncillo. Apreté las piernas para detener lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Tú abriste la puerta? —preguntó papá en la habitación—. Cuando hemos vuelto de la cocina. ¿La has abierto tú?

—Estaba abierta, tú la has abierto. Yo ni siquiera...

Mamá no terminó la frase.

Tan sólo hipó un gemido asustado.

Algo impactó contra la puerta del armario.

Después cayó al suelo.

Papá habría lanzado el libro.

Logré permanecer inmóvil ante el golpe inesperado gracias a que tenía el cuerpo entumecido por el miedo, pero la humedad en mi calzoncillo siguió avanzando hacia los laterales. El hombre grillo reaccionó al sobresalto con una sacudida. Su movimiento provocó que varias prendas bailaran a lo largo de la barra. Las sombras que su luz proyectaba en el interior del armario se estiraron, se encogieron, se volvieron a estirar.

El impacto del libro marcó el inicio de un escándalo mayor.

El suelo tembló en la habitación bajo los acelerados pasos de papá. Gritó algo que no entendí. La puerta de la habitación se abrió.

Se dirigía a mi cuarto. Donde descubriría que yo no estaba en la cama.

Las perchas sobre mi cabeza dejaron de moverse cuando el hombre grillo se recuperó del susto.

Inmóvil, me imaginé a mí mismo obligándole a abrir la puerta del armario.

Vamos, vamos, vamos.

Necesitaba que saliera. Que despejara el camino para poder correr por el túnel y salir al exterior antes de que papá regresara de mi cuarto, enterado ya del plan de huida.

Vamos, vamos, vamos.

Entonces abrió el armario. Entró en la habitación de mis padres.

—Está pasando algo —le dijo mamá.

Y aunque ella siguió hablando, no entendí más. Porque el sonido de mi propia respiración me envolvió por completo cuando dejé escapar el aire que había estado conteniendo. La exhalación sirvió para despertar mis músculos atenazados.

Una fuerza oculta estalló en mis pies. Me impulsó a correr en la dirección por la que había venido el hombre grillo, la ropa golpeándome en la cara.

Me dirigí hacia la oscuridad en contra de cualquier instinto.

Primero mis pies descalzos descubrieron una textura novedosa. Después, una sensación desconocida me cubrió por completo, acarició mis tobillos, se enredó entre mis piernas, me golpeó en el pecho y se coló por mis axilas. Era aire húmedo. Como el que a veces me acariciaba la cara cuando me asomaba a la ventana al final del pasillo, pero que ahora recorría todo mi cuerpo. El jadeo que acompañaba mi carrera ensordeció los sonidos que llegaban desde la habitación.

Al poco, me di de bruces contra una superficie blanda. Extraña para mí. Algo me arañó la cara antes de que la fuerza del impacto me impulsara hacia atrás. Caí al suelo, sentado. En esta ocasión fueron mis nalgas las que sintieron la textura novedosa de antes. Me levanté de golpe, asustado por la sensación.

Temí que la lámpara de las luciérnagas se hubiera roto con el choque. Palpé el contorno del tarro. Estaba intacto. Me sentí estúpido por no haberme acordado antes de ellas.

—Brillad —les dije—. Iluminad mi camino.

Repetí la orden con una serie de golpecitos en la tapa. Antes de que pudieran acatar mis instrucciones, su luz dejó de hacerme falta, porque la puerta del armario se abrió detrás de mí. El brillo del quinqué del hombre grillo iluminó lo suficiente para dejarme ver la pared oscura que se interponía en mi camino.

Lo oí respirar a mis espaldas.

Una corriente de aire que olía como el cubo de basura de la cocina me llegó por la derecha. Corrí en ese sentido. Vi a tiempo otra pared que apareció delante de mí, evitando el choque. Perseguí la corriente de aire, realicé un giro más. La luz del

quiqué se agitaba, deformando el espacio, con cada paso que el hombre grillo daba acercándose a mí. Mi sombra proyectada sobre el suelo no se despegaba de mis pies, como si también ella quisiera huir del sótano. O como si fuera la sombra de mi reflejo en la ventana, aquella parte de mí mismo que a veces me miraba desde fuera, desde el otro lado del cristal. Jadeé. Algunas lágrimas salieron disparadas hacia atrás.

Un nuevo obstáculo resultó visible cuando ya no había tiempo de detener la marcha. Era un enorme saco de tela marrón. El saco del hombre grillo. Tropecé con él y salí disparado hacia delante. Una de las blandas paredes del pasadizo evitó mi caída. Permanecí en silencio esperando escuchar los lamentos de los niños atrapados en el saco.

Lo que oí fue un fuerte choque a mis espaldas. El tintineo de piezas metálicas. El crujido de un cristal al quebrarse. Y una honda queja del hombre grillo.

La luz que él portaba se apagó, dejándome en total oscuridad.

Inicié la secuencia de toques en código morse en la tapa del tarro. La interrumpí al caer en la cuenta de que el brillo de las luciérnagas delataría mi posición. Era mejor permanecer a oscuras. Extendí un brazo hacia delante, como hacía la abuela a veces para reconocer su entorno. Todas las superficies presentaban la misma textura húmeda. Toqueteé las paredes con una mano temblorosa. No encontraba lo que estaba buscando. Lo que mi hermana me había dicho que hallaría sin dificultad. Una tarde, en el baño, ella había sujetado la manguera de la ducha entre sus manos, dibujando con ella una curva que me obligó a tocar varias veces. Me explicó que, en la última pared del pasadizo, encontraría varios elementos metálicos con aquella forma. Clavados a la pared, uno encima de otro, de abajo arriba. Me desveló que eran escalones, y que tendría que subir por ellos como subía por la escalera de mi litera.

Tanteé la humedad de las paredes sin encontrar nada parecido a unos escalones. Entonces pensé que mi hermana me había engañado. Que era todo una trampa. Ella me quería lejos del sótano para tener al bebé a su entera disposición. Para envenenarlo sin que yo saliera de debajo de una cama para estropear sus planes.

Seguí tocando las paredes convencido del engaño.

Un engaño que se magnificó en mi cabeza. Imaginé que toda mi familia formaba parte del plan de mi hermana. Todos me habían querido llevar hasta ese pasillo extraño. A oscuras. Porque todos ellos querían librarse de mí. Deshacerse del niño que había importunado la convivencia con preguntas sobre la mancha de sol en el salón. El niño que escondía cosas en su cajón. Echarme del sótano por desconfiar tanto del hombre grillo, al que los demás no tenían ningún miedo. Me los imaginé en la habitación de mis padres celebrando lo bien que había funcionado el plan. Cerrando la puerta del armario desde el otro lado. Dejándome fuera. Para siempre. Convertido en mi propio reflejo en una ventana. Convertido en el fantasma que papá decía que era.

Rodeado de oscuridad, sin poder ver ni un pedazo de anatomía que confirmara mi existencia, llegué a sentir cómo desaparecía. Cómo me volatilizaba en la nada para dejar de existir. Apenas un mal recuerdo que mi familia no tardaría en olvidar.

Fue cuando lo toqué. Por encima de mi cabeza. Algo parecido a la manguera de la ducha. Era más ancho. Y estaba frío. Pero recorrí su contorno y comprobé que dibujaba una curva muy similar a la que mi hermana me había mostrado.

Sonreí a oscuras.

Quise colgarme de aquella cosa, pero resultaba imposible hacerlo sin soltar el tarro de las luciérnagas. Sujeto de un brazo como lo tenía, era incapaz de agarrarme al escalón con ambas manos. Probé a estirar la goma del calzoncillo con la idea de encajar el tarro entre mi cuerpo y el elástico, pero el envase era demasiado ancho. No quería salir del sótano sin mis luciérnagas. Ellas tenían que brillar para mostrarme el mundo con su luz. Realizar la secuencia de destellos que les había enseñado.

Oí pasos.

Y un nuevo chasquido de la rodilla invertida.

Tuve que dejar las luciérnagas en el suelo.

—Volveré a rescataros —susurré agachado—. Al bebé y a vosotras.

Al agacharme había perdido la referencia del escalón. Comencé una nueva búsqueda con los brazos extendidos. Con cada golpe de mis manos se desprendían pedazos de humedad que caían sobre mi cara.

La respiración del hombre grillo sonó demasiado cerca.

Escarbé la textura húmeda. Trozos de pared se colaron debajo de mis uñas. Golpeé algo metálico con el codo. Me agarré al escalón con todas mis fuerzas.

Entonces oí una voz desconocida.

—No salgas —dijo.

Era grave. Llena de leves interferencias. Como se podía esperar de una garganta que sólo era mitad humana.

El miedo me convirtió en la presa perfecta. Tan inmóvil por el susto que no opondría resistencia. Sacudí la cara para retirar los restos de pared acumulados sobre mis ojos.

Al parpadear descubrí una línea de luz a lo lejos.

Arriba.

Era un trazo morado apenas visible, pero diferente a todo cuanto había visto yo en el sótano.

Aún agarrado al escalón, pataleé para buscar apoyo en la pared. Si el hombre grillo quería meterme en su saco, o comerme allí mismo, tendría que luchar para conseguirlo. Porque no estaba dispuesto a dejarme vencer sin haber visto lo que hubiera más allá del sótano. Sin saber cómo era ese lugar que se adivinaba al otro lado del trazo morado que veía a lo lejos.

Aunque nunca había realizado un movimiento parecido, tirar de los brazos para elevar mi cuerpo, logré subir los codos hasta la altura del asa metálica. Aguanté poco. El dolor en la espalda y los hombros me hizo caer.

Un sollozo desesperado se escapó de mi nariz mientras me incorporaba.

—¿Estás bien? —preguntó la voz.

Salté para agarrar de nuevo el escalón. Golpeé la pared.

El hombre grillo volvió a hablar.

—Ven conmigo —dijo.

Escarbé la pared de forma frenética.

Hasta que oí la voz de la abuela.

—Ven con nosotros.

Mamá se unió al coro de voces.

—Ven a la habitación.

—Tenemos muchas cosas que explicarte —añadió papá.

En medio de la oscuridad, comencé a distinguir los volúmenes de mi familia frente a mí. Alguien dio un paso para acercarse. El chasquido de la rodilla delató su identidad.

—No me comas —supliqué.

La nariz de mamá silbó.

—No es el hombre grillo —dijo papá.

—No tengas miedo —añadió la abuela.

La silueta desconocida me tendió una mano que no tenía forma de pata.

—¿Eres el que está allí arriba? —pregunté.

Él rió.

—Prefiero que me llames abuelo a partir de ahora —dijo.

Mamá me abrazó en la habitación, de rodillas. Formó con sus manos una visera sobre mis ojos para mitigar el dolor que me provocó el cambio de luz.

—¿Por qué escapas? —preguntó—. ¿Por qué no nos has dicho que querías salir?

Me deshice de su abrazo sin responder. Me senté en la cama con los pies colgando, el tarro de las luciérnagas sobre mis piernas.

—Porque queréis tenerme encerrado —respondí—. Y seguir contándome mentiras.

Mamá miró a papá buscando ayuda. Él colocó un brazo por detrás de su espalda. Invitó a los abuelos a unirse al abrazo. Los cuatro me observaron como había observado yo tantas noches a las luciérnagas dentro del tarro.

—Hijo —dijo papá—, nosotros también queremos que salgas.

Parpadeé varias veces sin entender.

Lo boca se me abrió sola cuando la mandíbula inferior se descolgó.

—Tu abuelo va a necesitar ayuda —dijo la abuela.

Le besó en la mejilla. Dudé un segundo antes de mirar por primera vez a la cara del que está allí arriba. El hombre grillo. Mi abuelo. Descubrí un rostro tan arrugado que podría estar quemado. Aunque no lo estaba. Una bolsa de piel flácida colgaba de su mentón. Los ojos tras las gafas parecían enterrados en la carne de sus párpados.

—Ya no puedo hacer esto solo —dijo.

Sus dos cejas, blancas como la única que conservaba la abuela, se relajaron. Fue un gesto de serenidad que se reprodujo en los rostros quemados del resto de mi familia. Como si hubieran esperado mucho tiempo a que llegara este momento.

—Pero si iba salir —dije—, vosotros me habéis parado.

—Porque queremos que salgas, no que escapes —explicó papá—. Llevamos un tiempo intentando que tomes tú mismo la decisión. Pero ni haciéndote dormir en la bañera querías irte. —Un amago de sonrisa curvó la cicatriz de pelo de papá—. Hijo, vas a tener que perdonarme muchas cosas. Sólo quería que este sitio dejara de gustarte. Para que el momento de la salida no fuera tan difícil.

—¿El momento de la salida? —Abracé el tarro intentando procesar lo que decía papá—. ¿Vais a dejarme salir?

—Yo misma te pregunté hace poco si querías marcharte —intervino mamá—. En tu cama, cuando hablamos de las mariposas verdes que sólo viven en América. Te lo preguntaba en serio, y me dijiste que no querías irte de aquí.

—Porque no quería.

—¿Y por qué intentas escapar ahora?

—Porque me he enterado de muchas cosas.

La serenidad en el rostro de papá se fracturó.

—¿A qué te refieres?

Balanceé los pies en el aire. Quería enumerarles todas las cosas terribles que había descubierto. Que papá le había metido un bebé en la tripa a mi hermana. Y que mamá y la abuela habían permitido que ocurriera y por eso lo consideraban el peor de sus pecados. Pero me mordí el labio inferior para detener las palabras. Porque pensé que lo que me estaban diciendo ahora podía ser otra trampa para mantenerme engañado. Otra mentira más para conseguir que me quedara en el sótano. Como el pollito. Como la máscara. Como las ampollas del mundo exterior.

—Quiero irme —dije—. Dejadme salir.

—Vamos a dejarte salir —dijo mamá—. Pero no de cualquier manera.

—¡Quiero irme!

El grito provocó un espasmo de sorpresa en el abrazo conjunto que formaba mi familia. También despertó al bebé en la habitación contigua.

—Dinos por qué quieres irte.

—Porque me habéis engañado —respondí mirando a los ojos de papá—. Éste no es el mejor lugar del mundo.

Él suspiró al oírme. Desenredó sus brazos de mamá y de la abuela. Se arrodilló frente a mí. Apartó el tarro de las luciérnagas sobre la cama. Me sorprendió que apenas le prestara atención.

—Quiero que sepas que lo hicimos por ti.

Arrugué la frente sin entender.

—Hacerte creer que éste era el mejor lugar del mundo —explicó. Me cogió una mano y pellizcó su dorso—. ¿Te acuerdas?

Retorcí mi piel suavemente como había hecho la primera vez que le pregunté por qué no podíamos salir del sótano. Cuando me explicó que el mundo exterior estaba hecho de ampollas como la que había levantado en mi piel una quemadura de aceite. La misma noche en que me acerqué por primera vez a la puerta de la cocina.

—Claro que me acuerdo —dije.

La nariz de mamá silbó.

Él liberó el pellizco. Besó mi mano, igual que había hecho entonces.

—Por eso crees que éste es el mejor lugar del mundo. Porque teníamos que hacerte creer que lo era para que pudieras vivir feliz aquí.

Acerqué una mano a la cara de papá. Acaricié su cicatriz de pelo. Reviví la sensación agradable que tanto disfrutaba de pequeño. Detonaron con ella otro montón de sensaciones placenteras que hacían del sótano el mejor lugar del mundo. El calor de la mancha de sol en mis manos. La presión de la sábana en mi pecho mientras mamá me arropaba. Sus labios arrugados al besarme la frente. El olor de la abuela. El sabor de la crema de zanahoria. Terminé de repasar el trazado de la cicatriz. Los buenos recuerdos desaparecieron.

—Me habéis mentido —dije.

Papá bajó la cabeza.

—Lo siento.

—Es lo mejor que pudimos hacer —añadió mamá—. Un niño tiene que vivir con su familia.

Valoré sus palabras.

—Pero ¿por qué vivimos aquí?

Se produjo un silencio. Vi cómo la abuela pegaba la frente al pecho del abuelo, acurrucándose en él. Cuando papá levantó el cuello para mirarme, los pliegues de carne quemada proyectaron sombras más profundas sobre su cara.

—Porque no podemos salir del sótano.

—Nosotros —apuntó mamá—. Nosotros no podemos salir del sótano.

—Pero tú sí —añadió el abuelo—. Y ha llegado el momento de que lo hagas.

—¿Y por qué no podéis salir vosotros? —pregunté.

A papá se le desenfocó la mirada. Sus ojos me atravesaron para perderse más allá, en algún lugar lejano. En algún tiempo pasado que hubiera quedado muy atrás.

—Hay respuestas para todas las preguntas —dijo al fin—. Ya habrá tiempo.

Retiré mi mano de entre las suyas. Cogí el tarro de las luciérnagas. Me impulsé hacia atrás a lo largo del colchón, separándome de papá. Bajé de la cama por un lado.

—Quiero la verdad —dije.

—Hijo...

—¡Nunca contestáis a mis preguntas! —grité.

—Es mejor que vayas sabiendo poc...

—¡Sólo me puedo fiar de mi hermana!

La densidad del aire cambió en cuanto la mencioné. La abuela hipó. La curva en la cicatriz de pelo de papá se enderezó hasta convertirse en un afilado rasgo de ira.

—Claro —dijo lanzando las manos al techo—. Tu hermana. Ella tenía que estar detrás de esto. ¿Qué es lo que te ha dicho?

Antes de que pudiera responder a su pregunta, murmuró:

—O mejor, que nos lo explique ella.

Corrió a buscarla a mi cuarto, pero en cuanto abrió la puerta, ella apareció al otro lado trastabillándose, como si hubiera estado escuchando con la oreja pegada al metal. Nos observó uno a uno mientras recuperaba el equilibrio. Entonces corrió al armario. Papá la adelantó con una carrera explosiva. Se lanzó contra las puertas y las cerró con la espalda.

—Ni lo intentes —le dijo—. Y ponte la prótesis. Que está el niño.

—Ya sé que está el niño. Ciega no estoy. La ciega es tu madre.

—Que te la pongas.

—Ya no hace falta. —Pareció disfrutar de la silenciosa inquietud que originaron

sus palabras—. ¿Verdad que no, hermanito?

Un frenético intercambio de miradas aconteció en el dormitorio. Mamá saltó a mi lado. Quiso taparme los ojos en un intento inútil de prolongar la mentira, pero me resistí sacudiendo la cabeza. Mi hermana aprovechó el desconcierto de mi padre para abalanzarse sobre el armario. Él la asió de las muñecas y, con un giro, le sujetó los brazos por detrás a modo de camisa de fuerza.

—No pongáis esa cara de susto —dijo mi hermana—. Que el niño ya sabe cómo tengo la cara. Que me obligáis a llevar la máscara porque no soportáis que a mí no me afectara el fuego.

—¿Y sabe por qué no te afectó? —preguntó papá.

Ella no respondió. Volvió a dirigirse a mí:

—¿Qué te han contado? —Tenía la barbilla elevada para aliviar la presión que ejercía papá en su cuerpo—. ¿Que en realidad lo han hecho todo pensando en ti?

No supe qué contestar.

—Fue lo mejor que supimos hacer —murmuró mamá.

—¿Lo mejor? —La sonrisa que quiso fingir acabó convertida en una mueca de dolor—. Pues mirad lo que habéis conseguido.

Mi hermana fijó sus ojos en mí. Luego los dirigió a la habitación. A todo el sótano.

—Hemos conseguido seguir juntos —le susurró papá al oído—. Les hemos dado a tus dos hermanos la familia que tú quisiste destruir.

—Y ahora que el abuelo se muere es cuando os interesa que el niño salga.

—El abuelo no se va morir —soltó la abuela en un sollozo de negación.

Los brazos de papá se cerraron como una horca en torno al cuello de mi hermana, haciéndola callar. Pero las palabras que había dicho fueron suficientes para que yo me diera cuenta de algo.

—¿Tú lo sabías? —le pregunté—. ¿Sabías que iban a dejarme salir?

Sus ojos parpadearon entre la maraña de pelo enredado que cubría su rostro. Sus pestañas parecían moscas atrapadas en una tela de araña. Movié la boca pero no respondió.

—Claro que lo sabía —dijo papá—. Tomamos la decisión cuando nació el bebé. Antes incluso de que el abuelo bajara a contarnos lo que le pasa.

La noche que vi al hombre grillo en el sótano. Cuando me hice pis refugiado en la esquina del salón.

—Eso sólo nos obligó a intentar acelerar el proceso —continuó papá—. Pero, por lo que se ve, tu hermana pretendía adelantarse.

—Tú lo sabías —repetí a mi hermana.

Esta vez ya no era una pregunta.

—Te estaba usando para delatar el sótano —añadió papá.

Me llevé una mano a la boca.

—Nadie puede saber que estamos aquí —dijo la abuela.

—Pero ella me había dicho que podríais seguir viviendo en el sótano...

Interrumpí la frase a medias al darme cuenta de que iba a repetir palabras de mi hermana. Palabras que debían de ser falsas. Como falso había sido todo lo que me había contado sobre el hombre grillo. Ella me había impulsado a seguir adelante con el plan de fuga sin decirme quién era en realidad, aun sabiendo el miedo que me daba enfrentarme a él.

Miré a mi hermana con los ojos empañados por una nueva traición.

Ella se retorció entre los brazos de mi padre.

—¡Sus mentiras son mucho peores! —gritó.

Luchó por escapar de la tenaza que la sujetaba. Me percaté de que centraba sus esfuerzos en liberar la mano derecha. De pronto se quedó quieta. Escupió algunos pelos que se le habían metido en la boca. Entonces vislumbré en su rostro una de sus sonrisas no alegres.

—Tú sabes lo que es capaz de hacer papá —dijo.

—¿Lo que soy capaz de hacer? —preguntó él—. ¿De qué estás hablando?

Yo sí sabía de qué estaba hablando. De la noche que pasé en la bañera. De los arañazos que descubrí en su espalda mirando a escondidas detrás de la cortina.

Mi hermana lanzó al aire sus piernas desnudas. Desestabilizó a papá. Pataleó igual que en la mesa de la cocina la noche que dio a luz al bebé. Pisoteó los pies de mi padre con los talones. Atrapó con la boca uno de los brazos que la apresaban y lo mordió. Mi padre luchó por controlar al insecto rabioso en que se había convertido mi hermana. Ambos cayeron al suelo, liberando la puerta del armario.

Ella fijó en mí una mirada oscura.

—Tú sabes lo que es capaz de hacer —repitió.

Recordé la lágrima que había asomado a su máscara aquella noche. La que había caído detrás de su propia cara.

Di un paso al armario.

—¡Corre! —gritó—. ¡No te van a dejar salir! ¡Tienen que cubrir a papá! ¡Sal de este sótano y cuéntale a todo el mundo lo que pasa aquí dentro!

Papá aplastó a mi hermana con todo el peso de su cuerpo. Apresó la cara de ella entre sus manos. Las venas de sus antebrazos se hincharon. Vi cómo mi hermana intentaba recuperar de nuevo el dominio de su mano derecha, pero papá atrapó el brazo con su rodilla.

—¿Qué le has contado? —escupió entre dientes.

Las narices de ambos casi se tocaron.

Cuando di otro paso hacia el armario, mamá me cogió de un hombro.

—¡Lucha! —gritó mi hermana con los pulmones aplastados—. ¡No van a dejar

que te vayas!

—Vamos a dejarte salir —dijo mamá.

—Pues demuéstalo —susurró ella—. Deja que se vaya ahora mismo.

Sacudí el brazo.

Esperaba que mamá me soltara para dejarme marchar.

Pero lo que hizo fue aumentar la presión de sus dedos.

—Lo siento —dijo—. No puedo dejarte salir así.

Tiró de mí hacia ella.

Iba a quedarme en el sótano para siempre.

Luché por mi libertad sacudiendo el cuerpo con todas mis fuerzas. Mi madre me dio una bofetada para controlarme. Me arañó la cara con aquellas uñas que mordisqueaba esculpiendo pequeñas sierras. Palpé el cálido relieve de los trazos que dibujaron en mi mejilla.

Y fue entonces cuando descubrí la mayor mentira que me había contado mi hermana.

Dejé de forcejear con mamá.

Busqué la mirada de mi hermana, escondida entre mechones de pelo, su cabeza aprisionada contra el suelo.

—Me mentiste sobre papá —dije.

Sus ojos, hundidos en su rostro humedecido por el sudor, palpitaban de rabia.

—Vete ahora... —las palabras pitaban en su garganta— o no vas a salir nunca...

—Me mentiste sobre papá —repetí—. La noche que pasé en la bañera. Me dijiste que habías ido al baño a limpiarte por papá. Que tú le habías hecho los arañazos que tenía en la espalda. Pero estuviste mucho tiempo callada antes de contármelo. Y te hiciste así en las uñas.

Imité el gesto que ella había realizado en su cama, repasándose la curvatura de las uñas con el pulgar, justo antes de colocármelas en la espalda para confesarme que papá intentaba ponerle bebés en la tripa.

—Qué niño tan listo... —susurró mi hermana haciendo esfuerzos por respirar.

—Las uñas de mamá raspan mucho más —continué—. Porque se las mordisquea. Son como pequeñas sierras.

Le señalé los arañazos que acababa de marcarme en la cara.

—Papá no te hizo nada esa noche. Y tampoco te sangró la nariz por su culpa. Te sangró por el veneno. Lo leí en la caja. Esa noche entraste al baño a limpiarte veneno. Te lo habías puesto en el pecho como hiciste luego. Por eso el bebé no se despertaba a la mañana siguiente.

—¡De qué está hablando!

Papá regó con saliva la cara de mi hermana. Las venas de su cuello se hincharon aún más que las de sus antebrazos. Un hondo quejido escapó de las profundidades del

estómago de ella.

Mamá se arrodilló frente a mí.

—¿Qué es lo que te ha contado? —preguntó.

Usó su camiseta dada de sí para secarme los ojos.

—Me dijo que papá le puso el bebé en la tripa.

La abuela lloró al escuchar aquello.

—¡No habrás sido capaz! —gritó mi padre.

El perfil de ella se elevó sobre el charco de pelo que su melena formaba en el suelo. Le dedicó una sonrisa.

—¿Acaso lo dudas?

Las manos de papá saltaron a su cuello. Las apretó para impedir que dijera una palabra más. No aflojó la presión hasta que el abuelo se lo ordenó.

—Hijo, tu padre no ha hecho nada de eso —me dijo mamá.

—Pero la abuela y tú decís que el bebé es un pecado —me sorbí los mocos—, que es lo peor que ha pasado en este sótano.

—Y lo es —dijo—. Nos arrepentimos cada día de no haberlo evitado. Pero no porque fuera tu padre.

Respiré hondo antes de preguntar:

—¿Quién fue?

Un terremoto se inició en la habitación contigua. El temblor avanzó por el pasillo. Mi hermano aporreó la puerta metálica pidiendo paso. Mamá aprovechó su oportuna aparición para responder.

—El que da golpes ahí fuera.

Un velo de lágrimas apagó sus ojos.

—No está bien que una familia de mamíferos tengan hijos entre ellos —le recordé.

—No está bien que lo hagan —dijo—. Pero a veces pasa.

Eran las mismas palabras con las que me lo había explicado aquella vez en la cama.

—En el fondo piensan que me lo merezco... —dijo mi hermana en un estertor— que mi hermano me lo debía por lo que le hice yo de pequeño.

Las manos de mi padre regresaron a su cuello.

—No la escuches —susurró mamá.

Mi hermana me dedicó una última mirada que no supe interpretar.

Después cerró los ojos.

Sus brazos en tensión se relajaron bajo las rodillas de papá. Extendió las piernas flexionadas con las que trataba de desequilibrarle. Los puños se le abrieron. El cuerpo entero se relajó como el de un insecto expuesto a cianuro de potasio. La cabeza cayó a un lado.

Papá observó el proceso con la boca abierta.

En absoluto silencio.

—¿La has...? —preguntó la abuela.

La mano derecha de mi hermana serpenteó entonces como una víbora, escapando de la rodilla que papá acababa de levantar. Era la misma mano que intentó liberar antes. Entendí la razón al reconocer el mango que sobresalía de la cintura descosida de su falda marrón. El mango del cuchillo con el que papá había imitado una noche a los vaqueros de las películas, clavándolo sobre la mesa entre los dedos de su mano abierta.

—¡Un cuchillo! —grité.

Ella lo agarró antes de que papá pudiera hacer nada.

Levantó el brazo sobre la espalda de él.

—¡Voy a salir de este sótano! —gritó.

En ese mismo instante, mamá se separó de mí. El tarro de las luciérnagas se desvaneció entre mis dedos. La vi abalanzarse sobre mi hermana.

Primero detuvo el cuchillo que caía sobre mi padre.

Después elevó su brazo en dirección al techo, con el tarro en lo alto.

—¡No! —grité.

Pero mamá dejó caer el brazo con todo su peso.

La lámpara de las luciérnagas se rompió en el rostro de mi hermana.

Su nariz se hundió, convirtiendo su perfil en una mera esquina. Como siempre me habían contado que era.

Una nueva máscara de pelo y sangre cubrió su rostro.

Todas las luciérnagas salieron volando por la habitación.

Mamá y papá tardaron en regresar a la habitación. Se habían llevado a mi hermana envuelta en una sábana. Mi hermano, que aún aporreaba la puerta cuando salieron, aprovechó el momento para colarse en el cuarto. El abuelo trajo también al bebé. Mientras yo trataba inútilmente de recomponer el tarro, esperamos a que mis padres regresaran.

—¿Está bien? —les preguntó el abuelo en cuanto entraron.

Mamá negó con la cabeza. Al verme arrodillado junto a los cristales, se agachó a mi lado.

—Ten cuidado —dijo.

Agitó su mano entre las mías para detener mi labor.

—¿Qué son todas estas cosas? —preguntó. Tocó el suelo con la punta de los dedos—. ¿Por qué guardabas guisantes? —Siguió tanteando el suelo—. ¿Y este diente? ¿Lo sacaste de mi caja de costura?

Entre los cristales, encontró uno de los lápices del interior del tarro. Me lo entregó.

—Esto sí es tuyo —dijo. Siguió rebuscando en el suelo—. Pero este tornillo es de la caja de herramientas de papá. ¿Qué guardabas ahí dentro?

—Ya lo sabes —susurré a mamá.

—No, no lo sé —dijo—. Pensé que guardabas lápices pero ¿un tornillo?

Señalé con la cabeza a papá para que entendiera por qué no podía hablar claro.

—Hijo, tu padre no es el de los últimos meses —explicó—. Tu padre de verdad es el que te subía a caballo en el salón. El que te bajó tu libro de insectos. ¿Crees que le preocupa este tarro lleno de cosas?

Recordé que él mismo lo había apartado de mis piernas hacía un rato, cuando me senté sobre la cama al regresar del túnel.

—Mis luciérnagas —dije entonces—. Son mis luciérnagas.

Las veía volar por toda la habitación, aunque permanecían apagadas porque la luz del cuarto estaba encendida. Se posaban en las paredes y sobre la cama. Revoloteaban alrededor de la abuela.

—¿Qué luciérnagas?

—Las que tenía en el tarro —dije.

—¿Este tarro?

Mamá me mostró la tapa.

Asentí.

—Mira —señalé una que volaba por encima de nuestras cabezas—, están por todas partes.

Seguí con la mirada el vuelo del insecto. Mamá me imitó.

—¿La ves? —pregunté.

—No veo nada.

—¡Ahí hay otra! —dije.

—¿De qué habla? —preguntó ella a mi padre.

Papá se colocó junto a nosotros, apartando algunos cristales antes de apoyar la rodilla en el suelo. Posó una mano sobre mi hombro.

—Hijo, aquí no hay nada.

—Están ahí. Son un montón —insistí—. Empezaron a venir hace muchos días. Me traen luz desde fuera.

Papá recogió cosas del suelo y después me mostró la palma de su mano. Había varios pedazos de la grava que se acumulaba en el espacio entre la ventana y la segunda pared.

—Esas luciérnagas de las que hablas... —comenzó papá. Agitó el contenido de su mano—. ¿Estás seguro de que están aquí de verdad? Siempre te ha gustado mucho esa foto de tu libro.

Papá cogió una de las piedrecitas con dos dedos. La movió en el aire describiendo una trayectoria irregular, imitando el vuelo caprichoso de un insecto.

—Es sólo un guijarro —dijo.

Lo dejó caer.

Rodó por el suelo.

Observé el pedazo de gravilla. Recordé cómo la primera luciérnaga había caminado sobre algunos guijarros idénticos al entrar al sótano por la ventana del pasillo. Examiné los otros restos del frasco destrozado. Vi el tornillo de papá, el mismo que había pisado en el pasillo la noche que el bebé tardó tanto en dejar de llorar. La noche en que apareció la segunda luciérnaga. Después reparé en los dos guisantes. Los que se me cayeron del plato mientras cenaba, justo antes de descubrir dos nuevas luciérnagas cerca del tarro. Uno de ellos había aparecido aplastado en mi mano una mañana. Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando vi dos de los dientes que desparramé por el suelo al sacarlos una tarde de la caja de costura de mamá. Porque también ese día había aparecido un nuevo par de luciérnagas.

Examiné el suelo, deteniéndome en cada uno de los pequeños elementos contenidos en el tarro. No quise contarlos porque no quería comprobar que coincidían con el número exacto de luciérnagas que creía tener en la lámpara.

—Pero no llores... —dijo mi madre.

Alcé la mirada al techo. Seguí con los ojos el vuelo de una de las luciérnagas hasta que se desvaneció en el aire, desapareciendo delante de mis ojos. Como desapareció de mis manos aquella noche el pollito que nunca existió.

Porque las luciérnagas tampoco habían existido nunca.

Respiré hondo para llenar de aire el vacío que sentía en el pecho.

Entonces habló la abuela.

—Creo que ya sé lo que pasa —dijo. Una sonrisa apareció en su rostro—. Ven aquí.

Extendió los brazos invitándome a que me acercara. Me acarició la cara cuando supo que me encontraba frente a ella.

—Esas luciérnagas que dices ver son como el pollito que nació entre nuestras manos —explicó.

—¿Cómo?

—Te concedí un poder muy especial la noche que me trajiste el huevo. Te enseñé a ver las cosas como tengo que verlas yo —dijo. Colocó uno de sus dedos arrugados en mi frente—: Imaginándolas. Y veo que has sabido hacer un buen uso de ese poder.

Dejé escapar un suspiro de asombro.

—No existe criatura más fascinante que aquella que es capaz de crear luz por sí misma —continuó la abuela—. Y me parece a mí que tú eres una de ellas. Tú has creado tu propia luz. La luz que necesitabas en esta oscuridad.

Abracé a la abuela.

—Esas luciérnagas existen si tú quieres que existan —susurró en mi oído.

Corrí al interruptor junto a la puerta de la habitación.

Lo apagué.

Todas las luciérnagas se iluminaron para celebrar la caída de la oscuridad. Los puntos de luz dibujaron al vuelo estelas de mágica luz verde. Giré sobre mí mismo con los brazos abiertos, a lo largo de la habitación, navegando entre los destellos intermitentes que me acompañaron durante mis últimos días en el sótano.

—¿Cómo es su luz? —preguntó la abuela—. Descríbemela.

—Verde —contesté.

—Y seguro que tan brillante como los deseos de libertad de un niño —añadió.

Cogí al bebé entre los brazos del abuelo.

—Son las luciérnagas —susurré en su carita—. Mira cómo brillan. Durmieron contigo una noche.

Mi sobrino levantó los brazos. Abrió y cerró los puños en el aire. Como si quisiera capturar las luces que flotaban sobre él.

La abuela se levantó.

Salió de la habitación.

Regresó tras unos segundos.

—Toma —dijo—. Recupéralas.

Me dio un nuevo tarro de cristal mientras ella se quedaba con el bebé.

Salté a la cama con el tarro abierto.

Lo elevé.

—Volved —dije.

Las luciérnagas se arremolinaron en una nube de luz, una galaxia de destellos, antes de regresar al frasco por sí mismas.

—¿Las tienes todas? —preguntó la abuela.

Confirmé cerrando la tapa.

Se produjo un silencio.

—Entonces... —murmuró papá—. ¿Puedo encender? ¿O tenéis que hacer más magia de la vuestra con cosas invisibles?

La abuela rió.

—Puedes encender —dijo.

Tardé unos segundos en poder abrir los ojos sin que me doliera. Cuando bajé de la cama, mi familia se situó frente a mí. La abuela agarró a mi padre de la mano. El abuelo la abrazó a ella. Mamá se colocó a su lado, sujetando a mi hermano.

—Entonces ¿quieres salir? —preguntó papá.

Miré al armario. Recordé el trazo de luz morada que había visto en lo alto del túnel que llevaba al exterior.

—Quiero saber cómo es lo de fuera —respondí.

Mi madre bajó la cabeza. Mi hermano le acarició la cara sin ningún cuidado. Besó su mejilla llenándola de baba.

Dejé el tarro sobre la cama.

Abracé a mamá.

—¿Podré volver? —pregunté con la boca pegada a su tripa.

—Tendrás que hacerlo —contestó el abuelo—. A no ser que tu familia deje de necesitar comida.

Mamá me revolvió el pelo con una mano. La acaricié deteniéndome en el pliegue rugoso entre dos de los nudillos. El círculo de piel quemada al inicio del pulgar. La cicatriz ancha y lisa cerca de la muñeca.

Después me situé frente a papá.

Él me tendió una mano como hacían los vaqueros en las películas.

Cuando se la estreché, su cicatriz de pelo se curvó.

Me acerqué a la abuela, que sostenía al bebé en brazos. Disfruté del olor de sus polvos de talco.

—¿Y si me quiero quedar contigo? —pregunté.

Ella sonrió pero negó con la cabeza al mismo tiempo.

—El mundo te está esperando —dijo—. Haces falta allí arriba.

Miré a la cara del bebé, que emitía su característico arrullo de placer. Como un ronroneo. Sus fosas nasales se abrían y cerraban, seguro que reconociendo el olor de la abuela. Lo agarré de los costados.

—¿Qué haces? —preguntó mi madre.

Extendió su mano aferrándose al cuerpo del bebé. Cuando intenté tirar del niño, mamá lo empujó hacia la abuela, impidiendo que yo lo cogiera.

Los dedos de papá se cerraron en torno a su muñeca.

—Suéltalo.

—Todavía no —dijo ella—. Es mi nieto. Sólo hasta la próxima entrega. Unas semanas más.

—¿Unas semanas? —Papá me señaló con la barbilla—. ¿O diez años?

Mamá contuvo un sollozo. Sus dedos se separaron del bebé como las patas de una mariposa que alza el vuelo. Después abrazó a mi hermano.

—Tú siempre estarás conmigo —le susurró al oído.

Besó su sien varias veces seguidas.

—Adiós, Espantapájaros —susurré.

Él rió en un balbuceo gutural. Le remetí una de las perneras del pantalón de pijama dentro del calcetín.

La abuela me entregó al bebé.

Apoyé su cabeza cerca de mi codo, como mamá me había enseñado.

—Nos vamos a ver el sol —le dije.

El niño sonrió.

—¿Puedes llevar el tarro? —pregunté al abuelo—. Quiero salir con mis luciérnagas.

Él recogió el bote.

—Entonces sal con ellas —dijo—. Te lo cambio.

Me entregó el tarro mientras él se encargaba del bebé.

—¿Me gustará vivir allí fuera? —pregunté.

—Seguro que sí —respondió.

Al levantarse, reconocí en sus rodillas el chasquido de las del hombre grillo. Un escalofrío amenazó con recorrer mi espalda, pero murió en cuanto mi abuelo apoyó su mano en mi nuca.

—¿Podré volver a vivir aquí si no me gusta lo que veo?

La nariz de mamá silbó.

—Claro que sí —dijo.

—Pero no querrás —añadió papá—. Lo que hay fuera es demasiado bonito.

Inflé el pecho en una honda respiración.

Me giré en dirección al armario.

—¿Nos vamos?

Lo primero que toqué fue la hierba que crecía alrededor del hueco de la trampilla. La acaricié con la palma de la mano sintiendo el filo de cada brizna. Aún tenía la mayor parte del cuerpo bajo tierra, apoyado en uno de los escalones del túnel. Dejé la

lámpara de las luciérnagas sobre aquella humedad.

Elevé la cara.

Un brisa me acarició desde la frente hasta los pies, rugiendo en mis oídos.

—Vamos —dijo el abuelo.

Apenas escuché su voz, absorto como estaba en el potente zumbido del aire. Me agarré a la hierba para impulsarme, pero mis pies no respondieron.

—Abre los ojos —dijo el abuelo.

Los había cerrado sin darme cuenta.

Tenía las manos heladas.

Las piernas me temblaban.

Aspiré un olor tan intenso que creí marearme.

—Ábrelos —insistió el abuelo—. Tienes que ver esto.

Cuando reuní el valor para abrirlos, tan sólo descubrí una inmensidad de color negro. Otro techo. Había salido a otro montón de paredes. A un sótano más grande.

—No hay nada —dije.

—¿Cómo que no hay nada? Mira al cielo.

Parpadeé con el rostro dirigido a la nada.

Comencé a distinguir puntos de luz. Destellos que brillaban de forma intermitente allá arriba.

—¿Son luciérnagas? —pregunté.

—Son estrellas —contestó el abuelo—. Y lo que oyes a lo lejos es el mar.

Acaricié el suelo con las manos.

Tocando el mar.

Volví a intentar salir.

Mis piernas no respondieron.

Entonces recordé el poder que me había concedido la abuela. Podía hacer que el mundo exterior fuera lo que siempre había soñado.

Deseé que mi pollito estuviera ahí para recibirme.

Enseguida lo oí piar.

Las ganas de volver a verlo fueron el impulso definitivo para salir. Una vez fuera, recogí el tarro de las luciérnagas que había dejado sobre la hierba.

—Brillad —les dije—. Estamos fuera.

La lámpara se encendió con mayor intensidad que nunca iluminando todo cuanto tenía alrededor.

Mostrándome por fin el mundo que había más allá del sótano.

Un mundo que era como siempre había imaginado.

El pollito, pequeño y amarillo, caminó entre mis pies, batiendo las alas y piando en señal de bienvenida. Un montón de mariposas verdes, con las alas inferiores en forma de cometa, volaron entre el abuelo, mi sobrino y yo.

Desenrosqué la tapa del tarro.

Lo elevé por encima de mi cabeza.

Las luciérnagas volaron en libertad en dirección al cielo.

Me quedé mirándolas hasta que no pude diferenciarlas de las estrellas.

Quince años después

Me gusta salir del faro cuando el sol desaparece pero aún no es de noche. Es el único momento del día en que el mundo carece de sombras. Mi hijo camina agarrado a mi pierna. Sé que un día su pequeña mano se soltará de mi pantalón porque querrá saber qué hay más allá de la vida que le enseña su padre, así que intento memorizar cada uno de estos momentos en que sus dedos aprietan la tela como si temiera salirse de mi órbita. Mi esposa se ha quedado en la cocina, cortaba aún las zanahorias sobre la tabla cuando delante de nuestros ojos se desvaneció la última mancha de sol, la que muere en lo alto de la nevera al final de cada día, cerca del imán con forma de *Actias luna* que compramos en nuestro viaje a América.

Me agacho cuando el niño señala lo que debe de parecerle una burbuja de algodón suspendida en el aire. Ya he aprendido que un dedo estirado hacia cualquier cosa, sumado a dos tirones a la tela del pantalón, equivale a la formulación de una pregunta. Arranco el diente de león de su tallo, con cuidado de no sacudir la cabeza fantasma que dejó la flor. Tras un ligero soplido, la burbuja de algodón se deshace ante él, decenas de semillas flotando en el aire a su alrededor. No existe sonido más alegre en este mundo que el que mi hijo sabe hacer con su garganta. Persigo con la mirada dos de esas semillas, dos paracaídas diminutos perfectamente recortados contra el fondo oscuro del cielo. Vuelan con sus filamentos entrelazados. En algún momento, las semillas dejan de ser visibles en la creciente oscuridad. Aunque no puedo verlas, sé que están ahí, como ocurre con los abuelos desde hace algunos años. El abuelo aguantó mucho más de lo que vaticinaron los médicos cuando le dieron el gran susto. Aún estuvo conmigo el tiempo suficiente para enseñarme a desenvolverme aquí fuera, en este otro mundo al que no terminé de acostumbrarme. Todavía algunas noches bajo a dormir al sótano. Con papá y mamá. Mi hermano aún marcha de vez en cuando por campos de maíz imaginarios. A mi hermana la ahogó un coágulo de sangre provocado por las heridas que los cristales del tarro abrieron en su rostro y en su cuello. Murió en mi cama la misma noche que salí de allí. Sé que papá no se acercó a ella, que vio cómo ocurría desde la puerta, pero la abuela no le soltó la mano hasta el final. Mi hermana dirigió su última mirada a mi madre, que pidió perdón mientras el brillo de la vida en los ojos de su hija se apagaba frente a ella.

El dedo señala ahora el frasco vacío que he dejado en el suelo al agacharme.

—Falta poco —digo.

En ese momento, se ilumina el extremo más alto de la nueva torre. Es la luz de una simple bombilla, no la gran lente que dio trabajo al abuelo. Veo asomarse a mi sobrino allá arriba. Hasta hace unos años no le dejaba subir esas escaleras. Saludo con la mano para que me localice y su figura se desvanece en un instante. A él le

gusta pensar que vive en un faro, que aún existen barcos que necesitan de su luz para guiarse. Heredamos la propiedad familiar en calidad de parientes lejanos del abuelo, aquellos que vinieron a visitarle un día y ya nunca se fueron. Por precaución digo siempre que tengo dos años más de los que tengo en realidad. Para que nadie ate cabos. Aún hay gente en la isla que desvía la mirada al encontrarse conmigo en las calles del pueblo. Otros no entienden que pueda vivir en la misma casa donde ocurrieron cosas tan terribles. Algunos me preguntan si conozco la verdadera historia de lo que pasó entonces. De lo que hizo aquella gente. Siempre contesto que he oído algo, pero que no se puede vivir en el pasado. En realidad conozco la historia a la perfección. Me costó mucho perdonar a mi familia cuando supe lo que hicieron con aquella niña. Pero cuando miro a mi propio hijo, caminando con sus piernas arqueadas como las de un vaquero, riendo mientras descubre el mundo y los dientes de león, me pregunto si yo no habría hecho lo mismo. Si no haría todo lo que estuviera en mi mano por protegerlo. Todo lo bueno. Y todo lo malo.

Hace poco, al regresar del invernadero en el que trabajo controlando plagas de insectos, una señora mayor que paseaba al atardecer por el muelle donde atraqué la barca, me dijo que los dos lunares de mi cara le sonaban de algo. Entrecerró los párpados para rebobinar la cinta de su memoria, pero mi hijo hizo con la garganta ese sonido tan alegre que sólo él sabe hacer, ganándose toda su atención. Cuando la mujer mayor se agachó para pellizcar la mejilla del niño, la cinta se detuvo en algún otro recuerdo.

Cada paso que damos enmudece a los grillos más cercanos. El resto prosigue con su canto, quizá animando a la Luna a que aparezca. Las ventanas de las casas cercanas pintan al encenderse cuadrados amarillos en un mundo azul marino. Paseo los ojos por el terreno hasta que reconozco en el suelo el relieve que estoy buscando. Las hierbas crecen muy rápido alrededor de la trampilla. Las noches que tengo que abrirla, arranco sin querer plantas enteras, las raíces colgando del tallo como manojos de venas fuera de un cuerpo. Esta noche no me toca bajar, así que permito que el niño juegue entre las flores. Las de color azul se balancean con cada manotazo que les propina. Tomo asiento en la elevación del terreno que esconde la entrada, los pies colocados en el mismo punto en que pisé el exterior por primera vez. Cuando imaginé que el mundo era como siempre había soñado. Lleno de las luciérnagas, las mariposas verdes y el pollito que nunca existieron.

Cruzo las piernas mientras mi hijo se pelea con una amapola. Aún mantiene la mano agarrada a mi pantalón. Tiro de ella para conseguir que se siente entre mis piernas, su espalda contra mi vientre, mi barbilla sobre su cabeza. Su pelo huele incluso mejor que el campo que nos rodea. Cuando coloco el tarro de cristal sobre nuestro regazo, lo abraza como abraza al muñeco del gusano luminoso con el que duerme.

Un destello solitario se ilumina entonces en el aire.

El punto de luz brilla surcando la creciente oscuridad. Creo que mi hijo no lo ha visto, porque sus manos siguen investigando el contorno del tarro.

Un segundo destello vuela frente a nosotros.

Seguido de otros dos.

La alegría brota en la garganta de mi hijo.

—¿Las ves? —le pregunto.

Una nube de luciérnagas revolotea sobre las briznas de hierba que mece la brisa marina. Son luciérnagas reales, no como las del sótano. La Luna ha respondido a la llamada de los grillos y empieza a teñir de plata la superficie del mar. La guirnalda de verdes destellos acapara toda la atención del niño, absorto en la mágica luz intermitente que flota en la oscuridad que nos envuelve.

Entonces mi hijo se pone de pie.

Y su mano se suelta de mi pantalón.

Quizá ha llegado ese día en que el ansia por saber es más fuerte que el miedo a lo desconocido. Extiendo una mano sobre la superficie metálica de la trampilla al verme reflejado en la silueta de mi hijo. Imagino que la mano de mamá sale de debajo de la tierra. Que acaricio el pliegue rugoso entre dos de los nudillos. El círculo de piel quemada al inicio del pulgar. La cicatriz ancha y lisa cerca de la muñeca.

Oigo a mis espaldas unos pasos acelerados. Mi sobrino aparece junto a mí, jadeando por el esfuerzo de su carrera. Dejo que se siente a mi lado, sobre la entrada al sótano que él no recuerda. La mano imaginada de mi madre se convierte en la mano real de mi sobrino, que aprieta la mía con una sonrisa. Son los mismos dedos que agarraron la oscuridad que había más allá de los barrotes la noche en que imaginé que habíamos salido mirando nuestro reflejo en la ventana.

—Estamos fuera —le digo, repitiendo la frase que le dije entonces.

Hace un gesto burlón porque cree que he dicho una obviedad. Él en realidad no sabe lo que significaron esas palabras en otro momento de nuestras vidas. Lo atrapo del cuello con el brazo y beso su sien antes de devolver la atención a mi hijo.

La emoción empaña mi mirada al verlo avanzar con los brazos extendidos para tocar las luciérnagas, un milagro que acontece por primera vez frente a él. Aunque una lágrima resbala por un lado de mi nariz, sonrío cuando agita los brazos entre decenas de puntos de luz.

Porque sé que la luz pertenecerá siempre a los que son como él.

Y a la oscuridad quedarán relegados quienes no estén preparados para saber qué hay más allá de su pequeño mundo.

Agradecimientos

Aunque sólo el nombre del autor figura en la portada de este libro, el texto no habría sido el mismo sin la ayuda de varias personas: Palmira Márquez, mi agente, que siempre acierta con las sugerencias que terminan de pulir la primera versión del manuscrito; Alberto Marcos, el editor, cuyas invaluable observaciones me obligaron a repensar ciertos pasajes para que la historia se entendiera como se tiene que entender; y el equipo de corrección de Plaza y Janés, que ha quitado un montón de palabras sobrantes y ha reordenado sabiamente otro montón de frases.



PAUL PEN (Madrid, 1979) es escritor, periodista y guionista. Escribe ficción desde que leyó *Las Brujas*, de Roald Dahl, el autor que más le ha marcado junto con Stephen King. Su primera novela, *El aviso*, le valió el título de Nuevo Talento Fnac en 2011, además de ser traducida a varios idiomas y encontrarse en proceso de adaptación al cine de la mano de Morena Films. A sus relatos premiados *Una escena matrimonial del todo insólita* y *Kokomo* se unen ahora *Otel* y *La sangre del muerto*, publicados recientemente por RHM Flash. *El brillo de las luciérnagas* es su escalofriante segunda novela, de la cual se prepara ya una versión cinematográfica, y que confirma a Paul Pen como el más prometedor autor de thriller psicológico del panorama español.